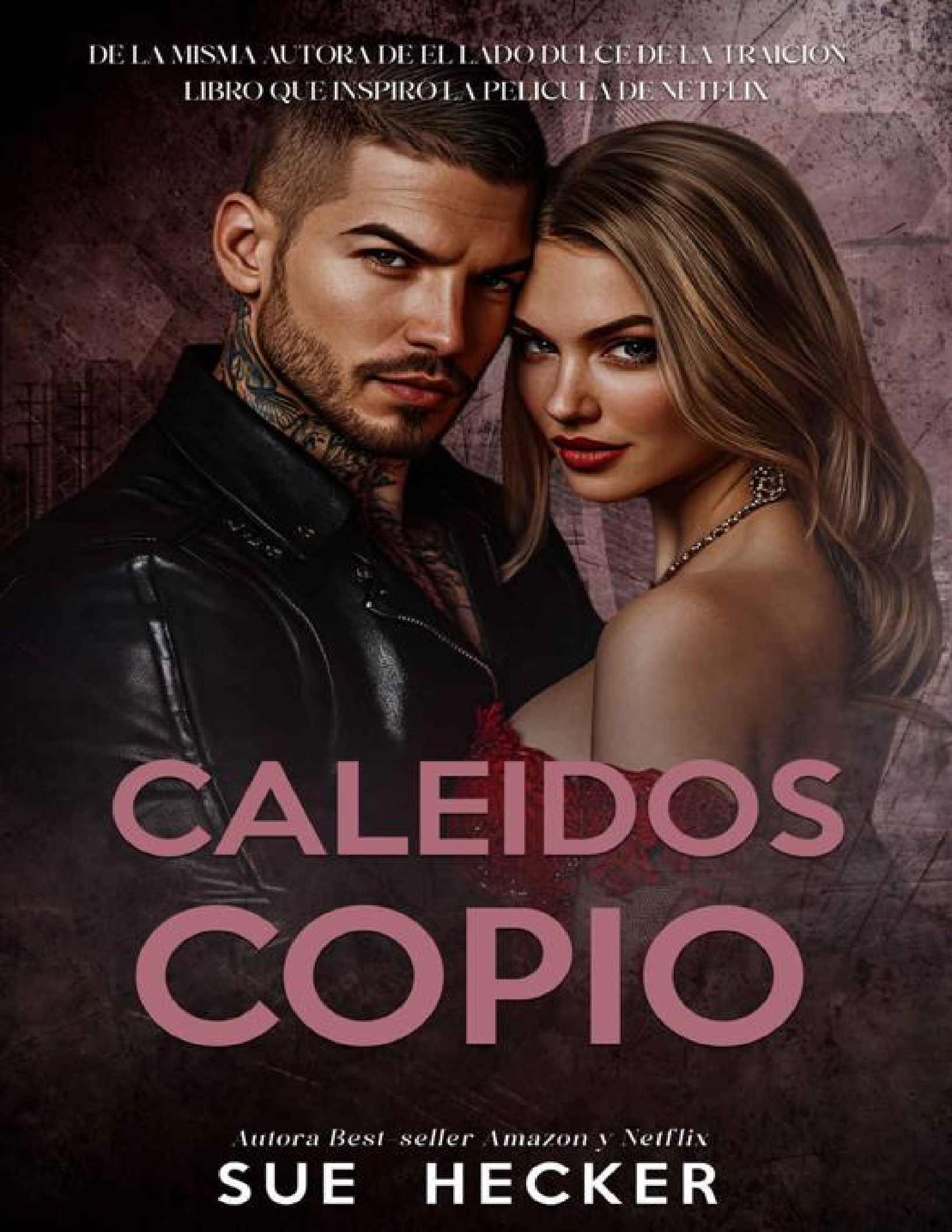
DE LA MISMA AUTORA DE EL LADO DULCE DE LA TRAICION
LIBRO QUE INSPIRO LA PELICULA DE NETFLIX



CALEIDOS COPIO

Autora Best seller Amazon y Netflix

SUE HECKER

CALEIDOS COPIO

DE LA MISMA AUTORA DE EL LADO DULCE DE LA TRAICIÓN –
LIBRO QUE INSPIRÓ LA PELÍCULA DE NETFLIX

Autora Best-seller Amazon y Netflix

SUE HECKER

COPYRIGHT © SUE HECKER

Edición digital: VM Diagramaciones

Revisión: Etiene Ramos

Se trata de una obra de ficción. Su propósito es entretener a la gente. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Se prohíbe el almacenamiento y/o reproducción de cualquier parte de esta obra por cualquier medio —tangible o intangible–sin el consentimiento escrito del autor.

Creado en Brasil. La violación de los derechos de autor es un delito penalizado por la Ley Nº 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Sumário

Una invitación...

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Una invitación...

Para algunos, ella fue una persona cruel.

Otros pensaban que merecía una nueva oportunidad para aprender a amar.

Le exigieron lealtad hacia lo que ellos consideraban correcto.

Prácticamente nadie tenía esperanzas de que pudiera cambiar.

Incluso llegaron a apostar que solo estaba fingiendo.

Hubo momentos en los que dijeron que parecía estar en un escenario, por ser tan evidentes su falsedad y dramatismo.

La mayoría decía que ella era exactamente eso: una persona despiadada y odiosa.

Bailaba a un ritmo que muchos condenaron y aseguraron que era puro sarcasmo.

Pero ¿cuál es el paso correcto para bailar?

Como la vida es un caleidoscopio, te invito a despejar tu mente y, a partir de esta historia, verla de otra manera.

Espero que los movimientos y giros te sorprendan, ofreciéndote una nueva perspectiva. Una en la que la pasión es capaz de hacer que hasta el más ciego pueda ver.

Paula vivirá nuevas emociones. En algunas, llegará a creer que el infierno es esta ilusión en la que vivimos. En otras, confiará en que el cielo es el límite.

Aprenderá mucho de la diversidad, pero será con el Mal con quien conocerá el verdadero significado de la vida: valorar las pequeñas cosas y las oportunidades.

Disfrútalo...

Prólogo

Malaquías

Con ella, me sentía como la tabla del uno: demasiado fácil.

Bastaba con que me mirara o se echara el pelo hacia un lado, y ahí estaba yo, listo para servirle.

Estaba en mi primer mes de trabajo en el complejo cuando la dirección me llamó para una misión tan atractiva como fatídica:

—Malaquías, la señorita Góes Mesquita llega hoy. Es una huésped frecuente, muy especial para nosotros, y esta vez viene a pasar sus vacaciones con unos amigos para celebrar su cumpleaños. Deberás estar a su disposición. ¿Entendido?

—¡Sí, señor!

Impaciente, empecé a caminar junto a George, el encargado de los asistentes, mientras escuchaba sus órdenes. El tipo tenía la costumbre de caminar mientras hablaba y de gesticular hacia todos lados, sin siquiera mirar a las personas. Su nivel de ansiedad era tan alto que empujaba a quien tuviera enfrente y después pedía permiso. Si es que pedía…

—Si ella decide caminar por la playa o salir de las instalaciones del complejo, deberás acompañarla sin protestar. Estarás a su lado para atenderla.

Siguió enumerando todas mis tareas y yo iba haciendo una nota mental de lo insoportable que sería hacer de niñero de una niña rica. Sin embargo, a pesar de mis altas pretensiones allí, sabía que debía asumir cualquier responsabilidad sin fallar y sin quejarme. Si tenía que someterme a todo eso para que mi padre me aceptara, entonces lo haría. Trataría como si fuera una reliquia sagrada incluso a quien me tratara como trapo viejo.

—Ella estará llegando al final del día, por lo tanto, hoy no necesitaremos tus servicios. Pero mañana —me miró fijamente—,

quiero que estés aquí a las siete en punto.

—Entendido, señor.

—¡No falles!

—¡Sí!

—¿Sí?

—¡No! No fallaré.

El calor abrasador de enero en Salvador de Bahía [1]me estaba matando dentro de la camisa y el short de mi uniforme. Acostumbrado al clima de San Pablo, pensaba que no iba a aguantar mucho tiempo más viviendo ahí antes de revelar mi verdadero propósito: decirle al dueño del lugar que el joven que trabajaba allí como asistente general, en realidad, era su hijo.

Después de un día agitado, decidí ir a la playa. Cuando los huéspedes comenzaban a abandonar las cálidas arenas del atardecer, yo aprovechaba para disfrutarlas. Ese día, el mar me invitaba a sumergirme con cierta nostalgia, ya que a partir del día siguiente tendría que estar a merced de una visitante bastante mimada. "Esnob" había sido el adjetivo más generoso que los empleados más veteranos usaron para describirla. La chica no tenía buena reputación por allí y, por lo que se decía, tampoco tenía educación.

Ya sin ropa, vestido solo con mi traje de baño, estaba doblando mi uniforme antes de guardarlo en la mochila cuando me di cuenta de que el móvil sonaba.

Todos los días, sin falta, a las ocho de la noche, recibía esas llamadas.

—¡Ey, hermano! Llamé porque…

—Porque mamá no deja de insistir —lo interrumpí—. Ya sé todo el drama que debe estar haciendo. ¿Qué tal si mejor me pasas con ella?

—¿Tú crees que ella está aquí? —preguntó.

No hacía falta que estuviera allí para imaginarlo haciéndole señas , tratando de saber qué debía decir. Un momento de silencio, algunas palabras susurradas por ella:

—Te llamo a escondidas todos los días. Mamá fue al mercado —concluyó.

Si ella prefería hacerlo así, yo respetaría su decisión. Ya había descubierto todos sus miedos y preocupaciones, sabía cuáles eran sus fantasmas. O mejor dicho, « el » fantasma que la atormentaba.

No sabría decir cuántas veces le pedí un padre. Cuando uno es niño, quiere tener lo mismo que sus amigos: una familia completa, con mamá y papá. Ella tuvo muchos romances fallidos tratando de cumplir con mi deseo, intentando ocultar mi verdadera paternidad, hasta que se enamoró de Romeo y me dio dos hermanos a los que amo más que a nada en esta vida.

Pero su esposo siempre fue mi padrastro, no mi padre. Nunca me trató mal, pero había una diferencia. Siempre la hay… Los niños eran hijos suyos, y no lo culpo por eso. Fuimos creciendo y, cada vez que mi madre me miraba, veía en sus ojos color mar un pedido de perdón.

Finalmente, a los 17 años, en medio de la indecisión sobre estudiar turismo u hostelería, ella me contó nuestra historia. No lo dudé, tenía que conocerlo. Si tenía un padre, era mi derecho decidir si quería que formara parte de mi vida o no. Tal vez, como ella misma decía, yo llevaba en la sangre ese deseo por conocer el mundo y a sus pueblos, aunque jamás hubiera salido del barrio de Mooca. Viajé a través de libros y revistas y me enamoré de la industria hotelera desde niño.

—Entonces, dile que estoy bien. Envíale un beso y, si necesita algo, yo la llamo. Hasta luego…

—Espera, hermano. Queremos saber si ya lograste hacer lo que te llevó hasta ahí.

—Ayer te dije que no.

Seguí caminando por la playa con el móvil en la mano, alejándome un poco más de lo habitual.

—¿No? Entonces, todavía no…

—Moa, él todavía está de viaje.

—¡Hace más de un mes! —Mi hermano menor a veces era tan dramático como nuestra madre.

—Parece que los ricos no tienen fecha fija para regresar de sus va…ca…cio…nes…

Me distraje al ver pasar frente a mí la silueta de una chica, caminando sobre la arena, envuelta en un pañuelo que se agitaba con la brisa del mar. Mis ojos, mis sentidos y cada músculo de mi cuerpo quedaron presos de esa belleza frente a mí. De repente, ella se detuvo y abrió los brazos, sosteniendo los extremos del pañuelo como si fueran las alas de un ángel, contemplando el mar.

A través de los rayos del atardecer, pude distinguir las curvas de su cuerpo desnudo. Era, sin duda, el espectáculo más perfecto que había presenciado en todo el tiempo que llevaba allí, en esa parte aislada de la playa. Claramente, ella pensaba que estaba sola. Seguramente no había notado mi presencia. Sus manos fueron hacia su pelo recogido y lo soltaron. La cascada cayó por sus hombros desnudos, cubriendo parcialmente su espalda.

—Hermano, ¿todavía estás ahí?

—Moa, tengo que colgar, alguien me está llamando. Manda un beso a mamá.

No sé cómo logré responder. Me faltaba el aire, y un deseo masculino, primitivo, me golpeó con fuerza. Debería haberme ido de ahí, pero mis pies no se movían, y la cosa empeoró cuando ella alzó los brazos como en un ritual y saludó la puesta de sol.

Los rayos del sol brillaban sobre su piel, proyectando la sombra perfecta de sus curvas en la arena.

No podía quedarme ahí.

Cuando por fin estaba a punto de reunir fuerzas para moverme, ella miró hacia atrás y sonrió, haciéndose escuchar.

—Tú debes ser Lorenzzo, ¿cierto?

Cuando me contrataron, me sugirieron usar el apellido de mi madre —el único que tenía, por ser hijo de madre soltera— en vez de mi nombre. Desesperado por la oportunidad, no dudé en aceptar. La intención del departamento de recursos humanos era evitar que

el nombre Malaquías causara bromas entre los huéspedes, y « Mal » era demasiado informal para usarlo en el trabajo.

—El personal del hotel me dijo que te encontraría aquí.

Me giré de lado, intentando disimular el dominio que ese ángel tenía sobre mí. Ya era bastante incómodo verla desnuda, y no quedaría nada bien que notara que se me había parado. En cualquier otra circunstancia, jamás me habría escondido ni evitado mirar a una chica que quisiera exhibirse de ese modo. Pero ahora las cosas eran diferentes, se trataba de una huésped, y no podía cometer ni un solo error.

—¿Yo?

Aún dudando, tragué saliva y miré a mi alrededor como un idiota, como si todo fuera una trampa, una especie de prueba para ver si fracasaba en mi primera misión. No podía apartar la mirada de ella, como si me gritara:

« Mírame otra vez. Mírame… » .

—Tú —confirmó, y ese reconocimiento llenó mi pecho de una absurda satisfacción—. Soy Paula Góes Mesquita, y me dijeron que tú serías mi asistente para todo.

¿Asistente para todo? ¿Quiso decir sirviente? ¿De qué época venía esta mujer? Cuando Rodrigo —mi mejor amigo de aquí y quien me acogió desde que llegué— me dijo que la chica era demasiado esnob, jamás imaginé que sería para tanto.

—Disculpa. Me dijeron que la señorita necesitaría mis servicios a partir de mañana.

—Seguro fue eso lo que mis padres acordaron. Pero resulta que odio estar sola, y mis amigos cambiaron de planes y no llegarán hasta dentro de cinco días. Como ves, hasta entonces somos tú y yo. Yo contigo, tú conmigo.

—¿Está insinuando que debería trabajar en mi rato libre solo para atenderla?

—En este momento, me encantaría que me obedecieras... —Sus ojos se dirigieron directamente a mi short de baño.

Mordió el labio inferior con descaro, pareciendo una puta, deseosa de satisfacer sus deseos. ¿Era posible que la situación empeorara? Si el señor George o alguien del hotel aparecía ahí en ese instante, estaría jodido.

—Para empezar, estás demasiado vestido, ¿no crees? —preguntó. Esbozó una sonrisa con una expresión que la convirtió, en un instante, de ángel a diabla.

De pies a cabeza, su piel era tentadora al extremo. Necesitaba tocarla. Sus curvas eran indecentes y provocadoras para un simple mortal como yo. Y eso sin contar la feminidad descarada con la que se movía, pasando el peso de un pie al otro solo para provocarme más.

—¿Estoy demasiado vestido o tú está demasiado desnuda?

—Por si no lo notaste, pasaste por delante del cartel de playa nudista privada a unos 300 metros.

¿Cartel? ¿Dónde demonios había una señal que yo no vi? Por la expresión de duda en mi rostro, creo que se dio cuenta. Entonces se inclinó un poco y señaló justo hacia la dirección correcta. Me había equivocado en algo, ella no era solo indecente y exhibicionista. Estaba por encima de eso.

—Si hay un cartel, entonces debo informarle que estaré esperándola para que se bañe con libertad.

—Lorenzzo, ¡deja de ser tan correcto! Ven a disfrutar conmigo. El agua está deliciosa —dijo y corrió hacia el mar.

Justo antes de inclinarse y sumergirse con gracia, agregó:

—Para que lo sepas, no soy buena nadadora. Y hasta donde sé, tú también debes ser mi salvavidas.

Sus brazos cortaban el agua como si hubiera nacido nadando. Se sumergía bajo las olas y salía como una sirena.

Sí, claro... ¡nadar mal, una mierda!

¿Y si estaba diciendo la verdad y esa parte realmente era una zona nudista? Si era así, ¿por qué nadie me había dicho nunca nada? Intentando encontrar algún rastro de la playa que bordeaba el complejo, me di cuenta de que estaba muy lejos. Eso era un

problema. Si alguien me veía ahí vestido, podría tener un lío serio. Tenía que quitarme el bañador.

Mientras ella seguía nadando mar adentro, yo bajé la cabeza por un momento para quitarme el bañador de una pierna y luego de la otra. Cuando me levanté, un instinto protector me sacudió al verla demasiado lejos.

—¡Regrese, señorita Góes Mesquita! —grité.

¡Qué chica más loca!

Desde la orilla, no le quitaba los ojos de encima, y justo cuando ella me hacía señas de que todo iba bien, una ola más grande rompió a sus espaldas, y la perdí de vista. Un segundo después, vi sus brazos agitándose, pidiendo ayuda.

Desesperado, corrí hacia el mar y nadé como si estuviera en una competición de rescate.

La adrenalina evitó que siquiera me quejara de lo fría que estaba el agua, a pesar de que ella decía que estaba deliciosa. Bastaron unas pocas brazadas y ahí estaba, frente a ella, con el cuerpo parcialmente junto al suyo, más allá de la rompiente.

De cerca, pude ver cuán bonita era, con el rostro fino, la nariz ligeramente respingada, los labios carnosos… todo como me gustaba. Pero fueron sus ojos —donde habitaba su esencia— lo que más me impactó. No era el color zafiro lo que me atrapaba, sino el desafío que brillaba en ellos. Por un momento, pensé ver arrepentimiento por haber fingido ahogarse y engañarme. Pero estaba equivocado. Enseguida, sus ojos brillaron con picardía, arrastrándome al infierno, sin derecho a redención.

—Me asustó, señorita.

—Nadas muy bien, Lorenzzo. Debería haber sospechado que, con un cuerpo tan atlético, practicabas algún deporte.

Y de hecho, desde pequeño había hecho todo tipo de deportes en el Clube Escola Mooca, en su programa municipal. Allí practiqué por años fútbol, gimnasia y judo, entre otros. En todas las actividades deportivas disponibles, ahí estábamos mis dos hermanos y yo.

La corriente la empujó hacia mí, y su cuerpo terminó presionando directamente contra mi erección.

Mi corazón se aceleró al sentirla así de cerca. Un sonido incontrolable escapó de mis labios, seguido de otro al darme cuenta de que ella, lejos de incomodarse, me provocaba aún más.

—¿Cómo supo quién era yo?

—Fue la primera información que obtuve en cuanto te vi en el hotel. Solo le pregunté a uno de los empleados quién eras.

—¿La señorita me vio en el hotel?

Durante un segundo, pareció sonrojarse, incómoda, pero luego volvió a provocarme al notar que mis cejas casi se unían por la desconfianza.

—Puedo decir que estuve observándote durante horas.

No podía creer lo que estaba escuchando. Su voz me atraía, sonaba ronca y temblorosa.

—Pero eso es raro. ¿Por qué no me dijeron que ya habías llegado?

—¿Vas a seguir llamándome señorita? —Y luego, susurrando, añadió—. Ya te dije que me llamo Pau...la. —Remarcó la primera sílaba mientras se frotaba contra mí.

—¿Pau...la? —devolví la pregunta con otra y la provoqué en la misma medida—. Todavía me debes una respuesta.

—Puedo ser muy astuta cuando quiero.

Y sí que podía. No tenía dudas de eso. Completamente disimulada, fingiendo que apoyaba las manos para mantener el equilibrio, me rodeó. Que la prudencia se fuera a la mierda en ese momento. No podía ignorar semejante lujuria.

Fuera de mí, entré en el juego, aunque sabía que no era lo más recomendable. Primero le daría lo que estaba pidiendo. Y estaba desesperado por hacerlo. Después, ya vería qué pasaba y cómo manejaría la situación.

—¿Entonces es capaz de ocultar sus deseos?

Había algo en sus ojos que me hacía pensar que era como un caleidoscopio. Dependería de mí verla como quisiera. A veces sería

un ángel, otras una diabla, y otras una mujer atrevida tratando de esconder su vulnerabilidad.

—Solo cuando quiero. Ahora mismo, por ejemplo, no tengo la menor intención de ocultar lo que siento.

Sus piernas se enroscaron en mi cintura y, al notar su deseo por mí, no pude resistirme. Al demonio con la ética de mantenerme alejado de los huéspedes. Para ser sincero, me encantó recordar que sería su asistente personal, y para probar mi teoría, la rodeé por la cintura con los brazos. Ella no se apartó, ni siquiera se sorprendió. Sus pechos pequeños y firmes se presionaban contra el mío provocándome una oleada de deseo . El hilo de atracción se convirtió en un ovillo. Le agradecí al mar cuando una corriente más fuerte nos separó un poco, justo lo necesario para que mi erección se acomodara entre sus piernas.

Casi se me fue el aire al tocarla, sintiéndome atrapado por su textura y la calidez de su piel contra mi erección adolorida y palpitante. Ella tembló, y fue como hierro fundido recorriéndome los nervios, que se estremecieron. Sus ojos parecieron encenderse como brasas, quemándome. Nada fue forzado, y podía decir, con certeza, que en mis diecisiete años, era la primera vez que me involucraba tan íntimamente con una chica sin haberla cortejado ni estar en una relación.

—¿Qué siente? —pregunté. Necesitaba que me respondiera.

Fuera cual fuera la respuesta, el hechizo que había lanzado sobre mí me hacía querer devorarla. Y estaba seguro de que descubriría que, en el fuego en el que solía jugar, yo la quemaría.

—Creo que preguntas demasiado. Me parece que hay algo mal en tu boca, ¡todavía está lejos de la mía!

Respuesta perfecta... El triunfo y la emoción hicieron que surgieran chispas cuando nuestros labios se encontraron. La respiración se intensificó con la excitación. Era evidente que sus ojos, al entrecerrarse, me daban la señal perfecta para invadirle la boca con mi lengua y saborear sus labios receptivos.

—Tienes razón. Necesitamos un rescate... y respiración boca a boca.

Hambriento, tomé sus labios, y un seísmo me atravesó por completo. Cada roce de su cuerpo contra el mío provocaba temblores entre nuestros labios y lenguas, que se enredaban en un ritmo de pura excitación, anunciando el preludio de algo mucho más carnal.

Al igual que yo, ella me deseaba. Sabía que no se trataría solo de un beso; íbamos a tenerlo todo. No habíamos intercambiado muchas palabras. No sabía casi nada de ella, aparte de su nombre, su apellido y su arrogancia. Estaba haciendo algo totalmente alejado de lo que solía ser mi conducta.

—¿De verdad viste un cartel que indicaba que esta era una zona nudista?

—Juraría que lo vi.

Sus ojos y esa sonrisa traviesa no necesitaron decir nada más. La magia de esa chica me arrastró mar adentro y me hechizó por completo.

Ese momento era como un buen sueño, y al día siguiente no habría palabras suficientes para explicarlo.

Capítulo 1

Paula Góes Mesquita

¿Hasta dónde puede hundirse una persona en la vida?

Cuenta en cero, ok.

Tarjeta de crédito al tope, ok.

Amigos desaparecidos, ok.

Acreedores llamando, ok.

Teléfono fijo cortado por falta de pago, ok.

¿Luz y agua? ¡No! Eso ya es demasiado castigo. No puedo permitir que me corten esos servicios.

Mis estadísticas están por el suelo… ¿Qué voy a hacer ahora? Desolada, me siento en el último escalón de la escalera de mi casa, y las palmas sucias de mis manos me muestran que ese mármol, que alguna vez brilló, necesita una buena limpieza.

Limpieza que voy a tener que hacer yo misma.

¡Dios mío! Mi crisis financiera es tan grave que, si se me ocurriera beber algo con alcohol, tendría que conformarme con lamer las páginas de perfumería de un catálogo de cosméticos.

Definitivamente, no veo ni una lucecita al final del túnel y, para completar el desastre que se apoderó de mi vida, hoy terminé siendo motivo de burla de esa chismosa, hija del verdulero, que al escucharme quejarme en voz alta porque mi móvil no tenía saldo, lanzó un comentario sarcástico para su amiguita de trabajo. Yo también, ¿por qué tuve que llamar al abogado justo en ese momento? ¿Tanto me costaba ser menos ansiosa y esperar a llegar a mi casa? ¡Claro que no! Soy impulsiva, y lo que escuché me lo merecía, para que aprenda a quedarme callada. ¡Ay! Qué rabia me da recordar esa situación:

—Tu móvil solo recibe llamadas. O sea, parece más un teléfono para hablar con los muertos.

¿Se refería a mí? Miro a los lados y no había nadie más. Me sube la sangre a la cabeza. Nunca me cayó bien esa delgaducha, ojo de besugo, y en ese instante me molestó verla refiriéndose con tanto desprecio a las pocas cosas de valor que todavía me quedaban. Desde la época del colegio, no la soportaba. Siempre fue una chismosa y una envidiosa. Furiosa, no me aguanté y solté:

—Escúchame, querida, esto es un iPhone, no una religión. Aunque, seguramente, ni siquiera sabes lo que es uno, ¿cierto?

Mientras cuento mentalmente tres bananas, dos peras, dos manzanas y un manojo de lechuga, rezo para que la cuenta no superara el cambio que llevaba en el monedero. Tener que devolver alguna fruta sería una humillación para mí y una victoria para esa estúpida que estaba contando mi compra y todavía intentaba burlarse de mí. No era tonta, ya había hecho las cuentas mientras las elegía. Si algo podía decir con orgullo, era que las matemáticas siempre se me dieron bien, aunque por presión de mi padre terminé estudiando humanidades en la universidad. Una frustración profesional total. Derecho jamás fue lo mío, y prueba de eso es que ni siquiera pasé el examen de ingreso de abogacía.

Cuando vi en la pantalla que el total eran doce reales, estuve a punto de hacer el baile de la victoria y sacarle la lengua a la bruja esa mientras me daba el cambio de los quince que le entregué con orgullo. Les dije que era buena en matemáticas.

—Si mal no recuerdo, te llamas Paula, ¿no? Mira, puedes tener el iPhone más moderno, pero por lo que acabas de decir —y te escuché clarito— tu móvil solo recibe llamadas. O sea, parece más un teléfono para hablar con los muertos. Tenemos recargas de diez, treinta y cincuenta reales... de todas las operadoras. ¿Quieres recargar crédito?

¿Crédito? ¿Eso era lo que me estaba ofreciendo esa víbora? No tenía ni un centavo más para recargar el móvil, pero eso no se lo iba a decir. No a ella. Ese era solo otro ítem en mi larga lista de

decadencia. ¿Cuándo imaginé que necesitaría cargar crédito en un móvil para comunicarme? ¡Nunca! Paula Góes Mesquita siempre tuvo planes ilimitados. Aunque eso, ella tampoco tenía porqué saberlo. Era cierto que el rumor de mi quiebra ya estaba corriendo por todos lados, pero no tenía por qué humillarme más y bajarme de los tacones. Prefería pisotear y aplastar a mis enemigos en la cara.

—¡Por el amor de Dios! Hasta dónde llega un vendedor —digo, mirando al techo y sacudiendo la cabeza con desdén—. ¿Entonces resulta que escuchas las conversaciones de los clientes solo para vender algo? ¡Por favor! ¿De verdad crees que mi iPhone es prepago?

Juro que si respondía que sí, agarraba una de las bananas y se la metía en la boca. Pero no dijo nada. Solo se quedó mirándome, blanca como un fantasma.

—Toma tus recargas, mételas todas en tu Android y ponte a hacer algo útil, en lugar de andar metiéndote en la vida de los clientes. ¡Que te vaya bien!

Volviendo la atención a mis manos sucias, intentando olvidar el episodio de más temprano, las froté entre sí y me levanté.

Levanta la cabeza, princesa, que se te cae la corona… Al final, tienes una misión que cumplir.

Por ridícula que fuera esa frase, esa era la realidad.

Intentando convencerme de eso, me preparo para agarrar la maleta de los viajes que tanto añoro y las bolsas. Solo que esta vez no son bolsas de plástico con frutas, son de papel y están llenas de mi ropa de marca, de diseñadores famosos, que —para completar mi degradación y humillación— estoy a punto de vender.

Sigo el consejo de la única amiga que me queda —que, por cierto, es pobre— y me dijo que era mejor venderlas para poder sobrevivir con un poco de dignidad. Como si fuera tan fácil, venderlas, agarrar el dinero y decirles adiós.

Pero como no tengo salida, meto todo en el coche, acomodándolo como sea. Mientras conduzco hacia mi destino, pienso en lo radical que fue el cambio de mi vida. Meses atrás, esas

bolsas estarían llenas de compras que traería a casa. Y cuando digo compras, hablo de esas que haces sin mirar precios, entrando a una boutique y gastando sin límites. Pero ahora… ahora voy a vaciarlas.

La voz insoportable del GPS del coche anuncia: *Has llegado a tu destino*.

—¿Aquí? —me pregunto, frenando de golpe—. ¿Qué porquería es esta que tiene un cartel que dice "Tienda de segunda mano chic"? ¿Será que la mente brillante que eligió ese nombre no se dio cuenta de lo mal que está su concepto de "chic"? ¡Voy a estrangular a esa jirafa de Mari Borges!

Apago el coche, alargando el momento antes de bajar.

¿Qué va a ser de mí si alguien me ve entrando a este lugar?

La verdad, por más cruda y dura que sea —y en mi caso, es más dura que nada—, es muy simple, tengo que enfrentarla.

Vamos, Paula.

Respiro hondo, me ajusto los pechos, me pongo la gorra, me bajo las gafas de sol, miro a ambos lados de la calle y salgo del coche.

¡Qué situación!

Mi necesidad de disimulo es tal que parezco un vendedor disfrazado de Teletubbie en un día caluroso de verano, vendiendo algodón de azúcar en la playa.

Al sacar las bolsas, tiro de la maleta con torpeza. Está tan pesada, tan llena, que siento que las correas empiezan a reventar.

Paula, enfócate en lo positivo, mujer. Los pensamientos negativos atraen cosas negativas.

¡Dios mío, esta situación es tocar fondo!

Mi única esperanza es que todavía tengo la posibilidad de quedarme con la herencia de mi hijita, a quien el Padre Celestial decidió llevarse. En realidad, debería habérsela quedado allá arriba desde el principio. No entiendo por qué pensó que tenía que mandarla a visitar la Tierra.

Sé que esto suena como un pecado, pero de verdad quisiera entender por qué darle vida a un ser destinado a sufrir. ¿Es algún

tipo de castigo? ¿Karma?

Quisiera ser una simple espectadora y ver a todos los que me dieron la espalda pasar por lo que yo pasé. ¿Existirá algún ser tan evolucionado como para quedarse tranquilo viendo a una niña sufrir? En mi opinión, solo alguien muy egoísta podría ver la enfermedad de mi hija, Victoria, como algo normal.

¡Vamos, maleta! Si entraste, ahora tienes que salir.

Tiro de un lado, tiro del otro, pongo fuerza y saco toda la rabia… y la maldita correa se queda en mi mano.

—¡Ay! —exclamo, sintiendo un golpe seco y un dolor punzante en la cadera.

Todo pasa rapidísimo, y cuando me doy cuenta, estoy tirada en el suelo como un costal.

¿Podrían las cosas empeorar?

¡No! Piensa, Paula… Esto es solo una fase.

Inhalo y exhalo profundo.

Qué escena tan patética. ¿A quién quiero engañar haciéndome la iluminada, como si estuviera en plena meditación, cuando estoy tumbada en el suelo como una idiota?

¡Mañana será diferente! Tendrás buenas noticias, recuerda que el Dr. Bueno ha llamado y te ha dado cita para dentro de unos días. ¡Eso solo puede ser una buena señal!

¿Será que Marco finalmente entró en razón y se dio cuenta de que mi dinero no debe estar en sus manos? Si es así, la herencia que mis padres dejaron para mi fallecida hija, que Dios la tenga en su gloria, vendrá directamente para mí.

¡Amén!

Cuando eso pase, lo primero que haré será contratar a un buen abogado que me ayude a administrar el dinero, y luego, a un detective para rastrear todo lo que ese bandido latino me robó de mi parte de la herencia. Pero mientras todo eso se resuelve, necesito deshacerme de toda esta ropa carísima y de estos zapatos divinos para, por lo menos, poder pagarme la comida por delivery...

Seré una mujer sofisticada de paladar refinado... comiendo en restaurantes de comida rápida.

—Señorita, ¿se lastimó?

Levanto la vista y veo a varias personas; bueno, en realidad, casi una multitud a mi alrededor, y un adolescente cerca de mí, recogiendo las bolsas y la ropa esparcidas por el suelo.

¿Qué fue lo que dije hace un rato? ¿Refinada, no? Pues eso soy.

—Fue solo un mareo. Ya pasó —digo, aunque me duele todo el cuerpo.

Me levanto rápido y le quito las bolsas de las manos. Mal vestido, el chico parece más un carterista que un buen samaritano.

—Solo quiero ayudar, señorita.

—No hace falta —respondo, desconfiada—. Está todo bien.

Ya de pie, trato de arrastrar la maleta otra vez, y esta vez, la maldita se desliza sin problema. Pero sin las correas, me exige más esfuerzo y casi me vuelvo a caer.

—Esa maleta debe estar muy pesada. Yo la llevo por usted.

¡Qué tipo tan insistente! Ni tiempo me da de contestar, y ya la tiene en brazos, metiéndola dentro de la tienda.

—¡Espera!

¿Será que cree que le voy a dar una moneda? Si eso es lo que piensa, se jodió. ¡Ni aunque me sacudan de cabeza saldría una! Claro que era eso. La gente no hace nada sin querer algo a cambio. Si no es un favor, es dinero.

—Listo.

—Mira, solo tengo tarjeta de crédito. No tengo…

—Señorita, no tiene que darme nada. Solo quise ayudar.

—Entonces, gracias —digo, aliviada.

—Si necesita algo, trabajo ahí en el semáforo. Solo llámeme.

Se da la vuelta para irse, y yo me siento avergonzada por haber desconfiado de él.

—¿Puedo preguntarte por qué me ayudaste?

—La luz del semáforo se había puesto en rojo y estaba mirando a mi alrededor cuando te vi caer.

—¡Qué noble eres!

Sonríe.

—¿Noble? Me gusta cómo suena eso. ¡Buenas ventas, señorita! Ahora tengo que irme, porque ya perdí dos semáforos.

Sale corriendo, y yo me quedo ahí, mirando desde lejos cómo hace malabares con cinco pelotitas frente a los coches detenidos.

Ya dentro de la tienda, muestro la ropa a la señora del mostrador y la observo mientras examina cada prenda. Cuando me dice los precios, casi me da un ataque.

—¿Qué? —digo, indignada—. Señora, este vestido es un Lanvin original, por el que pagué quince mil reales, ¿y me quiere ofrecer solo novecientos? ¿Está segura de que aquí solo se venden prendas de diseñador?

—Estoy siendo generosa. En cualquier otro local de segunda mano no le ofrecerían ni cien por él.

Generosa en la misma medida en la que Hitler era buen tipo. ¡Esta mujer me estaba robando, eso es lo que estaba haciendo! Sus ojos se dirigen a mi gorra y yo instintivamente me la acomodo.

—Esa gorra le daría un buen dinero.

Si ni siquiera sabía valorar un vestido, jamás iba a entender el valor de mi New York Yankees con quinientos cristales incrustados de la New Era. Seguro pensaría que era una gorra bordada con mostacillas.

—¡Esa no está en venta! —Es lo único que puedo decir.

Cuatro mil quinientos reales. Eso fue lo que logré sacar por vender una maleta llena de ropa que valía más de trescientos mil. Y lo peor… casi digo "amén" al ver el dinero. Salgo de ahí maldiciendo a esa mercenaria.

Ya en el coche, en el semáforo, veo al chico jugar con las pelotitas. Con una sonrisa en los ojos, parece disfrutar de estar ahí, bajo el sol o la lluvia, entreteniendo a los demás. De repente, lanza todas las pelotitas al aire y, abriendo el bolsillo delantero del overol, se las mete todas en el bolsillo.

Como si tuviera público, hace una reverencia y se acerca a los coches detenidos. Yo lo sigo con la mirada… Orgullosa de haber exigido que me pagaran en efectivo, saco veinte reales de la bolsa cuando él se acerca a mi ventanilla.

—¡Eres bueno, chico!

—Hago lo que puedo. —Sonríe con orgullo.

—¿Modesto? Toma. —Le entrego el dinero.

—¿Esta vez puedo hacerle yo una pregunta?

Me da risa lo atrevido que es.

—Adelante..

—¿Me estás dando estos veinte reales porque te gustó mi show o porque te ayudé?

—Creo que ambas cosas —digo con sinceridad, esperando saber qué responderá.

—No debería pagarle a la gente por ayudarte. El dinero no puede comprar la bondad.

—Bienvenido al mundo real, chico. El dinero lo compra todo.

—Creo que tu mundo es distinto al mío. —Los coches empiezan a tocar la bocina y él les pide un momento, haciendo señas con las manos—. Dime una cosa más ¿cuál es la dirección de tu mundo?

—¿Dirección? —pregunto, sonriendo.

—Quiero saber cuál es, para seguir yendo en sentido contrario. —Las bocinas aumentan y él se despide con un gesto. —¡Buen viaje, señorita!

Sigo mi camino pensando cuál será la ruta de este nuevo mundo en el que me encuentro, y cuándo fue la última vez —si es que alguna vez sucedió— que noté o hablé con un artista callejero en un semáforo. Creo que nunca.

Estaciono en la esquina de mi casa y me invade una sensación ya conocida, me aterra encontrarme con un agente judicial esperando para embargarme el coche. Ya recibí una notificación de que estuvo aquí, y la rompí en mil pedazos. Estoy viviendo con miedo .

Cuando suena el intercomunicador, ni me molesto en contestar. Ya no tengo empleada. La casa es un desastre, está llena de polvo y

suciedad, y ni siquiera sé cómo se usa una escoba. Tristemente, tengo que lavar los vasos, porque ya usé hasta las tazas para beber algo y todas están sucias. ¿Cómo puede una persona terminar en una miseria como esta?

Lo voy a repetir...

Era una mujer mimada, nacida en cuna de oro. Me casé con un hombre que parecía amarme, pero no tanto. Fue más bien un matrimonio por conveniencia, que no duró mucho. Me embaracé, y durante la gestación descubrí que mi hija era anencefálica. Me volví loca. Intenté abortar en secreto y me descubrieron. El cuento de hadas del matrimonio perfecto se fue a pique. Me separé y volví a vivir con mis padres. Ellos murieron, y mi hija, que quedó bajo la custodia del padre, también falleció.

Mis padres dejaron una herencia para las dos. Ella recibió la mayor parte. Fue injusto, pero no podía desenterrar a mis padres para que cambiaran el testamento. En una fiesta conocí a un desgraciado y creí que sería mi refugio seguro, pero me equivoqué por completo. Perdí todo. Esa fue la mayor estupidez de mi vida... ¿Será que ahora, después de repetir esta historia cientos de veces, podré por fin seguir adelante?

Cierro la puerta de la casa de golpe, como si todo lo que acabo de recordar fuera una mentira o una pesadilla, y aquí adentro pudiera descubrir que nada de eso es cierto, pero no. Todo es dolorosamente real.

Capítulo 2

Paula

Observo la decoración anticuada y carísima que hay en la casa. Si pude vender mi ropa, ¿por qué no vender también esas piezas valiosas? Entonces, una idea brillante se cruza por mi mente: vender todo lo que pueda, lo más rápido posible. Los muebles son tan feos que ni el precio elevado los hace ver bonitos. Decidida, busco direcciones de anticuarios en la guía telefónica, ya que no tengo internet. Podría usar la del vecino, si supiera la contraseña. Juro que hasta lo intenté, inventando una excusa para ese nuevo rico, diciéndole que tenía problemas con mi conexión, pero el imbécil me dijo que solo su hija, que está en Aspen, podía autorizar el uso del wifi. Al escuchar eso, no me aguanto: simplemente le digo que se meta la contraseña en el culo.

Encuentro la página de los anticuarios y anoto las direcciones. Echo otro vistazo a mi alrededor y noto que hay cuadros que podrían dejarme un buen dinero. Vuelvo a hojear las páginas y doy con los nombres de galerías que tal vez pagarían bien por esas piezas.

Intentando demostrar que soy yo quien controla mi destino, uso todo el conocimiento que tengo sobre antigüedades para seleccionar aquellas que realmente podrían tener valor. Pongo lo que cabe en una maleta Prada y el resto en el coche, lista para otra misión que salvará mi bolsillo.

Almuerzo una barra de cereal y salgo satisfecha, por primera vez, del último anticuario que visité. Claro que, para conseguir lo que quería, tuve que usar toda mi sensualidad y hacer que el viejo baboso —que parecía estar lleno de dinero— me comprara todo por un precio justo. Es decir, ocho mil reales por tres jarrones firmados por una artista de la que nunca había oído hablar. Por el brillo en sus ojos, imagino que me encontró muy atractiva, ya que fijó el precio

—alternando la mirada entre los jarrones y mis pechos— sin pensarlo dos veces. Me sorprendió tanto el valor que ni lo dudé, lo vendí de inmediato.

Y ya sé lo que voy a hacer ahora, pasaré el día en el salón y luego iré a cenar al Fasano. Necesito recargar energías para seguir adelante.

¡Soy rica de nuevo!

Pasan los días y, una mañana preciosa, entre mis sábanas de seda, despierto hermosa, pero pobre y desesperada. Ya vendí todo lo que podía y vuelvo a estar en la ruina. Para colmo, tengo que conformarme con una ducha rápida, ya que lo único que funciona en la mansión es el calentador solar. Me cortaron la electricidad por falta de pago, así que ya no puedo darme mis baños largos en la tina. Ah, cómo me vendría bien ahora sumergirme entre sales y aceites aromáticos. Pero ni loca llenaría la bañera solo con agua caliente y me quedaría ahí hasta que me dé frío y se me arrugue la piel, sin siquiera poder encender los hidromasajes. ¡Eso ya es demasiada pobreza!

Me visto rápido, sabiendo que voy con algunos minutos de retraso a la reunión que el abogado agendó, diciendo que tenía una propuesta de Marco, la cual estoy dispuesta a aceptar. La verdad es que ya me convencí de que tengo que aceptar cualquier cosa que me saque de esta locura en la que se ha convertido mi vida. Camino hasta la esquina y tomo mi coche. Rezo para que llegue a la gasolinera más cercana antes de que se quede sin gasolina. Voy a ponerle los 24 reales que tengo en monedas. Sí, monedas, esas que antes despreciaba y ahora ando buscando por todas las carteras tiradas en el suelo de mi armario.

Después de un rato, llego a la oficina. Espero que me anuncien antes de ir a la sala de reuniones. Bello y encantador, junto al asqueroso de Bueno, ahí está él: el guapísimo y seductor Jonas, con toda su arrogancia, ya esperándome. Ese hombre es de los que una desea que la arrinconen contra la pared y la llenen de besos.

—Disculpe la demora, doctor Jonas. —Cordial como toda una dama, le tiendo la mano para saludarlo.

—Hola. Yo también acabo de llegar.

—¿Cómo estás, Paula? —Bueno me saluda, con sarcasmo derramando por su boca. Por un momento, había olvidado que no estábamos solos. Ese tipo se cree brillante, cuando en realidad lo único que brilla es su cara grasosa.

Qué tipo más desagradable… No lo soporto y sé perfectamente cuánto disfrutó leer el testamento en el que mi padre dejaba la mayor parte de su patrimonio a su nieta. Desde la época en que frecuentaba la casa de mis padres, jamás ocultó su antipatía hacia mí.

Estoy segura de que ve mi historia como una telenovela barata, en la que yo soy la desgraciada que abandonó al marido y a la hija, y que ahora está pagando el precio que todos querían que pagara.

—Muy bien, doctor Bueno. —Asiento con la cabeza, con falsa cortesía.

Después de los saludos, no perdemos tiempo. Jonas me acerca suavemente una silla para que me siente. Recibo el documento con la propuesta y, sin perder tiempo, empiezo a leer. Al terminar, cada vez más impactada por las estupideces que acabo de leer, me siento aturdida. Intento mantener la calma y pensar que todo eso no puede ser más que una broma de mal gusto. ¿Qué clase de condiciones son esas?

—¿Pueden darme ahora la propuesta de Marco? —los encaro, consternada—. Porque este borrador que me presentan no tiene ni pies ni cabeza.

Mientras Jonas me observa con una expresión de duda, Bueno me mira con esa superioridad suya, como si yo fuera una mendiga pidiendo sobras.

—No hay otra propuesta, Paula. Mi cliente estableció estos términos y fue categórico: son irrevocables. O los tomas o los dejas.

Jonas solo puede haber comido mierda de gallina para haber escrito esta propuesta, mínimo… O Marco está intentando

humillarme de la peor manera posible.

—¿Él quiere que yo trabaje como voluntaria, durante cinco años, en alguna institución para niños con problemas mentales? ¿Tengo que recibir órdenes de gente que ni siquiera conozco, a cambio de un miserable ingreso, proveniente del alquiler de una de las casas que, supuestamente, me pertenecen? ¿Es en serio? —escupo las palabras, y los dos, incómodos, levantan las cejas, sorprendidos.

—Creo que no leíste bien la propuesta —Bueno se adelanta, disfrutando de la miseria que me ofrecen—, pero te lo explico. Marco quiere que demuestres que mereces la herencia de Vitória. Pero entiende que necesitas un ingreso, por eso te ofrece las rentas de una de las casas heredadas para cubrir tus gastos durante ese período.

—¡Eso lo entendí muy bien! Puedo haber perdido dinero, ¡pero no la inteligencia para darme cuenta de lo infame que es esta propuesta! ¡Ni muerta acepto esto! —Golpeo la mesa, alterada. Bueno, en realidad, completamente fuera de mí.

—Entonces, que tengas un buen día. No hay nada más que tratar. —Jonas hace uso de toda su arrogancia, levantándose.

Me desespero, porque, aunque ya envié mi currículum a casi todos los bufetes de abogados de la ciudad —incluyendo a aquellos en los que trabajan los llamados "abogados de criminales"—, todas las entrevistas fueron un fracaso. Por lo tanto, no me queda otra opción que aceptar... o terminaré muriéndome de hambre.

—¡Espera! Lo voy a firmar… Pero con la condición de que yo elija la institución.

—Mi cliente no se opone a eso. Creo que su propuesta es bastante razonable.

—Solo faltaría que él se opusiera, ¿no es cierto? —El sarcasmo se filtra en mis palabras.

Aquello era una sentencia digna de un juez. Si Marco creía que la vida real era como su tribunal, yo no iba a ser quien lo contradijera. Solo quería recuperar mi herencia.

Siempre intenté mantenerme lejos de la negatividad, pero, con todo lo que ha pasado, cada vez me resulta más difícil no dejarme arrastrar por ella. Parece que con cada día que pasa, la situación se pone peor. Solo no mando a esos abogados al infierno cada vez que llaman para preguntarme sobre mis avances con respecto a la institución que elegí, porque, seguramente, si lo hiciera, allá estarían rodeados de amigos. Si creen que Marco es un angelito por haberme propuesto esa sentencia, deben haber olvidado que Lucifer también era un ángel. Y, para ser sincera, creo que ellos bien se merecen que los mande a la m...

Mejor lo dejo ahí.

Hasta ahora, he postergado todo lo posible la búsqueda de esa institución. En realidad, solo comencé a buscar una cuando ya no pude aguantar más la presión. Y después de visitar algunos lugares deplorables, no puedo olvidarme de un maldito mensaje que vi en una *pancarta*:

"Di no a la discriminación y a la exclusión social.

El ochenta por ciento de las personas con discapacidad en el mundo vive en países *en desarrollo. En estas regiones, la mayoría de las veces, no hay médicos, clínicas ni centros de rehabilitación. Los niños y jóvenes con necesidades especiales, ya sean físicas y/o mentales, a menudo viven en condiciones de pobreza. Muchos de ellos sufren discriminación y exclusión social. Para cambiar esta realidad, únete a nosotros como voluntario, ofreciendo lo mejor de ti para integrar a estas personas en la sociedad".*

Doy vueltas en la cama de un lado a otro. Me pongo la almohada en la cara, intentando que la oscuridad borre esa imagen de mi cabeza, pero no hay caso. Las imágenes de los niños de las instituciones que visité me atormentan sin parar. Vi de todo: niños babeando, otros sin brazos ni piernas, repitiendo movimientos sin sentido. Algunos con los mismos rasgos, otros con caras diferentes… un verdadero desfile de tragedias. Incluso hubo una niña bizca que me habló mientras yo trataba de adivinar hacia dónde estaba

mirando. Y es justo ahí cuando me empiezo a preguntar: ¿cómo podría yo ser útil para ellos?

¡Marco, me las vas a pagar!

Furiosa, le doy un puñetazo a la almohada. Ese idiota quiere hacerse el bueno ante Dios, ¿mandándome como si yo fuera su pasante? ¿De verdad cree que va a expiar sus pecados mandando a otra en su lugar? El infierno te espera, querido, con las puertas abiertas.

Si la vida llega a sonreírme en esta etapa en la que estoy, ni siquiera voy a emocionarme, porque seguro es una burla.

La culpa de tener mi nombre manchado me tiene enferma.

Necesito decidir pronto qué institución elegir. Por más injustas que me parezcan las condiciones que impuso Marco, son mi única salida. Como no puedo dormir, empiezo a hacer una lista mental de las instituciones que visité.

La de Vila Formosa queda descartada, está demasiado lejos.

¿La del Ipiranga? Ni de broma. La mujer que me atendió ahí era una amargada, y todo lo que hizo fue demostrar que le molestaba mi presencia y que no quería que la interrumpiera... Ni siquiera me miró. No puedo trabajar con alguien que me ignora así. Ya tengo suficiente con lo que la vida está haciendo conmigo, y lo está haciendo muy bien, por cierto. Me pregunto por esas pobres criaturas… ¿será que esa bruja las trata igual? Menos mal que hay otras voluntarias trabajando ahí.

—¡Dios mío! —digo en voz alta y me siento en la cama, ya completamente despierta—. ¿Y la mujer que me atendió en Itaim Bibi? ¡Por Dios! No sabía si mirarla a ella o al grano que tenía en la cara.

Parecía el Corre Caminos. Apenas entendí las respuestas a las decenas de preguntas que le hice. Su forma de hablar era como si me estuviera pidiendo un favor: « Con permiso, que tengo cosas más importantes que hacer » . Salí de ahí totalmente frustrada. ¡Y eso que hasta me pareció simpática la institución! No había muchos niños, pero todo estaba perfectamente organizado. ¡Una lástima!

También recuerdo algunas en las que ni siquiera entré, como la del Morumbi.

—¡Es esa! —Doy un salto—. Al menos está dirigido por *gente de la alta sociedad*. Creo que ahí no me voy a sentir tan fuera de lugar. Aunque, pensándolo bien, no importa cuál elija, porque esa es la única que queda. En ese caso, me resigno y finjo que me estoy cansando con un millonario. ¿Conoces esa expresión: "no importa mientras haya dinero de por medio"? No importa si es bonito o feo, lo que necesito es asegurarme una renta estable y aceptar las condiciones de Marco.

Lo peor de todo va a ser tener que salir de esta casa y humillarme una vez más ante Marco, pidiéndole prestada una de las casas de renta que eran de mi padre y que ahora forman parte del reparto de bienes de Vitória. ¿Quién me mandó a atender a esa oficial de justicia que parecía una chica de discoteca con ese vestido tan corto? Seguro estaba usando la ropa de cuando era bebé. Esa no era ropa de adulta, ni aquí ni en ninguna parte del mundo. Lo peor es que me distraje tanto con su apariencia que terminé firmando los papeles sin leerlos… ¿Qué clase de apego era ese? Entiendo que hay gente que no se quiere desprender de lo que tiene, pero esa ropa era un exceso, pasada de moda e indecente.

Ahora, además de todo el caos en el que me metieron, voy a tener que mudarme a un dúplex ubicado en los suburbios.

Que los ángeles de los terrenos baldíos me ayuden, y que al menos me permitan llevarme algunos muebles.

Capítulo 3

Malaquías Lorenzzo Andrade.

Alias, Mal.

Al menos así lo conocen los más cercanos…

No me importa el dinero ni el poder. Ni siquiera me deslumbro con mis hoteles de lujo, las mejores fiestas, las mujeres más hermosas o los placeres más diversos. Siempre he sido muy humilde y con los pies bien puestos sobre la tierra, atado a mis raíces. Por eso, de vez en cuando, me tomo un tiempo para volver a ellas.

Llevo más de seis horas conduciendo, en el camino de Angra a San Pablo. Acelero la Harley, mi gran compañera de aventuras, sintiendo el viento golpear mi cuerpo. Me dan ganas de aullar, saciado, dándole la bienvenida a la libertad. Me siento así cada vez que voy a la casa de mi familia. Allí soy el tipo relajado que necesito ser para recargar energías. No existe el agotamiento de las interminables horas de trabajo que vengo acumulando en estos últimos años.

Libertad… Vacaciones…

El Director General que piensa en la administración de sus negocios desde que se despierta hasta que se acuesta, se quedó atrás, en la última parada, hace seis horas, durante la visita al hotel más nuevo.

Ahora esa responsabilidad está en manos de Rodrigo, mi mejor amigo y hombre de confianza.

Nos conocimos justo cuando llegué a Salvador. Fue él quien me enseñó a hacer todo en el hotel, con él compartí mis secretos y recibí los mejores consejos, como por ejemplo, volver a estudiar y

terminar la carrera de hostelería. Sin mencionar las palabras de aliento y el apoyo para aguantar toda la arrogancia de mi padre hasta sus últimos días. Muchas veces tuve que respirar hondo para no abandonarlo todo y dejarlo atrás. Sin embargo, antes de que me desesperara, ahí estaba Rodrigo…

—¿Vas a abandonar a tu padre ahora? ¿Después de que te costó tanto contarle todo y recibir a cambio una disculpa? Déjalo pasar, está enfermo. Hombre, tú eres la única persona que ese hombre tiene.

Eso era un hecho, me tomó años poder decirle la verdad a Andrade. Creo que solo me animé cuando supe que no estaba haciendo nada para cuidar su salud, y la cirrosis lo estaba consumiendo. No podía permitirlo. De niño, soñé tanto con ese momento…

Hice de todo para ayudarlo. Me volví prácticamente su sombra y soporté todo tipo de cosas. Creía que ese sueño infantil de tener un padre se estaba haciendo realidad. De forma tortuosa, lo admito, pero se estaba concretando. Hasta me pidió que sumara su apellido al mío.

Pobre Digão… Ese tipo aguantó firme y me dio fuerzas cuando Andrade se fue.

Licenciado en administración de empresas, trabajó durante horas a mi lado para reconstruir Beira-Mar, que estaba prácticamente en quiebra. Para él no existía el « no se puede » : si necesitábamos un maletero, recepcionista, ayudante de cocina o portero, ahí estaba él. No fue fácil transformar el Beira-Mar en el incomparable y lujoso *complejo turístico* que es hoy, destinado a una élite cuyos caprichos hay que satisfacer siempre, pero lo logramos.

Me siento orgulloso y tranquilo al saber que él se encargará de todo como si fuera yo. Y cuando digo todo, es todo de verdad. Rodrigo probablemente sabe más sobre mi vida privada que mi propia familia, considerando que incluso escucha mis confesiones sobre los muchos romances que tengo. Siempre ha sido con él con quien me he desahogado.

—Amigo —dijo, con su acento bahiano—. Esta vez te vas a quedar bastante tiempo en San Pablo. ¿Estás seguro de que…?

—Rodrigo, confío en ti. No hay mejores manos en las que podría dejar la administración. Ya lo has hecho antes, no sé por qué te preocupan tanto unos días más.

—Porque tengo la sensación de que este tiempo se va a extender mucho más de treinta días…

—¿Tienes miedo de no poder con todo? Dilo de una vez —le digo en broma.

En el fondo, sabía que su preocupación era otra. A Digão no le gustaba viajar ni salir de Salvador. El hecho de que hubiera venido conmigo a Angra esta última vez ya era sorprendente.

—Oxe[2], sabes que puedes contar conmigo. Pasar este tiempo con tu familia te va a hacer bien. Ya me imagino la cara de la mamá Giovanna cuando le des las buenas noticias.

—Espero unos buenos dramas. —Nos reímos juntos—. Ahora déjame ir, que me espera un almuerzo y todavía me queda un buen tramo de carretera. No querrás que le diga que me demoré por tu culpa, ¿verdad?

—Que los santos me libren de una pelea con esa italiana. —Sonríe y me estrecha la mano para despedirse.

En la mochila, nada de notebook, ni Tablet... solo llevo el móvil personal y algo de ropa. He trabajado duro estos últimos diecisiete años y he contratado a grandes profesionales. Así que, ahora, puedo darme el lujo de dejar todo bien encaminado en sus manos y desaparecer por un tiempo. Estoy seguro de que Digão estará bien asesorado. Sonrío al recordar sus recomendaciones y preocupaciones.

La última vez que miré el reloj eran las siete y quince. Salgo de la carretera y empiezo a circular por las avenidas de la ciudad. Es entonces cuando noto la llovizna empañando la visera de mi casco. ¿Qué sería de San Pablo sin una llovizna?

Sonrío, feliz. Debo estar loco, eso sí. ¿Cómo es posible que incluso haya extrañado este tráfico infernal? A pesar de las

condiciones del camino, acelero y esquivo los coches. Vivir al límite siempre me atrajo. Al fin y al cabo, el pícaro que creció jugando en la calle, lejos de juguetes caros y tecnología, sigue vivo dentro de mí.

Nunca fui estresado, mucho menos intolerante; sin embargo, últimamente, mi humor me venía diciendo lo que necesitaba, y aquí estoy, volviendo al lugar que me vio nacer.

Las calles estrechas y las casas antiguas del barrio de Mooca me sacan sonrisas, de oreja a oreja. La nostalgia y los recuerdos vívidos de este lugar confirman que venir fue la decisión correcta. Doblo a la derecha por una callejuela y me topo con las casas adosadas, cada una pintada de un color distinto, que tanto ansiaba volver a ver.

Un camión de mudanza estacionado indica que hay nuevos vecinos llegando. Detengo la moto frente al portón de hierro forjado, anunciando mi llegada.

¿Habrá alguien en casa?, me pregunto desde el portón.

Paso la pierna por encima del asiento de la moto, intentando estirarme antes de ser atrapado por los abrazos brutos de mis hermanos y mi madre. Aquí nadie habla solo con la boca, los abrazos también comunican.

Al observar la casa que compré, me alegra haber cumplido el antiguo sueño de la familia. Miro por unos minutos la casa vecina del lado izquierdo. Me pongo a pensar cuánto habrá ganado el dueño al vender ambas propiedades por separado. Mi lado empresario nunca descansa… Es cierto que ese sueño me costó lo mismo que podría haber pagado por la casa vecina, pero valió cada centavo. No puedo esperar a contárselo a todos.

—¡Llegó!

Los gritos de mi madre resuenan por el pasillo angosto, mientras Matheus, mi medio hermano -el del medio- abre la ventana del segundo piso.

—¡Ey, *fratello*! Te tardaste, cabrón. Ya estábamos preocupados.

Como descendemos de italianos, aquí la competición es por ver quién grita más fuerte. Las groserías nunca se reservan, y claro, se

dicen siempre con la mejor de las intenciones. Si hay algo en lo que nuestra madre siempre insistió, fue en establecer el respeto entre nosotros, pero no hay manera de evitar ese vocabulario « amistoso » .

—¿Vas a quedarte allá arriba gritando como una damisela, Theo, o vas a bajar a ver qué puede hacer este cabrón contigo? ¿Acaso te dije a qué hora iba a llegar?

—¡Cuidado con la boca! —nos reprende nuestra madre, mientras saca el manojo de llaves del bolsillo del delantal para abrir el portón —. Dio mio, ¿qué es eso en tu cuello? Dime que esos garabatos son de henna, por favor.

Sonrío ante el drama que hace.

Es tan bonito verla así, llena de energía, gesticulando mientras habla. Extrañé tanto esto. Las expresiones y el lenguaje corporal de mi madre siempre fueron su manera de comunicarse.

—Qué bienvenida tan cálida… ¿Así es como dices que extrañaste a tu primogénito? —pregunto. Apenas abre el portón, la alzo—. Tatuajes de henna solo usé la primera vez que volví de Salvador. Me traumatizaste con esas bofetadas, ¿sabías?

Mientras la llevo hacia dentro, sigo cargando a mi eterna y autoritaria matriarca.

—Después de eso, decidí hacerme tatuajes de verdad y ya no paré. Si tengo que recibir unas bofetadas de mi madre, que al menos las merezca.

—Tardaste mucho esta vez. —Me da unos golpecitos en la espalda, con tono quejumbroso.

—¿Y tú por qué no viniste a visitarme para sacarte las ganas?

—¿Cómo iba a saber en qué rincón del mundo estás metido? A veces en Bahía, a veces en Recife, en Angra… quién sabe dónde más. ¿Cómo voy a saber dónde te escondes?

—Tienes mi número. Esa excusa ya no sirve…

—*Andiamo*, ya bájame. Serás grande, pero el peso de mi mano sigue igualito.

—¡Lo estoy sintiendo! —Me quejo. La bajo al suelo y la lleno de besos—. Pero puedes seguir golpeando, mamá. Extrañaba estos cariños en forma de cachetadas.

No acepta ninguna ayuda económica que venga de los hoteles, ni siquiera me visita allí. Sé que hablar de eso solo va a provocar más discusiones, así que lo evito. Tiene sus resentimientos, y lo único que puedo hacer es respetarlos.

Mamma Giovanna piensa que lo que construí fue gracias a la herencia que dejó mi padre, y por más que intento demostrar que todo fue fruto de mi trabajo, que antes de eso la empresa estaba en quiebra y que mi padre solo dejó deudas, ella me ignora. Por un lado, la entiendo, porque fue gracias al hotel Beira-Mar que todo comenzó. Solo yo sé, como único heredero, cuánto debía mi padre al banco, a los empleados y al Estado. Nunca mencioné nada, porque no quería preocuparla.

Hoy entiendo por qué me habló de mi padre solo cuando ya tenía edad para comprender la verdad. Admito que, en esa época, fui muy rebelde. No le hice caso, la abandoné y me fui tras él a Salvador. Pensaba que ella me había privado de conocerlo y que no tenía ese derecho. Pero al convivir con él, entendí que tenía todas las razones para haberse alejado. El viejo era un hombre difícil y amargado. No fue fácil contarle que era su hijo. Me tomó algunos años.

Mis padres se conocieron cuando ella vino de Italia a Brasil y empezó a trabajar en su hotel. Allí tuvieron un breve romance. Las actitudes de ese portugués seco hacia ella bastaron para que entendiera el rencor que sentía por él. Un hombre jamás debería rechazar a un hijo aún en el vientre y sacarlo de su vida, pero solo con la madurez llegué a admirar la determinación de esa italiana y su fuerza para criarme sola, porque cuando era joven, no veía las cosas así. Solo quería conocer a mi padre y disfrutar de la riqueza que él tenía. Doy gracias al cielo de que me haya perdonado. En realidad, cada vez que tocamos el tema, ella insiste en que nunca tuvo que perdonarme, pero yo me siento mal, porque la culpa todavía me carcome.

—¡Carajo, Mal! Ya estaba maldiciendo a nuestra quinta generación por tardar tanto. Mamá no nos dejó tocar la lasaña que te esperaba.

Es imposible no reconocer los rasgos familiares entre nosotros tres.

—Soy un hermano preocupado, Moisés Antônio. ¡Mira el tamaño de esa panza! —le digo, usando su nombre completo solo para molestarlo. Él es el menor de los tres.

No es que nos avergoncemos de los nombres bíblicos que ella se empeñó en ponernos, pero somos más conocidos por los apodos. De hecho, cuando éramos niños nos daba un poco de vergüenza, porque no eran nombres muy comunes en nuestra generación. Sin embargo, Theo y yo a veces nos lo tomábamos con humor. Moa, en cambio, le pegaba a todo el que se burlaba.

Después de muchas bromas entre hermanos, terminé siendo Mal, porque además de ser abreviación de mi nombre, decían que me quedaba por ser el más bravo. Theo era Matheus, nuestro hermano del medio, y Moa, el único que además de uno, tenía dos nombres bíblicos: Moisés y Antônio.

—Oye, viejo, ¿ya estás tan senil que olvidaste que mi apodo es Moa? —pregunta, acercándose, y noto que mete la barriga antes de tirar de mi para un abrazo—. Soy yo, hombre, tu hermano —bromea —. Igual que la de mamá, mi mano sigue bien pesada. ¿Cómo me gusta que me llamen?

—Tendrás que comerte unos cuantos platos más de lasaña antes de poder pegarme.

Este chico creció y me llena de orgullo. Estoy feliz de poder pagarle los estudios. A sus 26 años ya es médico residente en el Hospital de Clínicas. A diferencia de Theo, que nunca fue fan de los libros y anda saltando de un trabajo a otro. Innumerables veces lo invité a trabajar conmigo, pero siempre se inventa alguna excusa. Ya le he dicho que no durará mucho trabajando conmigo.

Por otro lado, sé que soy un poco responsable de esa flojera suya, porque si tal vez no le ayudara con dinero, ya habría buscado

algo decente que hacer. Sin embargo, me parece justo y me quedo tranquilo, porque al final él es quien cuida y acompaña a nuestra madre. Desde que murió Romeu, se volvió muy vulnerable y depresiva. Creo que mi padrastro fue el gran amor de su vida, pero también tengo la sospecha de que sufrió al enterarse de la muerte de quien me dio la vida.

—¿Ya van a empezar? ¡Nada de peleas, brutos! —Mi madre nos regaña mientras saca la fuente del horno—. ¡Mal, *andiamo*! Ve a lavarte las manos para almorzar. ¡Theo, ¿dónde estás?! ¡La comida se va a enfriar! —grita, llamándolo.

—¿Comeremos esto? —responde el flojo, entrando a la cocina y estirándose.

Es increíble que los tres hayamos heredado los mismos hermosos ojos verdes claro de nuestra madre, a pesar de tener padres diferentes. Y que además tengamos físicos tan parecidos… Excepto Moa, que está un poquito más rellenito que nosotros.

—Hermano, ¿viniste solo? Mamá juraba que ibas a llegar casado y con un montón de hijos —bromea mientras me abraza fuerte.

La felicidad nos invade, llenando mi pecho justo donde late este corazón tan solitario. A diferencia de lo que me decían algunas amantes, que insistían en que no tenía corazón, me alegra que todavía esté ahí, latiendo.

¡Listo! Ahora sí, la reunión está completa. En esta casa, eso solo sucede en la cocina, alrededor de nuestra madre.

—Voy a dejar que vosotros le cumpláis este sueño. Yo me mantengo lejos de problemas —Moa se une al abrazo con nosotros y nos miramos—. Los extrañé.

El grito nostálgico que siempre usamos al bromear juntos resurge entre risas:

—¡Huta, huta, mamá tendrá que aceptarlo. ¡No nos vamos a casar!

La expresión, dicha en coro, nos hace reír. Viene de cuando aún éramos niños. Moa no podía pronunciar « abrazo » y decía « huta » en su lugar. Así que, cada vez que queríamos algo de ella,

la abrazábamos todos juntos y gritábamos esa palabra mágica. Cuando no nos abofeteaba, era porque lográbamos lo que queríamos.

—No crie hijos para que estén solos. Quiero esta casa llena de nietos antes de morir. Ya pueden ir pensando en encontrar una *ragazza*, porque ya estoy muy vieja.

Como buena italiana, es tremendamente dramática.

—¡No digas tonterías! ¡Tú nos vas a enterrar a todos! —Moa se burla de ella—. Hermano, ¿puedes creer que los análisis que le mandé hacer dicen que está mejor que cualquiera de nosotros?

—Y más guapa a cada día que pasa —Me acerco a ella y la abrazo fuerte—. ¿Están espantando a los buitres, cierto?

—¡*Madonna mía*! ¿Qué es eso de buitres? —responde con cariño, dándome su típico tirón de oreja. Nunca pierde la costumbre. Incluso ahora que hemos crecido, sigue reprendiendo nuestro comportamiento con estos pellizcos.

—¡Buitres de la fiel! ¡Aquí estamos, hermano! —bromea Theo, que es hincha fanático del Corinthians.

—¡Qué desilusión! El *nonno* se volvería a morir del disgusto si supiera que tres ovejas descarriadas crecieron en esta casa sin apoyar a nuestro amado Palestra Italia —exagera con ese acento que tanto me gusta.

—*Mamma*, el *nonno* ni nos conoció, menos iba a conocer los equipos de fútbol de Brasil. Has venido sola, ¿cómo se va a morir de pena? —Moa responde en el mismo tono de broma.

—No necesitaba venir para saber qué era lo mejor para nosotros. *Andiamo*, basta ya de charla.

El aroma de la lasaña me recuerda que la última vez que comí fue hace seis horas. También recuerdo que traje una botella de vino especial para celebrar este momento…

—*Mamma*, anda, termina de poner la mesa mientras yo voy a por mis cosas en la moto.. Traje un buen vino para hacerle honor a esta pasta, que seguro está espectacular —Le beso la frente. El viejo cilindro sobre el fregadero muestra el cuidado con el que prepara la

pasta casera—. Me alegra estar aquí —Le guiño un ojo, y ella se derrite con mi gesto.

Aprovecho que está emocionada con mi muestra de cariño para alejarme. Si no salgo rápido, va a insistir en que me siente a comer de una vez y que deje el vino para después. Aunque tengo mucha hambre, este almuerzo debe ser memorable. Tengo una sorpresa para ellos, y traer el vino es la excusa perfecta. Junto con la botella, traigo una carpeta con documentos muy importantes para nuestra familia.

Puedo imaginar a Theo queriendo derribar paredes para agrandar los espacios, a Moa protestando para que no toquen su habitación, y mi madre llorando de emoción por ver cumplido su sueño.

Capítulo 4

Mal

Desabrocho la alforja lateral de la moto y estoy a punto de entrar a casa cuando un movimiento al lado me llama la atención.

—¡Cuidado con esa vitrina! ¡Ni se imaginan lo que cuesta!

Por el rabillo del ojo, sigo toda la escena, atraído por la voz que regaña a los ayudantes de mudanza. Por un momento, dejo de pensar. Carajo, ¿quién es esa rubia? La mujer no es de mi zona, pero me deja pensando.

Interesante… ¿Así que el vecindario en la Mooca ahora tiene nuevos atractivos? ¡Qué visión tan impactante!

La melena dorada cae, resaltando su sensual silueta. La blusa blanca se ajusta a su cintura delgada, obligándome a observar esas curvas con atención. ¡Qué caderas provocativas y generosas! Felicidades, vecina. Esos jeans parecen haber sido hechos a medida para ti.

Entonces, se agacha y tengo una vista espectacular.

Querida, no seré Casas Bahia[3], pero te prometo dedicación total.

Aunque esté de espaldas, siento una extraña incomodidad y un mal presentimiento con este encuentro. Sonrío con cinismo. ¿Quién imaginaría que, a los 34 años, me vería atrapado por una compulsión adolescente al ver las curvas de una mujer y quedaría tan embobado? ¿Y que me volvería tan cursi como para hacer juegos de palabras sobre su belleza?

Levanto la tapa de la alforja y la suelto justo cuando la rubia se da vuelta hacia los tipos para hablarles de nuevo.

¡Yo conozco esa cara! ¿Será una aparición? No puede ser… debo estar equivocado. Recordaría esa naricita respingada aunque tuviera los ojos vendados. Después de todo, la vi muy de cerca varias veces y puedo decir que era sensacional. Ella era la perfección hecha

persona, con esos ojos grandes y azules como mares desconocidos. Fueron esos ojos en los que un día me sumergí… y me ahogué, sin derecho a ser rescatado. Su estatura pequeña era tan atractiva como el infierno. Era lo bastante diminuta como para despertar en cualquiera un instinto protector. Sin embargo, yo no me arriesgaría otra vez por esa pequeña víbora. Su mordida era letal.

—¡Ey, cuidado! Si no pueden llevarlo entre los dos, llamen a alguien más. ¡Van a terminar rayando el mueble!

¡Señorita Paula Góes Mesquita!

Es ella…, reconocería esa voz imponente a kilómetros.

¡Qué mundo tan pequeño! ¿Qué hace aquí esa estirada que un día me humilló de una forma que nunca imaginé?

Por lo que se ve, no ha cambiado casi nada. Mantiene la misma sensualidad del huracán que entró a mi vida y lo destruyó todo… Me atrevería a decir que está incluso un poco más curvilínea. Igual de provocativa.

Esa apariencia frágil y delicada no pasa de una fachada, porque lo que habita dentro de ella es un pequeño monstruo. Sin darme cuenta, me encuentro caminando hacia ella.

¿Qué haces, Mal? ¿Qué vas a decirle?

—Hola, ¿te acuerdas de mí? Soy ese empleado del hotel en Salvador con quien pasaste cinco noches seguidas, entregándote sin reservas, ¿recuerdas? Ah, claro que no te acuerdas... ¿Cómo lo harías, si te olvidaste de todo tan fácil cuando me empujaste a la piscina frente a tus amigos justo después de que nos vieron besándonos? Y todavía gritaste, bien fuerte para que todos oyeran, que yo estaba loco y que te había agarrado a la fuerza. ¿Cuál fue la amenaza que me hiciste? ¡Ah, sí! Que si me volvías a ver cerca, me denunciarías por acoso… Fuiste una niña muy traviesa. ¿Sabías que casi pierdo mi empleo?

Sí, claro… ni loco diré eso. ¿Qué voy a decir? No lo sé. Pero mis pies me empujan hacia adelante. Extraño o no, ella nota mis movimientos y no se aparta. Lo noto por sus gestos.

—¿Dónde quiere que pongamos este mueble? —pregunta uno de los ayudantes de la mudanza.

—i¿Es que no ves?! ¡Un mueble de este tamaño solo cabe en la sala!

Alguien no está de muy buen humor hoy...

—¡Mal! ¡Ven ya, que el almuerzo se va a enfriar!

Los gritos de mi madre llaman su atención. Instantáneamente, sus ojos se cruzan con los míos. Los mismos ojos que un día me fascinaron cuando yo era joven e inexperto. Cambiaban de azul turquesa a

zafiro. Si no la conociera, el impacto de esa mirada podría engañarme otra vez. Pero ahora soy un hombre curtido, inmune a mujeres como ella. Su boca deliciosa se abre para decir algo y, por increíble que parezca, me siento atraído a mirar esos labios carnosos hechos para tentar a cualquier pecador.

Ella es como la muerte disfrazada de ángel...

Indiscutiblemente, sigue siendo muy sexy. Al descubrirme mirándola, ella levanta las cejas mientras sus pómulos se tensan en una expresión típica de desprecio. Le devuelvo el gesto con una sonrisa torcida.

¿La princesa tiene miedo del lobo feroz? ¿O fue mi cabeza rapada lo que la asustó?

Una cosa es cierta: no me reconoció. Claro, la última vez que nos vimos en Salvador, yo todavía tenía pelo. Cualquier hombre se sentiría herido por eso.

Por un instante, pienso en acercarme y preguntarle su nombre. Tal vez llamarla Ana María, y ver cómo reacciona. Al menos así podría soltar: qué lástima… Porque, la verdad, ¡me gustas más tú!

Qué ridículo, Mal —Sonrío solo.

—¿Te estás mudando aquí?

Al mismo tiempo que lo pregunto, me insulto por dentro. ¡La mujer me mira con repulsión y yo aún intento iniciar conversación! ¡Soy un idiota!

—¡Eso parece!

¡Qué maleducada! Se da la vuelta y la veo golpearse el brazo contra el portón.

—¡Maldita sea! ¿Este portón no abre bien nunca? —se queja.

Esa pequeña explosión, aunque contenida, me sacude como nada lo ha hecho últimamente. Incluso tengo ganas de acercarme a ver si se lastimó. Pero mi legendario autocontrol me lo impide. Esa arpía no merece ni un poco de mi preocupación. Es demasiado insolente y fue bastante grosera antes.

Pero, aunque intento hacerme el fuerte con todas esas excusas, termino dando un paso hacia ella. Y ella responde dando uno hacia atrás. Como si estuviera lista para defenderse, me encara y alza su naricita perfecta. La actitud no tiene nada de amigable. Sonrío. No esperaba menos de ella.

—Cuidado, vecina. Cuando la arrogancia va por delante, los accidentes pasan.

Resoplando y tan roja como un tomate, esos ojos de mar se clavan otra vez en mí cuando, en un gesto protector, alzo el brazo y le tomo el suyo. Aunque hoy sea una mujer adulta —y esté roja de furia por mi reacción—, ese rubor me trae recuerdos de cómo reaccionaba cuando estaba entre mis brazos, y eso despierta cada centímetro de mi masculinidad, que reacciona a su presencia de forma salvaje.

—Me hice un poco de daño…

La pequeña raspadura en su piel translúcida muestra lo fuerte que fue el golpe. Por un momento, parece vulnerable y triste. Podría apostar que se le formaron lágrimas en las esquinas de los ojos. ¿Será que de verdad creo que esta mujer arrogante, tan fría e impulsiva, puede tener sentimientos? No puedo ser tan ingenuo como lo fui en el pasado. Sin embargo, la mujer que tengo entre mis brazos, que parece tan frágil, tiene algo que me hace compararla con cada mujer que he tenido en la cama, y todas, de alguna forma, no le llegan ni cerca. Tristemente, esa es una realidad que nunca quise aceptar. Aprieto un poco más su brazo, sin querer, tal vez

descargando algo de la rabia que aún siento por ella o, quién sabe, por miedo a que nos volvamos a separar.

Tengo que admitir, aunque me cueste, que en estos últimos 17 años, sin buscarlo, terminé siguiendo su vida a través de columnas sociales y sitios de chismes. Y por más que las notas nunca fueran favorables, muchas veces veía en las fotos la máscara que usaba para ocultar a la chica que se quedó en mis brazos durante cinco días, tan libre, ligera, espontánea y encantadora.

Conectado con sus ojos, noto una sintonía entre nosotros y me doy cuenta de que estoy volviendo a caer. Por eso, desvío la mirada.

—Puedo ver se mi madre tiene algo para ponerte.

—No fue nada —responde de inmediato. Sé que miente, porque su expresión dice todo lo contrario.

—Por lo menos vas a tener que ponerte hielo.

Sus ojos bajan a mi mano, y me doy cuenta de que los dedos que recorren su brazo están manchados de grasa. Cosas de motociclista obsesivo, que cree que un poco de grasa puede arreglar todos los problemas. Esa mañana, antes de salir, le hice una revisión a la moto y parece que me ensucié las uñas sin notarlo.

—No sabía que los mecánicos sabían de medicina.

Ella sacude la cabeza y un mechón rubio le cae sobre la cara. Me dan ganas de quitárselo, de enredarlo entre mis dedos junto con todo ese pelo, y hacer que esta descarada me mire a los ojos, mientras le cuento quién soy. Tal vez se acordaría, o tal vez no. Pero una cosa es segura: yo conozco la geografía de ese cuerpo, la forma en que sus ojos se volteaban cuando sentía placer, y la química de esos besos. Definitivamente, este reencuentro no va a acabar bien.

Molesto, intento usar todo el autocontrol que tengo y me meto en su juego.

—Al final, ambos terminamos arreglando cosas. Así que si te digo que el hielo te va a ayudar, es porque ya he tenido varios raspones en estos años. Si ese remedio casero funciona para un mecánico, imagínate para una princesa.

—Eres muy entrometido, ¿no crees?

Estoy de acuerdo con ella. Incluso podría decirle que me estoy ahogando en su belleza, y que si sigue desafiándome así, voy a necesitar respiración boca a boca para sobrevivir. Igual que aquella vez, hace años.

—¡Mal! —El grito me devuelve a la realidad—. ¿Qué haces, *bambino*? ¿Por qué tardas tanto?

—¿*Bambino*? —La veo sonreír con sarcasmo. Esta desgraciada va a hacer que cometa pecados que mandarán mi alma directo al infierno.

Pensándolo bien, ¿quién mejor que la misma diabla para llevarme hasta allá? Abro la boca para contestarle, pero cambio de opinión.

—Ya voy —Prefiero responder a mi madre, porque si no lo hago, vendrá a ver qué pasa—. ¡Buena mudanza! —Cambio el tono de voz y hasta le lanzo un guiño—. Si necesitas algo, solo tienes que gritar.

—¿Gritar? Ah, claro… Ya noté que en este vecindario todo se resuelve a gritos.

¿Y ahora qué quiere decir con eso? ¿Que mi familia grita mucho? No lo voy a negar. Es cosa de nuestra sangre italiana, pero es mucha hipocresía de su parte hablar de gritos. Yo te conozco, muñeca. Ya te escuché gritar de placer y de vergüenza. Y tus gritos son bastante escandalosos, por cierto. No vas a engañarme con ese complejo de abeja reina, cuando en realidad eres una cigarra.

—Los estudios dicen que gritar limpia el alma. Si no lo has estado haciendo, deberías intentarlo. Te ayudará a tener más buen humor.

—Veo que además de mecánico, te crees psicólogo. Me voy a acordar de eso.

—Dicen que soy bueno haciendo que la gente recuerde cosas del pasado, pero eso, tal vez, lo dejemos para otro momento.

—Lo dudo. No creo que haya otro momento. Que te vaya bien.

Ella entra y yo dejo escapar una sonrisa contenida, aliviado por librarme de esa presencia perturbadora, cargada de recuerdos oscuros. Ella fue la razón por la que recibí una de las peores advertencias de mi padre, cuando aún me conocía solo como un simple empleado. Fue ella quien puso en duda mi credibilidad y mi

ética. Todo porque fui un idiota y me dejé llevar por los encantos de esa víbora.

—¡Ahí estás! —Theo aparece en la entrada del garaje—. *Mamma* me mandó a buscarte.

Recuerdos vívidos giran en mi cabeza. Es como si, en los últimos minutos, el presente me hubiera teletransportado 17 años atrás.

—Estaba dándole la bienvenida a la vecina, pero qué bueno que viniste. Abre el portón para que guarde la moto. —Le tiro el manojo de llaves.

—¿La señorita tiene miedo de mojarse el trasero? —Theo suelta una carcajada.

—Si te tardas, voy a usar tu melena para secar el asiento.

—Menos mal que la genética fue generosa conmigo. ¿Te imaginas si termino calvo como tú y tengo que raparme para no parecer que llevo una peluca de payaso?

—¡Sigue jugando con tu suerte! Si te meto un golpe en toda la cara, vas a entender por qué la nariz del payaso es roja —Le lanzo una amenaza como respuesta a su broma estúpida.

—Va a ser divertido verte intentar acercarte, capoeirista.[4] —Payaseando, empieza a cantar una canción de capoeira mientras hace algunos movimientos rápidos.

—Bailando así, pareces más una bailarina que un capoeirista.

Siempre se burla de mí por ser maestro de capoeira. A diferencia de lo que este bobo piensa, la capoeira no es solo una lucha; es también danza, cultura y música, una mezcla de todos esos elementos que dieron origen a lo que hoy se conoce mundialmente como arte marcial brasileña. Theo nunca lo tomó en serio, y no fue por falta de intentos míos. Cada vez que venía, yo trataba de enseñarle lo que aprendí desde que conocí al maestro Tio Zé Bento. Pero él, a diferencia de Moa, que incluso se inscribió en una academia aquí en la Mooca, no me hacía ni caso. A los tres siempre nos gustaron los deportes, pero Theo solo cree y hace lo que le conviene.

Admito que no me gusta la forma en que lleva su vida, y tengo mis dudas de que algún día entienda esta disciplina que mezcla fuerza, ritmo, compañerismo, picardía y, sobre todo, respeto. Aunque sea bastante pícaro, en este caso, la palabra tiene otro significado. La capoeira es un estilo de vida, un estado del alma que está tan arraigado en sus practicantes que va más allá de términos como « luchador » o « capoeirista »

Theo abre el portón y yo meto la moto.

—Si hasta yo giro la cabeza cuando pasa una máquina así, imagínate cuando me vean montado en ella. Piensa en cuántas chicas voy a conquistar…

Ni en sueños. No tiene la madurez para manejar esa moto. La última vez que le presté una de mis máquinas, mucho menos potente que esta, además de destrozarla, terminó en el hospital. Así que eso está totalmente descartado. No estoy aquí para darle más preocupaciones a mi madre.

—Sigue soñando si crees que vas a andar en mi moto.

—¿Te pusiste gruñón?

—Responsable es la palabra correcta. —Saco la botella de vino de la alforja—. Vamos a comer de una vez esa lasaña, que el olor llega hasta aquí. —Le paso el brazo por los hombros y entramos a la casa.

—¡Gracias, Señor, por tener a mis tres *bambini* aquí, compartiendo esta comida familiar conmigo!

Nuestra madre insiste en mantener algunas tradiciones. En esta casa, durante las comidas, está terminantemente prohibido usar el celular. En un mundo donde la gente no se despega de sus dispositivos electrónicos ni para comer, admiro esa regla tan sabia.

Ninguno de los tres se atreve a servirse. Esa es otra de las reglas impuestas por nuestra matriarca, que se empeña en cuidar a sus crías. Mientras ella sirve, yo abro el vino, satisfecho de haber traído un tinto. Sirvo a todos. No hay nada como disfrutar de una buena pasta con salsa de tomate acompañada de un buen vino. Nuestra madre, desde que éramos pequeños, nos acostumbró a esta bebida. Claro que en ese entonces nos la daba mezclada con agua y azúcar.

—Antes de que empecemos a comer, me gustaría hacer un brindis.

—¿Y por qué vamos a brindar? —Moa parece curioso.

—Ya viene Mal con sus tonterías de etiqueta.

—La causa es justa y estoy seguro de que les va a gustar el motivo.

—¡Habla ya, *bambino*! Me estás poniendo nerviosa con tanto misterio. —Dramática, se lleva la mano al pecho.

—Vosotros sabéis que durante años he querido que vinierais a vivir conmigo. Entiendo que mamá tenga sus razones para querer quedarse aquí, y lo respeto.

—No voy a salir de mi casa. Me gusta vivir aquí. Todo me queda cerca y no dependo de nadie para que me ande llevando de un lado a otro.

—Lo sabemos. Y precisamente por eso, desde hace años, he estado intentando comprar esta casa. Todos mis intentos fueron en vano, ya que el dueño era muy difícil de convencer.

—¡Que Dios lo tenga en su gloria! —me interrumpe mi madre, persignándose—. Lo peor es que, desde que murió, no hemos podido pagar el alquiler. La inmobiliaria nos informó que la casa fue vendida. ¡Mio San Gennaro! —Mi madre se seca el rostro con el delantal—. Ahora que lo pienso... ¿será que el nuevo dueño está pensando en echarnos?

—¿Por qué no habla con la hija del antiguo propietario? Se está mudando a la casa de al lado. Quizás sabe algo. —Ni Theo ni ella han captado a dónde quiero llegar. Por otro lado, me interesa eso que acaba de decir.

Siempre supe que el antiguo propietario era un hombre con muchas propiedades... Entonces, ¿cómo es que su hija terminó viviendo aquí?

—Pobrecita... Diva me contó que perdió todo. Parece que estaba saliendo con un tipo que la robó por completo. Y, para colmo, el exmarido es quien tiene la tutela de la herencia que quedó para la hija, y solo le dio ese departamentito.

—Diva es muy chismosa. No entiendo cómo puedes prestarle atención. ¿Y cómo te enteraste de todo eso?

—Parece que la *ragazza* es cuñada de la mujer que trabaja en la casa del exmarido de la joven. Qué historia tan triste la de ellos… ¿Puedes creer que tuvieron una hija con problemas? Creo que nació con una deformación, sin cerebro o algo así… Diva me dijo que la mujer abandonó a la niña y al esposo. Que no quiso saber nada de la pequeña —Mi madre gesticula con las manos—. Pobrecita la *bambina,* murió con poco más de un añito. Ahora fíjense cómo es la vida, qué lección para esa madre… Rechazó a la hija y hoy depende de la herencia que los abuelos dejaron para la niña.

—¡Bien merecido! —suelta Theo.

—No me da pena. Se lo ganó solita. —Moa está de acuerdo con nuestro hermano.

Escucharlos juzgarla con tanta dureza me irrita. Una cosa es oír una parte de la historia; otra, muy distinta, es sacar conclusiones y sentenciar a alguien. Nunca me ha gustado juzgar la vida de los demás, porque cada uno carga con su propio dolor y sus propias renuncias. Sea lo que sea que haya hecho en el pasado, será el futuro quien se encargue de cobrarle la cuenta. No nosotros, que ni siquiera la conocemos. Una vez escuché una frase que llevo siempre conmigo: *"Existen tres verdades: la de una persona, la de quien la juzga y la verdadera, que es la realidad".*

—¿Qué les parece si dejamos la vida ajena de lado y volvemos a nuestro brindis? —interrumpo alzando la copa—. *Mamma*, Theo, Moa, vamos a brindar por la nueva dueña de esta casa. Señora Giovanna, ya no tiene que preocuparse por el desalojo, porque no se va a echar a ti misma. ¡Felicidades, *mamma*, esta casa ahora es suya!

—*¡Santa madonna!* —Gira la palma de la mano derecha hacia arriba, junta las puntas de los dedos al mismo tiempo. Cuánta falta me hacían esos gestos tan suyos—. *Dio Santo*, ¿qué me estás diciendo? —Se lleva las manos a la cabeza.

—Estoy diciendo que la orden de desalojo solo se emitirá si decides echar a estos dos grandullón que siguen pegados a su falda.

—No lo voy a soportar. Es demasiada alegría para este corazón cansado.

—¡Sí puedes! —decimos los tres al unísono.

El almuerzo se convierte en un mar de voces, todos hablando a la vez, llenos de planes e ideas. Mis hermanos se emocionan y organizan una barbacoa con algunos amigos para dar la buena noticia, mientras nuestra madre se lleva el delantal al rostro, secándose las lágrimas disimuladamente.

Capítulo 5

Paula

¿Cómo puede alguien dormir en esta casa con esos gritos infernales que vienen de los vecinos? ¿No se dan cuenta de que existe una Ley de Silencio?

Lo peor es que uno de ellos bebe más que un zorrillo y se la pasa peleando con los otros todo el tiempo. Al menos eso parece, considerando el tono de los gritos. Y hay algo más, todavía no consigo olvidar la voz de ese mecánico sexy y descarado que me abordó el día de la mudanza. ¿Qué fue esa sensación extraña de *déjà vu*?

¡Paula, deja de ser ridícula! ¡Ese tipo es pobre!

Lo sé, pero hay algo en él que me atrae. Esto tiene que ser algún tipo de maldición o un síndrome de atracción por la clase baja. ¡Maldición! Es imposible que haya conocido a ese hombre. Estoy segura de que lo recordaría. Jamás lo vi en las reuniones de la alta sociedad que solía frecuentar, ni en ninguna otra circunstancia.

Una serie de imágenes vienen a mi mente y recuerdo aquel sueño raro que tuve el día de la mudanza. Ese grandulón me subía a su moto y me embadurnaba, literalmente, con grasa. Admito que fue sensual, pero también extraño... De cualquier forma, sin duda fue mejor soñar con él que tener las pesadillas que suelen perseguirme por las noches.

—¡Truco!

¿Otra vez este tipo gritando?

—¡Vamos, ladrón! ¿Dónde está la manilla?

¿Es que esta gente no sabe hablar bajito? Me pongo la almohada sobre la cabeza y grito de la rabia. No puedo creer lo que la vida me está haciendo pasar. Hay una jerarquía clara de necesidades que todo ser humano tiene, ¡la mía ahora es dormir!

—¡Seis! —resuena otra voz ronca.

—¡Nueve! Corre, pato, aquí no se blefa. ¡Cuac! ¡Cuá, cuá, cuá! ¡Cuac! ¡Cuac!

El volumen de esa voz ronca retumba y me hace tener pensamientos lujuriosos, incluso si solo están jugando estupideces. Tiene que ser de ese hombre alto, de ojos de lince, manos grandes y piel dorada por el sol…

¿Yo, sintiendo deseo por un proletario? ¡Esto tiene que ser una pesadilla! ¡Aléjate de mí, buitre! Vete a volar a otra carroña, ¡porque ésta no es para ti! Quiero desconectar mi mente solo por un minuto, pero el murmullo se intensifica, irritándome más.

—¡Ya basta!

De un salto, me levanto furiosa. Espío por la rendija de la pequeña ventana de mi nuevo —y miserable- cuarto, donde apenas cabe una cama individual y un ropero pequeño.

El único privilegio que tiene ese cubículo -si es que se le puede llamar así- es un diminuto baño donde apenas entro. Trato de apoyarme para ver mejor qué demonios está pasando, pero no alcanzo a ver nada. Curiosa, me pongo de puntillas, me estiro más, hasta pegar el oído a las rejas de la ventana, intentando oír qué tanto dicen. Es justo en ese momento que se abre por el peso de mi cuerpo, casi haciéndome caer.

—¡Ay! —grito, asustada.

Del otro lado de la ventana, que hasta ese momento no había abierto, veo que construyeron dos losas, usadas como grandes terrazas, separadas solo por un muro bajo. Ni hace falta decir que eso es cosa de pobres. Y mientras intento mantener el equilibrio, cuatro pares de ojos me sorprenden, todos mirándome desde la casa de al lado. ¡Maldita sea…! ¿Qué es esto? ¿Una fiesta? ¡Qué mal gusto celebrar algo en una losa!

¡Rayos, mil veces rayos! Pensé que tendría más privacidad al escoger el cuarto del fondo, creyendo que el del frente sería muy deprimente por dar directamente a la calle… Menuda privacidad.

Siento el rostro arder de vergüenza y el estómago rugir de hambre con el olor de la parrilla.

—Hola, vecina. ¿Necesita algo?

¿Qué le pasa a este tipo? Qué ridículo que me llame « vecina » . Él se levanta y yo trato de incorporarme con toda la elegancia que la situación permite, apoyándome en el borde de la ventana para no caer, como si la hubiera abierto a propósito. No voy a permitir que piense que soy una de esas chismosas que espían a los vecinos...

¡Maldita sea, qué monumento es ese?

Uno, dos, tres, bajo un poco más la mirada, ¡cuatro cuadritos!

¡Dios mío! Amén… o lo que sea que se diga ante una visión tan evidentemente masculina como esta. ¿Qué clase de abdomen es este, hijo mío? Es imposible no notar la musculatura definida de ese cuerpo. El mecánico calvo no solo es atractivo… es letal. Y justo en ese momento me detengo a pensar, ¿qué diablos estoy haciendo? ¿Admirándolo?

¿Cómo no voy a encontrar viril a un hombre así, tatuado de esa forma, si siempre he admirado tanto esa práctica ancestral indígena? Las tatuajes en los hombres son como un rito de paso, de niño a hombre… Y, por Dios, ¡qué buen ejemplar de hombre!

—Eres bienvenida a nuestro asado. ¿Ya has cenado?

Hay un destello en sus ojos. ¿Se estará burlando de mí, divirtiéndose porque no consigo apartar la mirada de su cuerpo perfecto? Me gustaría entender por qué los hombres sienten tanto calor como para andar casi desnudos, ¡especialmente en una noche fresca como esta!

—Gracias por la invitación —logro responder, sintiendo una punzada de rabia con toda esta situación.

Aprovecho para mirarlo un poco más, porque sé que si no lo hago, me arrepentiré más tarde por no haber apreciado lo que esa perfección merece.

—Solo abrí la ventana para preguntar si aquí no existe la Ley del Silencio para quienes trabajamos —digo, tratando de no mostrar debilidad.

Lo miro fijo y noto que me observa con interés, y no es solo una mirada casual. Veo el deseo. Me invade una ola de placer, esa sensación que vuelve febril la piel y golpea directo en el vientre. Me han mirado antes, pero nunca de una manera tan vertiginosa. El calvo recorre con la mirada lentamente, como si supiera exactamente qué tipo de escalofríos causa en cada parte de mi cuerpo donde posa los ojos. Eso me provoca una excitación fuera de lo normal. Mis terminaciones nerviosas se agitan.

Cuando parece satisfecho con lo que ve, levanta la mirada hasta encontrar la mía, como si pudiera desnudarme ahí mismo. Solo entonces recuerdo que estoy usando un baby-doll con tirantes, que prácticamente deja mis pechos al descubierto. Para colmo, está abierto al centro, revelando aún más piel.

No me intimido ni me avergüenzo por la situación. Después de todo, si él puede exponer ese tanque de guerra que tiene por torso, yo estoy en plena forma para mostrarle que nací lista para el combate.

—¿Estás preguntándome eso o estás insinuando que te estamos molestando?

Su respuesta pudo haber sido peor. En lugar de ser irónico, pudo haberme mandado a la mierda o simplemente ignorado.

—Interprétalo como quieras —respondo con una sonrisa irónica —. Mi mensaje ya fue dado.

—Mensaje recibido, pero aún no respondiste si te quieres unir a nosotros. La carne está deliciosa, y hay una salchicha que dudo que hayas probado antes. Y si ya la probaste, seguro que no la olvidaste.

Indecente…

El calvo se muerde los labios con malicia, como si yo fuera un trozo de carne expuesta en una vitrina de carnicería, y eso me hace hervir por dentro. Siento arder cada parte de mi cuerpo donde su mirada se pasea, y aunque sea excitante, me enderezo en actitud desafiante. ¡Ingenuo! ¡No subestimes la intuición de una mujer! Algunas pueden caer en una indirecta tan vulgar como esa, pero las más experimentadas saben cómo salir airosa de situaciones así.

—Dudo haberla probado, sobre todo porque soy vegetariana. Que la pasen bien, y recuerden que existe una ley del silencio después de las diez de la noche.

Cierro la ventana con fuerza, y las tablas de la persiana se mueven. Solo me faltaba que se cayeran justo ahora. Rápido, pongo las manos sobre ellas, con miedo.

—¡Vaya! Esa vecina es de las que están hechas con rosas, miel, cinta roja y velas… —Escucho al calvo comentar con los demás—. ¡Qué encanto!

Risas y murmullos resuenan… ¿Cómo se atreve ese descarado a decir que parezco un trabajo de brujería?

Me muero de ganas de abrir la ventana y soltar una buena respuesta, pero me detengo. ¿De qué servirá discutir con él? Idiotas como ese no entienden de respeto ni de buenos modales. Su coeficiente debe ser más bajo que la velocidad de su internet.

—Vuelve al mar —grita el bruto.

Pobre iluso…

En este momento, creo que ni Yemayá[5] me quiere de vuelta allí.

El ruido no disminuye, al contrario; parece que las voces subieron de tono. Sin otra opción, tomo la manta y me voy al cuarto del frente, pero antes grito con todas mis fuerzas.

—¡Un barrio decente no es lugar para vagos, ¿oyeron?!

Claro que no escuchan...

Cierro la puerta de un portazo, y estoy segura de que ahora, aquí en el frente, podré tener una noche tranquila de sueño. O al menos intentarlo.

—¡Mierda, mierda, mierda! —Golpeo la almohada.

O me acostumbro a la luz del poste que se cuela por las rendijas de la ventana, o al ruido.

Elijo la primera opción...

Capítulo 6

Paula

Corro de un lado a otro, envuelta en una oscuridad sin fin. Trato de encontrar la luz guiándome por el llanto de un recién nacido, sin saber muy bien hacia qué dirección debo ir.

—¿Qué quieres? —grito, pero nadie responde.

La extenuación me desgasta, me consume las fuerzas, el miedo me agobia y el llanto no para. Llevo las manos a la cabeza, desesperada, sintiendo cómo el pelo se pega a mi cara y a mi cuello empapados en sudor.

—¿Dónde estás?

Sigo corriendo sin descanso, tratando de alcanzar al bebé, pero su llanto parece alejarse cada vez más. No logro alcanzarlo...

Los sonidos se mezclan y despierto sobresaltada con la alarma del celular. Me siento ahogada, con las mejillas húmedas, el corazón acelerado y un nudo en la garganta, como si hubiera gritado durante horas.

Mi cuerpo, frío y empapado, es la prueba de que viví cada segundo de esa pesadilla como si fuera real. Y lo peor es que se repite una y otra vez, cada día más aterradora.

¿Qué significa todo esto?

Esa es una pregunta sin respuesta, princesa. Pero levántate ya de la cama, porque si te quedas tirada dándole vueltas al sueño, vas a morirte como una Cenicienta frustrada.

Si no busqué a un terapeuta cuando tenía dinero para entender lo que estos sueños quieren decir, no lo haré ahora, que estoy en la ruina.

Me siento en la cama y miro ese armario que nunca imaginé tener en una habitación. Siempre tuve un vestidor. Claro, puedo darme el lujo de fingir que esta es mi antigua habitación, ya que

decidí dormir en la otra, pero aun así... ¿Cómo fue que lo llamó el vendedor? Ah, ya recuerdo...

—¿Está buscando un ropero? —Esto es el colmo... Ya me imagino a Coco Chanel revolcándose en su tumba al saber que uno de los vestidos de su firma está guardado en un ropero.

¡Gloria al Señor!

Sigo con una sonrisa sarcástica en el rostro.

Después del baño, intento decidir cuál es la mejor ropa para ponerme. Puede que tenga que quedarme en una parada de autobús, esperando a que llegue el transporte público, rodeada de gente que huele a sudor o a perfume barato —lo que es aún peor—, pero me rehúso a perder la dignidad. Después de todo, tengo ropa de diseñador para adornarme.

Debo estar en el infierno.

Elegir los tacones negros Louboutin no fue la mejor decisión, porque he estado caminando todo el día detrás de las voluntarias que trabajan en la Casa Proyecto Niño Especial, tratando de aprender todo lo que hacen.

El vestido negro tipo tubo de Chanel tampoco fue la prenda más adecuada para este primer día, ya que tengo que compartir espacio en una enorme mesa del comedor de la guardería con voluntarias que parecen estar vestidas para la guerra, no para trabajar. Me siento en shock al darme cuenta de dónde me metí.

Arroz, alubias y carne con cebolla es el menú del día. Jamás pensé que salivaría por un plato tan simple. ¿Qué me está pasando?

—Y dime, compañera, ¿qué hace una princesita como tú trabajando aquí de voluntaria a tiempo completo? —La que habla es una desarreglada, con la boca llena de comida.

¡Qué asco! ¿Es necesario que todos veamos lo que tiene en la boca?

—Decidí ser una mejor persona. —Evito mirarla, no tengo estómago para ciertas cosas. —¿Y tú? ¿Qué te llevó a ser voluntaria? —Intento sonar amable, ya que tendré que convivir con ella.

—A diferencia de ti, yo no estoy aquí porque quiera ser mejor persona. Me sentenciaron a cumplir servicio comunitario. —Alzo las cejas, sorprendida, y ella, al notar mi reacción, agrega—, los policías me agarraron haciendo grafitis con mis amigos. No me mires así, princesa, era arte lo que estaba haciendo.

Puedo imaginarme qué clase de « arte » , y estoy segura de que no sabe ni lo que esa palabra significa. Otras mujeres a nuestro alrededor llaman mi atención. La curiosidad me devora y le pregunto a una señora más elegante que está frente a mí por qué está aquí.

—Tuve una empresa durante años, pero unos cambios en el gobierno y la crisis del país desestabilizaron mis finanzas. Dejé de pagar algunos impuestos y, por eso, me juzgaron y me condenaron también a hacer trabajo comunitario.

La observo. Parece feliz de estar aquí ayudando. Doña María Alice, una señora muy distinguida, decide intervenir para que no me espanten al punto de que salga corriendo.

—No todas las que estamos aquí lo hacemos por obligación. Yo vengo como voluntaria tres veces por semana. Me encanta ayudar a los niños.

—A los mongoloides —agrega la desarreglada.

La comida se me queda atascada en la garganta y me dan náuseas al oír ese comentario. Es cierto que la mayoría de los niños necesitan atención especial, pero referirse a ellos de esa forma es simplemente repugnante. Algo dentro de mí se rompe, y los recuerdos del pasado me golpean. Yo no era diferente de esa mujer. De hecho, ya me había referido a mi hija fallecida con un adjetivo aún más cruel.

—¡No hables así! —interviene Doña María Alice. —No estás obligada a estar aquí, puedes buscar otra institución. Nadie tiene que trabajar aquí si ve este lugar como un castigo. Los niños necesitan amor, no favores.

Sus palabras resuenan dentro de mí, y ya no puedo tragar la comida. Paso el resto del día con un gran malestar. El regreso a casa

no me hace sentir mejor. Hoy necesito distraerme con algo, y el pequeño cantero abandonado de mi jardín será mi pasatiempo.

Ayer ocurrió una de esas cosas que solo se ven en barrios populares, lejos de los condominios de lujo donde viví toda mi vida. Una camioneta pasó ofreciendo flores a cambio de botellas vacías. Claro que no tenía botellas para intercambiar, pero encontré algunas chucherías que me había traído cuando me mudé y que nunca utilizaría. Se las ofrecí al hombre, que me dejó elegir algunas plantas y hasta me regaló tres placas de pasto. Estoy segura de que, con el tiempo, esta casa empezará a parecerse un poco más a mí.

Capítulo 7

Mal

Quien nos viera juntos, tan preocupados por nuestra madre, podría pensar que éramos tres grandulones que aún no habían cortado el cordón con su madre. Pero todos estos cuidados tienen su razón de ser. Una semana después de mi llegada, ella se cayó de la escalera que usa para limpiar el armario. Casi nos da un infarto al verla ahí, tirada, desmayada, tan frágil.

Vaya susto nos dio...

Esa situación, sumada a todos los problemas que mis hermanos vienen enfrentando -uno desempleado y el otro trabajando día y noche para sobrevivir-, me hizo reflexionar sobre si ya es hora de buscar un lugar en San Pablo e instalar aquí la oficina. Ya no tiene sentido que siga trabajando en mis hoteles. Ya caminan solos, gracias a los excelentes profesionales que Digão y yo entrenamos.

—Theo, doña Diva solo podrá quedarse hoy con mamá hasta las cuatro.

Acababa de regresar del hospital. Nos turnábamos para estar con ella, excepto entre las dos y las cinco, ya que mamá le había pedido a una amiga que se quedara con ella en ese horario, porque era el momento del baño y otras necesidades íntimas, y no quería que ninguno de nosotros la ayudara con eso.

—Ya estoy saliendo. ¿Cómo pasó el día, hermano?

—¿No te dije que está mejorando? —responde Moa—. Este tipo es un fastidio, Mal. Llama todo el día para saber si hablé con los médicos que la están atendiendo. No para con la cantinela…

Tengo que admitir que, de los tres, Theo es el más preocupado. Si fuera por él, no saldría del hospital ni un segundo.

Eso tiene nombre… culpa. Porque le ha dado bastantes dolores de cabeza...

—¡Cierra la boca! Siempre explicas las cosas usando un montón de términos técnicos, como si yo tuviera la obligación de entender. Si fueras claro y dijeras « está bien y ya » , no te preguntaría todo el tiempo.

—Si hubieras estudiado aunque sea un poco, sabrías que todo lo que digo se entiende perfectamente. Pero claro, solo piensas en...

—¡Basta ya! —ordeno. Ya estoy harto de estas discusiones constantes—. Todos estamos cansados y estresados. No es momento para pelear.

—Me voy al hospital. Si quieres que te lleve… —Moa recula, dándose cuenta de que se excedió.

—Quiero pasar primero por la tienda del señor Armando para comprar unas peras. Mamá ya no soporta la comida del hospital.

Con los ánimos más tranquilos, le pregunto a Theo por Vira-lata, el gatito que encontré abandonado en la calle.

—No lo vi esta tarde. Debe estar entretenido con algo en algún rincón de la casa.

Si le doy una tarea a Theo y a una tortuga, es capaz de que la tortuga la termine primero.

Como si estuviera esperando que preguntara, el portón de la casa de al lado se abre de golpe y se estrella contra la pared. El ruido llama nuestra atención y corremos hacia el frente de la casa.

Con el pelo despeinado cayéndole sobre los hombros, la vecina viene cargando a Vira-lata con los brazos extendidos, como si el pequeño fuera algo repulsivo. El gato está todo embarrado, al igual que su ropa y su cara. Esto va a traer problemas.

Parece que el gatito se enfrentó con la tigresa...

Vaya, Paula... quién te ha visto y quién te ve. ¿Cuándo habría imaginado que esa señorita tan pomposa, cabeza de cartel de las columnas sociales, presencia habitual en los sitios de chismes y celebridades, siempre vestida como princesa, aparecería frente a mí en chanclas y toda desarreglada así?

Igual, está perfecta de cualquier forma.

Atractiva.

Por un instante, la escena me parece graciosa, pero me contengo de hacer cualquier broma al ver su expresión de fastidio.

Su mirada...

Me encanta una mujer con carácter.

—Este ser les pertenece, ¿cierto? Ni se atrevan a negarlo, porque lleva varias noches viniendo a anunciar su presencia por aquí, maullando toda la noche.

—¡Es de él!

Al unísono, Theo y Moa me señalan, y yo los maldigo en voz baja. Parece que están disfrutando la situación.

Me lo dejaron a mí...

—Ya me lo imaginaba. —Sus labios se aprietan uno contra el otro —. Y que te quede claro que, como responsable, vas a tener que hacerte cargo del daño que le hizo a mi jardín.

La deliciosa vecina, a quien conozco muy bien, no dice qué la lleva a estar tan segura de que el animalito es mío. Y ni hace falta, yo ya vi sus garras aquella noche del juego de cartas.

—¿Está segura de que fue él, vecina?

Vira-lata maúlla, firmando su sentencia de culpa, como si necesitara algo más aparte de la mugre que trae encima. Miro a los dos grandotes que tengo al lado buscando apoyo, pero me ignoran.

Entonces me aguanto la risa.

Este pobre gatito, que yo creía inofensivo, me está causando serios dolores de cabeza. Además de arañar toda la puerta de la habitación del fondo, ha hecho un desastre en apenas cinco noches desde que lo recogí de la calle.

—¡Lo agarré con las manos en la masa! Para detenerlo, tuve que meterme en el cantero y atraparlo. Ahora mis flores están todas arruinadas. Y yo, hecha un asco, llena de tierra. Mira cómo estoy. ¿Todavía tienes el descaro de preguntarme?

Hipnotizantes... Así son sus ojos. Y su cuerpo también. La miro sin disimulo, y la vecina parece enfadarse aún más.

—Te dijimos que ese gato traería problemas —agrega Moa con una sonrisa. ¡Qué pesado! Logra captar mi atención y le lanzo una

mirada fulminante. ¿Ese era su intento de ayudarme?

—Vas a ver cuándo mamá se entere —Theo se suma al otro para echarle más leña al fuego—. Sabes que a ella no le gustan los gatos.

Tengo un refugio con espacio para perros y gatos en cada hotel, porque me parte el alma ver a los animales abandonados en la calle. Si mi madre no lo quiere, ya me las arreglaré para llevarlo a uno de ellos. Lo que sí es seguro es que no lo devolveré a la calle ni lo daré en adopción. El descarado ya me conquistó.

—Gracias, están ayudando muchísimo —digo entre dientes—. ¿No se suponía que ya se iban? —les recuerdo que se larguen.

—Recordé que aún me quedan unos minutos de descanso antes de salir —se burla Moa.

—Estoy bajo su responsabilidad —Theo levanta las manos, fingiendo inocencia.

Los fulmino con la mirada, dejando claro que habrá consecuencias.

—¿Qué fuiste a hacer al jardín de la vecina? —le hablo a Viralata, acercándome a él.

Ver al gato en brazos de una mujer así da ganas de abrazarlos a los dos. Y quién sabe, tal vez lamerla como si fuera parte de la camada. Aunque la tierra nunca me ha resultado tentadora, siempre hay una primera vez.

—¿Estás hablándole al gato? —pregunta ella, con desdén—. ¡Hazme el favor!

—¿Y qué estás sugiriendo que haga?

Si quiero, puedo besarte esa boquita carnosa sin importarme si me devuelves el beso, pienso mientras contemplo el contorno de esos labios.

La boca se me hace agua de puro deseo.

—Pues lo que vayas a hacer no lo sé. Lo que sí es seguro es que vas a arreglar mi jardín y evitar que ese gato vuelva a meterse ahí.

—Eso no te lo puedo prometer.

—¿Qué no vas a arreglar mi jardín o que no vas a evitarlo?

Hace mucho que una mujer no me enfrentaba así; de hecho, creo que ella ha sido la única. Esta maldita me enloquece, y más aún vestida con ese trozo de tela que apenas le cubre las curvas. Por un momento, no puedo pensar en otra cosa que no sea nuestro pasado, y en ese deseo latente que nos devoraba sin piedad, haciendo que olvidáramos quiénes éramos. El poder que tiene sobre mí solo puede ser brujería... pero no me importa arder en el infierno, siempre que sea con ella.

—Arreglar tus flores será un placer. Pero impedir que vuelva… no sé si pueda.

¿Me refiero al gato?

—Enciérralo dentro de tu casa —responde ella, pero eso no resuelve nada.

—¿Quieres que lo encierre? No podría hacer algo así. Los gatos no están hechos para vivir encerrados. Son libres.

—¿Quisiste decir desobedientes?

Sus ojos brillan, desafiándome, y yo me pierdo en ellos. Eso, bruja... hipnotízame, échame un hechizo, haz conmigo lo que quieras. Al parecer, una pisada no fue suficiente…

—Tengo una amiga que tiene un gato persa en su piso.

—¿Y ese piso tiene doscientos metros cuadrados?

—¿Importa el tamaño? Si vas a tener mascotas, cuídalas —dice, y me entrega al gato torpemente antes de darse la vuelta.

¡Qué trasero!

Delicioso...

—La señorita tiene toda la razón, *fratello*. Aprovecha tus vacaciones y ve a arreglar ese jardín.

—¡Paula! —ella se gira con una mirada fulminante y corrige a Moa—. Me llamo Paula Góes Mesquita y, antes de que se me olvide, no soy como las mujeres de los lugares donde hacen trabajos de brujería que vosotros visitáis para que me comparéis con ellas.

Llevo la mano a la cabeza... sin duda, escuchó lo que dije cuando nos cerró la ventana en la cara. Pues que se joda, hablé fuerte para que oyera.

—Cuidado con lo que vas a decir, vecina.

—Tú fuiste el que dijo que yo era un hechizo de amor, ¿no es cierto, mecánico? ¿Qué fue lo que dijiste? Ah, sí... rosas, miel, cintas rojas y velas, ¿verdad?

Vaya, al parecer no se le olvida nada cuando le conviene.

—Pues que sepas que los centros espirituales a los que vas no tienen el poder suficiente para romper los hechizos que yo te puedo lanzar.

Entonces sí se ofendió. Si supiera todos los adjetivos que tengo guardados para ella… podría pasar días hablándole y aún así no estaríamos a mano después de la humillación que me hizo pasar. Esta versión atrevida de Paula es nueva para mí. Esta mujer es como un caleidoscopio. Basta moverla un poco para verla de otra forma. Indignada, se va pisando fuerte, regresa a su casa y me lanza insultos en voz baja. Nosotros tres nos quedamos en silencio por un momento.

—Theo, llegó nuestra hora. ¿Nos vamos?

¡Cobardes!

—Váyanse, sí, y prepárense, porque su turno también va a llegar…

Acerco el hocico del gato a mi cara.

—Y tú, amiguito, deja de hacer travesuras. Mi madre no es muy fan de los animales y la vecina escandalosamente guapa ya dejó claro que tampoco. Te voy a bañar, porque estás hecho un asco. —El gato me mira dando lástima.

La cagaste, ahora aguántate…

Mientras acaricio el pelaje blanco de Vira-lata, noto que otra vez tengo la mano llena de grasa y entiendo por qué ella me volvió a llamar « mecánico » . ¿Qué dirá cuando descubra que no soy quien piensa y que ahora soy el dueño del hotel donde una vez ella fue huésped? ¿Se volverá un poco más simpática? Por ahora, la dejaré con sus prejuicios. Esto va a ser entretenido…

Capítulo 8

Paula

Agotada por la rutina de tomar el autobús, cuidar niños con problemas que nunca imaginé que existieran, aprender esas horribles tareas domésticas que siempre hicieron las criadas, entre tantas otras cosas nuevas, voy sobreviviendo en medio de la locura que es cada día que pasa. A medida que todo va ocurriendo, me doy cuenta de que algo extraño me sucede: me sorprendo pensando en cuestiones existenciales, como por qué algunas personas lo tienen todo y otras nada, y cómo hay gente con tan pocos bienes materiales que logra ser feliz.

¿Puede alguien explicarme esta parte de la historia?

Por más terrible que sea la situación, muchas de las personas con las que me veo obligada a convivir encuentran motivos para sentirse satisfechas… ¡Si es que eso es posible!

¿Cómo alguien en una situación tan mala puede sentir que está mejor que otros? Eso todavía es un misterio para mí. Es más, seamos honestos, antes, solo pensar en esas cosas ya me daba pereza, pero últimamente estas preguntas han sido más fuertes que mis esfuerzos por evitarlas.

.

Aburrimiento…

Ahora mismo estoy aquí, en pleno domingo, colgando ropa —una de las cosas más humillantes y deprimentes que he tenido que hacer desde que empezó esta nueva realidad— en la azotea, el único lugar decente de la casa donde da el sol, preguntándome qué tipo de felicidad puede encontrar una persona en esto. Sí, porque estoy segura de que en algún lugar ya vi a gente hasta cantando de alegría mientras hacía esta tarea.

¡Qué ilusión!

Eso no es felicidad, compañera. ¡Eso es el fin! ¿Por qué la ropa no puede ser desechable?

Ahí sí sería la gloria: comprar, usar y tirar...

Problema resuelto.

Pero no… Si fuera así, hoy estaría completamente desnuda.

Ay, pobreza…

Perdida en mis pensamientos y concentrada en lograr que la ropa se quede en el tendedero sin caerse al suelo, escucho una voz ronca y fuerte detrás de mí. Como ya me acostumbré a los gritos y peleas de los vecinos vagos, ni siquiera me doy la vuelta.

—¡Ey, tú! —Por el rabillo del ojo, noto al vecino impertinente llamándome—. Además de ser linda, súper simpática y buena persona, ¿qué más sabes hacer?

¿Alguien se podría enamorar de este tipo? Giro la cabeza, incrédula.

—¿Estás hablándome a mí?

No puede ser. No. No puede...

—Creo que solo estamos tú y yo aquí arriba.

El calvo mira hacia los lados, como si intentara encontrar a alguien más. Pienso en ignorarlo, pero escucho al gato maullando…

¡Y cómo maúlla!

—Parece que no. De hecho, tal vez seguiste mis consejos, ya que el gato no volvió a aparecer por aquí.

—Debe haberse asustado contigo.

Aunque es molesto, me resulta gracioso. Me cuesta creer cuánto me incomoda… de tantas formas.

¿Por qué tiene que ser sexy, atractivo y encantador?

—Mi jardín lo agradece.

Lanzo un pantalón al tendedero y las demás prendas dan vueltas y terminan en el suelo.

—¿No es mejor sujetarlas con pinzas? —intenta aconsejar. Una sonrisa se le dibuja en la boca.

Si tuviera una, ya la estaría usando, calvo atrevido.

—Estoy segura de que debes tener algo más importante que hacer que andar controlando si tiendo la ropa bien o mal.

—Tienes razón. ¿Tendrás un poco de azúcar para prestarme?

El brazo musculoso extiende un recipiente de plástico hacia mí, por encima del muro.

Lo que quiero es ignorarlo, porque jamás en mi vida vi a un vecino colgado del muro pidiendo azúcar prestada. Es el colmo, la decadencia total de la pobreza y la falta de privacidad.

¡Degradante!

—Lo siento, pero no tengo. No consumo azúcar —le respondo con sinceridad.

En cámara lenta, veo cómo la camisa blanca —la única que había quedado en el tendedero— cae directo a un charco. Maldigo en silencio. Está arruinada y sucia...

Me agacho para meterla en la palangana y me doy cuenta de que cometí un grave error, porque estoy usando un short que casi nunca me pongo. Especialmente uno tan corto.

Me doy cuenta de que estoy prácticamente en cuatro patas frente al tal Mal. Giro la cabeza de lado y veo que sus ojos están disfrutando la vista. La sensación de ser observada me agrada; hace mucho que no sentía ese cosquilleo entre las piernas. Napoleón podrá haber perdido la guerra en esta posición, pero yo prefiero ganarla... En lugar de enderezarme de inmediato, muevo las caderas un poco. Alguna vez fui una joven atrevida.

¿Quién no?

Él sonríe y yo le devuelvo el gesto.

No sé qué tiene este calvo que me hace sentir tan desinhibida.

De repente, eso me molesta, y vuelvo a poner cara seria.

—Además de insoportablemente hermosa, ¿también eres amargada? —Va directo al grano—. Un poco de dulzura de vez en cuando hace bien.

Lo miró fijamente y noto que está sudado, y que el botón de su bermuda está abierto. Siento que pierdo el autocontrol cuando mis

ojos bajan un poco y se encuentran con el bulto justo debajo.

—Deberías ocuparte de tu vida en lugar de estar fijándote en la de los demás —le digo, mientras bajo la escalera que da al patio, huyendo de las sensaciones que me provoca este hombre, que parece llevar una señal de peligro intermitente.

—Sé cuidar muy bien de mi vida, vecina… Y si algún día quieres ver cómo lo hago, solo avísame —grita para que lo escuche.

—Será más fácil que llegue el Apocalipsis.

—¡Eso suena interesante, vecina! Demuestra que no eres tan temerosa.

—Sigue soñando —respondo, en el mismo tono de voz, y me lo imagino inclinado sobre la pared.

La tentación es mayor y me vuelvo hacia él, solo para encontrarme con que me mira fijamente como si fuera a saltar el muro con solo un gesto mío.

—Creo que haré como tú. Voy a cuidar mi alimentación y a pensar mejor en lo que deseo comer. Al final, el veneno solo hace daño si se traga.

¡Ay, qué tipo más insoportable! ¿Está insinuando que yo soy el veneno? Si es así, que se cuide… porque puedo ser letal.

—Haces bien. Cuando uno sabe que no tiene el antídoto suficiente para aguantar una buena dosis, lo más sensato es ni siquiera acercarse.

Su risa se intensifica y, esta vez, me muerdo la mejilla para no reírme con él. Giro el rostro, sacudo el pelo, entro a la casa y cierro la puerta, con miedo de esa cara de malo... O mejor dicho, sin saber si le tengo miedo a él o a lo que siento por él. La excitación y el miedo están peleando por el primer lugar dentro de mí. Ese calvo es pura seducción, y estoy a punto de querer atraerlo.

Paula, reacciona… ¡Tu radar está totalmente arruinado últimamente! Esa mujer superficial, que tenía todo lo que quería, quedó en el pasado. Mira lo que tienes ahora frente a ti, casa y ropa sucia.

Vuelvo a mis tareas de limpieza.

Tomo la blusa de cuello alto que usé ayer para lavarla e intento quitar las manchas de la secreción que escupió el pequeño Thiago. Lloró hasta agotarse después de lastimarse con su propia muleta, y por compasión, lo consolé hasta que se calmó. Aunque traté de limpiarla en el momento, las manchas no salieron.

El día es agotador y ni siquiera noto en qué momento me quedo dormida. Al día siguiente, despierto tarde. En la despensa no hay nada, así que decido comprar algo en el camino. En la panadería pido un pan caliente con mantequilla y un café —cómo extraño mis croissants y macarons— y pago con el dinero que tanto me ha costado ganar.

—¿No cuesta 2.95? —pregunto a la vendedora cuando me da el cambio—. Le di diez reales y tú solo me devolvió siete.

Antes no me habría importado. Siempre desprecié las monedas, pero hoy las exijo. Las deudas que acumulé en los últimos meses no dejan de llegar. ¿En qué estaba pensando para gastar tanto?

La chica abre la caja y dice:

—No tengo cinco centavos de cambio. —Me mira con arrogancia.

—Entonces descuéntelos del precio y devuélvame diez.

Se me queda viendo con la boca abierta hasta que lanza la monedita sobre el mostrador con una expresión sarcástica, como si me estuviera dando una limosna.

—¡Siguiente!

Con toda la elegancia, tomo la moneda.

—Querida, procure guardar esas monedas de cinco centavos, porque desde hoy voy a comprar lo mismo aquí todos los días, y siempre exigiré mi cambio completo. —Sacudo el pelo al estilo Roberta Close y, antes de salir, me despido—. ¡Que tenga un bonito día!

Una vez más, estoy en la parada esperando el autobús, cuando escucho el rugido de una moto, el mismo que me despierta todos los días a las 6:15 de la mañana, justo debajo de mi ventana.

Ese motor es insistente, desagradable y molesto. Me doy cuenta de que es alguien desesperado por llamar la atención. Ojalá no quiera llamar la mía, porque permitir que me coquetee alguien en una parada, con toda una audiencia mirando, es el colmo.

—¿Necesita un aventón, ilustre vecina?

Levanto la mirada hacia quien me habla y veo al calvo ridículamente guapo preguntándome, mientras se quita el casco y me observa de pies a cabeza, como si yo fuera un objeto de deseo.

—¡Estás en tu punto, belleza!

¡Por el amor de Dios! ¡Esto no puede estar pasándome a mí! ¡Esto tiene que ser un castigo! Ya no sé cuántos pecados estoy pagando en esta vida. Y si no los he pagado todos, pronto estaré debiendo con intereses.

Dos o tres personas se ríen de su comentario, y yo siento que la cara me arde de la rabia.

—¿Y logras conquistar mujeres con ese tipo de frases?

Él se ríe. ¿Pero qué sonrisa es esa? Sus muslos marcados por el jean y abiertos sobre el asiento de la moto son un espectáculo por sí solos.

—Generalmente, se suben solas sin que tenga que decirles nada.

Este tipo puede hacer perder las riendas a cualquier mujer.

Ya había caído antes en las garras de un tipo como él. La atracción enfermiza que sentí por aquel estafador fue lo que me llevó hasta esta parada. Un solo golpe fue suficiente para toda una vida. Además, ¿de qué sirve ponerse bragas roja en Año Nuevo, esperando encontrar un gran amor, si durante todo el año me enredo con cualquier tipo que me hace temblar? Es hora de aprender a protegerme.

—Prefiero la muerte antes que subirme a tu moto. —Las piernas me tiemblan, contrariando mi respuesta. Siempre fui valiente, pero este tipo sacude mi coraje.

—Entonces vete en autobús, con tu orgullo a cuestas —dice, aparentemente molesto.

Se pone el casco, acelera su moto escandalosa.

—Ah, vecina... Si solo lees la versión de Caperucita Roja, el lobo siempre será el malo. Deja de aferrarte a los paradigmas sociales, porque si no los sueltas, vas a seguir sufriendo mucho —El descarado acelera de nuevo y se va. Respiro aliviada. Me da igual si se ofendió.

¿Qué sabe él de mi vida?

¿Y por qué diablos le estoy dando tanta importancia a ese... ese...?

¡Atrevido!

Como si lo que él diga tuviera algún valor para mí. Cuando se tiene un proyecto personal, ¿por qué conformarse con algo que se considera inferior?

Puede ser guapo, sensual, atractivo, tener pinta de saber lo que hace en la cama, ¿pero y qué?

Paula, mujer, hay cosas mucho mejores allá afuera. ¡Claro que sí!

Intento convencerme de que todavía voy a encontrar algo mejor en esta vida. *¿Lo encontraré?*

Pienso en lo que tengo que cambiar respecto a mi situación, y sé que, para empezar de nuevo, necesito hacer grandes ajustes. Pero eso no significa que tenga que volverme la madre Teresa de Calcuta y hacer voto de pobreza. ¿Acaso necesito eso? En esta nueva realidad, tengo que pensar como una nueva persona, actuar como tal, vestirme diferente y rodearme de otras compañías. Y ese sujeto definitivamente no es una de ellas. ¡Ni de cerca! Es bruto, grosero, maleducado y me da escalofríos con solo mirarlo.

¿Escalofríos o cosquillas?

¿Qué te pasa, Paula?

¿Así quieres empezar de nuevo?

Definitivamente no. Tengo que intentar ver todo de forma positiva y, sobre todo, estar dispuesta y decidida a dejar atrás todo lo que siempre creí correcto.

Llega el autobús y casi no puedo subir de lo lleno que está. ¡Genial! La mezcla de olores y perfumes me revuelve el estómago.

¿Cómo puede alguien apestar tanto a estas horas de la mañana?

—Con permiso, gente, que tengo que pasar la ruleta junto con mi orgullo —murmuro para mí, sonriendo y reflexionando sobre lo que dijo mi vecino.

¡Descarado!

La determinación de no llegar tarde y resistir a la tentación del aventón me hace sentir orgullosa de mí misma.

Muy bien, chica. Estuviste genial rechazando al galán. Seguro que lo pensará dos veces antes de acercarse de nuevo.

Me bajo en la parada frente a la institución. Parados en la puerta, entre una y otra criatura, veo al niño Thiago y a su abuela. Cuando me ve, sonríe y le susurra algo. La señora es bastante humilde . Me pregunto cuánta historia y sufrimiento debe llevar en esa espalda encorvada.

Las mujeres de la institución dijeron que lo que hice por Thiago significó mucho para él. Por lo visto, el chico no tiene muchas personas en quienes confiar o de quienes recibir atención. Es el menor de seis hermanos, y su madre murió justo después de dar a luz, dejando a los hijos al cuidado de la abuela. El padre, consumidor de drogas, está preso. El niño tiene una enfermedad degenerativa y su estado de salud empeora con cada día que pasa. Muy pronto ya no podrá usar las muletas y, probablemente, dependerá de una silla de ruedas.

Paso junto a ellos apurada. Él me llama.

—¿Tía Paula? Mi abuela quiere hablar con usted.

¿Tía? Todavía no me acostumbro a ese nombre que los niños nos ponen. Para ser honesta, me fastidia que me llamen así. « Tía » me suena a alguien mayor, a una señora... ¡Por Dios, si todavía estoy en la flor de la vida!

—Hola —Intento ser simpática.

—Estaba esperando que llegaras para agradecerte lo que hiciste por Thiago el viernes.

—No hice nada del otro mundo —respondo, algo incómoda.

—Eso cree usted. Él pasó todo el fin de semana hablando de lo bien que lo pasó y hasta me pidió que pintara un paño de cocina

especialmente para usted. Es un pequeño recuerdo, pero hecho con mucho cariño. Ella me entrega un paquete y yo me siento completamente desconcertada. ¡Qué exageración! ¿Qué había hecho yo de tan especial? ¿Aguantar que me haya vomitado encima?

—No tenía por qué molestarse.

La educación me obliga a abrir el paquete, y dentro encuentro el famoso paño de cocina, con el dibujo de una canasta de frutas y el borde bordado con hilo morado para combinar con el racimo de uvas. Me mira con expectativa, claramente esperando una reacción de mi parte. Aunque me haya parecido espantoso, el gesto me conmueve. ¡Ella había hecho algo para mí!

—No fue una molestia, ¡ni lo diga! Tenía un montón de pedidos. De todas formas iba a pasar el fin de semana pintando...

—Está precioso. Gracias —es lo único que logro decir.

Durante toda mi vida recibí muchísimos regalos. No puedo quejarme de eso con mis padres; siempre me dieron obsequios interesantes y generosos. Sin embargo, nunca ninguno de ellos hizo algo especial para mí. De la misma forma, cuando yo era niña y hacía manualidades en la escuela para fechas especiales, corría a entregárselas con ilusión... y lo único que recibía era una sonrisa, mientras el regalo terminaba olvidado sobre alguna mesa.

Doblo el regalo y lo guardo en la bolsa.

—Es hora, ¿vamos, Thiago? —lo llamo, y algo dentro de mí se conmueve al verlo despedirse de su abuela con tanto orgullo y ternura.

Capítulo 9

Paula

Ver a los niños comiendo pasta a la hora del almuerzo me desespera. No tienen modales, y no los culpo. Imagino la educación que algunos reciben, mientras que otros crecen rodeados de dificultades y limitaciones. La verdad es que la mayoría se ensucia tanto la cara al comer que la dupla Patati y Patatá se pondría celosa.

—¿Te ganaste un recuerdito?

Cuanto más rezo, más problemas aparecen. Rose —la grafitera del lugar, como ella misma se hace llamar— me cae muy mal. Estoy segura de que ella siente lo mismo por mí. Por suerte, su envidia no me afecta. Souvenir o no, estoy muy contenta con el gesto de cariño de la abuela de Thiago. Aquella señora había hecho algo por mí, a su manera, y me había conmovido de una forma extraña.

—Sigue trabajando duro, quizá tú también te ganas algo.

A ver si con un pequeño detalle se te pasa ese ardor en el culo[6].

—Mira, si « ponerle ganas » significa hacer todo mal como tú o poner esas caras de asco con cada tarea, entonces prefiero no recibir nada.

A pesar de ese lenguaje tan ridículo, lo que dijo tiene algo de sentido... He sido un desastre con todas las tareas que me asignan con los niños. A veces me siento inútil, y me dan unas ganas de llamar a Marco y decirle que se meta su propuesta por donde no le da el sol… Pero para esta metida, que se cree en un parque de diversiones y usa todo lo malo que tengo para reírse a mis espaldas, lo que me dan ganas de decirle es que ojalá se quede colgando de cabeza en una rueda de la fortuna con el asiento suelto.

¡Idiota!

No es mi culpa no tener grandes habilidades para ayudar en esta institución. Admito que sé mucho más sobre marcas y diseñadores

de moda, tendencias de temporada, reglas de etiqueta y civilización, entre otras... cosas necesarias para ser una persona refinada...

La mugrienta se lleva un bocado de espagueti a la boca y lo chupa haciendo un ruido asqueroso.

—¿Y tú crees que enseñarles a los niños a comer como tú lo haces es lo correcto? —le pregunto con ironía.

Yo fui educada por criadas y mis padres me llenaban de juguetes para compensar sus ausencias. No fueron ellos quienes me enseñaron buenos modales, sino profesionales capacitados. Entonces, se me ocurre una idea.

¡Eso es!

Ya sé cómo puedo ser útil aquí.

¡Eres una genia, Paula!

En mi cabeza, hago el bailecito de la victoria y me doy la vuelta. Camino decidida hacia la dirección, pero antes no pierdo la oportunidad de sacar la lengua a la mugrienta, que me da la espalda.

Vamos a ver quién tiene mejor desempeño aquí, querida…

Si yo, que convivo con estos niños, siento que necesitan aprender a comer como se debe, ¡imagínate las personas que no conviven con ellos! ¿Y no es eso lo que promueve esa campaña publicitaria? Inclusión y respeto. Para que eso se logre, ellos deben tener la oportunidad de aprender a comportarse en los espacios donde se van a socializar con los demás. ¿Y por qué no empezar con una buena educación?

—¿Tiene un minuto? —le pregunto a doña María Alice, la actual presidenta de la institución. La mujer apenas puede ocultar su alegría. Fue nombrada anteayer, en una reunión donde la anterior encargada renunció.

—Claro, Paula. ¿Qué necesitas?

La situación es algo incómoda. Nunca en mi vida tuve que pedir un puesto, mucho menos ofrecer algo que sé hacer bien. ¿Cómo hacerlo sin sonar pretenciosa?

—Estuve pensando... Quiero decir, yo quería... —Me empiezo a trabar hasta que noto sus cejas levantadas—. Bueno, en realidad, quería saber si puedo enseñar buenos modales a los niños y a sus familiares.

—¿Cómo lo harías?

—Quiero hacerlo respetando las limitaciones de cada niño y también ayudar a sus madres, para que no sigan siendo tan marginadas. He estado observando todo este tiempo y, justamente por eso, creo que puedo orientarlos correctamente.

Sigo hablando del proyecto. Después de que la jefa lo piensa y me da su visto bueno, salto de felicidad y le doy un beso.

Creo que es la primera vez en mi vida que alguien me apoya en una idea y me escucha de verdad.

Salgo del despacho animada, llena de ideas para el proyecto y con ganas de investigar la mejor manera de enseñar, la didáctica más adecuada, cómo preparar clases para guiar a estas personas y ayudarlas a adaptarse con elegancia a distintas situaciones. Mi objetivo es que los niños de este proyecto logren, por ejemplo, comportarse bien en un evento o encuentro social, pero sobre todo que puedan mantenerse dignos cuando se sientan excluidos o discriminados por alguien. Esta es una forma de evitar que el prejuicio o el juicio ajeno se propague.

¡Tranquila, Paula! No vas a crear profesores de etiqueta, solo vas a orientar a estos niños.

—¿Qué te pasa? ¿Qué es esa sonrisa? Hoy es viernes, hermana, ¿quieres que llueva o qué?

¡Dios mío! Esta tipa es como el herpes: cuando crees que te libraste, vuelve con todo.

—¿Curiosa por saber por qué estoy feliz?

—Para nada, solo me preocupa mi fin de semana.

—Lo sé.

—Tengo un plan buenísimo con unos amigos este finde —intenta entablar conversación, mientras entregamos a los niños a sus padres —. Espero que el clima coopere.

—Me imagino qué clase de plan...

—Si quieres puedes sumarte, vamos a escalar el cerro Jaraguá. Va a estar buenísimo.

¡Prefiero arrancarme una uña encarnada!

—Gracias por la invitación, pero no me gusta la altura.

Ella está por decir algo más, pero justo llega otro padre y me alejo. Era lo que me faltaba... Meterme en una selva llena de mosquitos. Y lo peor, con un grupo de desconocidos. ¡Me imagino los personajes! Admito que ya no tengo vida social y que los amigos de la alta sociedad se alejaron, pero aun así prefiero quedarme en mi rincón que andar con gente como ella.

Paso el fin de semana comiendo porquerías y celebrando mi futura ocupación. Enseñar algo de buenos modales y etiqueta a esos niños me va a hacer sentir más parte de la realidad en la que vivo. El día a día aquí es muy pesado... Si tuviera algo de dinero extra, hasta saldría a festejar. Como no es el caso, me conformo con bolsas de snacks —y que quede claro, no eran almendras, nueces de macadamia ni castañas. Comí los clásicos « zitos » del montón, imaginando que eran deliciosos canapés de caviar—. Soñé que, en vez de estar envuelta en mi manta, estaba en eventos ultra sofisticados.

Espera un segundo… ¡No seamos hipócritas! Nunca me gustó el caviar, lo comía porque era…

Algo se revuelve dentro de mí… ¡Glub, glub! siento retortijones en el estómago…

¿Qué es esto? Parece que mi barriga fue invadida por alienígenas.

¿Por qué comí esa porquería? Empiezo a retorcerme del dolor. Qué suerte la de Eva, que en su época no existía esta basura gastronómica y Satanás solo le ofrecía frutas.

¡Glub, glub!

Bajo corriendo las escaleras. No pienso usar el baño de adentro de la casa, que me pasé la mañana limpiando y dejé oliendo delicioso. Prefiero ir al que está afuera, que nunca antes había usado. Después de mucho dolor y de unos sonidos que me darían

vergüenza describir, por fin me siento aliviada. Me limpio y estoy lista para salir, pero, para mi sorpresa, al tirar de la cadena, veo que el inodoro está tapado.

¡No! ¡No puede ser...!

Cuando veo cómo el agua comienza a subir sin control, llena de cosas que prefiero no mencionar, empiezo a gritar. Horrorizada, me doy cuenta de que el inodoro se desborda y toda esa porquería empieza a escurrir por el suelo.

¡Qué asco!

Mi pecho sube y baja con horror creciente mientras miro la escena. Pienso en todos los cambios y adaptaciones a los que me he sometido —de rica a arruinada— y este incidente termina siendo la gota que colma el vaso para que mi estrés se dispare al límite. Mi grito se vuelve más fuerte, fuera de control. Estoy desesperada, toda la frustración escapando a través de mis gritos, sin lograr contener todo ese horror.

—¿Está todo bien por ahí, vecina?

De repente, una voz del otro lado del baño me sobresalta.

¡Ya es demasiado! ¡No puede ser el guapo de la casa de al lado! ¡Dime que no!

—¿Vecina?

Dios mío, es él… ¿Y ahora qué hago? Entro en pánico…

Esto solo puede ser una broma. ¡Alguien despiértame y dígame que es una pesadilla, por favor!

El agua no deja de brotar por los lados del inodoro.

—Te estoy escuchando.

—¿Cómo entraste aquí? —pregunto alterada, mientras salto para evitar que el agua sucia me moje los pies.

—¿Has olvidado que nuestro muro es bajo y que nada me impide venir a salvarte? Escuché tus gritos de auxilio. Estoy aquí para sacarte de cualquier apuro, vecina insoportablemente guapa.

El inodoro no deja de desbordarse, y no es porque me haya llamado guapa que abro la puerta corriendo, sino porque el olor del

baño y la posibilidad de que esa porquería toque mis pies me están matando.

—¡Dios! ¿Qué demonios comiste? —dice, tapándose la nariz con los dedos—. ¡Hasta el drenaje lo rechazó!

Definitivamente es un grosero. Incrédula, casi lloro con la mezcla de vergüenza y horror por haber sido descubierta en semejante estado. No sé qué es peor: mi humillación o el olor insoportable.

—¡Nunca había usado este baño! He venido a hacer pipí y cuando he tirado de la cadena, ¡ha salido todo esto! —Trato de convencerlo de que yo no fui la causante de ese desastre que ahora inunda todo el baño.

—Ajá… —dice mientras entra al baño con una escobilla en la mano.

—¡Es la pura verdad!

Mi estómago vuelve a hacer ruidos y el calvo muerde los labios, como si se aguantara una carcajada. Me llevo una mano sobre la barriga traicionera y su expresión muestra que sabe perfectamente que estoy mintiendo.

—¿Tienes una bolsa de basura grande? —pregunta. Me quedo mirándolo sin entender qué planea hacer con eso—. Ey, si tienes, ¡tráela ya! Estar aquí me disgusta tanto como a ti.

Si la situación no fuera tan grave, hasta podría burlarme un poco de él. Pero no lo es, así que me doy la vuelta para salir.

—Voy a ver.

Corro a la casa, busco una bolsa de basura grande, pero no encuentro. Ah, claro que no, si para ahorrar uso las bolsitas del súper para tirar la basura. Ni loca voy a pagar más de un real por una bolsa para basura. Entonces recuerdo el plástico de burbujas grande que venía con la televisión que compré con mi primer dinero, porque hasta la que tenía antes de mudarme la vendí para poder sobrevivir.

—Esto debería servir.

Le entrego la bolsa y él la coloca dentro del inodoro, baja la tapa, se sube encima y tira la cadena otra vez.

—¿Estás loco? ¡Esa cosa va a escupir toda la porquería no solo dentro de mi casa sino por toda la vecindad!

—Confía en mí, vecina insoportablemente guapa... y ahora apestosa.

Jamás pensé que aceptaría que me llamaran apestosa, pero dadas las circunstancias, prefiero fingir demencia y no discutir el asunto.

El mecánico logra arreglar todo el desastre y, para colmo, me ayuda a lavar el baño por completo. Es casi una aventura. Hasta me descubro riendo con él un par de veces. La situación es absurda, pero no se siente incómoda en absoluto. Juntos, hasta parecemos un buen equipo.

—Así que limpié tu baño...

La bromita me saca una risa. A mi lado, él se inclina, acercando la cabeza peligrosamente a la mía, y yo no me muevo. Si cree que me va a intimidar con su tamaño o con su actitud atrevida, está muy equivocado. Para provocarlo un poco, inhalo el aire —ahora perfumado— lentamente.

—Tienes talento.

—Es tentador saber que lo reconoces —susurra. Extiende el brazo, tocándome a propósito la espalda mientras « cierra » la llave que ya estaba cerrada. Me pongo tensa al sentir su piel caliente rozar la mía.

En sus ojos veo un brillo travieso. ¡Maldita sea! ¿Qué estoy haciendo? ¿Coqueteando con el vecino dentro del baño? Aunque, la verdad, casi me dan ganas de hacerle una reverencia cuando veo todo limpio. Tener a este hombre concentrado en mí a veces es demasiado. El calor aquí dentro se vuelve exagerado cuando clava su mirada en la mía y le suma una sonrisa.

—Pensé que este baño nunca volvería a ser habitable.

—Las tuberías son viejas, en mi casa ya pasó esto varias veces.

—¿En serio? —comento. Es un alivio escucharlo.

—Moa solía atascar el inodoro en casa —dice con tono más relajado, bajando la voz como si me confiara un secreto—, pero no

le digas a mi *fratello* que te conté eso.

Es tan italiano cuando habla de su familia. Hasta parece un pecado escucharlo.

—Ah, sí… claro. No te preocupes —confirmo de inmediato.

Él me mira de nuevo y, de pronto, los metros cuadrados del baño se sienten como centímetros. Si alguna vez sentí antipatía por este mecánico, en ese instante se transforma por completo y se va volando, como una mariposa. Al mirarme, parece querer encontrar algo dentro de mis ojos.

Totalmente en silencio, solo escucho su respiración, y eso me hace sentir el corazón golpear con fuerza dentro del pecho. Me da la impresión de que se parece a alguien que ya conozco, pero no consigo recordar quién. Estoy segura de que lo reconocería si lo hubiera visto antes. Después de todo, no es que todos los días aparezca en tu vida una montaña de músculos cubierta de tatuajes y, además, increíblemente sensual. La cara dura y perfecta se extiende hasta los anchos hombros.

Mal es el típico hombre que me hace querer ser barata y rústica hasta el punto de ser poseída en el baño de atrás. Todo arrogante, seguro de sí mismo, de esos que hacen que su atractivo opaque cualquier defecto.

—Creo que puedo confiar en ti —dice. Su voz me envuelve como si me abrazara. ¿O será que en realidad deseo que sus brazos fuertes lo hagan?

—Un secreto bien guardado bajo siete llaves.

Como si la Tierra temblara y se abriera una grieta, se aleja un poco. Lo miro, incrédula. ¡Pero qué facilidad la tuya para rendirte apenas te acercas a mí! Hace un segundo estabas usando esa voz seductora, lanzándome fuego con los ojos, y al siguiente ya me estás descartando así nomás.

—Imagino que guardas muy bien tus secretitos sucios. Tienes cara de alguien que solo cuenta lo que le conviene, pero eso está bien. Evita problemas.

No sé si debo sentirme ofendida o halagada con ese comentario. Su humor cambia de repente, y su expresión se vuelve imposible de descifrar.

Apostaría que fue sarcasmo, o quizás se acordó de algo que le molestó, porque sale del baño y sube por las escaleras que llevan a la azotea como si fuera un superhéroe que acaba de recibir una señal de auxilio.

¡Qué película te estás armando, Paula! El tipo te hace un favor y ya lo estás imaginando como un superhéroe. ¿Será que se molestó porque no le agradecí? Pero ¿cómo iba a hacerlo si, por un instante, hasta me olvidé de respirar cuando sentí su cuerpo tan cerca del mío?

—¡Gracias!

—Me debes una cena preparada por ti —dice. ¡Pero qué tipo tan descarado! El barniz de la vergüenza claramente no llega a esa cara dura. Y yo, tonta, pensando que solo estaba siendo amable. Obvio que tenía otras intenciones.

—No sé cocinar —confieso.

—Con un huevo frito me conformo —dice, mientras se prepara para saltar el muro.

Suelto una carcajada histérica y él se da la vuelta para mirarme, sorprendido. Me río tanto que hasta se me escapan las lágrimas, y termino confesando que ni eso sé hacer. Para mí, uno de los grandes misterios de la cocina es freír un maldito huevo. Siempre que lo intento, acabo haciéndolo revuelto.

Sin perder la arrogancia, responde:

—Bueno, entonces un plato de pastas. No me jodas que no eres capaz de echar fideos al agua hirviendo y luego vaciar el sobrecito de condimentos encima. Te juro que ya he visto niños hacerlo con una sola mano...

Tengo que admitir que el tipo es hábil y certero. No tengo cómo zafarme. ¿Quién hubiera imaginado que una tarde tan aburrida terminaría así?

—Un día de estos te preparo uno y te aviso.

—¿Qué te parece el viernes por la noche?

No puedo simplemente decir "está bien".

—¿Soy yo la que invita y tú decides la fecha? —digo, fingiendo estar relajada, pero me doy cuenta de que mis piernas casi no se mueven mientras lo miro saltar por encima del muro. Esos brazos fuertes, llenos de venas, impulsan su cuerpo atlético con facilidad.

—Tienes suerte de que ya cené hoy —dice, ya del otro lado, asomando la cabeza y el torso hacia mi lado—. Y no soy tan insensible como para no notar que estás hecha mierda por...

—No pensarás que todo lo que viste ahí dentro era mío, ¿verdad? —trato de defenderme, sin éxito.

Él sabe que todo era mío, ¿cierto?

Pase lo que pase, lo negaré hasta la muerte.

—No tienes porqué avergonzarte. Dicen por ahí que para ser feliz hay que aceptar las caídas y reírse de ellas, vecina.

—¡Paula! —Lo corrijo con una mirada fulminante, advirtiéndole que no vuelva a llamarme así. Él apenas lo nota.

—¿Has oído eso de que es mejor que la gente vea lo que llevamos dentro en vez de quedarse con la belleza exterior?

¿Qué le pasa para hablar tan fuerte? Subo las escaleras como un rayo.

—Primero, eso es ridículo. Segundo, ¿puedes hablar más bajo?

Se ríe.

—Puede parecerlo... Pero algo es seguro: sigues siendo preciosa —susurra la frase, y parece sincero. Me gustaría tener el valor de decirle que también me parece guapísimo.

Hay algo en esos ojos verdes que me intriga, un toque de sarcasmo en el arco de sus cejas que lo hace deseable, una forma en su mentón que parece hecha para restregarse contra el cuerpo de una mujer mientras su boca se encarga del resto. Me doy cuenta de que él nota que lo estoy admirando por la sonrisa engreída que suelta, y yo maldigo hasta a mi octava generación por dejarme atrapar mirándolo así.

—Si necesitas algo más, solo grita otra vez. La próxima, estaré mejor preparado.

—No será necesario. Si depende de mí, ese inodoro no volverá a ser usado jamás.

— « Jamás » es mucho tiempo.

—¿Además de mecánico, médico frustrado y fontanero, ahora también te crees filósofo? Estoy impresionada con tantas habilidades.

—Tengo otras también, vecina —Sus labios se curvan con una sonrisa maliciosa—. Pero esas tendrás que probarlas.

Quiere que le pregunte cuáles son, pero me niego. Tipos como él pueden parecer un manjar, pero solo yo sé las náuseas que me dan las cosas indigestas.

—Ahora te voy a contar un secreto... Soy alérgica a los pobres.

Se ríe con ganas.

—Te faltó decir que también te dan escalofríos. Hasta el viernes, vecina.

Me guiña un ojo. ¡Qué tipo tan creído!

—¡Si me vuelves a llamar « vecina » , no volverás a entrar por esa puerta!

Ahora soy yo quien grita mientras lo veo alejarse.

—Soy bueno saltando muros.

—¿No vas a rendirte?

—Puedes apostar que no —responde, ya un poco lejos. Y me doy cuenta de que ahora soy yo quien asoma la cabeza hacia su lado del muro, gritando.

Este es uno de esos momentos en que no creo lo que estoy haciendo.

En estos tiempos modernos, donde los vecinos se comunican por móvil, mi nivel de pobreza ha llegado tan bajo que volví al pasado y ahora tengo conversaciones por encima del muro con un casi desconocido, porque mis únicos amigos a esta hora están en algún yate, en el Jockey Club o cualquier otro lugar decente para una buena charla.

Bajo las escaleras riéndome de mi decadencia.

Perdona, Señor, a todos los que sienten repulsión por la sencillez y la pobreza. Líbranos de los suburbanos y de los aficionados a las chucherías. Aléjame de quienes se conforman con un salario mínimo. ¡Amén!

Capítulo 10

Mal

—¿Sinceramente? Sigo sin entender por qué instalaste esta oficina en San Pablo. —Llevo unos pocos días aquí y ya extraño el acento de Salvador. —Amigo, no necesitas inventar excusas para pasar más tiempo con tu familia.

¿Qué le importa a él si quiero abrir la oficina aquí o no? Rodrigo a veces es un verdadero fastidio. Todo esto porque lo llamé para pedirle que se encargara de la documentación necesaria. Su preocupación es deliberadamente vaga, sin sentido. Aunque, para ser honesto, no esperaba nada diferente viniendo de él. Al final de cuentas, es mi administrador.

Después de lo que pasó con mi madre, ya no puedo vivir en ningún otro lugar que no sea cerca de ella. Gracias a Dios ya está en casa bajo nuestro cuidado.

Si tengo que cambiar de techo, que sea ahora, mientras no llueve, pienso...

Mi madre es la persona más importante de mi vida y, si su deseo es seguir viviendo en San Pablo, entonces aquí es donde voy a quedarme.

—Tienes razón. Pasé mucho tiempo lejos de ellos y ya es momento de volver a acercarme. Quiero estabilizarme, y ya no aguanto seguir viajando tanto. Eso es puro drama. Viajar siempre ha sido una de las cosas que más me ha gustado hacer. Sin mencionar que, en los últimos años, no he echado raíces en ningún lugar. Ando como un nómada, de un proyecto a otro.

—Aun así, sigues teniendo tu casa aquí en Salvador.

De hecho, esa casa tiene todo lo que necesito para vivir bien. Su estructura podría acomodarse perfectamente para que estén cómodos mamá, mis hermanos y hasta a las familias que ellos

tuvieran. Cuando la mandé a construir, tenía la falsa esperanza de que algún día todos se mudaran conmigo. Pero eso nunca pasó... Mi madre es demasiado terca. Su palabra es una y no la cambia por nada del mundo.

—No pienso deshacerme de ella. Solo quiero tener un espacio mío aquí. De hecho, eso fue lo que me llevó a comprar el piso también.

—¡Esa es la cuestión! Solo compraste esa oficina para tener una excusa y no herir a tu madre cuando le digas que ya no te vas a quedar en su casa. Apuesto a que la oficina queda cerca de su casa, ¿no? No necesitas una oficina.

No está tan equivocado. Desde que me fui de casa, amo mi independencia. Y aunque me encanta estar con mi familia, ya he confesado varias veces que me siento mal por quitarle la privacidad a mis hermanos cada vez que vengo. Pero sé que ella se pondría triste si comprara un piso sin una buena excusa.

—El trato ya está hecho, Digão. ¡No seas tan terco! ¿Todo esto es amor? Siempre supe que estabas enamorado de mí, solo que no me di cuenta de que estarías resentido conmigo por no pasar tanto tiempo a tu lado. Te prometo que iré a verte cada vez que esté en Salvador. Eso sí, no te olvides de ponerte *esos calzoncillos negros*, debes estar irresistible con ellos.

—Lo que vas a llevar es una puñetazo en la cara cuando te vea.

—¡Ay, qué miedo! —Lo provoco. —Ahora deja de poner excusas y de hacerte el flojo. Organiza todos los papeles que te pedí y encárgate del contrato de arrendamiento de la oficina.

—Al menos fuiste sensato al rentar un lugar en vez de comprar uno de inmediato.

Este bahiano debe ser falso... Qué tipo tan amargado, no parece para nada esos paisanos de Salvador que andan siempre de buen humor. ¡Se queja de todo, carajo!

—La oficina no la compré, pero el piso lo escrituraré mañana. —Miro a la calle a través de la persiana de la ventana del cuarto y veo

a la vecina llegar—. Aunque pensándolo bien, no tengo tanta prisa por mudarme.

Hacía tres días que no la veía. ¿Será que la extrañaba? Desde que mi madre salió del hospital, ya no he tenido que ir por las mañanas. Y aunque nunca me gustó madrugar, se me estaba haciendo placentero pasar por la parada de autobús, acelerar la moto para que me viera, como un saludo matutino. Solo una vez me atreví a parar y ofrecerle un aventón. Con un « no » fue suficiente. Si prefería ser orgullosa, era su problema.

—Mierda, ¿en serio? Esto huele a falda. ¿Qué está pasando?

Digão me conoce lo suficiente para decirme lo que pensaba.

—Es la vecina... puerta con puerta. Si te cuento quién es, no me vas a creer.

Afuera, el viento anuncia una posible tormenta, haciendo volar las hojas de los árboles. Me distraigo, fascinado, al ver cómo Paula logra, con tanta elegancia y firmeza, evitar que el viento le levante la falda negra. El atisbo de sus largas y torneadas piernas que la tela cubre me hace desear por un momento, como una adolescente, que se deje llevar un poco y que el viento se encargue de mostrar más, para poder apreciar lo que la tela cubre. ¿Cómo puede esta mujer ser una diosa, loca y hechicera al mismo tiempo? Y, por supuesto, hacerme sentir casi como un cantante de música romántica, comparándola con la letra de una canción.

—No me digas que te encaprichaste con doña Bina. —Me río con la pregunta.

La señora italiana a la que se refiere vivió muchos años junto a nosotros. Era muy amiga de mi madre, pero tenía edad suficiente como para ser mi abuela.

—Para tu información, ella se mudó. En su lugar está la Góes Mesquita... ¿te suena?

—El nombre no me suena. ¿Es conocida?

—Digamos que es la chica por la que tantas veces me consolaste porque me dejó.

Con esa pista es obvio que la recordará. Fue la única en mi vida que se atrevió a hacerme eso.

—¿Estás bromeando?

—Nunca hablé tan en serio.

Y frustrado, podría añadir. Esa personificación de Eva me ha rondado los pensamientos toda la semana. No sé cómo logré controlar y aplastar el deseo que me golpeó como un rayo en ese baño cuando la vi con esos shorts , tan perdida por la situación, necesitando protección. Estuve a punto de abrazarla y acabar con toda esa carencia que claramente tenía.

—¡Maldita sea! ¿Qué hace la reina de la arrogancia por ahí? Eso sí es grave, hermano... Es peligroso. Cuidado con volverte a enredar y salir con el corazón hecho trizas.

Digão la conoció unas vacaciones antes que yo. Cuando le conté que me habían asignado estar a disposición de ella y que me estaba gustando pasar esos días enredado entre sus sábanas, él de inmediato me aconsejó alejarme. No le hice caso, y mira cómo terminé.

—Escuché que su ex la estafó.

Paula se detiene frente al portón y mira hacia arriba, en dirección a la ventana donde estoy. Doy un paso atrás para que no vea mi sombra entre las persianas. La veo sacar las llaves de su bolso y entrar a su casa.

—¡Qué ironía del destino! ¡Hermano, mira esto! Estoy viendo en un sitio web que realmente lo perdió todo. En una de las notas dice: « La socialité Paula Góes Mesquita, tras haberlo perdido todo, ya no aparece en las grandes fiestas y… »

—¡Vas a equivocarte de punto, chismoso! —lo interrumpo antes de que terminara la frase.

Estaba seguro de que Digão iba a buscarla en Google, solo que no imaginé que lo haría tan rápido. Fuera lo que fuera que le hubiera pasado a ella, no me interesaba. Paula había salido de mi vida del mismo modo en que entró. Claro que ahora las cosas eran diferentes, porque estábamos en un escenario nuevo, uno que me

favorecía un poco más. No voy a aprovecharme de eso... ¿O sí? Tal vez esta noche, durante la cena, quién sabe, a la hora del postre... Después de todo, esa desgraciada ya me engañó una vez con un cartel de nudismo que ni existía. ¿Por qué no hacer lo mismo, si me demostró tan rápido lo desleal y presumida que era?

—¡Anda por favor! No voy a fallar. Tuve un buen profesor de punto. Y por cierto, necesito terminar estas últimas vueltas rápido. Me da a mi que pronto vas a necesitar una bufanda... pero para secarte las lágrimas cuando ella te planté otra vez.

—Hablas como si una vez no hubiera sido suficiente. Lección aprendida, amigo.

—¡Ten cuidado, machote! Aunque, viendo cómo están las cosas, parece que ahora se invirtieron los papeles. Por lo que se ve, tú eres el rico... y ella, la pobre.

—Ella cree que soy mecánico.

—¿Mecánico? ¿Y eso cómo pasó?

Es divertido verlo tan curioso. Hasta parece que el acento se le marca más.

—La moto ha ayudado. Me vio con los dedos llenos de grasa y sacó sus propias conclusiones.

—¡Ah, no me jodas! ¿Y no le vas a decir la verdad?

—Todavía no.

—Estás jugando con fuego, hermano. La caída va a doler.

—No te preocupes. Sé muy bien lo que estoy haciendo.

—Admite que nunca la olvidaste. No sé cuántas veces la comparaste con otras mujeres con las que saliste.

—De eso no me acuerdo. Ahora ve a trabajar, porque lo que sí no puedo olvidar es que tienes que enviarme todos los documentos para mañana. Deja de estar metiéndote en la vida de los demás y haz lo que te pedí.

Para quien entiende con poco, el cambio de tema es suficiente para no seguir hablando de la señorita Góes Mesquita. Ya sé con qué sermón preocupado iba a salir.

—Revisa tu correo, hermano… Ya está todo adjunto ahí.

—Vaya administrador que me conseguí. Sabes, hasta estoy pensando en traerte para acá.

—Primero intenta llevarte el Porto da Barra y el Pelourinho. Te va a resultar más fácil.

—Aquí no serían lo mismo.

—Ni yo.

Si hay alguien que ama Salvador, es él. Para que salga de allí y haga aunque sea un viaje corto, hay que rogarle... Y ni hablemos de mudarse.

—Voy a revisar los documentos y, si falta algo, te llamo.

—Hecho.

Me despido de él y me dejo caer de espaldas sobre la cama, con los brazos abiertos.

La vecina llegó tarde hoy... ¿Pensará que no voy a ir a nuestra cena? Por mí, lo más probable es que sí vaya... No tengo intención de mentirle, pero la verdad se confirmará si ella la descubre. Hay algo de lo que siempre se quejaba durante el corto tiempo que estuvimos juntos. ¿Cómo era que decía?

Eres tan cursi...

Capítulo 11

Paula

¡Perfecto!

Termino de dar los últimos retoques a la mesa y acomodo las servilletas.

Quedó decente. Digno de una buena cena como Dios manda.

El espejo del aparador refleja mi imagen y, por un momento, pienso que, si quisiera pasar desapercibida, definitivamente no elegí la ropa adecuada. Tal vez la falda sea demasiado corta y el escote en V algo profundo.

Pero, al fin y al cabo, ¿qué es lo que quiero? ¿Huir o lanzarme en los brazos de ese hombre?

¿Me arreglé demasiado? Paso los dedos por las comisuras de los labios para corregir una manchita de labial.

—Jamás será exagerado usar un vestido negro de Jean-Paul Gaultier —me aseguro a mí misma en voz alta.

Ese mecánico tal vez ni sepa lo que es usar ropa de diseñador, y esté acostumbrado a comer en la mesa de la cocina, pero aquí, en mi casa, cenará en el comedor y con estilo.

Está bien, vamos a quedar un poco apretados. Digamos que la sala está medio saturada, porque jamás me desharía de esta mesa que teníamos en casa de mis padres. Admito que es un poco grande para un espacio de apenas dieciséis metros cuadrados. Detalles... Pero, a pesar del tamaño, por la disposición respecto a las paredes y al resto de los muebles, vamos a tener que sentarnos bastante cerca uno del otro... y eso me da un calor de los mil demonios.

¿Qué es lo que ese hombre despierta en mí? Lo lógico sería que me repeliera, no que me interesara… Después de todo, es pobre, calvo —aunque ese detalle tiene su encanto—, está todo tatuado y no tiene nada que ver con lo que quiero ni con lo que merezco.

Para ser sincera, ni siquiera sé por qué estoy haciendo todo esto. Debería haber cancelado esta cena en cuanto recibí la primera nota cursi que me dejó en el buzón al principio de la semana. Ese intento ridículo y absurdo de piropo en forma de palabras solo pudo salir de su cabeza. Decía así:

Hola, vecina. Estaba pensando... ¿Cuál es la frase que mejor te funciona? ¿Lo sabré el viernes?

¿Qué clase de hombre escribe eso? Ninguno con los que he salido en los últimos años. Para empezar, nadie lograba averiguar nada sobre mí, porque yo no dejaba que se acercaran. Y segundo, detestaba ese tipo de actitudes.

Si creía que eso era tocar fondo, el nivel bajó aún más con el siguiente mensaje:

¿Tuviste un día agotador? Seguro que sí, porque tú y nuestra cena del viernes no salen de mi cabeza. ¿Qué te parece a las ocho?

Lo peor no fue leer eso… Lo irritante fue haber pensado que era gracioso. Casi le pregunto a qué especie pertenece para tener tan poco sentido del ridículo. Estoy en un momento tan difícil de mi vida, que cuando me sorprendo riendo, hasta me asusto. Nada tiene gracia. Todo es una desgracia.

Pero en algo tengo que reconocerle mérito, aunque sea cursi, es creativo. Hasta ese momento ni siquiera habíamos fijado una hora.

El miércoles abrí la caja del correo solo para ver si había correspondencia. Una excusa poco convincente, lo reconozco. Los acreedores no saben mi dirección actual, y esperar una postal de algún viejo amigo que anda viajando por el mundo es como creer en Papá Noel. Aun así, ahí estaba yo, abriendo otra nota que él había dejado.

Hola, vecina. ¿Qué tal si me buscas en Google, me llamas « búsqueda » y concluyes que soy todo lo que estabas buscando para cenar el viernes?

Ay, Mal... Si tuviera que buscar tu nombre, lo haría en el sitio web de deudores incobrables, donde también apareció el mío después de quedarme en la ruina…

Fue entonces cuando me di cuenta.

Si los sitios de chismes hicieran una búsqueda con mi nombre ahora, no solo encontrarían noticias viejas de cuando estaba rodeada de la alta sociedad, también aparecería la pequeña lista de deudas que he acumulado.

¡Mierda, mierda, mierda! Me di cuenta de que estoy arruinada. Mi vida está más desordenada que aquel desastre en el baño el otro día.

Al día siguiente, estuve a punto de no abrir la caja del correo. Andaba dispersa, casi en « modo avión » , desconectada del mundo, pero ¿quién dijo que la curiosidad no se impone? Ahí estaba, la última nota, la más cursi que he recibido en la vida.

¿Qué tal, vecina? Sácame de una duda. ¿Tú crees en el amor a primera vista o solo en el del viernes? ¿Nos vemos mañana?

Ese mensaje me trajo el recuerdo de una época buena, cuando aún era joven y conocí a un chico muy guapo, aunque bastante cursi y demasiado romántico. Que Dios me perdone, pero fui una perra con él. Jovencita, atrevida e irresponsable. Esa sería la definición exacta.

No solo lo seduje. En realidad, lo ilusioné, y probablemente le arruiné la confianza en todas las mujeres. Todo porque no quería que mis amigos me vieran con un simple camarero. ¿Te imaginas cómo habría afectado eso mi imagen?

Para algunos puede parecer horrible, pero para mí, ese chico era casi descartable. Igual no teníamos futuro. ¿De qué me servía presentarlo a todos y después ser ridiculizada y convertirme en chisme por el resto de las vacaciones? Por eso preferí cortar por lo sano. Lo admito, no fue la mejor forma.

Arrepentida, incluso intenté buscarlo en los días siguientes. Pero no lo encontré. Fue triste.

—¿Y hoy? —Me llevo las manos a la boca—. ¿El mecánico habrá dejado algo?

Llego tan dispersa, repasando paso a paso lo que debía hacer para preparar la cena, que de verdad olvido revisar el buzón.

¡Mierda! ¿Y si el papel de hoy dice algo que podría dejarme en evidencia? Me da miedo solo imaginar lo que pasa por esa cabeza calva.

Corro la silla que tranca la puerta de la sala y avanzo curiosa por el pasillo que da al garaje. El piso hueco amplifica el sonido de mis tacones. A cada pequeño ruido me encojo. Qué fastidio estas casas adosadas. Los vecinos se enteran de todo lo que uno hace, y por supuesto no quiero que *cierta persona* se ponga a husmear y descubra lo que estoy haciendo. Sería un papelón.

De pronto, un ruido. Me quedo quieta, sin respirar, temiendo que alguien note mi presencia en el garaje. Espero un segundo, dos, tres, cuatro… y un maullido me alivia.

—Eres tú, bandido —Acaricio su pelaje.

Este callejo se volvió mi amigo y la mejor compañía cuando me siento muy sola. Nunca volvió a acercarse al jardín, que, por cierto, quedó precioso después de que alguien anónimo lo arreglara, alguien que puedo imaginar quién es, pero que jamás mencionaría en voz alta.

Cada vez que está conmigo y el calvo lo llama, hago que salga corriendo para que no descubra que es mi compañero. No sé si me encariñé porque es muy tierno o por el vicio de sentir el perfume exótico y masculino de su dueño impregnado en su pelo.

—Hoy no puedes quedarte conmigo. Voy a recibir visita, aunque seguro ya lo sabes, ¿cierto? Tu dueño suena como un trueno cuando habla, y no dudo que le haya contado a todo el barrio que vendrá a cenar. De hecho, en vez de gato, deberías ser una paloma mensajera y llevarle una respuesta cancelando toda esta payasada.

Abro la puerta del buzón y ahí está el papel doblado.

Esto es ridículo… Pero me gusta. Aunque jamás lo admitiría en voz alta.

¿Quién lo diría? Paula Góes Mesquita, que ha asistido a fiestas con Mark Zuckerberg y Jan Koum, revisando un buzón que no es de correo electrónico ni de redes sociales.

Despliego el papel esperando leer otra de sus ridiculeces. Y si lo fuera… ¿por qué vine hasta aquí para leerlo? Ok. No son tan ridículas después de todo.

Paula. *(esa es la contraseña, ¿cierto?)*

Nos vemos más tarde. Quiero confesarte algo: siempre llamo al día siguiente, pero eso puede quedar a tu criterio. Si prefieres, puedo despertarte con un empujoncito… o con mucho cariño.

Mal.

Tengo unas ganas inmensas de ir a golpearle la puerta y decirle, bien fuerte y claro, que agarre sus piropos baratos y se los meta por... el FUTURO. Porque en el mío él no está incluido. ¡Qué rabia! Y yo, como una idiota, todavía me tomé el trabajo de hacer medallones, que por cierto están en el horno, en lugar del maldito fideo instantáneo que él sugirió y que es justo lo que se merece.

Si hay algo de lo que puedo presumir con total seguridad es de la cantidad absurda de fideos instantáneos que tengo guardados en la despensa. Pero ese no es el tipo de menú que Paula Góes Mesquita le serviría a nadie, ni siquiera a él.

¿Para qué me esfuerzo tanto? ¡Qué estúpida! Mira el tipo de cavernícola que es. Está convencido de que con una cena me va a llevar a la cama. Si eso es lo que le pasa por la cabeza, se va a enterar de con quién está tratando.

¿Acaso pensé en sexo? ¿No? ¿Estoy completamente segura de eso?

Entonces, ¿por qué le volví a pedir consejo a Mari Borges sobre qué cocinar esta noche, algo rico y barato? Peor aún fue seguir el consejo de esa loca flacucha y enrollar torpemente las tiras de tocino alrededor de los pedazos de pollo. Ni hablar del arroz al horno que me dijo que era facilísimo, pero no entendí si había que meterlo crudo o no en la bandeja. Lo puse crudo, total... seguro que se cocina con la cantidad de agua que le eché.

Respiro profundo y el olor me pone nerviosa... Eso no huele a comida horneandose. ¡Huele a que se está quemando! Corro lo más rápido que puedo y... ¡sorpresa!

La cocina está llena de humo...

Presiono el botón del extractor sobre la estufa y maldigo, frustrada, cuando ese aparato viejo hace el amague de encenderse y se apaga de nuevo.

Perfecto. Justo lo que me faltaba. En lugar del aroma de una comida deliciosa, hay un olor horrible.

Le doy un golpe en el costado engrasado del aparato. El condenado arranca, pero no es suficiente.

Por favor, santo patrón de los cocineros, ayúdame a abrir este horno y encontrarlo todo en su punto. Lo abro, y ahí se me cae la ilusión.

¿Quiénes sois vosotros dentro de este horno? Yo dejé pedazos de pollo, no de buitres. El arroz también está arruinado. ¿Y ahora qué hago?

Lo único que quiero es sentarme a llorar y no abrir la puerta cuando suene el timbre, aunque igual no serviría de nada, ese tipo sería capaz de saltarse el muro.

Si al menos pudiera mandarle un mensaje para decirle que no me siento bien... Pero no puedo: no tengo teléfono y tampoco su número.

¡Mierda! Ni siquiera puedo llamar a Mari, que seguro me ayudaría. Por algo le digo « gacela » . Igual que ese animal que reduce el tamaño del corazón y el hígado cuando pasa hambre y sed, solo para ahorrar agua, ella también encuentra solución para todo.

Estoy a punto de caer en la desesperación, pero creo que la brujita de las desgracias siente pena por mí, porque, como si fuera un acto de magia, al mirar a los lados, con los ojos casi llorosos, los paquetes de fideos instantáneos brillan.

De ninguna manera, la cena será al estilo *La dama y el vagabundo*. ¡Un plato casi poético!

No romperé los fideos cuando los ponga a cocinar y, quién sabe, tal vez los compartamos juntos.

Al final, esto todavía puede resultar interesante; así que aquí estoy, haciendo fideos instantáneos y esperando por un tipo de hombre que, durante toda mi vida, no solo me provocó rechazo, sino que siempre hice lo posible por mantenerlo lejos de mi mundo.

Capítulo 12

Paula

Cometo la herejía de rociar los últimos mililitros de mi querido Euphoria, de Calvin Klein, por toda la casa para quitar el olor a quemado que se metió en cada rincón. Tengo cuidado especial en la cocina, claro, para que no caiga en la olla. Estoy prácticamente con un ojo en los fideos instantáneos y el otro en el humo, que todavía no termina de disiparse.

¡Qué situación tan patética, amiga! Es, literalmente, el colmo de la pobreza: usar perfume en lugar de ambientador para tapar el olor. Esa es mi realidad, lamentarme por ya no formar parte del mundo de los privilegiados.

—¿Qué tipo de incienso es ese? Mejor dicho, ¿qué es todo ese humo? —Doy un brinco de susto al oír la voz ronca desde la puerta de la cocina y me quedo congelada donde estoy—. ¿Debería llamar a los bomberos o mejor volver a mi casa y ponerme ropa blanca? Si es eso, falta el sonido de los tambores.

Me agarra infraganti. Me doy vuelta y me encuentro con unos ojos grandes y brillantes que me miran fijamente. Todo se paraliza, el corazón, la respiración, hasta el aire. Con la luz tenue del pasillo, lo veo apoyado en el marco de la puerta. Tan grande y fuerte como lo recordaba.

Son pocas las veces que no logro responderle a alguien. Pero con la boca abierta, el brazo extendido y el dedo en el frasco de perfume, en este momento no puedo moverme ni hablar.

—Estás bien, Paula?

Miro mi mano suspendida en el aire, luego a él, y después al frasco de perfume. Aturdida, vuelvo a mirarlo y recién entonces escondo la prueba del crimen detrás de mi espalda.

—¿Mecánico? —El apodo sale como un susurro, como si una parte de mí estuviera avergonzada de haber sido descubierta. ¿Pensará que estoy perfumando la casa solo para agradarle?

—Si vamos a tratarnos como vecina y mecánico, por mí está bien —dice con tono despreocupado, encogiéndose de hombros—. Pensé que preferías que nos llamáramos por nuestros nombres.

Su aspecto... ¡Guau! Nada demasiado elegante, claro, pero aun así, con jeans gastados y una camisa negra, es un deleite a la vista. Algunas personas se ven bien con cortes de pelo modernos, pero él parece haber nacido para ser calvo, lo cual es bastante atractivo, para ser sincera. El combo completo de este hombre me hace apretar el frasco de perfume con fuerza. Ups… me doy cuenta de que todavía lo tengo escondido detrás de la espalda.

—Ah, sí, Mal.

Apoyo la mano contra el armario de la pared buscando una superficie plana donde dejar el perfume. Por fin la encuentro y, disimulando, sonrío satisfecha mientras lo coloco ahí.

—También deberías haber imaginado que prefiero verte entrar por la puerta de la calle, y no invadir mi casa una vez más.

—¿Puedes creer que justo eso era lo que iba a hacer? Pero cuando salí al patio, vi el humo.

Tiene una bolsa de Zahil en la mano. Wow, mecánico, hoy te luciste.

—Ya pasó lo peor —confieso.

—Tus ojos deben haberse acostumbrado a él, porque ahí adentro no se ve nada.

Miro la olla de los fideos instantáneos para asegurarme de que esté todo bajo control. Bajo la mirada y noto que algo anda mal. Mierda, me doy cuenta de que no apagué el horno. Con razón el humo no paraba nunca... Abro el horno y descubro la causa de todo. Cuando saqué el pollo, olvidé que había dejado el arroz adentro.

—Gracias por invitarme a pasar —Lo escucho decir mientras apago el fuego. Por un segundo me distraigo y agarro la bandeja del arroz sin ningún tipo de protección…

—¡Ay! —Siento el ardor de la quemadura—. ¡Maldita sea!

—¡Cuidado!

Todo sucede muy rápido. En un momento estoy sacando la fuente con el arroz quemado. Al siguiente, siento que me lleva la mano directamente bajo el agua. Luego lo escucho hablarme otra vez, y ya no sé qué quema más, si la herida, el humo o estar tan cerca de él.

—¿Tienes algún ungüento? —Niego con la cabeza. —La crema dental sirve. ¿Hay en este baño o solo en el de arriba?

¡Qué desastre! ¿Será que está insinuando que tengo mal aliento?

En el acto, saco mi mano del agua y me la acerco al rostro para oler mi aliento. Al notar que todo está en orden, la vuelvo a meter bajo el chorro, mientras él me mira como si le divirtiera mi tragedia. Nunca me había quemado en la cocina. De hecho, jamás necesité meterme en una. Ser ama de casa no es tarea fácil. Ahora entiendo el sufrimiento de las cocineras que trabajaron para mí cuando aparecían con las manos o los brazos quemados.

—¿Tengo mal...?

—Me gusta eso. Siéntete libre de estar con Mal cuando quieras. —Confundida, tardo en entender que hizo un juego de palabras con su nombre. Muerde su labio—. Estás deliciosamente tentadora, lista para ser besada. Dije lo de la crema dental porque sirve para las quemaduras. Al menos ayuda a calmar el dolor. Nuestra madre lo hacía mucho cuando éramos niños.

¿Crema dental para quemaduras? Perdóname, Señor, por esta decadencia. Amén.

El ingenio es típico de gente pobre. Aunque no me gusta nada la idea de ver mi mano llena de pasta, el dolor es insoportable.

—Está arriba —consigo responder, entre quejidos.

Él se mueve rápido. Apaga el fuego de los fideos y va directo hacia la escalera. Me quedo observando lo grande que parece como para vivir en una casa adosada como la mía, con su madre y dos hermanos. ¿Será que se ve a sí mismo ahí dentro de la misma forma en que yo lo veo?

No tarda mucho en volver.

—¡Listo! —Cierra el grifo.

—¡Oye! ¿Por qué hiciste eso? El agua estaba ayudando a que no ardiera tanto, ¿sabías?

—Ya pasará. ¡Dame la mano!

Con duda, se la extiendo. La toma con una firmeza delicada. Sus dedos calientes me rodean la muñeca. El mecánico hizo bien la tarea, en lugar de una mano llena de grasa, aparece una limpia, casi impecable. Quien no lo conozca, juraría que nunca se acercó a una tuerca, un tornillo o una pieza de motor. Tira de una silla y me hace señas para que me siente, todo sin soltarme la muñeca. Lo veo arrodillarse a mi lado, parece un príncipe encantado. ¿O será Shrek? Sí, porque últimamente yo estoy más para Fiona.

—¡Ay! —Me quejo por el dolor.

—Ya pasará —Veo la preocupación reflejada en sus ojos.

La forma en que me cuida me despierta un torbellino que me descompone los sentidos. Me emociona. ¿Cuándo fue la última vez que alguien se preocupó así por mí? No es que quiera hacerme la víctima… De hecho, odio eso. Pero, que yo recuerde, las veces que me cuidaron o curaron siempre fueron niñeras o enfermeros. A mis padres nunca les gustó ensuciarse las manos, por eso pagaban para que alguien más lo hiciera.

—¿Te duele? —pregunta, mirándome fijamente mientras pasa lentamente su dedo cubierto de pasta por los bordes de la piel herida.

Es tan sensual la manera en que lo hace, que siento un cosquilleo en el bajo vientre... ¡Qué dedo más hábil! Me observa tanto rato que estoy segura de que está trazando un mapa mental de por dónde va a intentar seducirme.

—Voy a superarlo —Trato de convencerme a mí misma. Él nota cuán nerviosa estoy y levanta una ceja al ver mi mano sana cerrada en puño.

—Si quieres, puedes sujetar mi brazo con la otra mano y apretarlo tanto como necesites. Si te incomoda... —Su tono es tan

suave que parece una caricia—. Me encantaría sentirlo, sobre todo viendo la expresión de tu cara.

La mirada descarada y con doble intención me hace soltar una risa nerviosa, como si tuviera el poder de activar mis glándulas de placer a voluntad.

—¿No dejas pasar una?

—Sería un idiota si dejara pasar algo relacionado contigo —dice mientras acerca su dedo a la mancha roja de mi mano, mirándome como si pidiera permiso para continuar.

Para mí es nuevo tener a un hombre tan grande y cuidadoso preocupado por mí. Ni siquiera Marco, mi ex marido, que era prácticamente un caballero, ese juez todopoderoso, fue tan atento en ninguna ocasión. De hecho, cuando se enteró que estaba embarazada —el momento más vulnerable de mi vida—, lo único que le importó fue el bebé. Nunca me preguntó cómo me sentía ni me cuidó, mucho menos intentó comprender mis miedos...

Para él, yo era simplemente la madre, así que tenía la obligación de aceptar todo lo que el universo me mandara. ¿Alguna vez se habrá preguntado si yo estaba preparada para ese embarazo? ¡No! Claro que no. Él cumpliría un sueño, y no le importaba que fuera una pesadilla para mí.

Una lágrima tímida se desliza por mi rostro y la limpio disimuladamente. Me doy cuenta de que el mecánico ha notado mis movimientos impacientes, así que intento cambiar de tema.

—¿Cambiaste tu horario de trabajo?

—¿Por qué? ¿Me extrañaste?

—Es difícil no notar el escándalo que hace esa moto cada vez que pasa.

—¿Alguien te ha dicho que no sabes mentir? —responde sin dejar de observarme—. Creo que todavía te arrepientes de no haber aceptado aquella vez que te ofrecí llevarte.

Si no fuera tan bronceado, diría que parece uno de esos vampiros de novela, con el talento perfecto para hipnotizar a sus víctimas

antes de chuparles toda la sangre. Este hombre, que invade mis pensamientos constantemente, es aún más guapo de cerca.

—Ay, ay, ay... —gimo, juguetona, al sentir que toca el punto más lastimado.

Su mano se tensa, sus dedos aprietan mi muñeca. Que me dé fuerzas Dios para salir de esta tortura sensual en la que nos encerró con la simple excusa de cuidarme.

—Vamos a terminar con esto. Tu sufrimiento me está generando muchos otros. La forma en que me mira me vuelve loca.

Querido, así me estás dejando más mojada que Aquaman…

—Pensé que las quemaduras del escape de la moto dolían, pero después de ver tu carita de sufrimiento, me siento peor. —En medio del caos, logra arrancarme una carcajada.

—Tienes buena labia, ¿sabías? Casi un poeta fracasado.

Él se ríe.

Ay, Dios mío, ¡qué excitante es imaginar esos dientes blancos mordisqueando mi piel! Su mirada baja a mis labios, como si se estuviera conteniendo para no devorarlos. La sensación es tan intensa que mis labios palpitan y mis entrañas vibran.

—Define mejor eso: ¿soy bueno o fracasado?

—Quise decir que hablas bien, pero no tiene ningún efecto en mí.

—No me importa. Nunca cambio lo que soy para impresionar a nadie. Y tú, vecina, ¿sueles dejar de ser quién eres?

—Hubo un tiempo en que sí.

Él parece viajar a otro lugar, se queda distante. Se levanta y yo también me pongo de pie.

Nuestros cuerpos quedan tan cerca que puedo sentir su perfume. Espera un momento… Esa no es cualquier fragancia. Ya había sentido ese olor antes. Esa extraña sensación habitual que me recorre cada vez que estoy cerca de él vuelve a invadirme.

Tal vez sea la sed repentina, o los nervios. Quizás solo necesite moverme, alejarme un poco y dejar de disfrutar esa electricidad rara que emana de nuestros cuerpos, con las rodillas casi tocándose.

—Juro que intenté preparar otro menú para la cena, pero mis talentos culinarios no fueron suficientes. Tendremos que conformarnos con unos buenos fideos instantáneos.

—Contaba con ello.

—¿Por qué creo que dices esto solo para complacerme?

—Soy hijo de italiana, amo la pasta.

—Fresca, querrás decir.

—No siempre estuve al lado de *mi madre*. Hubo una época en que cenaba fideos instantáneos casi todas las noches. Cada receta era diferente. Dependía de mi estado de ánimo para crear cosas maravillosas.

—¿Y cuál es tu estado de ánimo hoy? —Lo provoco, intentando que quiera probar algo un poco más intenso.

El ardor en sus ojos deja claro que no fue una buena pregunta y que caí en mi propia trampa. Al inclinarse, siento cómo su pecho se apoya contra mis pechos, presionándolos. Su rostro queda peligrosamente cerca del mío. Abre una sonrisa depredadora que grita: « Estaba esperando que me provocaras » . Quiero golpearme a mí misma. ¡Estúpida!

Oh, eso no fue una buena idea. Una cena no debería empezar en la cama. Me va a besar…

La razón me pellizca y doy un paso hacia atrás. Pierdo el equilibrio y apoyo la mano sobre la mesa, justo encima del tubo de crema dental.

—Pregunta equivocada, vecina —El mecánico se endereza, satisfecho. ¡Carajo! Estaba jugando conmigo, no pensaba besarme —. Lo correcto sería preguntarte qué te está pasando a ti hoy.

Sigo su mirada y casi grito al ver mi ropa manchada, arruinada con crema dental por el costado.

—¡Es tu culpa! —reclamo, molesta—. La cocina no es tan pequeña, así que no tienes que estar tan... tan... cerca de mí.

—¿Estás diciendo que te importo? Eso sí es una gran evolución. Hace un rato decías que mis palabras no te afectaban.

—No te hagas ilusiones, vecino. Me da asco la pobreza.

—Repítelo más veces, que tal vez consigas convencer a tu cuerpo de lo contrario. No es que dude de tu rechazo a la pobreza —Levanta la mano en señal de rendición—. Ahora, ¿qué tal si te cambias de ropa y me dejas mostrarte cuál es mi estado de ánimo? Señorita, yo me haré cargo de la cena. —Se inclina y me hace una reverencia. Le respondo con una sonrisa—. Me encanta la comida agridulce, pero me da miedo sentarme a comer contigo y darme cuenta de que, en lugar de especias, has añadido azúcar a los fideos instantáneos.

Me encojo de hombros y admito que está siendo amable. Si quiere hacerse cargo de la cocina, no me voy a oponer. Mucho menos ahora, al mirar la olla y ver que los fideos ya están más que listos para salir en el desfile de la escuela de samba Unidos Venceremos.

—Formidable, me gusta la idea. Así no puedes decir que te engañé. Creo que eso sirve como una pista para que no me pidas de nuevo que prepare una cena —digo, dándome la vuelta para irme… O mejor dicho, para huir de ahí.

—¿Vas a irte así? ¿Sin darme un beso de agradecimiento?

Lo escucho soplar las palabras casi en mi oído. Ese tono ronco me da ganas de oírlas otra vez.

Ah, mecánico… Esto es justo lo que necesitaba para vengarme y demostrarle que yo también sé cómo jugar.

Coqueta, le lanzo una mirada sexy, inhalo profundo y me doy la vuelta para encararlo. Ahí está, con esa sonrisa que le cruza la cara de lado a lado. Tengo que admitirlo: el tipo está buenísimo. No me siento lo bastante audaz como para fingir que voy a besarlo cuando ya está todo perfectamente dispuesto. Ojos con ojos, nariz con nariz, casi tocándose y emanando calor. En realidad, me siento inquieta y con ganas de lanzarme a sus brazos. Resistirme a él es una prueba de autocontrol. Tal vez lo logre, pero no ahora. Quizás más tarde... No soy de las que dejan que otro tome el control.

Entonces me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla.

—Regreso en un rato.

En un instante, sus manos grandes envuelven mi cintura, y a través de la tela siento el calor. Se me corta la respiración cuando me atrae hacia su cuerpo. Encajamos perfecto. No sabría decir dónde termina él y empiezo yo.

Sujeta mi nuca con firmeza, sosteniéndome la mirada durante unos segundos, y cometo el error de devolverle la mirada. Mi cerebro ya no responde a mis órdenes y le entrego el control. El fuego nos envuelve. El deseo chisporrotea.

—No antes de esto…

Sus labios cubren los míos con ferocidad y yo lo recibo. Mi lengua roza la suya, que devuelve la caricia con ardor… Me aferro a sus hombros, desesperada por tenerlo todo, por ir directo hacia ese deseo contenido. Admito que ansiaba este beso, incluso cuando me parecía inapropiado, incluso yendo en contra de todo lo que creía correcto. Pero, ¿qué era lo correcto, en realidad? ¿Negarme a sentir esta virilidad que me está regalando?

Su mano guía mi cabeza, sin ninguna resistencia, llevándome hacia donde él quiere, disfrutándome como le da la gana. Me absorbe, me saborea, me succiona, haciendo que me derrita como brasas casi apagadas que se encienden y arden, quemando, sacándome de la soledad, de esa necesidad urgente de un abrazo que me hiciera sentir viva.

Todo se convierte en un incendio fuera de control. Y que ni se le ocurra ponerse gracioso ahora, tratando de hacerse el bombero para apagar este fuego. Ya tuvo suficiente cuota de superhéroe como para que yo le tomara simpatía.

Envuelta en sus brazos, me siento perdida en el éxtasis prohibido de la rendición. ¡Qué boca tan deliciosa! El sabor, la suavidad… No fue un beso largo, pero sí lo bastante intenso como para dejarme con ganas de más. De necesitar más. De desearlo con todo mi cuerpo…

Capítulo 13

Paula

Si ya fue difícil subir al piso de arriba para cambiarme, la misión de bajar y enfrentarlo es todavía peor.

Frente al espejo, me descubro con el labial detenido sobre mis labios, postergando el momento de aplicarlo. No sé si quiero interrumpir el cosquilleo que siento en ellos. Todavía tengo las piernas temblorosas y el cuerpo ardiendo... ¡Qué situación! ¿Cuándo fue la última vez que tuve las mejillas tan encendidas por el calor que nace desde lo más profundo, sin necesidad de rubor? Esta tensión acumulada en mi interior solo puede deberse a la falta de práctica en eso que conocí desde muy joven y que siempre me encantó: el sexo.

Ese beso robado fue ardiente, y yo correspondí explorando esos hombros firmes, duros como piedra. Sentir su sabor a menta y esa lengua hábil deslizándose dentro de mi boca me hizo desear sentirla en otras partes, mucho más íntimas.

Dios mío, ¿qué clase de necesidad afectiva es esta?

Respiro profundamente…

Querida, fue solo un beso. Nada más, nada menos.

Y qué conexión entre dos personas... Mi boca encajó perfectamente con la del mecánico…

¡Dios, qué débil soy! ¿Acaso olvidé que todo lo que he perdido hasta hoy ha sido por culpa de los hombres que pasaron por mi vida?

Sí, lo recuerdo muy bien. Si estoy metida en este lío es por culpa del desgraciado que me quitó todo, y del padre de mi hija, que tiene en sus manos una parte de la herencia que debería ser mía.

—¿Estás esperando que esta vez lo haga bien y vaya por ti allá arriba?

Ni pensarlo. Si con solo una mesa y una silla ya provocó en mí mil pensamientos bastante subidos de tono, con una cama cerca temo no ser capaz de volver a bajar nunca más.

—No hace falta. Ahora bajo. —Cierro el labial.

Esta vez, nada va a salir mal. Repito eso como un mantra en cada escalón que bajo, hasta que al final de la escalera lo encuentro esperándome con una caja en la mano y la cadera apoyada contra la pared, como si ese fuera su lugar. Esa sonrisa sexy me provoca un cosquilleo en el estómago. Estoy perdida. ¿Será que ni a esto puedo resistirme? Este hombre tiene el don de confundir mi mente en cuestión de segundos.

—No tuve oportunidad de darte esto antes. —Me entrega el paquete.

—Qué detalle... —Apenas logro pronunciar las palabras al sentir sus dedos rozar los míos. —¿Licor con cereza? ¿Cómo supiste que me encanta? Es el único dulce al que no me niego.

Mmm… Una vez más demuestra que no escatimó para complacerme. Me encanta Kopenhagen. Pueden decir lo que quieran sobre los chocolates más exclusivos, refinados, y los más caros del mundo, llenos de ingredientes exóticos y cubiertos con polvo de oro. Pero yo, la verdad, prefiero el chocolate *brasileño*. Los bombones son como joyas. El oro, para mí, está hecho para llevarlo encima, no dentro del cuerpo.

Algo en la expresión del mecánico brilla. Por un instante, por la forma en que me mira, parece que escuchó ese último pensamiento sobre tener algo dentro de mí. Sus pupilas son como un rayo láser que recorre cada parte de mi cuerpo, hasta que regresan a mis ojos y me atrapan. El único sonido entre nosotros es el de nuestras respiraciones. Es como si me estuviera dando la opción de volver a subir las escaleras y no seguir hacia la sala. Parpadeo para romper el hechizo, y parece que funciona. Lo veo abrir la boca.

—Créeme, no fue difícil acertar.

—¿De verdad? —Me entra la curiosidad.

El mecánico desvía la mirada y rompe esa breve conexión.

—Un bombón solo puede gustar de otro bombón.

La carcajada que suelto es completamente espontánea.

Claro, tenía que arruinarlo todo y demostrar que no puede evitar caer en lo cursi. ¿No podía quedarse callado? Frunzo los labios y, antes de decir algo, él también se ríe.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? Dices esas cosas solo para irritarme. —Pongo los ojos en blanco—. Pero no voy a discutir contigo, porque ahora tenemos postre.

—Vaya, con ese vestido pensé que el postre eras tú. Cuando te vi bajo esa neblina en la cocina, llegué a ilusionarme pensando que eras un ángel, pero ahora, con ese vestido rojo, eres el pecado mismo para este pobre mortal. ¿Cómo voy a sobrevivir a tu lado?

Ya está... Coquetear le sale demasiado natural. Solo me queda preguntarme si es algo que le nace o si todo lo tiene calculado.

—¿Cómo haces para tomarte todo con tanta ligereza? ¿Eres así todo el tiempo o solo conmigo?

—La gente no suele quejarse. —Se encoge de hombros—. Así que no sé decirte si contigo exagero con el humor o no. Estás siempre tan tensa... y eso no es bueno.

Toma mi mano y me ayuda a bajar el último escalón.

—Bonita forma de empezar a cortejar a una mujer que llevas a cenar, llamándola amargada.

—Ni muerto haría eso. —Me hace girar y se le escapa—. ¡Uau! Estás preciosa.

—No intentes halagarme. Aún no me olvido de la ironía que usaste ese día, sobre mi simpatía.

—Eso fue porque aún no te había ayudado y conocido tu parte más íntima.

Suelto otra carcajada. Ni en mis peores días imaginé que me reiría con mi propia miseria.

—Ya te dije que eso no era mío. ¿Nunca vas a olvidar ese episodio?

Su presencia masculina domina el pasillo, mientras su mano firme en mi espalda me guía por el corto trayecto hacia la sala.

—¿Cómo olvidarlo? Estoy agradecido por ese momento. Estoy aquí, ¿no?

—Ya empiezo a pensar que fue una conspiración.

—¿Estás insinuando que fui hasta ese baño y puse algo para tapar el inodoro? No, mi mente no es tan brillante.

Su tono juguetón hace que todo parezca muy natural.

—Si subestimas así tu propia mente, voy a tener que creerte.

—Señorita —Tira de la silla con suavidad, invitándome a sentarme —, la comida ya fue servida. Prepárese para la mejor cena de su vida.

No puedo culpar a Mal por casi rozarme con su cuerpo. El lugar es demasiado estrecho. Me estremezco con ese contacto. ¡Maldita necesidad afectiva! ¿Será así toda la noche?

—¿Cómo sigue tu mano?

—Llena de pasta. —La agito en el aire.

—Después de la cena lo arreglamos. —Me guiña un ojo, y siento que voy a derretirme. ¿Qué clase de rayo láser es esa mirada, querido? Incómoda, desvío la vista hacia la mesa, y me sorprendo.

—¡Tiene una pinta estupenda! ¿Cómo lograste hacer esta maravilla de carbonara?

Lo observo mientras trata de acomodarse en la silla frente a la mía. Es demasiado grande. Ya había calculado que estaríamos apretados, pero no imaginé tanto.

—Tengo mis métodos…

—Yo no tenía huevos. ¿Debería deducir que eres un mago y que, con un salto, aparecieron?

—No subestimes el salto. Ese muro no es tan bajito.

—Pero no te impide brincarlo a cada rato.

—Los leopardos nunca pierden sus manchas.

—¿De dónde sacas esas frases? ¿De Internet?

—No sé con certeza la fuente. Solo soy un buen observador. Nada se me escapa.

Sobre la mesa hay una botella de Chardonnay. Qué certero es. La acidez de ese vino es perfecta para un plato tan intenso, con un

sabor tan marcado. Sirve una copa, me la ofrece, y luego se sirve otra.

—¿Qué te parece si brindamos por los nuevos comienzos?

—Esa no me la esperaba.

Lleva la copa a los labios como si la besara. El gesto es tan natural, como si lo hiciera todo el tiempo. Es obsceno, indecente incluso, y hace que me recorra un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Cómo terminaste aquí, vecina?

—Problemas financieros. —Su expresión dice que una respuesta corta no es suficiente. Espera más, así que decido ser sincera—. Siguiendo el consejo de un conocido, terminé invirtiendo todo lo que tenía y lo perdí.

Llevo la mano al cucharón, pero él es más rápido y nuestros dedos se rozan. Esa pequeña y típica descarga eléctrica me hace moverme en la silla, incómoda.

—¡Un estafador! —dice. Mientras intento contener las palpitaciones, él no parece ni perturbado por el contacto ni sorprendido por lo que acabo de confesar—. Las inversiones en acciones siempre implican riesgos. Por eso es importante no poner todo el capital en un solo lugar. ¿Nunca habías escuchado eso? ¿Cómo invertiste sin saber en lo que te estabas metiendo? —me pregunta con un tono sincero y amable.

—Parecía un buen negocio. —Avergonzada, enredo los fideos con el tenedor antes de seguir—. Ese conocido me aseguró que era una operación de bajo riesgo y alta rentabilidad.

Llevo la comida a la boca e intento no gemir de placer. Primero, porque la carbonara está para morirse... Segundo, porque su pierna está tan cerca de la mía que puedo sentir su calor a través de la ropa, provocándome terremotos internos. Este hombre está ardiendo. Internamente, rezo para que no se mueva. Por favor, quédate quieto. No te muevas, porque no sé si podré evitar gemir la próxima vez.

—¿Qué explicación te dio el corrector? ¿No te dio de alta o de baja en el canal inversor, o fue directamente a Hacienda?

¡Gracias a Dios! Esperaba una broma por mis gestos, pero fue algo serio.

—No era exactamente un corrector.

El mecánico que sabía cuidar a alguien como un médico y que hacía del fideo instantáneo un manjar digno de chef, ahora resulta que también es asesor financiero y entiende de la bolsa de valores.

—Solo era un millonario que conocí en una fiesta.

—Así que te dejaste llevar por el estatus del tipo.

No solo por eso, también por sus ojos seductores que derritieron mi corazón de hielo con esas palabras vacías y ese mundo de fantasía… Y claro, por los momentos en los que teníamos sexo como locos. Era incansable, voraz. Ni sé cuánto tiempo me tomó recuperar el cuerpo después de todo eso. Literalmente, me dejó el cerebro hecho mierda.

—Fui ingenua y estaba deslumbrada. —Admitirlo en voz alta me hace sentir interesada y superficial—. Al final, descubrí la verdad. El tipo era buscado hasta por la Interpol, con un historial bien largo. Una estupidez de mi parte.

El muy cabrón espera a que baje la guardia y aprovecha la oportunidad para mover lentamente la pierna, rozándola con la mía.

—Hummm —Esta vez el gemido se me escapa. Lo veo masticar con una expresión de quien está disfrutando, no solo de la comida, sino también de mí. Me echo un poco hacia atrás, pero es inevitable que me alcance otra vez.

—Tengo que admitirlo. No fuiste muy lista. —Respuesta dudosa. Me muerdo la lengua para no mostrarla—. Hoy en día, dejarse engañar por alguien solo por su posición social es peor que invertir todo tu dinero en una sola institución financiera. Lo recomendable es diversificar, elegir diferentes correctores para distintos tipos de inversión.

¿Cómo hace este mecánico para entender de todo y al mismo tiempo divertirse seduciéndome bajo la mesa? Qué talento, hijo...

—Lección aprendida. Ahora dime, ¿cómo tú, un mecánico que trabaja con piezas de motor, sabes tanto de inversiones?

No pares, mi cuerpo grita por dentro, consciente de lo que está haciendo y de cómo me despierta con eso.

Siento el deseo urgente de moverme en respuesta a lo que me provoca. Mi pierna cobra vida propia y se enrosca con la suya. Atrevida, muevo el pie como si fuera a cruzar las piernas, tirando del dobladillo de su pantalón con la punta del zapato. Mi tobillo se desliza contra el suyo y, como si fuera accidental, cruzo las piernas. Podría parecer que fui cobarde al no continuar, pero solo yo sé que lo hice para contener la tensión y apaciguar el latido ardiente de mi entrepierna.

—Eso es discriminación, ¿sabías? —Bromea, y luego se pone serio—. ¿Por qué te sorprende que un mecánico sepa algo del mercado financiero?

—Perdón, no quise ofender. —Me muerdo el labio inferior al llevar otra cucharada a la boca.

Esta charla con doble sentido me está volviendo loca, bombeando adrenalina por todo mi cuerpo.

—No me ofendí, solo me dio curiosidad saber por qué crees que un mecánico no puede saber de eso. —Ahora ya no es solo una pierna lo que me tortura, son las dos.

Ni siquiera sé cuándo, y mucho menos cómo, su pierna terminó debajo de las mías. Estoy casi en su regazo, sin moverme de mi silla. Privilegios de quien está sentado en la cabecera de la mesa.

—Generalmente, no es algo que le interese a cualquiera.

Deslizo la silla hacia él para provocarlo, atrapándolo entre la silla y mis piernas. Suelto una sonrisa de triunfo.

—Habla por ti. Todo me llama la atención. Tú, por ejemplo, me pareces muy interesante. Lo que no entiendo es cómo alguien tan lista cayó en eso.

El sonido de su risa me excita, mientras la conversación fluye con naturalidad.

—Después de la muerte de mis padres, quedé perdida. Estoy completamente desorientada. Nunca tuve que preocuparme por cuentas o pagos, mucho menos por administrar gastos. Solo sabía

gastar… Gastar y comprar. Cuando vi la oportunidad de multiplicar lo que había heredado, la ambición habló por mí. —Diciéndolo así parezco fría, pero es la realidad. No voy a pasarme la vida lamentándome.

—¿Sabes dónde está ese tipo?

—Si tuviera una idea y recursos para encontrarlo, sería capaz de sacarle los ojos con las uñas.

Molesta, miro el plato.

—¿Tanto odio es por el fraude o por el resentimiento de que te haya dejado y engañado?

Se me hace imposible mirarlo cuando se muestra tan indeciso conmigo. ¿Cómo que resentida? ¿Y cómo llegamos a esta parte de la conversación?

—Estoy furiosa porque por su culpa estoy en esta situación tan miserable. Tengo que contar las monedas para comprar pan en la mañana y esperar que la cajera me devuelva los centavos del cambio. Odio tener que andar en bus, sintiendo ese olor rancio desde temprano, como si la gente no se lavara las axilas en días. Me pone de mal humor tener que limpiar la casa y hasta lavar las tazas, porque ya usé todos los vasos del armario. Ahora tengo un armario donde antes había un vestidor. Ni siquiera sabía que a esa caja de madera se le llamaba así, hasta que el vendedor me lo dijo. Tuve que echarle agua al frasco de shampoo para que rindiera, porque no tenía dinero para comprar otro. El stock de perfumes importados se acabó y hoy casi termino el último que me quedaba. Si me pongo a enumerar todo lo que estoy pasando, no acabamos ni en toda la noche.

—No tienes que ponerte a la defensiva conmigo —Levanta las manos —. Solo fue una pregunta. —Si sigues tan amargada, vas a llenarte de arrugas en la cara.

Preocupada, llevo la mano al dedo con el que acaricia entre mis cejas.

—¿Ves? Hasta arrugas me dejó ese… ese desgraciado. Y todavía me preguntas por qué estoy tan enfadada.

—Es broma, tontita. No tienes ninguna. Tu piel es suave como un melocotón, hecha para acariciar. Me dan ganas hasta de morderla.

—Eso fue bajo. —Con disimulo, inclino la cabeza hacia un lado, sintiendo cómo acaricia mi rostro. Deseo que baje los dedos por mi cuello. En realidad, por todas las partes adoloridas de mi cuerpo. Involuntariamente, cierro los ojos. Esas caricias me hacen sentir tan bien... El mecánico seductor aprovecha para acercar su cara a la mía.

—No lo veo de esa forma —dice, con una voz casi inaudible —. Diría que fue una buena forma de ayudarte a relajarte un poco. Hasta sonreíste cuando confesé que era una broma y suspiraste cuando hablé de mis deseos. —Me toma el mentón con los dedos—. Estoy seguro de que todo esto por lo que estás pasando te va a traer algo bueno.

—Muy poético. Casi suenas como mi exmarido.

Dejo los cubiertos uno al lado del otro. La comida estaba deliciosa, pero ya estoy satisfecha, incluso de las insinuaciones sexuales y de hablar del pasado. No puedo ceder. Si le entrego mi cuerpo, con lo vulnerable que estoy, lo siguiente será mi corazón.

—Me alegra no ser el único que piensa así.

—La diferencia es que, mientras él me condenó a quedarme aquí, tú estás romantizando el hecho de vivir con tan poco.

De pronto, desesperada por salir de esta energía peligrosa que chispea entre nosotros, me suelto y me levanto. Es mejor recoger los platos y distraerme con algo antes de que termine cayendo en las garras de este hombre. Dentro de un rato daré gracias por ser pobre.

—¿Qué clase de frase es ésa?

Cuando lo miro, está recogiendo los platos conmigo. Su expresión es indescifrable, como si estuviera molesto.

—Justo lo que entendiste. Cuando todo se vino abajo y quedé en la miseria, busqué a mi exmarido para pedirle ayuda, ya que él se quedó con parte de la herencia que le correspondía a nuestra hija. Él era su tutor natural, además de heredero legítimo y necesario. No me parecía justo que Marco se quedara con todos los bienes que mis padres dejaron para ella. ¿Me entiendes?

—Sí.

—La cosa es que sus abogados me presentaron una propuesta. Para mí, eso fue más una sentencia que una oferta, dictada por el gran juez que él cree ser. —Me encojo de hombros—. Fuera de los tribunales, ese creído no tenía derecho a condenarme. En fin, él impuso que, para no presentar una demanda de exclusión de la herencia por indignidad, yo debía trabajar como voluntaria en alguna institución para niños con discapacidades mentales durante cinco años. A cambio, me dejaría vivir aquí en esta propiedad y pasaría a unos escasos ingresos procedentes del alquiler de una de las casas que teóricamente me pertenecen.

—¿Eres voluntaria en una institución? —El mecánico detiene lo que está haciendo y me mira con curiosidad.

—Sí, no me quedó otra. Y como él es tan buen samaritano, recibo setecientos reales por el alquiler. Mucho menos que un salario mínimo. ¿Te parece justo? —le pregunto mientras sigo ayudando con los platos.

—Es noble trabajar en una institución, más aún como voluntaria. Muchos padres de familia ganan un poco más que eso y

aún así pagan renta, pero ese no es el punto. Independientemente de todo, me parece rara esta situación. No soy experto en leyes, pero… cuando un hijo muere, ¿no se reparten sus bienes?

—Él tenía la tu…tela —Una luz se enciende en mi cabeza. ¡Ese hijo de puta!

¡Mierda! Marco me engañó y yo caí en su trampa… No es casualidad que nunca haya pasado los exámenes del colegio de abogados. Una cosa es segura: él sabía que no sería fácil excluirse del derecho de sucesiones. Mientras nuestra hija estaba viva, no hubo ningún proceso legal en mi contra. Por lo tanto, no había condenas por injuria ni difamación que me quitaran el derecho a la herencia.

De pronto, siento un dolor en el pecho al recordar todo lo que hice para interrumpir el embarazo, y todas las cosas que dije sobre la condición de Vitória. Marco tenía razones de sobra para tomar acciones legales contra mí mientras ella vivía, pero no lo hizo. ¿Y ahora? ¿Sería capaz de hacer lo mismo para recuperar lo que me pertenece?

Ah, Marco… las cosas han cambiado. No creas que voy a dejar esto así. Puede que haya aceptado tus condiciones en un momento de desesperación, pero no va a seguir siendo así. Me doy cuenta de que el vecino me dejó sola reflexionando, así que voy tras él.

Llego a la cocina y no sé si saltarle al cuello de alegría o llorar de emoción.

Todo está reluciente y limpio. Hasta la olla que usó para cocinar ya está lavada.

—¿Qué hiciste con los trastes sucios que estaban aquí antes de la cena?

Cuando subí a cambiarme, había una pila enorme en el fregadero, llena de moldes, ollas y utensilios.

—Un mago nunca revela sus secretos. Digamos que tuve una pequeña ayudita.

Sonrío. Es incorregible.

—¿Qué quieres decir con « ayudita » ?

En lugar de querer echarlo o decirle que se vaya, le sigo el juego. Me encanta cómo me mira. Parece un animal hambriento, ansioso por calmar una sed que no entiendo, con un deseo voraz por mí. Durante toda la cena fui muy consciente de cómo miraba mis labios y mi escote, apreciándolos. Sin contar las caricias provocadoras bajo la mesa.

Felicidades, mecánico. Lograste hacerme sentir cosas deliciosas que casi había olvidado.

—No sirve que pongas esa cara persuasiva. Un secreto es un secreto.

La forma entusiasta en que lo dice toca algo profundo en mí, un lugar listo para abrirse con apenas un roce suyo.

—Eres un hombre lleno de misterios, ¿no? Siempre me estás sorprendiendo.

—Y estoy loco por revelarte algunos. ¿Qué dices si retomamos desde donde lo dejamos cuando me abandonaste aquí?

El recuerdo del beso me hace cosquillear los labios.

—¿Todo contigo se trata de conquistar?

—¿Y lo estoy logrando?

Vuelvo a sonreír. Cuánto extrañaba reír así. Estar con Mal me alegra, como si mi buen humor despertara de un coma en el que cayó hace mucho tiempo. Me cuesta ubicarme.

—No deberías preguntarme eso… después de decir que te abandoné aquí solo. ¿O fue que huí? No lo recuerdo… —Lo pincho.

Junto a Mal, mi corazón late con fuerza. Intento convencerme de que es normal sentir esto, como si todos los días hombres como él me excitaran tanto. Su aroma masculino a bosque invade mis entrañas, ese tipo de fragancia que hace que cualquier mujer se pierda en una selva para ser encontrada por un cazador.

Me giro hacia el fregadero en busca de aire. Aprovecho para ordenar los platos. Su presencia a mis espaldas me eriza la piel. Puedo sentirlo y escuchar su respiración sobre mí.

Tengo ganas de dar un paso atrás, acurrucarme en su pecho ancho, llevar las manos a su cabeza afeitada y atraerlo hacia mí.

—Quiero que sepas que eso no estuvo bien… —Como un depredador, prácticamente me acorrala entre el fregadero y su cuerpo, tomándome por sorpresa desde atrás. Su aliento cálido y el roce de sus labios en mi oído me hacen volar al cielo más rápido que un cohete—. No por haberte ido corriendo por esa puerta, sino porque me dejaste tan embobado que tardé en darme cuenta de lo bien que se sentía. No me digas que no lo sentiste también. Puedo notarlo cuando me acerco a ti.

Sus manos se afirman en mi cintura y me giran para ponerme frente a él.

—Mira cómo sube y baja tu pecho. —Es la primera vez que me toca de forma más íntima, llevando su mano a mi pecho para comprobar su teoría descarada. Nuestras miradas se cruzan. Tiene esa clase de mirada que deja sin aliento a cualquiera—. Esas pupilas dilatadas te delatan.

Detesto tener que admitir cuando alguien sabe exactamente lo que estoy sintiendo. Y lo peor es, ¿cómo negarlo? Especialmente cuando su toque es tan cálido y sus dedos hacen maravillas al tocar mi piel. ¡Claro que lo deseo! ¿Cómo no quererlo teniéndolo tan cerca? Imaginar esa mandíbula esculpida frotándose contra cada rincón de mi cuerpo…

Lo lógico sería no quererlo, sus problemas económicos deberían ser razón suficiente para mantenerme alejada. Pero este mecánico tiene una forma especial de despertar la fiera que hay en mí, de hacer que mi alma despierte supuestos poderes mágicos, curativos y divinos. Me hace querer entregarme a su mundo de placer. Mi mente va a mil. Esta cena está siendo un torbellino de emociones… que nunca admitiré.

—Como si yo reaccionara así… —Mi voz temblorosa me traiciona. En el intento por encontrar un argumento firme, termino confesando todo.

—Cuando te besé, igual que ahora, tu cuerpo se rindió. Si huiste, fue por cobardía. Entonces dime, ¿vas a hacerlo otra vez? —No sé por qué me lo pregunta si ya conoce la respuesta—. Tengo la impresión de que solo estás esperando que te bese.

—Estás equivocado…

—Sabes bien que si te beso, no pararé hasta que este fuego entre nosotros se apague.

—Esa es tu teoría, ¿no? Puede que no sea la mía.

Es divertido jugar con él, sobre todo cuando hacerse la difícil resulta casi imposible.

—No eres tan difícil de leer, vecina. —Su mirada tiene ese peligro sensual—. Los dos sabemos perfectamente en qué va a terminar esto. Retrasar lo inevitable solo me está dando más práctica para analizar tu respiración, que ahora mismo está llena de letras que dicen: « Bésame… Bésame… »

Las cosas no están saliendo como pensaba, pero… ¿qué resultado esperaba realmente?

Bueno, querida, si sales bajo la lluvia, sabes perfectamente que te vas a mojar. En cuanto al papel de niña inocente: no quiero, no puedo y no debo… Ni siquiera va conmigo.

Él gira la cabeza en un nuevo ángulo, casi juntando nuestros labios, pero no lo hace. La atracción entre nosotros es latente, magnética.

Totalmente mareada, no veo las letras de las que habló, pero sí estrellas flotando frente a mis ojos, con esos labios tan cerca, sintiendo el poder, la virilidad y la fuerza de ese cuerpo al alcance de mis manos.

Este juego está entrando en un terreno peligroso. Necesito aire… Mucho… Vamos con calma, mecánico. Déjame coquetear un poco. No sería prudente que la primera vez ocurriera sobre la mesa de la cocina, porque sé exactamente lo que va a pasar en cuanto te

bese. Me encanta jugar, pero contigo ya me di cuenta de que coquetear no es una opción inteligente. Después de todo, fuiste tú quien dijo que soy fácil de leer. Estoy segura de que, en este momento, soy prácticamente un libro abierto.

—No estás interpretando bien esas letras, eso es lo que pasa. Lo que están diciendo es que sería mejor ir a la sala. ¿Qué te parece si tomamos otra copa de vino, que por cierto está perfecto, y comemos los bombones?

Me alejo un poco, aunque no hay espacio suficiente para poner verdadera distancia. El mecánico retira las manos de mi cintura. Esta vez no es una huida.

Lo juro.

Capítulo 14

Mal

La loba disfrazada de cordero me conmueve tanto que parece meterse por mis poros y quedarse dentro de mí. ¿Cómo logra hacer eso? Su audacia y sinceridad forman la combinación perfecta para excitarme y al mismo tiempo intrigarme.

Cuando vine a esta cena, ya tenía en mente que había química entre nosotros, no voy a mentir. Pero lo que está pasando aquí es una combustión, una fórmula muy diferente de aquella con la que jugamos en el pasado. Aquella era amateur, los reactivos no tenían el poder de herir tan profundamente… La de ahora, en cambio, probablemente cause una aniquilación. Y está bien, no es algo por lo que tenga que preocuparme en este momento. Eso de construir muros alrededor del corazón es cosa de gente problemática y mal resuelta. Una tremenda estupidez, para ser sincero. ¿Quién en su sano juicio pondría obstáculos para ser feliz?

¿Qué tan malo podría pasarme por querer compartir buenos momentos con la chica atrevida, audaz y despreocupada que conocí, esa que ahora dio lugar a esta mujer exuberante? Es cierto que, dejando de lado esa boca grande y esa lengua afilada que siguen igual de desafiantes, ha cambiado un poco. Antes jamás me habría contado nada de su vida fuera de las cuatro paredes donde nos veíamos. Pero hoy, sin saber que ya nos conocíamos, me confesó cosas que me hicieron admirarla por la valentía de abrirse conmigo.

La espontaneidad con que me habló sobre la vida que está llevando me hizo querer ser sincero también y contarle sobre nuestra historia pasada, ofreciéndole mi ayuda como un viejo amigo. Aunque no sea exactamente ese mi lugar… ¿Ex amante? Tal vez… Aunque decirle la verdad sería lo correcto, es difícil echarle en cara algo más que pueda hacerla sentir peor.

Escuchar parte de esa historia despertó mi lado protector. No sé cómo no la abracé y le dije que todo estaría bien. Si llegara a encontrar al desgraciado que la engañó, yo mismo le sacaría los ojos. Ese tipo se metió con la persona equivocada. Nunca toleré a los hombres que se aprovechan de las mujeres. Digão se va a divertir rastreándolo para entregármelo.

Paula camina delante de mí hacia el sofá. Esa nueva versión de ella, con tacones altos y un vestido ajustado marcando sus caderas torneadas, no se parece en nada a la imagen que tenía en el pasado, caminando desnuda a mi lado a cada rato. Solo sus ojos siguen iguales, hipnotizantes…

De pronto, todo se vuelve borroso… La alfombra peluda se le enreda, un zapato sale volando y su cuerpo se convierte en una sombra en movimiento. Instintivamente, consigo atraparla por la cintura antes de que caiga.

—Las mujeres no deberían tener que lidiar con tacones tan altos.

La cosa se pone buena. ¿Quién diría que la pedante e ilustre vecina terminaría agachada entre mis manos tan rápido? Literalmente en cuatro frente a mí, con ese culito levantado casi rozándome la entrepierna. La posición no podría ser más perfecta…

—Que te quede claro que una mujer elegante jamás se los quita, pero supongo que no estás muy familiarizado con eso, ¿cierto, mecánico?

Tratando de mantener el equilibrio sobre mí, la reina acomoda su cuerpo. Eso, preciosa, trátame como la alfombra que te hizo tropezar. Si supieras lo encantador que me parece ese aire altanero y divertido con el que me hablas, no te arriesgarías a provocarme tanto.

—¿Con mujeres elegantes o con las que nunca se quitan los tacones? —pregunto, inclinándome un poco hasta que mi boca queda muy cerca de su oído—. Porque puedo asegurarte una cosa, me encanta ver a una mujer desnuda usando solo tacones altos.

Juro que escuché un pequeño gemido. Diría que incluso se estremeció. ¡Buena señal! ¿Qué más puedo desear para esta noche?

—¡Muy gracioso! Ahora que has hecho tu bromita, ¿podrías soltarme la cintura? Necesito recoger mi zapato.

—Como quieras. Solo no olvides tener presente lo que me gusta —concluyo, y ella resopla.

Caminando de forma graciosa, va en busca del zapato. Lo encuentra y se sienta en el sofá completamente erguida, en esa típica postura altiva que estoy dispuesto —y determinado— a cambiar tan pronto me una a ella. Noto, aliviado, que se lavó la mano donde tenía la pasta.

¿En qué momento habría imaginado que vivir al lado de alguien sería tan práctico y útil? Aunque Theo me chantajeó y tuve que prestarle la moto a cambio de una ayuda con la cocina, ver los ojos de esa diablilla brillando valió totalmente la pena. Solo espero que ese inadaptado no se meta en problemas por ahí.

Impaciente, la veo cruzar los brazos, llamando mi atención hacia ese hermoso y sexy escote entre sus pechos. Considerando que el día no está tan caluroso, noto que la temperatura empieza a subir.

—Conseguí una pomada que ayudará a cicatrizar la quemadura. —Saco el frasco del bolsillo.

—¿Puedo preguntar dónde encontraste esa pócima mágica?

Oh, rubia, no me provoques coqueteando así. Ten un poco de compasión…

—Solo necesitas saber qué hará magia en tu mano.

—¿Y cómo será esa magia, chamán?

Mirándome fijamente, descruza los brazos justo en el mismo instante en que cruza las piernas, haciendo que la falda suba por sus muslos casi hasta el límite de la decencia. Es inevitable que toda la sangre de mi cuerpo se dirija directo a mi sexo. Una sonrisa traviesa se forma en ese rostro hermoso. ¿Esa es su forma de volverme loco?

—¿Vas a aplicarla o vas a usar el poder de tu mente?

Interesante. Ahí está ella… En el cuerpo de esta mujer seductora aparece de nuevo el alma de la chica audaz y desafiante que conocí, provocándome… ¿Cree que su audacia me intimida? Conozco esos trucos. ¿Y si es hora de hacer un viaje al pasado para ayudarla a

recordar que una osadía bien respondida, con coraje y determinación, puede ser aún más excitante? No sé qué tipo de hombres ha tenido en su vida, pero no me intimidó cuando la conocí, y no lo hará ahora, después. Señorita Góes Mesquita, ¿necesita que le recuerde lo íntimos que llegamos a ser?

—No deberías provocarme así, vecina. Especialmente cuando los planes para esta noche ya escalaron hasta no tener límites. Si sigues dando esas opciones, podrías arrepentirte.

Me acerco, deteniéndome solo cuando estoy justo frente a ella, muy cerca, dejándola sin escapatoria. Una leona acorralada es más fácil de domar. La veo sonreír, y puedo asegurar que no es porque le parezca gracioso, sino porque se siente en ventaja, manteniéndome cautivo de ese escote que, desde esta altura, parece abrirse lo suficiente como para desear abrirlo aún más y meterme con sus pechos.

Extiendo el brazo, y ella ni siquiera parpadea cuando llevo su mano a la mía. ¡Demonios! Esa mirada es única, hecha de una energía que obedece sus propias reglas y me encanta. Incluso después de tantos años, tenerla así de entregada al momento es algo celestial.

Con movimientos circulares, empiezo a aplicar la pomada suavemente. Creo que metí la pata, porque cuando fui a casa a buscar los huevos, le conté brevemente a mi madre lo que había pasado. Moa, al escuchar, me dio un sermón. Mi hermano se metió también en la conversación, diciendo que usar pasta de dientes era contraproducente, que en vez de ayudar podría empeorar la lesión, pero ¿qué podía haber hecho? Cuando la vi quejándose de dolor, lo único que me vino a la cabeza fue la necesidad de ayudarla. Esa costumbre de Moa me saca de quicio. Nos criamos con remedios caseros y, solo porque él estudió, se cree con derecho a fastidiar a todos.

Contraindicado es el colmo de mis recuerdos cuando pienso en esa manita y en esos dedos delicados tocando mi polla con tanta

habilidad, haciéndola latir. Debería venir con una franja negra, advirtiendo: cuidado, mujer lujuriosa.

Intento pensar en cualquier otra cosa, incluso observo el ambiente buscando algo en la decoración de la sala que me distraiga la mente. Qué difícil es para un hombre controlar una erección. Al final, siempre aparece cuando quiere. El jueguito de autocontrol que vengo haciendo toda la noche con mi entrepierna no funciona esta vez. Y menos cuando la suavidad de su piel me tortura de manera tan indecente.

Rápidamente le suelto la mano antes de que note lo que para mí ya es demasiado evidente. No quiero que vea lo que provoca en mí.

—Muy bien. Te portaste como una campeona. Voy a dejarte la pomada que Moa recomendó para que te la apliques cada ocho horas.

—¿Moa?

—Mi hermano está haciendo la residencia en Medicina —digo encogiéndome de hombros con desinterés—. Fui a casa por los huevos y él terminó sugiriéndola. De casualidad, había una en la casa.

—¿Debería preocuparme por tanta información? ¿Qué pasa cuando un hechicero revela sus secretos?

—Ya lo sabrás…

—¡Dios mío! Después de escuchar tantas veces la historia de Blanca Nieves, ¿cómo se me ocurrió aceptar algo ofrecido por un brujo? Fui muy ingenua… Pensé que cuidabas de mí, pero en realidad solo querías hacerme sufrir.

Me encanta que quiera retomar el juego justo donde lo dejamos hace un rato en la cocina. Tal vez incluso de una forma más íntima… ¿Quién sabe?

—En parte tienes razón. Mis intenciones son las peores posibles y, al mismo tiempo, las mejores. Pero no quiero provocarte al punto de verte lloriqueando. Solo quiero que gimas. Como mucho, que grites mi nombre, vecina.

—Eso es imposible… Ni siquiera sé tu nombre. No me digas que de verdad es Mal. O acaso, ¿estás imaginando que grito: "¡Ay, mecánico, con cuidado con ese tornillo en el caño!"? —Se tapa la boca con la mano.

La broma resuena en mi mente y me deja sin aire, soltando una carcajada fuerte.

—¿Así que estás pensando en mi tornillo? —pregunto. Verla avergonzada me excita aún más.

Deja de nadar contra la corriente, diabla, y ven a surfear conmigo.

—Eres una mala influencia. ¡¿Dije eso?!

Me siento a su lado, agradeciendo tener brazos largos para alcanzar la caja de bombones que había dejado sobre el mueble junto al sofá, sin alejarme de ella.

—¿Influencia? Te estás enredando, vecina insoportablemente sensual —digo, aumentando la provocación mientras respiro hondo, dejándome envolver por su perfume—. No puedes llamar pésima a una experiencia tan erótica.

De reojo noto que tiene la piel de las piernas erizada. La observo con descaro, y eso la incómoda, pero apenas disimula. Estoy a punto de soltar otra carcajada. No está nada mal ser un poco rudo al contemplarla. Ella guarda silencio y no parece incómoda. Por el contrario, mis ojos siguen bajando hasta donde la falda revela su piel provocadora.

Nunca me comporté así de depravado con una dama, pero la señorita en cuestión no es precisamente inocente. Ya estuvo en mis brazos, de muchas formas distintas. Claro, en otras circunstancias y desde otras perspectivas. Sin embargo, hacerla probar su propio veneno al juzgarme como un hombre pobre y sin futuro solo por ser mecánico es bastante divertido. Esa fantasía repentina me hace ver todo desde otro ángulo.

—¿Qué problema hay con Mal? —La provoco de nuevo—. Podría ser muy interesante.

Ella esboza una sonrisa.

—Como si fueras el gran lobo feroz ¿Quieres que me sienta como Caperucita Roja siendo devorada por el depredador?

Con los ojos encendidos, la veo jugar con su propia voz, ronca, como si estuviera actuando en un show de *stand-up*. Tiene derecho a defenderse e intentar disimular cuánto la inquieto. Pero eso no significa que yo vaya a dejar de imponer mis propias condiciones.

—Solo para que conste, « feroz » se escribe con Z —deletreo la letra con un tono bajo, confidencial, casi rozándole el oído con los labios. Ella respira hondo y suelta un gemido suave, tan excitante como su cuello largo, listo para ser besado y adorado—. Aunque no niego que muero por demostrarte qué tan grande soy… No te preocupes, sé perfectamente que el tamaño solo importa si se sabe usar. Y como te dije el otro día en la parada del autobús, deberías conocer también la versión del lobo. Estoy seguro de que te decepcionarías con la de Caperucita. En vez de abrazarla, como quiero hacerlo, me atrevo a ser sincero.

—Si saber mi nombre es tan importante para que pasemos a niveles más altos… Mucho gusto, me llamo Malaquías.

—¿Eso también es una de tus bromas, cierto?

Niego con la cabeza y ella vuelve a reír. Me encanta su forma divertida de ser. Definitivamente, aprecio su espontaneidad. No finge ni se reprime para decir lo que siente. Con otras mujeres nunca tuve que revelar nada. Eran otras circunstancias… Ellas solo querían saber qué podía ofrecerles. No digo que con Paula sea distinto, pero al menos no hay ningún interés de por medio. Es solo un encuentro entre dos vecinos que están conociéndose. O quizá… reconociéndose.

—Ahora que sabes mi nombre, ya no hay vuelta atrás. El lobo feroz va a tener que comerte —susurro mientras deslizo un dedo por su espalda—. O puedo ser muy bueno y hacer un trato contigo, un secreto por un bombón.

La conversación entre nosotros es casi un combate… Recuerdo bien que la esgrima era uno de los deportes que ella practicaba. Fue por eso que me interesé en conocerla. En otras ocasiones, Paula fue

una oponente que conocía bien las reglas y que, con la espada, me clavó sin piedad en el torso. Hoy, sin embargo, yo también sé jugar y puedo distinguir entre una hoja de principiante y un sable más rígido y temperamental. Eso me da ventaja, porque, al ser más alto, tengo mis beneficios, aunque ella sea una rival versátil.

Sin romper el contacto visual, abro un bombón como si estuviera desnudándola, sin ninguna prisa. La observo como una buena contrincante. Un pedazo del envoltorio cae en su regazo. Aprovecho para recogerlo, tocándola y quedándome un poco más de lo debido, acariciando su piel suave.

—¿No debería ser yo quien proponga eso? Mis bombones, mis reglas.

Su voz me acaricia, son olas de deseo difíciles de resistir. Diabla seductora… Pura y al mismo tiempo indecente. Cualquier distracción puede ser peligrosa. No puedo perder la concentración o me va a atacar. Toda esta situación me confunde, ya no sé quién está seduciendo a quién. Subestimarla es como firmar mi propia derrota.

—Soy un libro abierto. Pregunta lo que quieras.

Ella parece pensar en algo, pero no logra formularlo.

—No vas a querer responder cualquier cosa que te pregunte.

—Si no lo intentas, nunca vas a descubrir nada. ¿Quieres saber sobre el marcapasos?

—¡¿Qué?! ¿Cuándo pasó eso?

—Será pronto, si sigues haciendo que mi corazón se hinche de tristeza por pensar que no te parezco lo suficientemente interesante. Sacia tu curiosidad sobre mí...

—Eso fue tonto. ¿Cómo puedes bromear con algo tan serio?

—Gran avance. No es una gran pregunta, pero ya es un comienzo. —Le guiño un ojo y recibo una sonrisa.

Es una pena que no recuerde aquellas noches que pasamos juntos, realmente entregados al sexo ardiente y a nuestras travesuras. Podría contarle toda la historia de cómo me escabullía a su cuarto en medio de la noche, como un ladrón, caminando por los pasillos del hotel sin ser visto por las cámaras para que no me

atraparan entrando a una habitación de huéspedes. También podría decirle cuánto disfrutaba escaparme con ella en las tardes para ver los torneos de esgrima en el hotel de la competición.

Al diablo con los recuerdos.. Estoy con ella ahora, y en este momento lo único que quiero y me importa es descubrir cómo impregnar su perfume adictivo en mi piel.

—Creo que este es el momento en que un postre vendría de maravilla, ¿no crees?

El brillo astuto en sus ojos dice que es una excelente idea. Llevo el chocolate hacia su boca y lo deslizo sobre sus labios, esperando que lo muerda hasta alcanzarme los dedos. Nos miramos durante un largo y provocador instante. Paula parece tentada por las promesas silenciosas y, sin poder resistirse, con el aroma del cacao dulce seduciéndola, lo muerde. El contraste entre el chocolate oscuro y el rojo de sus labios es deliciosamente obsceno.

La provocación sensual hace que una gota de licor resbale por su mentón. Observo el líquido correr y, antes de que ella pudiera limpiarlo, llevo mi lengua instintivamente a su piel, deslizándola hasta sus labios húmedos. Aunque sé que debería limitarme a provocarla para que abra los labios con mi caricia, no puedo resistirlo y aprovecho el momento en que los entreabre, enterrando mi lengua. La mezcla de cacao, ron, coñac y -por supuesto- de ella misma, es mi perdición. Pero no es así como quiero que esto continúe. Ya ha huido de mí dos veces y, si vamos a llegar a algo más profundo, esta vez la decisión debe ser suya. Me aparto como quien le quita un dulce a un niño.

—Delicioso —Respiro hondo, tratando de recuperar la compostura y el sentido del humor. No estoy acostumbrado a privarme de lo que deseo y, aunque la tensión sexual es muy fuerte, es mejor seguir lo que me dice el corazón, nada de precipitarse.

—Son mis favoritos… No sabía que tenías un gusto tan refinado.

Se sorprendería si supiera lo sofisticado que me he vuelto desde que me conoció.

—Aprendí a apreciarlos gracias a una antigua conocida, en mi primer trabajo. —La animo a morder otro bombón, tomándola por sorpresa. Me agarra del brazo y, con una audacia descarada, chupa mis dedos exactamente como lo hacía cuando me tenía en su boca. Un estremecimiento hace que mi erección quiera salirse del pantalón —. También eran los favoritos de ella.

—Qué curioso. Hubo un tiempo, cuando era más joven, en que llevaba reservas de este bombón con licor. —Su lengua se desliza entre mis dedos—. Era la forma en que mis amigas y yo engañábamos a nuestros padres cuando preguntaban si habíamos bebido. —Absorbo cada segundo que sus labios suaves me regalan.

—Entonces, ¿eras una chica traviesa? —pregunto. Ella asiente con la cabeza y yo me elevo al cielo—. Puedo imaginar cuántos corazones rompiste…

No fuimos pareja por mucho tiempo. Sin embargo, mientras estuvimos juntos, no hubo manera de mantener nuestras bocas separadas. A veces se unían en besos, otras se deleitaban explorando el cuerpo del otro.

—Supongo que rompí algunos… pero no te hagas el inocente, porque no pareces haber sido muy distinto. Por cierto, ¿puedo saber si ya encontraste la frase perfecta para seducirme?

—Tenía una lista en la cabeza, pero después de hoy, tendré que repensarlo —susurro, mordisqueando la base de su cuello y arrastrando los dientes hasta su tentador labio inferior.

Es exquisito cuando mi boca casi toca la suya. Siempre me deja con ganas de más. Mucho más. Compartimos el mismo aliento, con las narices casi rozándose, y aún así, ella logra llenar el vacío que he venido sintiendo.

—Vamos, no está tan mal pasar esta noche conmigo.

—Ahí está el problema: está siendo demasiado perfecta. Estoy a punto de decir que quisiera ser una película solo para tener un final feliz contigo —bromeo.

Sus cejas delicadas casi se juntan, y me preparo para el ataque. Pero en vez de ponerse agresiva, pone esa cara altiva de quien sabe

lo que quiere. Ese gesto, sin duda, es el afrodisíaco perfecto. Me encanta cuando cambia de actitud.

—¿Final feliz? No te equivoques conmigo, mecánico. Mis ambiciones van mucho más allá. No soy lo bastante romántica como para querer vivir de amor en una cabañita en medio de la nada. Ni tampoco creo que los sentimientos llenen el estómago.

Tal vez me merezca esa respuesta. O tal vez no… Me tomo con calma esa sinceridad brutal sobre pensar que soy un pobre diablo indigno de un futuro con ella. Yo mismo no creo que eso sea posible. No por una cuestión de dinero ni por despreciar a la gente ambiciosa, sino porque me da lástima la gente interesada. Es tan bocazas que me dan ganas de devorarla y besarla hasta que se arrepienta de ser tan arrogante. Su desdén me motiva a relajar un poco la situación.

—Yo sé hacer el amor bien gustoso, y eso sí puede llenarte la barriga. ¿Qué te parece si lo intentamos y ves que estás equivocada?

De repente, se aleja de mí y vuelve a su pose altiva de siempre, escapando de mis brazos. Es como si alguien hubiera presionado un botón de apagado. Su expresión cambia, parece en shock, como si estuviera entrando en pánico. Admito que la broma fue bastante torpe incluso para mí, pero su reacción es extraña. El color rosado de sus mejillas desaparece y se pone pálida. Sus ojos se pierden en algún punto, y por más que intento, no logro conectar con ella.

—¿No crees que ya es hora de que te vayas? —dice de golpe, tajante.

—¿No quieres probar? —La provoco, tratando de entender cómo pasó de fuego a hielo en un segundo.

—¡Lárgate!

—No estoy seguro de eso. Allá afuera hace frío y aquí se siente tan cálido…

—Tienes solo una pared que te separa de tu manta. Seguro que puede calentarte muy bien.

—Mi manta no huele a humo ni es tan suave como tu piel. Además, no puedo irme sin antes inventar la mejor frase para conquistarte.

No quiero ser insistente, pero no hay forma de sacarme de aquí sin saber primero qué le pasa.

—Es una pérdida de tiempo. Las frases cursis no me conquistan.

—Entonces, ¿qué quieres?

Siento que necesita un abrazo y la traigo hacia mí. No ofrece resistencia. Soy casi el doble de grande que ella, tanto en altura como en cuerpo, y lo suficientemente fuerte como para evitar que se autodestruya o que me ataque. La pequeña se aferra a mí con fuerza, como si temiera volver a donde la llevaron sus pensamientos.

No importa qué demonios la estén atormentando… Tal vez no pueda exorcizarlos, pero una cosa es segura: me encantan los desafíos. Tenerla en mis brazos no es suficiente. Acercarla aún más es tan vital como respirar. Entonces, la acomodo en mi pecho, acaricio su rostro y deslizo mi mano hasta su nuca, para que sepa exactamente lo que pretendo hacer.

—Estoy aquí contigo, y no puedo esperar más para besarte. No te sueltes de mí hasta que te sientas bien otra vez, ¿de acuerdo?

—No sé si puedo —susurra, con la boca tan cerca de la mía que ya no me importa quién de los dos cruzará la distancia primero.

—No te lo pregunté esperando tu consentimiento —le advierto con descaro, cubriendo sus labios con los míos.

Paula parece agradecerlo, enredándose conmigo, permitiéndome compartir su respiración entrecortada. Me sumerjo en su sabor mientras intento sacarla del limbo en el que se metió. La absorbo para encontrar su alma y conectar con su esencia. Mis caricias fluyen con espontaneidad, mis manos contemplan cada parte de su cuerpo febril, que pide auxilio a gritos.

No me importa ser atrevido y tocar cada rincón del cuerpo de Paula, decidido a desviar su atención de la oscuridad y llevarla a un universo lleno de color.

Demonios, ese vestido se pega a sus curvas deliciosas como si fuera su segunda piel. Uso las armas que tengo, haciéndola consciente de los deseos de la carne. Tosco y delicado a la vez, le tomo las nalgas con ambas manos, encajándola contra mi pelvis.

No me importaría hundirme en el mundo desconocido en el que ella está si eso significa sentir este placer lujurioso cada vez que entro en él. Vulgar, sin llegar a lo burdo, coordino la intimidad, frotándola con movimientos frenéticos, haciendo todo de forma salvaje y brutal, mientras exploro sus pechos con las manos... Palpándolos. Apretando los. Aliviándolos... Escucho en los gemidos de esa mujer tentadora una súplica de liberación y voy a rescatarla, sin pedir permiso y sin posibilidad de detenerme. Abro el botón que sostiene los tirantes del vestido, que se aflojan y se deslizan por su escote. Su piel se eriza y ella se estremece, provocando en mí un rugido salvaje de satisfacción sabiendo que logré traerla de vuelta.

Ella ha vuelto… Y es mía.

La electricidad se instala entre nuestros cuerpos apretados. Sus piernas flaquean… Pienso que va a desmoronarse y la sujeto, observando sus pechos grandes y pesados salir a la luz y rozar contra mi pecho. Hechos para mí.

—¿Pasaste toda la noche sin sostén? ¿Quién era el que tenía segundas intenciones aquí?

—No tenía segundas intenciones. El vestido no lo permitía.

—En ese caso, le doy todo el crédito al diseñador. —Los pezones hinchados me saludan, ansiosos. Abro la boca y atrapo uno entre los labios, succionándolo como un recién nacido hambriento. ¡Mierda! Sentirlo en la punta de la lengua hace que mi erección palpite.

—Lobo feroz, qué boca tan grande tienes…

Sonrío ante el comentario y le doy una mordida en el otro pezón.

—Diría que es para devorarte mejor. —Su mano viene directo a mi cabeza, exigiendo que la devore. Me dejo llevar, que me guíe como quiera. Su placer es el mío—. Para chuparte mejor. —Y lo hago, envolviendo sus pechos con las manos, teniendo acceso libre

para explorarlos junto con mi lengua, lamiéndolos por completo. Me siento voraz e insaciable.

Me viene a la mente el recuerdo de ella tumbada debajo de mí, mientras sus caderas buscaban las mías. Recuerdo los momentos de puro placer al alcanzar el clímax una y otra vez, y eso me libera de cualquier culpa por aprovechar este instante de vulnerabilidad. La recuesto en el sofá. Nuestros ojos se encuentran… Recorro su escote a besos mientras ella hace latir aún más fuerte mi corazón. Se frota contra mí, provocándome más y más… Es lo mejor del mundo escuchar los sonidos que emite.

Su pecho revela una respiración agitada. Ansiosa, arquea la espalda, ofreciéndome nuevamente sus pezones duros, hinchados y enrojecidos por mis succiones. Ella está muy caliente… Yo, insaciable y enloquecido, vuelvo a chupar sus pechos.

¡Mierda! Esto está demasiado bueno.

La contradicción entre palabras inconexas y gemidos de puro goce la libera de la mujer orgullosa, dejando salir a una libertina hambrienta.

Está buenísima. Chuparla es un tormento delicioso.

Esta diabla fue muy egoísta al haberme privado de su cuerpo por tanto tiempo.

La ataco para que no se atreva a abandonarme otra vez, y ella grita, entrelazando las piernas en mi cintura, trayendo su entrepierna hacia mí… Suplicando que la toque.

Sé lo que necesita. ¡Su grito es una orden!

Apoyándome con un brazo, logro sostener el peso de mi cuerpo sin aplastarla, mientras exploro su piel suave con la otra mano, deslizándola por su vientre, directo bajo el vestido. Encuentro sus pliegues bajo las telas de encaje. La barrera áspera no me detiene y mis dedos juegan ahí, hallándola mojada, caliente. Corro la tirita a un lado y me deslizo dentro y fuera de su calor, provocándola a soltarse. Ella responde de inmediato, abriéndose más y permitiéndome introducir otro dedo.

Sus gemidos me animan a continuar y aumentan mi placer al estimularla. Al mismo tiempo, quiero calmar mi sed y saciar el deseo de saborear ese gusto único.

Desde el ángulo en que estoy, destaca la imagen de sus labios mayores hinchados y mis dedos saliendo húmedos de su interior. La plenitud y la perfección golpean con fuerza mi sexo.

Descarado y sediento, me inclino entre sus muslos, de rodillas. La necesito caliente y húmeda ahora mismo.

—Grita mi nombre —le digo enfrente de su sexo—. Puede ser un apodo o el seudónimo que quieras, pero no te prives de sentir lo que voy a darte, Paula.

Los gemidos que lanza muestran lo complacida que está al escucharme decir su nombre. No puedo negar que pasé la semana entera pensando en él. Algo que jamás hice con ninguna otra mujer.

Con ayuda de los dedos, separo sus labios mayores, facilitando la entrada de mi lengua, que se desliza lentamente. Saboreo toda la extensión, demorándome un poco más para acariciar su paraíso de placer explícitamente turgente. Juego con él. Me deleito con su sabor. La chupo con ganas, como un loco. Me encanta cómo me responde, como si me quisiera entero dentro de ella… Sin rodeos. Paula ya no oculta sus encantos descarados, me mira fijamente mientras se muerde los labios y araña mis hombros. Me siento un macho saciando a su hembra de la forma más cruda, dura y natural que existe.

Ella se mueve contra mi cabeza, se contonea y me honra con palabras deliciosas. Nada angelical. No es aquella niña que aprendió algunas cosas de mí. Esta es una mujer en llamas, que toma de mí lo que necesita y se entrega incondicionalmente. Probarla bien podría considerarse la octava maravilla del mundo. Más ardiente de lo que imaginaba, me consume por completo. Capturo todo lo que me da hasta que alcanza su clímax.

—¡Mal! —exclama en una liberación dulce y deliciosa.

De repente, una voz con acento italiano se mezcla con la suya.

—¡Mal, *Dio mio*! Hoy asaré a ese gato. —*Mamma* llamándome es lo último que necesitábamos ahora.

—No me digas que tu madre es de esas súper protectoras que anda detrás de las mujeres que sus hijos llevan para… —La mujer que se excitó de maneras deliciosas y terminó deshaciéndose en mis brazos en un orgasmo espectacular me pregunta, medio apenada.

—¡Miauuu!

Tan sorprendida como yo, recoge las piernas bajo mis brazos, asustada. Yo también me levanto. Parado en medio de la sala, Viralata nos mira como si pidiera ayuda, todo manchado de verde y rojo en las patas y el hocico. Si había algo más aguafiestas que escuchar a mi madre gritar mientras hacía que una mujer se derritiera en mi boca, era tener a un gato metiche observándonos.

¿Será que el universo decidió hacer estallar la burbuja en la que estábamos? ¿Qué clase de broma es esta? ¿Y este gato lamiéndose las patas, qué significa?

—¿Qué hiciste con las banderitas de San Gennaro, maldito?

—¿San Gennaro? —me pregunta Paula.

Alterno la mirada entre el gato y ella, que torpemente se ajusta el vestido al cuello. Intento acercarme para ayudarla y Paula extiende la mano para detenerme.

—San Gennaro es la parroquia aquí en la Mooca. Mañana empieza la fiesta tradicional, y quiero que vayas conmigo.

Siento las bolas aún doliéndome por el deseo no satisfecho. Un recordatorio desagradable de que, en medio de todo, fuimos interrumpidos por el mundo exterior en el mejor momento de la noche.

—¿Fiestita de parroquia? —Me aguanto la risa al verla torcer los labios. Estoy seguro de que la fiesta callejera no es lo suyo, pero no me importa. Va a ser interesante verla fuera del circuito que cree seguir frecuentando.

—Mamma es voluntaria desde hace más de treinta años y no perdonaría que alguno de sus hijos faltara a la fiesta. Así como no va a perdonar a este gato si hizo algo con las banderitas del puesto de

pasta. —Desvío la mirada hacia el gato, interrogándolo como si las manchas no hablaran por sí solas—. Ya hizo de todo lo que puedas imaginar. Hasta deshizo una bufanda que ella casi terminaba, desenrollando toda la lana con la pata. —El pequeño sabe que estoy hablando de él y vuelve a maullar—. ¡Ven acá, monstruito!

Más rápido que yo, el gato salta al regazo de Paula. Imagino que pegará un grito.

—¡Bájate! —lo regaño.

Pero, para mi sorpresa, ella lo defiende.

—No le hagas nada. Solo es un animalito buscando algo para jugar. ¿No fue eso lo que pasó? —dice, mirándolo, y yo me quedo sin entender nada.

—¿Estás defendiendo al gato?

Me pareció extraño, al fin y al cabo, tenía la impresión de que se uniría a mi madre para asarlo juntas.

—Es muy tierno. Tal vez solo esté buscando un poco de atención, ¿no, Vira-lata? —Frota su nariz contra el hocico del gato—. ¡Hum! Necesitas cepillarte los dientes urgentemente. ¿Qué más has estado comiendo, aparte de las banderitas?

—¡Mal! No estoy bromeando. No quiero más a ese gato en esta casa, y vas a tener que arreglar todo lo que arruinó. —Cualquiera que vea el tamaño de mi madre no se imagina la potencia de su voz. Parece que está aquí adentro.

—¿Y ahora qué hago contigo? Voy a tener que dejarte en un hotel para mascotas hasta que encuentre otra casa para ti.

El gato saca las garras y se aferra al vestido de Paula.

—¡Déjalo quedarse! —le acaricia la cabeza para tranquilizarlo.

—Así de simple. ¿Estás diciendo que quieres adoptarlo? Te advierto que va hacerte un desastre.

—Suele venir por aquí. Sabes que no me gusta nada fuera de lugar, ¿verdad, Vira-lata?

—¿Qué pasó? ¿Ahora quieres bromear conmigo y hacerte amiga del gato que destruyó tu jardín?

—Nos entendimos un poco después de lo que pasó.

Él levanta las pestañas, totalmente derretido por ella… Este gato es realmente un callejero.

—Ah, pillo… Así que es aquí donde terminas cuando desapareces, ¿eh?

Ambos parecen estar de acuerdo, cómplices en silencio.

El alboroto en la casa de al lado —que por cierto es la mía— no se detiene. Conozco muy bien a mi madre , si no voy enseguida, seguirá haciendo drama, y estoy seguro de que no podrá dormir. Y eso no sería nada bueno. Hace pocos días salió del hospital, todavía está algo débil y necesita descansar. Ni siquiera queríamos que participara este año en la fiesta de San Gennaro, pero es terca, y no hubo forma de convencerla de lo contrario.

Así que es mejor ir a ver el tamaño del caos. Además de ser responsable por la salsa de la pasta de la fiesta, también se empeña en hacer las banderitas del puesto. Por eso puedo imaginar cuán alterada está si Vira-lata hizo alguna travesura.

—Mejor ve a ver qué pasó —dice Paula.

Justo eso necesito hacer, pero no sin antes despedirme bien de ella. El muy cómodo gato está instalado en sus piernas. Sin pedir permiso, lo quito con una mano y con la otra la atraigo a mis brazos, levantándola del sofá.

—Supongo que sí. —Tomo su rostro entre mis manos y algo cálido brilla en sus ojos, levemente esperanzados—. Sabes que esto no terminó aquí, ¿cierto?

—¿No? —responde con tono relajado. Por todas las razones, sabe perfectamente que no.

—Para nada. Lo que pasó hoy fue solo una muestra de lo bien que funcionamos juntos.

—Una buena muestra.

—¿Solo buena? —Finjo estar ofendido—. Heriste mis sentimientos. Pensé que había sido de otro nivel. Para mí fue deliciosamente bueno.

Acaricio su aterciopelada cara, como si fuera posible olvidarme de cada uno de sus rasgos perfectos.

—Ese es el problema de la humanidad, creer que lo que uno hace siempre es lo mejor para los demás.

Si su comentario hubiera sido más irónico, no lo habría tomado con humor, pero fue incisivamente divertido.

—No sé con qué tipo de personas te has estado relacionando. Conmigo no funciona así. La próxima vez que estemos juntos, me aseguraré de que no haya nada ni nadie que nos interrumpa, y de que todo sea más que bueno.

Ella humedece sus labios con la punta de la lengua, y me invade la necesidad de empaparlos aún más.

—Estás muy seguro de que habrá una próxima vez, mecánico.

No me molesta que me llame con ese pseudónimo. Cuando escuché esa boquita perfectamente dibujada gritar con entusiasmo mi nombre mientras se deshacía en placer, me sentí el hombre más afortunado del mundo.

—Nunca me equivoco.

El deseo de besarla es más fuerte que yo. Ella parece leer mis pensamientos, porque abre los labios justo como necesito para invadirlos. Aprovecho la breve tregua que mi madre nos da. Esta mujer vivaz y con tanto humor me vuelve loco. Quiero sentirla una y otra vez, en un momento solo nuestro. Pero ni aunque quisiera podría concentrarme con los maullidos que Vira-lata empieza a soltar.

¿Esa es la gratitud de este gato después de lo que hice por él? Debí haberlo dejado en la calle.

Los maullidos no paran, y sin romper el lazo de nuestros labios, abro los ojos y le hago una señal para que se calle, pero el ingrato actúa como si no le importara.

El beso se transforma en risas.

—Tu nuevo huésped es bastante fastidioso —me quejo, frustrado.

—Debe haber sido malcriado por su último anfitrión.

A regañadientes, me separo de ella.

—En eso tienes razón. —Apenas amenazo con dar un paso hacia él, el muy sigiloso salta por encima del sofá y desaparece. ¡Qué

cobarde!

—¡Lo asustaste!

—No debe haber ido muy lejos. —Cambio de tema rápidamente, porque el alboroto en la casa de al lado vuelve a empezar—. ¿Qué te parece si paso por ti a las siete mañana? —Carraspeo, esperando su reacción.

—¿Para qué?

—Para ir conmigo a la fiesta de San Gennaro.

—Ah, la de la parroquia, ¿no?

La expresión despectiva que pone no tiene precio.

—En las calles de alrededor —le aclaro de nuevo, como si no se diera cuenta.

—Aun así, no he dicho que iré.

—¿Eres buena con las matemáticas? Entonces haz la cuenta, tú y yo divirtiéndonos ahí.

Ella sonríe, mientras yo me acomodo el cuello de la camisa.

—Imposible resolver esa ecuación, considerando que nunca he tenido ganas de ir a una de esas fiestas populares.

—Elimina ese prejuicio. Estoy seguro de que te vas a divertir.

—¡Mal! —Escucho a mi madre.

—Ahora sí me tengo que ir. Los italianos suelen ser muy insistentes.

—Y escandalosos —comenta.

—Un poquito. —Le doy un beso rápido en sus labios y me doy vuelta, apurado. ¿Quién dijo que un punto final es el fin de la historia? Para mí, esto es claramente el anuncio de un nuevo párrafo.

No contaba con cómo terminaría esta noche, pero pasó. Tampoco esperaba reencontrarla algún día, pero aquí estamos. Y no imaginaba que la mujer fuerte que intenta aparentar ser tuviera demonios que la asustan, como pude ver esta noche. Así que, que vengan los próximos párrafos, sin grandes expectativas. Lo que pasó en el pasado no es lo que se repite en el presente, y tampoco garantiza lo que vendrá en el futuro.

Capítulo 15

Paula

¿Cómo fue que terminé aquí, en este planeta tan distinto al mío? ¡Ah, claro! Me abdujeron, no puede ser otra cosa… Incluso traté de escapar, pero el extraterrestre tocó el timbre de mi casa. Me quedé quietecita unos minutos, con la esperanza de que creyera que no había nadie, se diera por vencido y se marchara, pero ¿qué pasó? Vira-lata maulló, maulló y maulló… Conclusión: ¡el condenado ET me descubrió!

Está bien, sus poderes paranormales también tuvieron algo que ver. No fueron solo esas amenazas graciosas desde la puerta -de que, si no salía a atenderlo, saltaría el muro- lo que me convenció de acompañarlo. Fueron también los recuerdos que tuve durante todo el día, de cómo logró hacer que mi pequeño clítoris, ubicado dentro de la vulva y asomado entre los labios menores, se volviera rehén de un deseo desquiciado de volver a ser tocado por esa lengua.

Llegar a esta fiesta popular fue épico, sobre todo porque tuve que venir caminando. ¡Por Dios! Nunca me había pasado algo así, ni siquiera cuando jugaba a tener novios de niña. Además, mis « amiguitos » de entonces tenían choferes privados que nos llevaban adonde queríamos, pero claro que el mecánico tenía que salirse con una de las suyas. Empezó con que dudaba de mi capacidad para caminar dos cuadras con estos tacones. El pesado me desafió tanto que, cuando me di cuenta, ya estábamos aquí, rodeados de una multitud que parecía una procesión, llegando desde todos lados.

Tengo que reconocerle el mérito de haberme convencido de que estacionar esa moto suya —que parece una nave espacial— nos tomaría más tiempo que simplemente caminar. Las calles cercanas están hechas un caos de coches buscando dónde estacionar.

Ahora estoy aquí, esperándolo… El calvo fue a comprar fichas para que tomemos cerveza de barril. Antes eso, que aceptar la idea de tomar el vino que sirven aquí. Gracias, pero paso de la experiencia de beber esos vinos baratos y nacionales.

Miro para todos lados, observando todo…

¡Qué decadencia! Ni en los peores días de las fiestas de San Juan en el Jockey Club de San Pablo vi semejante mal gusto en la decoración. Si es que se puede llamar así a esos plásticos verdes, rojos y blancos que cubren las estructuras de madera. Un verdadero circo, uno de barrio, no como el circo Soleil.

Hasta mi ropa desentona por completo con el ambiente. No es que me haya vestido demasiado elegante, para nada. El problema es que todo lo que tengo supera lo que llevan puestas las mujeres a mi alrededor. Y eso que es un vestidito básico de Burberry.

Jammo, jammo

'Ncoppa jammo jà

Jammo, jammo

'Ncoppa jammo jà

Funiculì, funiculà

Funiculì, funiculà

La tarantela vibra por los altavoces en casi todo el lugar, con la misma intensidad que vibra mi clítoris entre mis piernas. Diría que, después de lo de ayer, el mecánico lo dejó arruinado para siempre. No sé si podré volver a estar cerca de él sin que mi cuerpo recuerde lo que fue capaz de hacer con esa lengua. En serio, fue toda una políglota, habló con mi clítoris en lenguas que jamás imaginé que existieran.

Aprendí por algunas amigas extranjeras que la palabra « clítoris » se parece mucho en casi todos los idiomas, ya sea en la

escritura o en la pronunciación. Viene del griego *kleitoris*, que significa « llave » . En mi opinión, una deliciosa llave del placer. Hasta me acuerdo de cómo se pronuncia en algunos países. Parece que los checos, finlandeses y alemanes, entre otros, lo llaman *Klitoris*. Los italianos, *clitoride*… Con el acento que reina en esta fiesta, me lo imagino al mecánico —con su herencia italiana— diciéndome : *Bello clitoride, vicina!*

Bello, querido, fue el trabajo que hiciste ayer con esa *lengua meravigliosa*. Aquello fue como una sesión de masaje tántrico que me dejó hasta ahora sensible y loca por repetirlo muchas veces más.

—¿Estás pensando en mí? —Su voz, al oído, me sobresalta. Qué osadía tiene este desgraciado para alterar cada célula de mi cuerpo. ¡Dios! Hace tan poco que salió a buscar algo para beber y ya está de vuelta. Ni siquiera tuve tiempo de recuperarme del cosquilleo en el estómago, y mucho menos de volver a sentir fuerza en estas piernas flojas desde ayer.

—Esa frase está demasiado trillada —respondo—. No puedo creer que algo tan retrógrado aún funcione con las mujeres.

—No uso frases hechas. Solo me pareció bonito verte sonreír sola. Quería saber si yo era la causa.

—¿Y no dejaste la humildad como vuelto en el puesto de cerveza?

Segura de mí, sonrío mientras tomo el vaso que me ofrece. De plástico, por supuesto.

Aquí todo es desechable… ¿Cómo puede esta gente parecer tan feliz mientras muerde pedazos de carne en brochetas o hace equilibrio para sostener platos descartables llenos de pasta?

—De ningún modo. La traje conmigo, bien pegadita.

—Vamos, ¿qué fue ese comentario tan pretencioso? ¿De verdad crees que yo estaría sonriendo pensando en ti?

—¿Está prohibido soñar ahora? —Finge ofenderse—. ¿Qué hombre no quiere, después de hacerle sentir placer a una mujer, verla suspirar y sonreír sola por los rincones?

—Vas a tener que esforzarte un poco más.

—¿Eso es una invitación? —Me desafía.

Mi respiración se queda atrapada en el pecho, sin encontrar por dónde salir. Cuando noto esos ojos recorriendo lentamente mis piernas, deteniéndose unos segundos a la altura de mi centro, intento controlar los temblores involuntarios. Sigue explorando, como si dibujara rutas sobre mi cuerpo, subiendo un poco más y, finalmente, haciendo el camino de regreso… Todo eso antes de volver a fijarse en mi rostro.

—No estás en tu día de suerte. No le has acertado a una sola —Trato de disimular cuánto me gusta, y fracaso terriblemente.

—¿O sea que ayer sí acerté? —Sus pestañas se levantan y, antes de chocar su vaso con el mío en un brindis, me guiña el ojo—. Si hay algo que me motiva es saber que siempre puedo ser mejor en el presente de lo que fui en el pasado. No celebres mi derrota, la noche todavía no ha terminado.

—Perfecto. ¿Qué te parece si empezamos por anunciar que el hijo de la italiana ya cumplió con su presencia y nos podemos ir? —Lo provoco.

—¡Imposible! —Dentro de su imponente y masculina figura de más de un metro noventa, sonríe—. Mamma insiste en que probemos la salsa de tomate con calabresa, pero te aviso que de nada servirá echarle todo el encanto para que revele la receta, porque, como te dije cuando veníamos, solo te dirá que el ingrediente principal es el amor.

—¿Yo? ¿Querer saber secretos culinarios? —Me río con ganas—. Si es así… que se haga tu voluntad. Que se quede con toda la receta para ella solita. Es más, hasta podemos saltarnos la degustación. No tengo ningún interés en probarla.

—¿Tienes ganas de irte o ansiedad por continuar desde donde lo dejamos ayer? —Lleva el vaso a la boca como si estuviera bebiéndose todo mi placer. Es letal. Esa forma de hacerlo es un pecado. El maldito italiano debería tener vergüenza de mostrarse así, como si quisiera entregarse al deseo carnal en una fiesta religiosa.

¡Inmoral! Sus ojos recorren mi cuerpo otra vez, deteniéndose perezosamente cerca de la pelvis. Lo siento concentrarse justo ahí, provocándome unas ganas completamente inapropiadas para estar en medio de una multitud. ¡Descarado! ¿Será que sabe que ese es el punto del cuerpo de una mujer más parecido al pene? Que, cuando se excita, el flujo de sangre lo hace crecer y ponerse más rígido y saliente, casi como una erección. Con la ventaja de que esa zona es aún más sensible. De hecho, que los ángeles me ayuden y se tapen los oídos, porque quiero soltar un gemido fuerte sin que ni siquiera me toquen.

Eso es lo único que quiero, que me agarre. Nada más me pasa por la cabeza.

Cualquier objeción que haya considerado durante el día para no interesarme en él ya se desvaneció.

—¡Usa tu inteligencia! —Tomo un trago de la bebida fría para calmar el fuego que me consume por dentro.

Casi puedo ver en sus ojos que entiende que la idea de irnos es la más sensata. El mecánico extiende la mano y me sujeta el rostro, dejándome inmóvil. Me observa como si quisiera ver mi alma.

—A tu lado, lo último que puedo usar es la inteligencia. Hasta empiezo a pensar que me convertí en una bestia, movido solo por el deseo. Así que no insinúes mensajes subliminales, porque los voy a interpretar mal.

Esa expresión suya, tan llena de picardía, debilita cualquier intento mío de ser valiente, y me deja sin saber cómo interpretar lo que acaba de decir.

Podría dar un paso adelante y dejar que me bese, o dar un paso atrás y alejarme. Así ha sido desde que nos encontramos hoy. Parece que me está probando, dejándome la decisión a mí.

Su pulgar roza la comisura de mis labios, bajando por el inferior, esperando una respuesta.

Decir que eso me hace temblar sería quedarse corta. Lo correcto es decir que sentir ese agarre firme, aunque sea solo en la punta de mi mentón, me provoca un terremoto interno. Empieza en las

piernas, que ya no responden con firmeza, pasa por un corazón acelerado y llega hasta los espasmos incontrolables justo más abajo.

No sé quién da el paso hacia adelante, si él o yo.

—¿Es idea mía o tu inteligencia también anda flaqueando?

Con la mano libre, le sujeto el brazo, deseando que pegue su cuerpo al mío. Mi cuerpo suplica por el contacto, como si estuviera loco. Estamos tan cerca... Pero él no me rodea con los brazos. Solo siento sus labios acariciando los míos, pellizcando, explorando, provocando y retrocediendo, como si esperara que me entregue por completo tras esa muestra gratis.

—Miren nada más quién está aquí en plena Mooca, dándole su apoyo a San Gennaro.

Dios mío... Este no es el momento para interrupciones, justo cuando el ambiente está tan cargado entre nosotros.

Esto se parece demasiado a lo que ocurrió en 1865, cuando el entonces presidente de la Sociedad Médica Inglesa propuso extirpar el clítoris de todas las mujeres, convencido de que era el causante de la epilepsia, la histeria y otras formas de locura, y que así se curaría el mal. Por suerte, fue considerado un lunático por sus colegas y lo echaron de la profesión. Afortunadas las mujeres de esa época.

Yo, en cambio, hoy tengo una racha de mala suerte... ¿Qué le pasa al mundo? ¿Acaso me está castigando por el pecado de la lujuria?

Primero su madre grita e interrumpe el mejor momento, después Vira-lata pide atención cuando menos debe, y ahora esto…

Me enderezo, frustrada, y un pensamiento me hiela la sangre. ¿Y si…? No, no puede ser…

Dios mío, que no sea alguien conocido ni nadie relacionado con la prensa. ¿Qué dirían los sitios de chismes?

Las copas de cristal sostenidas por las manos de la ex socialité Paula Góes Mesquita han sido reemplazadas por vasos de plástico en plena fiesta de la Mooca. Y, por lo que parece, en un ambiente muy

romántico con un desconocido que estaba a punto de poseerla en medio de la multitud.

Rezo unos segundos…

Por favor, San Gennaro, perdóname por ser tan grosera con la decoración de tu fiesta. Está... preciosa. ¡No puedes castigarme así! Te prometo quedarme hasta el final si me salvas de los ojos de los chismosos y de la prensa. ¡Amén!

El miedo me paraliza. No soy capaz de darme la vuelta para saber si esa voz masculina se refiere a mí o al mecánico.

—¡Este es mi terreno! El que debería estar preguntando qué hace aquí el ilustre empresario cervecero soy yo. —Él sonríe y me invade el alivio.

¡Gracias, San Gennaro!

Eso fue casi un orgas… ¡Ups! Perdón, santito, no quise decir eso. Quise decir que fue casi un estallido de felicidad por no ser alguien que conozco.

La educación exige que me gire para saludar al conocido de él, y lo hago.

¡Mierda! Por poco me arrepiento de agradecerle al santo. Esa pareja sonriente es conocida… Bueno, más o menos. Lo he visto en algunos eventos esporádicos. Pero a ella sí la recuerdo. Es amiga de esa desgraciada de Bárbara, la actual pareja de mi exmarido. Una mujer insoportable. ¿A dónde cree que va con ese lunar chueco en la cara? ¿Por qué exponerse así, querida? Un buen cirujano lo arreglaría en un segundo.

—Germánica ganó el concurso del festival. —El vaso de plástico en mi mano es prueba viva de ello—. Qué bueno verte por aquí. Solo te falta rendirte ante nuestro producto.

—¡Ya estoy rendido! —Levanta el vaso en un discreto brindis.

El tipo, todo dominante, sin soltar la cintura de su acompañante, la señala con la cabeza y la presenta.

—Ella es Patricia, mi esposa. Tal vez la recuerdes de cuando estuvimos en...

—Ah, claro. ¿Cómo estás, Patricia?

¿Qué fue eso? Raro lo brusco que fue el mecánico al interrumpir la presentación. Qué mal educado. Si no supiera que eres un muerto de hambre y que lo hiciste por falta de clase, pensaría que estás escondiendo algo.

—Muy bien. También me acuerdo de ti. —Ella me mira y luego vuelve su atención a él. Ridícula, con ese tono ambiguo tan adecuado para dar a entender que me conoce—. Ese lugar es un paraíso. Le dije a Carlos que quiero volver. Fuiste maravilloso con nosotros.

Frunzo los labios con incredulidad ante la señora. Querida, puedes decir claramente dónde se encontraron. No hace falta usar códigos. A mí qué me importa saber dónde estuvieron. No voy a poder dormir en toda la noche con tanta curiosidad. Ubícate…

—Vamos a volver, querida. Realmente fue muy bueno el tiempo que pasamos allí, descansando. Él sabe cómo complacer a todos como nadie. —Parece que su club de fans gana otro miembro para hablar en clave y elogiar al mecánico, vaya uno a saber por qué. O tal vez lo hizo solo porque notó que hice una mueca cuando su esposa hablaba.

Creo que dejo escapar algún sonido, porque un brazo largo serpentea por mi cintura y tengo que reprimir un gemido suave. Él ignora por completo el codazo disimulado que le doy por abrazarme como si fuera de su propiedad.

—Carlos y Patricia, ella es Paula. Mi...

—Conocida. —El mecánico me mira como si me reprendiera y yo me encojo de hombros. Me da igual. Mírame como quieras, guapo—. Hola. —Los saludo con un leve movimiento de cabeza, totalmente desganada, y ellos responden igual. No voy a fingir una sonrisa solo porque los conoce.

—Qué pequeño es el mundo, Paula. Jamás imaginé encontrarte aquí en la Mooca.

La verdad es que esto es demasiado pequeño para querer usar todo el azul universo. ¿No basta con ser vulgar? ¿También hay que usar sombra del mismo color que la ropa?

¡Un momento!

¿Quién se cree esta para insinuar que somos cercanas? ¿Dónde pensaba encontrarme? No hace falta ni preguntar. Seguro sabe del acuerdo que Marco hizo conmigo y está disfrutando de mi desgracia, pero esto no va a quedar así.

—Imagínate que es la primera vez que vengo a este evento —digo con ironía—. Tantos años con propiedades en alquiler en este barrio y recién ahora tengo la oportunidad de conocerlo. El público no es el mejor, ¿no? Pero por el santo patrono del barrio, hago este sacrificio. ¡Viva San Gennaro!

—¡Viva! —Tiene la desfachatez de reírse.

De un solo trago, me bebo el vaso entero de cerveza para no lanzárselo en la cara con ese gesto tan ridículo de burla.

¡Perfecto! Mi intento por entrar en el Guinness como la bebedora más rápida del mundo llama la atención de las tres cabezas que se giran hacia mí. ¡Qué papelón! ¿Sería muy infantil si les sacara la lengua, San Genaro?

—Me estás debiendo una reunión, amigazo. ¿Qué te parece si aprovechamos que estás en San Pablo y la agendamos? Sería un honor que conocieras nuestra sede central.

Amén, santito, por encontrar la forma de desviar la atención de mí. Te debo otra más.

—Me estoy instalando en un nuevo local aquí en estos días. ¡Te llamo!

¿Te vas a mudar, mecánico? ¿Y no me dijiste nada?

—Llámame, sí. ¿Tienes la agenda muy ocupada?

Abarrotada de tuercas, tornillos, motores y grasa… Qué conversación tan absurda. ¿Cómo estará la agenda de un mecánico? Ya tuve suficiente. Estas formalidades que los ejecutivos se imponen, tratando a todos como si fueran hombres de negocios, son agotadoras.

—Malaquías —Decir su nombre casi borra mi cara de fastidio y la reemplaza por una buena carcajada—, ¿no estará lista ya la fuente de pasta que la mamma estaba preparando? Sabes cómo se pone de

furiosa cuando las cosas no salen como ella quiere —enfatizo—. Mejor vámonos.

La expresión de desconcierto que pone es impagable, y mi respuesta, con cara de inocente, es digna de un Óscar a la mejor actriz.

—Tiene razón, hace un drama por todo.

¡Que lo diga mi orgasmo casi interrumpido!

—Que les vaya bien —me limito a decir como despedida.

Efusivo, él abraza al amigo y besa a la mosquita muerta. Frunzo los labios, observándolos. Esa se sacó la lotería… Se trepó al dinero. Lástima que para algunas personas, el dinero no es sinónimo de buen gusto. Para ser esposa de un ejecutivo y patrocinador de un evento, está bastante desaliñada. La pareja se pierde entre la multitud.

—Para alguien que estaba loca por irse sin probar la salsa de mi madre, de pronto te veo muy entusiasmada.

—Fui atraída por el aroma.

—¿Por el aroma? —Suelta una carcajada—. Tu olfato es increíble, envidiable.

Me atrapa en la mentira, porque el humo de la parrilla de brochetas, justo al lado, tapa cualquier otro olor de los puestos.

—Hablaste tanto de la salsa de calabresa que acompaña la pasta, que ahora no puedo dejar de pensar en ella.

—*Mamma* va a estar feliz —Señala la dirección que debemos tomar, y yo finjo no notar que su dedo roza levemente bajo mi busto. Igual que finjo que mi cuerpo no tiembla cuando pone las manos en mi cintura para guiarme al puesto correcto—. Más todavía porque vamos a recibir a una invitada tan ilustre. Ya puedo imaginar su cabecita maquinando y planeando todas las recetas que va a querer prepararte en el futuro.

El tacto de este hombre está presente en los sueños de todas las mujeres. Firme y seguro… Sabe cómo acercarse y despertar esa famosa química que sacude cada poro y terminación nerviosa del cuerpo.

—No te hagas ilusiones, mecánico, las pastas no forman parte de mi dieta.

—¿Volviste con lo de mecánico? Pensé que "Mal" se había vuelto la forma más agradable de llamarme.

Más agradable que imaginarme gritando tu nombre, es tu perfume… ¿Qué olor es ese? Me da una sensación de déjà vu.

—Puede ser que lo haya reservado solo para ocasiones especiales.

Trágate esa indirecta, querido.

—Si es así, puedo vivir con el pseudónimo. ¿Qué importa un nombre cuando tengo momentos contigo ya reservados?

Si pudiera comerme mis propias palabras, no sabría si me envenenaría o alimentaría la esperanza de que él está tan metido como yo en este jueguito de seducción.

—*Dio mio*, ya era hora de que llegaran. Mal, ¿por qué tardaron tanto? ¡Y qué bella es nuestra invitada!

La señora simpática con pañuelo en la cabeza se limpia las manos en el delantal y luego se las pasa por el rostro. Típica italiana, fuerte y llamativa. Ya había visto a mamma algunas veces, pero esta es la primera vez que hablo con ella. Es impresionante lo contagiosa y cálida que es su sonrisa.

—Gracias por el cumplido. Usted también es encantadora y enérgica.

—Demasiado enérgica para alguien que estuvo hospitalizada hace unos días —dice el mecánico, y me doy cuenta de que casi no sé nada de él, y mucho menos del resto de su familia.

—Eso es una tontería. Esta fiesta es mi medicina. Tú y tus hermanos son unos exagerados.

—Hablando de ellos, ¿por dónde andan que no están aquí?

—Fueron a buscar más ollas con salsa. Ahora vosotros dos pónganse un delantal y un gorro. Está lleno de gente y necesitamos voluntarios. Carmela no se sintió bien y Armando la llevó a emergencias —Desvía la mirada de su hijo hacia mí—. Paula, no te importa ayudarnos, ¿verdad? San Genaro lo agradecerá mucho.

Tenía pensado decir que sería un desastre ayudando… Pero ella la arruinó en cuanto mencionó al santo. ¿Cómo iba a zafarme, si él acaba de hacerme tremendo favor?

—No sé en qué puedo ayudar, pero si me explica, aprendo rápido.

Trato de sonar amable, aunque en realidad estoy echando humo, sin un solo gramo de remordimiento. Al fin y al cabo, ni el santo ni ella pueden escuchar mis pensamientos.

—Quítale la cocina de enfrente y todo saldrá bien —dice el mecánico, haciéndose el chistoso… Le saco la lengua.

—Saca esa lengua otra vez y vas a ver de verdad lo dramática y conservadora que puede ser mi madre —Mal susurra en mi oído, y siento cómo me arde la cara, el cuello y el pecho bajo la mirada inquisidora de mamma, que nos observa.

—*Andiamo*, no hagas que la *ragazza* se ponga roja. No necesitará estar frente a la cocina, ya está todo listo. Solo necesitamos que sirvan los innumerables pedidos.

La tarantela suena fuerte por los altavoces, y la gente en el puesto está feliz y decidida. ¡Estos italianos sí que son animados! Bailan, bromean y se divierten, ni parece que están trabajando. Tienen energía, y contagian a los asistentes.

Junto a mi madre, hay otras señoras que son los pilares de la fiesta, respetadas y admiradas por todos. Es como una gran familia llena de amor y fe.

No sé si pasaron minutos u horas trabajando en este ambiente tan contagioso. Ni podría contar cuántas indirectas y directas recibimos Mal y yo de que éramos una *bella coppia*, cuya traducción descubrí hace poco: linda pareja. Todo por culpa de él, que, además de girarme en los descansos entre plato y plato, bailó conmigo y hasta compartió un espagueti. Sin contar que no dejó de asentir con cada comentario. Qué iluso… Ya le dije varias veces que no soy la Madre Teresa como para unirme a los pobres, pero parece que no lo entiende.

Sus hermanos, Theo y Moa -ojalá la genética de la belleza los mantenga tan atractivos como al mayor-, son la sensación de la noche en el puesto. Apostaría que todas las mujeres solteras que vinieron desearon que no solo sirvieran pasta, sino que convirtieran el lugar en un puesto de besos. Fue tal la cantidad de pucheros sensuales que hicieron que daba lástima. No por nada fue el puesto que más vendió. Las filas parecían no tener fin.

—Creo que ahora es el momento de escabullirnos, ¿no te parece? —La frase directa, junto con esa sonrisa pícara, es el detonante perfecto para mí. Lo miro a los ojos y de repente toda mi atención está puesta en él.

—Es muy prometedor eso.

Estoy agotada, pero también llena de energía. Jamás imaginé que me iba a divertir y reír tanto en una sola noche.

—Estaba pensando en proponerte un reto antes de que nos vayamos.

El coqueteo y la sutileza con la que propone las cosas, con un toque de picardía y una pizca de malicia, vienen en la dosis justa para entusiasmarme.

—¿No crees que tu cuota de desafíos ya terminó por hoy?

—Para nada. Pudiste haberle dicho « no » a mi madre, pero si crees que te obligué a ayudar, no hay problema, olvida lo que dije. Jamás se me ocurrió aprovecharme de tu buena voluntad.

¡Cínico!

—Para que sepas, no soy el tipo de mujer que se deja llevar. Ayudé porque quise. Sin embargo, eso no significa que no haya sido tu culpa. Si no me hubieras invitado a venir esta noche, ahora estaría con una amiga viendo una película, sentadita en el sillón comiendo palomitas.

¿Pero qué mierda de plan es ese para un sábado por la noche? ¿Ver una película con una amiga? Por favor, Paula… Lo peor es que parece que se lo tomó en serio y creyó que prefería estar en otro lugar. Trato de arreglarlo.

—Ya que estamos aquí, dime de una vez cuál es el reto.

—Hay un jueguito aquí en la fiesta que suelo jugar con Moa y Theo desde que éramos chicos. Hasta pensé en retarlos, pero parece que encontraron un juego mejor para pasar el resto de la noche.

Y para confirmar su teoría, en la esquina izquierda de la carpa había una pelirroja y una morena. Ya me imagino el tipo de juego que estos dos grandulones van a jugar esta noche.

—Si ellos están rompiendo la tradición, ¿por qué crees que deberías mantenerla conmigo? —Lo provoco.

—Además de pensar que puede ser divertido, creo que mereces un poco de distracción, ya que te luciste como voluntaria.

—¿Estás queriendo darme un premio por eso?

Lo miro desafiante, y él sostiene la mirada con firmeza, como si intentara, de alguna manera, descifrarme. Lo único que me asusta es si estoy siendo lo bastante transparente como para que note cuánto me gustan sus jueguitos.

—No soy tan buen samaritano. El premio dependerá de ti. Podría ser yo quien salga ganando, ¿lo habías pensado?

Este tipo es un provocador sexual por naturaleza, de esos que te dan ganas de castigar… o simplemente hacer que se traguen su arrogancia. No puedo ignorar la atracción que me provoca cuando deja en mis manos decidir qué es lo correcto. Chico malo tatuado, mecánico o simplemente seductor… Cualquier versión de él me gusta más de lo que debería.

—Si hay premio de por medio, no seré yo quien arruine tu tradición.

—Sabía que no te ibas a acobardar.

Como siempre, está demasiado cerca. Lo suficiente como para que el calor de su cuerpo prenda fuego al mío. Miro a mi alrededor y todos siguen ahí: mi madre charlando con otras mujeres, algunas personas ocupadas con sus tareas y nadie prestando atención a nosotros dos.

—Vas a terminar tragándote toda esa arrogancia, mecánico.

—Apuesto por ello, por verte gritar al final: "¡Mal, eres el ganador!"..

Su apodo se ha vuelto una especie de palabra clave que logra alterarme, y él parece saberlo muy bien.

Ya me estoy acostumbrando a recibir sus sonrisas pícaras.

Titubeo cuando el descarado me toma de la mano para sacarme de la carpa sin que nadie nos viera. Un gesto que no debería sentirse tan íntimo. Me daría vergüenza si alguien nos viera ahora, con mis mejillas encendidas, y notara cuánto deseo poder gritar su nombre durante el resto de la noche.

¿Quién es este hombre que aparece justo en los momentos indicados y, sin siquiera proponérselo, siempre termina ayudándome a resolver mis problemas? No le importa si tengo dinero, si sigo las modas o si arrastro un pasado que me condena…

Capítulo 16

Mal

—¿Qué quieres que haga?

Las expresiones de Paula son lo que me motiva a ir más allá. Le paso las fichas al tipo que atiende el puesto y él me entrega la escopeta.

—Dije que era un juego de niños, solo que no aclaré que era de aventura y acción —intento sonar indiferente, sintiéndome realizado.

—Eso no es un juego de niños, sino un intento patético y barato de un forastero que jamás podrá ser considerado un pistolero. Es simplemente ridículo quedarse aquí disparando a esos blancos y lo peor... ¿ya viste estos premios? —Me muerdo los labios para no reírme—. ¿Tengo cara de que me gusten los osos de peluche gigantes, muñecas con cara de asesinas o cojines en forma de corazón?

¿Qué clase de infancia tuvo? ¿Será que nunca fue a un parque de atracciones tradicional sin un gran nombre que los respalde o una fiesta regional? No importa ahora, ¿qué diferencia hace? Lo que importa es que está aquí y no se irá sin ver lo divertido que puede ser jugar.

—Tu amiguita puede haberse conformado con recibir esas porquerías. Esa del puesto, ¿sabes? La que dijo que amó estar contigo en Salvador. ¿Cómo se llama? —Finge pensar, mirando al cielo, con la boca torcida en desdén.

¿Quién lo diría? La señorita Góes Mesquita, la reina de la indiferencia, ¿sintiendo celos? Interesante. Esta muestra es nueva. ¿De dónde salió? ¿Y por qué demonios se ve aún más bonita cuando está celosa?

—Sheyla —respondo por ella—. No sé si le gustan esas porquerías, porque no la traje aquí.

—Pero sí la llevaste a Salvador —dice, abriendo una sonrisa de medio lado—. Por cierto, eres muy diplomático, todos aman estar contigo. Hasta esa pareja que encontramos hace un rato se la pasaba hablando en clave, diciendo lo simpático que eres. Con lo bien que les caes, creo que también aceptarían esos ridículos premios.

Encontrarme con Carlão y su esposa aquí definitivamente no estaba en mis planes. Ni siquiera sé cómo logré desviar la conversación y evitar que dijeran algo sobre quién soy. Ya no puedo seguir ocultándole a Paula quién soy, o en qué me convertí, eso es un hecho. Y justamente por eso, ganarle en este juego me ayudará a llevarla a un lugar de donde sé que no podrá escapar cuando le cuente todo.

—¿Quién dijo que ese es el premio que tengo pensado?

—¿No lo es?

Niego con la cabeza y le entrego la escopeta.

—La apuesta es otra. Para que veas qué generoso soy, te daré la ventaja de tres disparos más que yo.

—¡No necesito eso!

Claro que lo necesita. Si supiera cuánto me envicié con este juego año tras año, no diría eso.

—Si te soy sincero, podría haberte dado cinco tiros, pero estaba seguro de que te ibas a quejar, así que lo dejé en tres.

—¡Te vas a arrepentir, mecánico! ¿Cuál es el premio?

Su mano se desliza intencionalmente por el cañón, como si tuviera intimidad con él, provocando que el cañón que tengo dentro de la ropa interior se agite.

—Primero, las reglas: tú tendrás ocho disparos y yo cinco. ¿Ves esa diana roja y blanca? Cada círculo dentro de él vale una puntuación. Si haces más puntos, eliges qué quieres ganar. Pero si gano yo, entonces elijo yo. —Doy el golpe final.

Sonrío ampliamente. Estoy seguro de que no lo aceptará. Sin embargo, no puedo pasar por alto su expresión de sorpresa, que, por cierto, acaba sorprendiéndome con una carcajada desenfrenada.

—Empieza a reunir mentalmente todos tus ahorros, porque no aceptaré menos de lo que merezco —advierte—. Soy exigente, mecánico. Acabas de subestimar mis habilidades como tiradora; después no vengas con que tuviste mala suerte.

Se posiciona perfectamente, coloca una pierna delante de la otra, dejando el espacio justo. Yo me ofrecería como blanco sin dudarlo. Su elegancia y sofisticación se equilibran sobre los tacones, con la espalda recta y el trasero bien parado mientras inclina el cuerpo levemente hacia adelante, formando la imagen del paraíso. Sabe lo provocativa que es y no tiene ningún problema en jugar conmigo. Si eso es lo que quiere, eso tendrá. Me acerco lo suficiente como para intentar desconcentrarla un poco en este juego de seducción.

—Será un placer gastar todos mis ahorros si es necesario. Demuestra qué tan buena eres.

Pierde la postura, relaja el cuerpo y, por un instante, pienso que se va a derretir en mis brazos. Me mantengo exactamente dónde estoy, embriagado por su aroma, una mezcla de dulce con cítrico.

—Que empiece el juego —pronuncio cada palabra en voz baja, incapaz de apartarme—. Solo tienes que sostener con firmeza y apretar el gatillo.

Es mi turno de provocarla, deslizando los dedos por su brazo extendido, apoyado en el cañón del arma.

Estoy en llamas con su presencia tan cerca de mí.

—Antes de disparar, ¿puedo saber qué tienes en mente?

—¿Tienes miedo de perder? —murmuro.

—¿Miedo? ¡No! Yo lo llamaría prudencia.

Disparar con precisión exige equilibrio, técnica y práctica. Y parece que ella está bastante familiarizada con eso. Sorprendente.

—Alguien como tú, vecina, se las arreglará sin problemas con lo que tengo en mente.

—Y no me lo vas a decir antes, ¿cierto?

—Correcto. —No resisto. Le muerdo la punta de la oreja y mi cuerpo se sacude—. ¿Disparaste? —pregunto.

—¡Justo al centro del blanco! —No sé si gime o vibra con el acierto. Gira el cuerpo de inmediato, el rostro iluminado con una sonrisa indescifrable que me da de lleno, provocando un ardor inesperado. Antes de que pueda procesarlo, me abraza saltando.

Si hay algo doloroso es sentir una erección siendo aplastada por alguien que prácticamente salta sobre ella. Dejo que Paula disfrute su euforia, balanceo su cuerpo suavemente intentando acomodarla para aliviarla situación de mi amigo ahí abajo, esperando que sea rápido. Porque, cielo (o infierno), es delicioso y doloroso a la vez sentirla.

Sus ojos se encuentran con los míos mientras su sonrisa tiembla. Su lengua se desliza por los labios. Ah, ¡qué irresistible es! Sugestivamente, inclino la cabeza lo suficiente para besarla, dándole la oportunidad de apartarse si quiere. La electricidad se intensifica. No aparta ni la mirada ni los labios, que están prácticamente pegados a los míos. Antes de que la burbuja estalle, hundo las manos en su pelo, extendiendo los dedos por su nuca… Listo. Reclamo el beso latente que necesitaba y que ansiaba desde el momento en que la vi.

El incendio está desatado, justo con el ardor que siempre ha existido entre nosotros. Su boca se abre como una invitación, recibiendo mi lengua al encontrarse con la suya. Siento sus manos aferrarse a mis hombros y sus uñas clavarse en mis músculos. No está empujándome, está suplicando para que mi cuerpo se funda con el suyo. Es fascinante, excitante. ¡Increíble!

Esta mujer fue hecha para mí. No tengo dudas, aunque temo que ella no desee lo mismo. Cada nervio de mi cuerpo está latiendo. Sus manos suaves bajan por mi espalda… Estoy perdido. Deja escapar un gemido delicioso. Es tan placentero sentir sus palmas recorrer todo mi cuerpo, descendiendo hasta mi cintura...

Pecho contra pecho, nuestros abdómenes también se juntan, comprimiendo mi erección entre nuestros cuerpos. Este lugar no es el más adecuado para lo que estamos a punto de hacer. El sonido de

niños al fondo me obliga a dar un paso atrás y a esbozar una sonrisa, con los labios aún hormigueando, mientras me disculpo.

—Tu turno, mecánico.

Su olor está impregnado en mis poros, metido en cada uno de mis sentidos. ¿Cómo voy a concentrarme y dejar de temblar para acertar justo en el blanco, como lo hizo ella? No es que me falten habilidades para lograr esa hazaña, pero se necesita total concentración. Y lo único que quiero ahora es olvidarme de la apuesta y volver a besarla.

Simplemente perturbador.

—Disfruta de un disparo de verdad al blanco, y no de la suerte de un tiro accidental —La provoco.

La forma en que se enroscó en mí cuando nos besábamos no me deja ver con claridad el objetivo. Todo está borroso. ¡Concéntrate! Me repito eso una y otra vez. Esta victoria es importante para los dos. Ella merece saber la verdad, y yo, por mi parte, necesito esta oportunidad para sacarme de encima el peso de estar engañándola.

—Tiro certero —digo, guiñándole un ojo mientras le devuelvo la escopeta.

—Estamos empatados. —Su expresión se vuelve seria y calculadora. Vuelve a posicionarse para disparar. Una oponente de verdad, deliciosa.

—Por ahora…

—Ya veremos.

La competencia está reñida. Nunca le habría dado ventaja si hubiera sabido que disparaba tan bien. De hecho, debo empezar a preocuparme por no bajar tanto la guardia. Nuestro pasado es prueba de ello, y el presente no está siendo diferente. Más temprano, en el puesto de pastas, yo parecía un tonto mirándola toda torpe mientras servía a todos.

Incluso cuando casi le tiró el plato a ese señor y la ayudé a equilibrarse, seguía fascinado con ella. ¡Diablilla! ¿Qué clase de poder es ese de mostrarme el infierno de una forma tan atractiva? Sé que voy a quemarme, y lo peor es que no me importa en

absoluto. Ahora mismo estoy haciendo todo lo posible por ganar, solo para pasar un buen momento a su lado. Creo que es hora de dejar las cosas claras.

—¿Puedo saber dónde aprendiste a disparar así?

Es tan bueno verla divertirse. Sus carcajadas y lo relajada que está han sido lo que más he disfrutado.

—Mi padre fue cofundador del Club Calibre de Tiro de San Pablo. Yo vivía allí. Prácticamente nací ahí dentro. Y si eso no es suficiente para convencerte, mi madre decía que fui concebida ahí mismo.

« Perfecto » , pienso. Mi plan acaba de irse a la mierda.

—¡Tramposa! ¿Por qué no me lo dijiste?

Ella aún tiene tres tiros, y yo solo uno. Voy ganando con una ventaja razonable. Sin embargo, si logra meter dos tiros en el centro, puede ganarme, incluso aunque yo haga otro con puntuación máxima. Claro que, oficialmente, ninguno de los dos ha ganado nada todavía. Si me guío por el ritmo que lleva, lo tiene fácil para dejarme en la ruina.

Su sonrisa demuestra que sabe perfectamente la ventaja que tiene. Pero como nunca me ha gustado perder, especialmente cuando la competencia es desleal, me concentro en la mira. Ella sabe usar las armas, y yo también. Entonces, respiro hondo y fijo la mirada; mi dedo casi hormiguea de la ansiedad por disparar, y lo aprieto en el momento justo y claro.

—¡Perfecto! —Soplo la punta de la escopeta como si estuviera echando humo.

¡Puntaje máximo! Ahora es el momento de usar otras armas si quiero ganar. No porque me preocupe el premio que pueda pedir, ni porque quiera sacar ventaja sobre una mujer, sino porque deseo llevarla a una pequeña escapada a la isla de un amigo. Al fin y al cabo, recordar es vivir...

—Vas a tener que concentrarte para hacer, como mínimo, veinticinco puntos. ¿Eso no te asusta? —Le devuelvo la escopeta y me acerco otra vez a ella.

Después del segundo disparo, había decidido alejarme un poco, ya que estábamos haciendo todo lo posible por distraernos mutuamente. Pero ahora ya no tengo por qué preocuparme por eso. Ella, en cambio, sí.

—No será difícil.

¡Mentirosa! La observo intensamente, y el brillo en sus ojos deja claro que no está tan tranquila como aparenta.

—¿Puedo saber cómo harás para acertar dos veces en el centro sin fallar? —Me hago el curioso—. Deberías agradecerme por los tres tiros extra. Si no te los hubiera dado, ya sería el campeón.

Paula se sonroja. Una gran noticia para mí.

—No lo pedí, pero ya que me los ofreciste... —Esa mujer astuta preferiría morirse antes que admitir algo.

—Aprovecha bien la ventaja. Yo estaré aquí, observando tu victoria o… —Ella chasquea la lengua en señal de censura, para que no termine la frase—. Derrota.

—Ya puedo ver tu cuenta vacía —se burla.

—Te aseguro que no más de lo que quiero verte durante todo un fin de semana entero a mi disposición.

—Yo… ¿Qué…?

Sonrío. No puedo con su cara de asombro.

—¿Te pusiste a tartamudear, vecina? Solo estoy pensando en lo bueno que será ganar.

Le hago una señal para que continúe con sus disparos. La provocación no pudo ser mejor, porque solo logra seis puntos.

Le faltan diecinueve puntos para superarme y todavía tengo algunos planes en mente.

—Tú y yo, juntos, en una playa casi desierta no puede ser una derrota tan terrible. Así que no te preocupes si fallas en el próximo intento.

La miro, pensando que nunca antes me había topado con una mujer que, para mí, fuera tan perfecta y provocativa como Paula. Esa mujer parece hecha para mí de muchas maneras, tanto correctas como equivocadas.

—Tú realmente no sabes cuánto cuesta una cartera nueva, o unos zapatos de marca, ¿verdad? Te va a salir cara esta broma. ¿O debería pensar que estás haciendo todo esto solo para distraerme?

—En la veinticinco de marzo[7] encontramos la marca que quieras. Estoy seguro de que mis ahorros alcanzan para comprar lo que quieras. —Me trago la risa.

Esa no se la esperaba la pequeña atrevida. Mi respuesta fue como echarle agua bendita al mismísimo diablo. Su rostro parece incendiarse, y sus ojos, si tuvieran poderes, me harían trizas.

—¡Ni embalsamada me llevas a ese lugar! —Rechaza la oferta con una gran sonrisa irónica.

Para ser sincero, ni siquiera recuerdo la última vez que estuve ahí. Sé que mamá lo adora y que era donde compraba nuestros regalos de fin de año cuando éramos niños.

—Tengo tus medidas memorizadas. Sé, por ejemplo, que calzas treinta y ocho.

—Treinta y siete —corrige ella, y el tiro se va fuera.

Nunca había sido tan fácil descubrir la talla de zapato de una mujer.

—Casi le atino, y tú fallaste.

—¿Sabes qué puedes hacer con esas porquerías piratas? —dijo, molesta, como si se sintiera ofendida y humillada.

—Oye, aún no ganaste. Te quedan dos tiros. No cantes victoria.

—¡Lo lograste! —Enfadada deja la escopeta sobre la tarima de madera—. W.O…

—¿Tienes tantas ganas de quedarte a solas conmigo? La verdadera pregunta es: ¿valgo más que una cartera y un par de zapatos de marca? ¿A quién debería agradecerle por eso?

—A tus amigos los vendedores ambulantes. No podía esperar menos de ti. Ni siquiera sé por qué acepté participar en esta farsa de club de tiro. El niño grandote ya tuvo su dosis de jueguito infantil. ¿Podemos irnos de una vez?

—¿Estás hablando en serio?

—Puedo estar en la ruina, sin un centavo partido por la mitad, pero jamás usaría algo falsificado. Y no es porque sea de segunda mano o algo así. Simplemente no…

Mi móvil vibra en el bolsillo, pero no puedo contestar ahora. Maldita sea, veo lágrimas en sus ojos. El aparato sigue vibrando, insistente. Ella me necesita… es lo único en lo que puedo pensar. Tengo que consolarla. Todo esto era solo una broma. Nunca imaginé que de verdad se sentiría ofendida.

La estrecho entre mis brazos y ella llora, dolida. Intento calmarla con ternura, acariciando su sien con el pulgar en un gesto de paz.

—Nosotros nunca funcionaríamos —me dice con sinceridad.

Mientras siga atada a todo lo que tuvo, al lujo en el que vivía y a ese cuento de hadas ilusorio, seguirá siendo la bruja malvada. ¿Es que no entiende que podría ser feliz con cosas simples? Cómo quisiera decirle que está equivocada, que puedo darle el mundo. Pero ¿de qué sirve un mundo donde yo solo sería un puente para que ella vuelva al lujo que cree necesitar?

—Todo está bien —Intento calmarla.

—No, no está nada bien. Seguro piensas que soy superficial, y no te culpo. Somos muy diferentes y tenemos otros valores. Eres un buen tipo, un mecánico, y mereces a alguien que comparta tus sueños e ideales. Pero no va a funcionar. Nos estamos involucrando, y al final saldremos heridos. Lo mejor es que no nos veamos más.

¿Cómo es que una bolsa y un par de zapatos nos trajeron hasta la ruptura de algo que ni siquiera había comenzado? Se me aprieta el pecho. No pienso, ni por un segundo, que ella sea superficial. El cambio en su vida fue drástico, y desmoronarse así es comprensible. Para mí, estar donde estoy es cómodo, porque vengo desde abajo. Subir siempre es bueno. Pero para ella, que nació entre lujos y lo perdió todo, no debe ser nada fácil. No seré yo quien le diga que tiene que abrir los ojos y entender que su situación actual no es indigna. Esa lección tiene que aprenderla sola. Esa pelea es interna y solitaria.

El móvil vuelve a vibrar y mi lado racional me dice que puede ser algo importante. Al fin y al cabo, ese es mi número personal, y fuera de Digão, solo mi familia y unas pocas personas lo tienen.

—Podemos hacer eso, pero solo después de que pagues lo que me debes. Tenemos un fin de semana por delante —No logro entender por qué estoy siendo tan insistente y egoísta al mismo tiempo.

El teléfono por fin gana mi atención. Me alejo de ella y lo saco del bolsillo. Hay seis mensajes de Moa y Theo.

Hoy nuestra madre es tú responsabilidad. Moa y yo vamos a salir. Asegúrate de llevarla a casa y cuidarla.

La tarea no pudo haber llegado en peor momento. Sin embargo, no puedo negarme. Ellos la cuidan todo el tiempo. Sería muy injusto de mi parte.

—Imagino que debes estar cansada. ¿Podemos hablar de nosotros más tarde?

—¿Nosotros? Eso no existe, mecánico. Te lo advertí, no te hagas ilusiones. Lo siento.

Sus palabras son como bofetadas que me obligan a despertar. Este es uno de esos momentos en los que uno de los dos tiene que clavar el cuchillo.

—Está bien. Si quieres engañarte diciendo que esto que sentimos no es nada —Me encojo de hombros—, perfecto. No hace falta que discutamos sobre eso. El tiempo te mostrará que un nudo también puede convertirse en lazo.

Cabeza caliente y deseo reprimido nunca han sido buenos consejeros, y mucho menos ayudan a elegir palabras que no hieran al otro. Una vez que algo se rompe, jamás vuelve a ser igual. Y nuestro pasado ya venía hecho pedazos.

—Voy a llevarte a ti y mi madre a casa.

Paula intenta hablar, pero le doy la espalda. Siento como si se abriera un hueco en el lugar donde deberían estar mis órganos vitales. No está en mi naturaleza darle la espalda a alguien cuando sé que necesita ayuda, pero esta mujer necesita entender que no

son los acontecimientos los que cambian a las personas, sino lo que hay dentro de ellas. Alejarme será lo mejor… Desde que la volví a ver, no he pensado en otra cosa que no seamos nosotros. Como ella misma dijo: no existe tal cosa.

Capítulo 17

Paula

Después de pasar el domingo, lunes, martes y el miércoles hecha un desastre, acurrucada en la cama, sintiendo un malestar profundo y una inseguridad por las nubes —lo que menos necesitaba para un jueves por la mañana— era toparme con una de esas señoras que te paran en la calle para hacerte mil preguntas, como a dónde voy, en qué trabajo y cuál es mi perfume. Y como si todo eso no fuera suficiente, todavía tuve que escucharla contarme —sin que yo preguntara— que iba a arreglarse la dentadura porque se le partió por la mitad mientras comía un dulce de cacahuete.

¿De verdad merezco esto?

En tiempos donde lo normal es intercambiar tips con las amigas sobre cuál es el mejor dentista estético para ponerse lentillas, hablar con una señora sobre dentaduras postizas es el colmo. Es tocar fondo, un retroceso sin señal de mejora.

Por lo menos tuve la suerte de que llegara el 5119-10 a tiempo. Debería llamar a la compañía de transporte público y felicitar al chofer por su puntualidad casi británica. Bueno, no tan británica, pero aceptable.

La alegría de cualquier ser humano se va a al mierda en cuanto pisa esta sucursal del infierno llamada autobús. Subirse a uno es como meterse en un nido de pulgas. Todo te pica, todo molesta. Solo hay una picazón peor que esta, la que sentí estos días con las ganas que me daban de llamar al mecánico para pedirle perdón.

La verdad es que lo extraño. No fue fácil darme cuenta de lo injusta que fui con él. Ni siquiera sé qué me pasó el sábado… Fui una estúpida. ¿Y si me dio un regalo dentro de sus posibilidades? Lo mínimo era recibirlo con educación. Aceptarlo… No tenía por qué usarlo, porque la buena educación no te obliga a eso. En el fondo,

creo que mi reacción fue consecuencia de todo el remolino de emociones que él estaba provocándome. O mejor dicho… que todavía me provoca. ¿Y el viaje?

Por Dios… te das cuenta de que estás agarrada de la mano con la pobreza cuando te descubres fantaseando con un viaje con el chico que, como mucho, podría llevarte a Playa Grande. Perdí la apuesta, pero no puede ser que también haya perdido el juicio.

El autobús llega a mi parada y frena tan de golpe que ese elogio que pensé dedicarle al chofer se transforma por completo cuando casi me doy de boca contra el suelo. Me dan ganas de sugerirles que manden a los conductores a una capacitación, porque están transportando personas, no ganado.

—¿Qué clase de bestialidad es esta, señor conductor? ¿No le enseñaron a respetar a los ancianos y a los niños dentro de esta lata con ruedas? —grito con suficiente fuerza para que él me escuche bien.

Hay personas que son más predecibles que hablar del clima en el ascensor. Piensan que, por ejercer cierto tipo de profesión, el mundo gira alrededor de ellas y que los demás pueden irse al demonio.

Por fin piso la acera, a unos metros del instituto. Frente a la entrada, hay un pequeño alboroto, con niños aplaudiendo y riéndose. A medida que me acerco, entiendo el motivo y no me sorprende. Está el mismo que encontré hace unos meses haciendo malabares en el semáforo.

Todos parecen animados con el espectáculo. Los curiosos se van acercando. Es increíble cómo los brasileños no pueden ver una ruidosa aglomeración de gente e inmediatamente quieren entrar ahí, solo para ver qué es.

En pocos minutos, todo se vuelve un caos. Veo a los curiosos metiéndose a empujones sin preocuparse por los niños. Eso me enerva.

Por Dios, ¿qué le está pasando a la gente?

Los coches tocan la bocina porque los peatones ya están invadiendo la calle. Desde mis diez centímetros de tacón, saco el

pecho.

—¡Uy, uy, uy! Odio arruinarles la diversión, pero el timbre de la guardería ya sonó y necesito que se hagan a un lado para que los niños puedan entrar.

Entre murmullos, la gente se dispersa poco a poco. Ayudo a los niños, uno por uno, hasta que todos están dentro del portón. Al final, esta es una de mis responsabilidades… y también de la vagabunda irresponsable que piensa que la vida es una fiesta. ¿Dónde estaba ella? Viendo el espectáculo como si nada, sin preocuparse por los pequeños.

—Francamente, ¿qué estabas esperando para meter a los niños? —la reprendo.

—Ay, princesita, ni te gastes, que aquí no eres nada. ¿Te has parado a pensar que ni siquiera sirves para dar mal ejemplo, y mucho menos para enseñar moral? Que tengas un bonito día, tú, que siempre despiertas con más acidez que un limón.

—¿Tienes espejo en tu casa? —le respondo.

—Prefiero no tener. Sería muy aburrido quedarme atrapada viéndome, preocupada por las modas y esas idioteces.

¿Has oído eso de que romper un espejo trae mala suerte? Pues si se rompe en la cabeza adecuada, da más mala suerte todavía.

¡Qué descarada! Y todavía se cree con razón… Respiro hondo. Uno, dos, tres… No vale la pena discutir con gente así. Así que contrólate, Paula. Dejarla hablando sola evitará que sus provocaciones cobren fuerza.

Me doy la vuelta sin mirar atrás. Aquí no hay lugar para tonterías. Ni siquiera necesitamos público para dejarle claro a la otra que jamás nos soportamos. Aléjate, bruja. Mi vida ya es bastante complicada como para cargar con las frustraciones ajenas. No es mi culpa si le da miedo mirarse al espejo. Si quiere resolver sus problemas con su imagen y los estándares de belleza, que busque un terapeuta… o un buen salón de belleza para que le hagan un milagro en esa melena suya.

Algunas niñas llegan tarde y las ayudo a entrar. Por fin respiro aliviada, con todo bajo control. Ahora es momento de encargarme del artista.

—Cuando quieras mostrar un poco de tu talento, puedes pasar por la oficina y agendar un horario…

—Disculpa, no fue mi intención armar tanto alboroto. —Su modesta disculpa me desarma.

—Lamentablemente, lo causaste. —Le guiño el ojo para suavizar el ambiente. No quiero ser grosera con él.

—Estaba tratando de animar un poco a Luana. —Ese es el nombre de la pequeña autista que perdió el movimiento de las piernas tras un accidente cuando era bebé—. Ayer se cumplieron cinco años desde que perdimos a nuestra madre.

Así que son hermanos… Pobrecitos. No deberían tener que pasar por ese dolor tan jóvenes. Si para mí, que perdí a mis padres siendo adulta, fue devastador, no me imagino lo que debe ser para niños tan pequeños.

—¿No eres demasiado pequeña como para recordar fechas? —le pregunto, intrigada.

—Sí, pero lamentablemente ayer mi padre bebió de más y terminó diciéndole cosas que no debía. —Baja la mirada hacia las bolitas gastadas que tiene en las manos antes de guardarlas en la bolsita cruzada sobre el pecho.

—Lo siento mucho.

—Yo también. —Se encoge de hombros. Es joven, pero parece cargar el mundo sobre los hombros.

—¿Cómo te va en el semáforo? ¿Ayudando a muchas clientas a cargar maletas?

—Vaya, estaba tratando de recordar de dónde te conocía. —Se da una palmada en la frente y me contengo para no sonreír—. ¡Es verdad! Eres la chica a la que ayudé, la que se cayó sentada… Ya no estoy en ese semáforo. El juzgado de menores me amenazó y tuve que irme de ahí. Ahora estoy aquí en Morumbi.

—Apuesto a que te amenazaron por no estar en la escuela —le advierto—. Sabes que tienes que estudiar, ¿no?

—La situación es mucho más complicada de lo que imagina, señorita. Ojalá el problema fuera solamente no estar en la escuela. —Su mirada se pierde en el vacío—. Las denuncias que hicieron sobre nosotros son otras, pero si hay algo que nadie va a lograr es separarme de Luana. Necesito trabajar para cuidarla. —El chico es firme y decidido, pero no me dice cuáles son esas denuncias ante el Consejo Tutelar.

Me dan ganas de abrazarlo y decirle que todo va a estar bien. No conozco la historia, pero tampoco necesito ser una experta o psicóloga para sentir la angustia en sus palabras.

—Esa responsabilidad debería ser de tu padre, ¿no?

—Él es un hombre enfermo. No acepta que perdió a mi madre.

—Ese es su problema. Tú eres muy joven para hacerte cargo de ti mismo y de otra niña. ¿Dónde está él?

—Tengo que irme. —Incómodo, cambia de tema—. El semáforo de las 7:30 es el más movido. Cuida a Luana por mí. —Se da la vuelta y se escapa. Parece tener miedo de decir algo. Me pregunto qué le preocupa tanto.

¡Dios! La historia de este niño me sacude, me hace reflexionar sobre mi propia vida. Mientras yo me la paso lamentándome por mis desgracias, hay personas que no tienen absolutamente nada y aún así siguen adelante.

Los dos días siguientes pasan como un parpadeo. Las niñas y niños a los que antes me refería por sus discapacidades —la que tiene autismo, la que tiene parálisis cerebral, y así sucesivamente… — ahora tienen nombres: Alice, Julia, Luana, Mariana, Pietro y Vinícius… ¡Son muchos!

He comenzado a conocer a cada uno y a encariñarme con ellos mucho más de lo que alguna vez pensé posible.

Aunque sé que es imposible lograr que todos se comporten de una manera específica y preestablecida, me siento satisfecha con los

resultados. Aportar algo a sus vidas está haciendo que yo me sienta más liviana.

Los días en la institución han sido bastante productivos. Además, las personas que antes me despreciaban por mi arrogancia empiezan a acercarse, salvo la que lame grafiti, claro. Creo que el aerosol le borró las neuronas.

Es el final de la tarde y, mientras le doy papilla a Heloise, una niña de seis años con parálisis cerebral, dejo que algunos pensamientos sobre Vitória entren en mi mente.

¿Cómo habrá sido la primera vez que ella comió papilla? ¿Se alimentó toda su vida solo por sonda, o alguien hizo exactamente lo que estoy haciendo yo ahora?

¡Dios mío! Estoy cuestionándome esto, cuando en realidad fui cruel al privarla de alimentarse de mi leche materna por puro egoísmo, dejándola sin algo vital para un bebé.

Mi garganta se cierra, mi pecho se aprieta y las lágrimas vienen con fuerza, junto con el dolor de darme cuenta de que fui un monstruo.

¿Por qué? ¿Por qué sentí odio por ella desde que comenzó a crecer dentro de mí?

¿Qué hizo ella para que yo fuera tan cruel? ¿Por qué no la vi como los padres que acompañan a sus hijos hasta aquí, con orgullo en los ojos por cada pequeño logro?

¿Qué fue lo que hice con mi hija? ¿Dónde estaba mi corazón? ¿Qué había en su lugar?

Mis ojos recorren el entorno. Estas niñas y niños son seres especiales.

No… Todo se vuelve borroso…

Al tomar conciencia de mis actos despreciables, siento como si alguien hubiera apretado un botón y arrancado un velo de mis ojos, y finalmente pudiera ver el tamaño del egoísmo y la podredumbre que vivieron dentro de mí.

Estoy débil. Me siento miserable. El plato se resbala de mis manos y el ruido llama la atención de todos, especialmente de la

malandra.

—Ey, ¡mira lo que estás haciendo! Si no puedes con esto, pide ayuda, señorita.

No tengo fuerzas para defenderme de la mequetrefe. Ahora todo encaja: las pesadillas del bebé llorando eran sobre mi hija -esa a la que rechacé, a la que no quise amar- pidiéndome ayuda. ¡Qué espanto!

¿Con qué cara puedo juzgar o indignarme al descubrir en la ficha de Luana que su padre era alcohólico y maltrataba a los hijos, si yo hice cosas mucho peores con ella, que era un pedazo de mí?

Con náuseas e incapaz de contenerme, me levanto y corro al baño, llorando desesperadamente. Me inclino sobre el inodoro y el líquido gástrico que expulso es incapaz de limpiar o expurgar las atrocidades de las que fui responsable.

—¿Tía? —La vocecita apenas logra captar mi atención en el tercer o cuarto intento.

A un lado de mi cuerpo, noto la punta del bastón metálico.

—Tía, ¡no llores! —Iara, la niña ciega con síndrome de Moebius, a quien más temprano le puse un lazo en el pelo, me aconseja—. ¡Tú puedes ver! No estás en la oscuridad que me tocó a mí. Para ti, hay luz y esperanza, precisamente porque puedes ver. —Habla con dificultad, pero entiendo cada palabra y el sentido de lo que dice.

Compulsivamente, las lágrimas corren por mi rostro. Ella ni siquiera sabe que soy más ciega que ella y que tengo discapacidades mucho peores.

Cómo duele saber que la soberbia y la vanidad me volvieron prisionera de la oscuridad, mientras la realidad gritaba… y yo no la escuchaba.

El camino a casa se vuelve difícil. A diferencia de otros días, vago por las calles sin rumbo ni destino. Consciente de lo que hice. A través de las palabras de esa niña, que no se me salen de la cabeza, me doy cuenta de que mi vida no ha sido nada. Nunca le aporté nada a nadie y desprecié a la única persona a la que realmente pude haberle dado algo. Por increíble que parezca, una niña que no puede

ver logró ver mucho más que todas las que tienen buena visión, al decirme, con total pureza y sencillez, que yo todavía podía ver.

Pero cualquiera veía más que yo. Mientras Marco amaba a Vitória, yo la rechacé.

La ilusión del orgullo y la perfección era lo que me movía. Lo que a él lo hizo seguir, fue aceptar lo imperfecto sin preocuparse por el mañana. Él la acogió, yo le di la espalda. Él la aceptó y la protegió cuando yo la culpé. Trató de darle lo mejor. ¿Y yo qué hice? Yo la condené.

¿Hubo alguna razón? No. Y tampoco existen excusas para lo que hice… ¡Qué egoísta fui!

Me seco las lágrimas. No tengo derecho a llorar, mucho menos a sentir compasión por mí misma.

Ni siquiera me doy cuenta cuando las calles empiezan a parecer extrañas, el camino desconocido. De repente, descubro que estoy, literalmente, perdida.

Perdida, porque todavía no sé cómo reparar lo que hice y mucho menos sé dónde estoy.

Desorientada, me pregunto cómo salir de aquí. En la avenida donde estoy no pasa nadie, y las únicas almas vivas están reunidas frente a un bar. De esos para borrachos…

No me atrevo a hacer una broma diciendo que esto debe ser un castigo por haberle puesto sal al pan de la Última Cena, porque el mayor pecado ya lo cometí en esta vida.

Recobro la compostura y el coraje, cruzo la calle y me detengo frente al bar.

—Señor, ¿sabe decirme qué línea de autobús tengo que tomar para ir al barrio de la Mooca?

—Uy, señorita… —El hombre apoya la palma en la pared—. Mejor pregúntele al Zé.

¿Y quién diablos es ese tal Zé? ¿De entre todos los hombres que hay dentro del bar, tenía que preguntarle justo al más borracho?

—Ey, rubia —Es impresionante cómo en cualquier lugar hay un metido que se las da de galán—, desde Santo Amaro no hay autobús

directo para la Mooca. La señorita va a tener que tomar el metro.

¿Y ahora qué hago, si nunca he tomado el metro? Las monedas que tengo no alcanzan para un taxi. Uber, imposible —ni siquiera tengo un número de teléfono para poder pedirlo—. Una cosa es segura: cuando tienes un billete de cincuenta, tienes cincuenta. Pero si ese valor está en monedas, no tienes nada. Y así fue: gasté cinco reales aquí, diez allá, y poco a poco el dinero desapareció… ¿Y ahora cómo voy a salir de aquí con apenas cinco reales?

Qué miseria.

—Señor, ¿sabe cuánto cuesta el metro?

—Cuatro y pico, no llega a cinco reales.

Gracias a Dios. Esa información me tranquiliza un poco, y termino haciéndole un gesto de agradecimiento al chico. Pero —¡maldita sea! —, ¿hacia dónde queda la estación del metro?

Me doy la vuelta y, para colmo, descubro que casi todos los vagos del bar están en la puerta, mirando mi trasero.

—¿Dónde queda exactamente la estación del metro?

—Por allá, al final de la calle. —Dedos y brazos apuntan hacia la izquierda. Menos mal que pregunté, porque iba hacia la derecha. Eso significa que tendré que pasar de nuevo por la puerta del bar, y la idea no me agrada.

¿Cómo es posible que, en pleno siglo XXI, los hombres todavía se comporten como cavernícolas?

—¡Gracias!

Como si los silbidos y las palabras irrespetuosas fueran a afectarme. La sensación no es la mejor, pero finjo que no existen. Camino por la vereda como si desfilara, con un dolor miserable en los pies, ignorando por completo la insignificancia de esos hombres.

El día parece interminable cuando por fin llego a mi portón.

—¿Te dignaste a aparecer? —le digo al Vira-lata, que, igual que su dueño, no había dado señales de vida ni se había hecho oír en estos últimos días.

El maullido tímido intenta conquistarme. Me atrevo a decir que Garfield se pondría verde de envidia si viera lo apuesto que está

Vira-lata con su moño de corbata.

—¡Vaya! Te dejaron bien arreglado. ¿Fuiste al pet shop hoy? —Él estira el cuello, todo engreído—. Fuiste un amigo muy ingrato. ¿Dónde anduviste, eh? ¿No te habían echado? —Me agacho para mirarlo a los ojos y el salta a mi regazo.

El perfume divino y pecaminoso, capaz de enloquecer a cualquier mujer, está ahí, impregnado en el gato. Me sorprendo a mí misma inhalando profundamente, y mi olfato le envía al cerebro la confirmación de que ese es, sin duda, el perfume de otro gato. Uno más varonil y bastante atractivo.

—No hace falta que me digas con quién anduviste. —Cierro el portón.

Reviso el buzón y solo encuentro volantes publicitarios. Papeles y más papeles. El planeta está agradecido…

—¡Estás creciendo rápido! Te estás poniendo pesado... Será mejor que empieces a comer menos, de lo contrario vas a convertirte en una bola de pelos.

Frente a la puerta de la cocina hay una caja grande.

—¿Qué tenemos aquí? Dudo mucho que la hayas traído tú. Alguien estuvo saltando mi muro, ¿cierto? —Es impresionante cómo parece entender todo lo que digo. Encima de la caja hay una nota.

—Qué feo ser cómplice de invasores, ¿eh?

Lo suelto, ansiosa, sintiendo las manos temblorosas. Cómo necesito un abrazo de ese desgraciado. Claro que esto tiene que ver con él. ¿Quién más dejaría algo aquí?

Abro el papel y ahí está, casi como una carta, no solo un mensaje breve.

Como no sabemos quién ganaría aquella apuesta, decidí cumplir mi parte del trato. Dentro de la caja está tu premio.

Cuando dijiste que yo no tenía idea de cuánto costaría todo esto, no te faltaron advertencias.

¿Cómo puede alguien caminar sobre un coche y cargar casi un barco? Estoy arruinado, pero feliz. Al final, nacemos sin traer nada y morimos sin llevar nada. Y verte sonreír es vivir feliz.

Presiono el papel contra el pecho. Misericordia… ¿Qué hizo ese loco ahora? Vuelvo a leer.

Piensa menos.

Malaquías, alias Mal.

O si prefieres…

Mecánico: apodo íntimo del fetiche indecente de la vecina más bonita de la ciudad. No, espera, ¿de la ciudad? ¡Del país! Mejor dicho, qué país ni qué nada… ¡del mundo!

P.D.: Antes de que lo olvide, en el collar del Vira-lata hay una pregunta que necesita respuesta.

—Por eso viniste hasta aquí, ¿no, palomo mensajero? —reprendo al gato.

¡Dios mío! ¿Qué hago con este hombre? Me asusta mucho más con su actitud tranquila de lobo, que siempre me sorprende, que cualquier perro que me haya ladrado alguna vez. Ningún hombre es tan grande como el que se agacha para conquistar a una mujer.

Lo que pasa es que no sé si debería… No sé si soy capaz de hacer que algo funcione entre nosotros.

Él es demasiado bueno para mí.

Capítulo 18

Mal

—Tardaste bastante en pedirme que resolviera este asunto. Pensé que habías desistido.

—Tú tampoco dijiste nada. Imaginé que ni siquiera habías conseguido información. Aunque, conociéndote, sé que jamás sueltas un buen hueso, ¿verdad, perro viejo? —digo, mientras miro por la ventana de la oficina—. Estoy seguro de que, a pesar del poco tiempo, ya tienes información valiosa.

—Fue poco tiempo, pero suficiente para saber que tu amiga no va a recuperar lo que perdió.

—¿En serio? —Aprieto los dientes—. ¿Sabes dónde está?

—El desgraciado está escondido en España. —Puedo oír la frustración en su voz. Digão seguramente esperaba que fuera más difícil dar con el infeliz.

—¿En España?

—Quiso estafar a la hija de un conde y no le salió bien. Te voy a enviar todo lo que descubrí de él. Los países por los que pasó, los nombres que usó y la cantidad de víctimas que lo denunciaron. Tu amiga puede denunciarlo también. Es una forma de que al menos sienta que se hizo justicia.

Su instinto para investigar es impresionante. Le agradezco que haya preferido trabajar conmigo en lugar de estar en alguna de esas agencias de inteligencia del gobierno.

—No creo que esa información le sirva de mucho a ella.

—Por favor. ¿Esperas que me crea que no vas a hacer nada?

Su pregunta da justo en el blanco, siento cómo me atraviesa por dentro.

—Con lo orgullosa que es, dudo que haya hecho una denuncia formal contra el tipo. Voy a ver con el equipo legal si existe la

posibilidad de hacer algo ahora, pero creo que para eso ella necesita pruebas, ¿no?

Me froto la frente, pensando en una forma de abordar este tema con Paula. Si mi plan funcionara, hoy, al final del día, sería un buen momento para hablarlo.

Hay una pausa en la llamada. Tengo la sensación de que él mismo ya se está encargando de esto por mí.

—Preocúpate solo por cómo se lo vas a decir. De lo legal, me ocupo yo.

No puedo ocultarle nada a Digão. Cuando me vio enterrado en el trabajo toda la semana, no tardó en preguntarme qué estaba pasando. No fue difícil contarle y, poco después, ya hasta le había soltado todo a mi madre sobre el hecho de que Paula me había rechazado una segunda vez.

La reacción de ella al enterarse no fue la que yo esperaba. Para ella, debería haber contado la verdad desde el principio, pero creía que hice bien al no exponer mi situación económica.

—Si esa *bambina* es la que quieres, conquístala siendo quién eres.

Ahí está el problema. No sé si la quiero de verdad o si intentar ganarla es solo parte de una venganza egoísta para alimentar mi ego.

No veo a Paula desde el sábado. Pero eso no significa que no haya pensado en ella todos estos días. Creí que meter la cabeza de lleno en los últimos detalles para la apertura de la oficina aquí en San Pablo sería suficiente para distraerme un poco, pero me equivoqué.

—¿Y si hacemos lo contrario? Tú la buscas y yo hablo con el juez —bromeo.

—Ah, mira, la razón es simple. Estás desesperado por encontrar una excusa para verla, mientras yo creo que estás loco por querer hacerlo.

—Es una buena persona. Solo está un poco deslumbrada por la forma en que vivió hasta ahora.

—Si quieres engañarte…

—No confundas engañarse con dar una segunda oportunidad. La ansiedad de la gente por juzgar a los demás sin conocerlos realmente, es lo que los vuelve rencorosos. ¿No eras tú el que siempre decía que mi padre era un hombre amargado pero con buen corazón? Pues ahora soy yo quien te lo dice, ella también lo tiene.

—Las noches bohemias en el Pelourinho, rodeado de filósofos de bar, te hicieron bien. Casi que hasta yo me enamoré de ella después de oírte hablar así.

—Cuidado con lo que dices —Intento usar un tono serio—. ¿Nunca escuchaste que un hombre enamorado es capaz de matar hasta a los suyos por celos?

Digão suelta una carcajada.

—¿Y tú crees que diría algo así estando a tu lado? Soy lo bastante inteligente para saber que hay más de cuatro horas de vuelo entre nosotros.

—Veo que tu prudencia sigue intacta. Ahora, si me disculpas, tengo una respuesta que esperar y una apuesta que cobrar.

—La Operación Remake ya está toda planeada. Cuando quieras dar inicio, dime la fecha y el lugar será tuyo. Sabes que esa locura tuya no te va a salir barata.

Hace poco más de dos años conocí las siete playas desiertas de Ubatuba y quedé encantado con ese paraíso. Pasé por ahí en barco con un corrector de propiedades que me mostraba opciones para un futuro proyecto. Me dijo que también era posible llegar por un camino desde la Playa da Lagoinha. Un lugar muy atractivo, de hecho, para construir un hotel, pero entre soñar y conseguir un permiso para edificar en un área protegida había una pelea que yo no estaba dispuesto a enfrentar. Sin embargo, cuando pensé en un lugar para llevarla y contarle cómo nos conocimos, esa playa me pareció perfecta.

Claro que llevarla a Salvador sería más cómodo y sencillo, pero ¿quién está pensando en facilitar las cosas aquí?

—No necesito ahorrar. Soy un hombre rico, ¿recuerdas? —Me despido, entusiasmado con lo que está por venir.

Esa brujita es como un equipaje del que no he podido deshacerme todos estos años. Sea cual sea el hechizo que lanzó sobre mí, ha estado a mi lado año tras año, impidiendo que me interese en prolongar cualquier otra relación o que me sienta atraído por otra mujer. Cuando creí que ya estaba libre de su magia negra, reaparece en mi vida. Más hermosa, más deseable y vulnerable, lanzando sobre mí un nuevo hechizo, capaz de despertar el deseo de tenerla en mis brazos y protegerla de sí misma o de quien sea.

Capítulo 19

Paula

Cuando mis nuevos tacones Jimmy Choo tocan el suelo desnivelado del garaje, me obligan a prestar atención para no perder el equilibrio. Al levantar la vista, me encuentro con el hombre al que llamo de mil maneras. El corazón se me acelera, el pecho se me aprieta y un leve latido pulsa entre mis muslos. Es imposible mirarlo sin recordar lo alto que me hizo llegar y cómo me abrazó en tan poco tiempo. Lo extraño es que, a pesar de saber lo mal que está… al mismo tiempo se siente tan bien...

Provocador y con buen gusto, este mecánico sabe cómo vestirse. Los jeans ajustados y la camisa polo negra del otro día no se comparan con su look de macho alfa de hoy. Lleva un pantalón caqui y una camisa blanca de manga larga, arremangada hasta la mitad del antebrazo. Muy atractivo.

—Sabía que te quedarían perfectos.

—Gracias, pero no hacía falta que cometieras la locura de comprarlos. —Sonrío, amable.

—Una apuesta es una apuesta. Fue tu propuesta y, como puedes ver, yo cumplo lo que prometo.

—Me dejaste sin palabras.

—Entonces no digas nada, porque si llegas a decir que aceptaste salir conmigo por los zapatos, me voy a decepcionar.

—¡Son tan bonitos! Sería un desperdicio dejarlos guardados en la caja.

Y también sería un desperdicio quedarme en casa una noche tan agradable como esta. Bien jugado, mecánico. Pasé varias horas pensando si debía aceptar o no la invitación. La verdad, no tenía ganas de salir y estuve a punto de dejar al gato encerrado mientras le colocaba su corbatín con mi respuesta. Además, lo admito, sentí

algo de arrepentimiento cuando él regresó con la respuesta, diciendo que Mal estaría esperándome en la puerta de casa a las ocho en punto del sábado.

—Eres muy creativo. ¿A quién en su sano juicio se le ocurre ponerle un moño de corbata a un gato, con un lado que dice "sí" y el otro "no"?

Él sonríe.

—El que no tiene perro, caza con gato. No tenía tu número para mandarte un mensaje o llamarte.

—Es porque no tengo número. —Soy sincera.

Extiende la mano hacia mí y el contacto eléctrico me transporta directo a la noche en que me derretí entre sus brazos. Hay algo distinto en su mirada. Mal lleva mi mano a su boca y deja un beso sobre ella. Sus labios calientes hacen que los míos hormigueen. Su gentileza convierte al mecánico en un gentleman erótico.

No sé si prefiero este estilo o el otro, el que llega y me besa directamente. ¿O será que esto es una prueba?

Si lo es, estoy ansiosa por saber si la voy a pasar con honores.

—Estás entrenando bien al gatito. Resultó ser un buen palomo mensajero.

—Qué bueno saberlo, tengo que empezar a enseñarle nuevos trucos. Tengo que convertir sus travesuras en algo positivo. De lo contrario, mamá no lo va a perdonar otra vez.

Su voz y sus movimientos son distintos. Su olor me resulta dolorosamente familiar. Me ayuda a cerrar el portón y me indica la puerta del coche. Su atención y delicadeza me dejan sin habla.

—Primero necesitas decidir si va a seguir viviendo contigo o no. ¿O crees que no noté que me pediste que lo cuidara y luego te lo llevaste de vuelta?

—¡Yo no hice nada! —Encantador e irresistible, levanta las manos —. Ese gato no sabe lo que quiere. De hecho, tenemos un problema de felinos en el barrio. Hay demasiados gatos y gatas derritiéndole el corazón a todo el mundo. —Sus ojos se clavan en los míos.

Una vez más, su mirada me recorre de arriba abajo. No sé cómo logra hacer que un adjetivo tan cursi como « gata » suene como un halago.

Me pellizco para comprobar que no estoy soñando porque el Volkswagen Escarabajo azul no es precisamente el tipo de vehículo que me imaginaría para una ocasión así… Me avisó que esta vez no iríamos caminando « gran avance » ni en esa máquina ruidosa de dos ruedas, pero en su garaje tenía un coche más nuevo que ese cacharro que solía estar siempre parado ahí.

Debe haber notado mi decepción, porque enseguida intenta justificarse.

—El pronóstico del tiempo para hoy es de lluvia. —Se encoge de hombros, disculpándose por no haber venido en moto—. Moa se va a su turno en un rato y el coche de Theo era el más fácil de sacar. Espero que la princesa no se preocupe demasiado por el carruaje que la llevará a la cita.

La sencillez con la que dice las cosas me hace sentir culpable e injusta. ¡Una perra desagradecida, eso soy! No debería sentirme así solo por ser como soy. ¿Qué puedo hacer si jamás he montado en coche viejo?

—¿Tenemos una cita? —bromeo, tratando de mantener el buen humor.

—Si te hice una invitación y la aceptaste, creo que ese es el nombre que le damos. Sí, tendremos una cita.

—¿Y no podemos simplemente considerarlo un paseo entre amigos?

Vuelve a sonreír, pero esta vez no es una sonrisa espontánea; parece más bien vacía…

—¿Te dejaría más tranquila? Entonces considera que es un paseo entre amigos que van al teatro a ver una buena comedia.

—¿Al teatro?

Qué horror, ¿por qué estoy repitiendo casi todo lo que él dice? ¿Será algún tipo de síndrome del loro por estar desprevenida? Si es así, prefiero callarme toda la noche.

—¿Cuál es el motivo de la sorpresa? Vi que la obra « Engañar y meter la pata es solo el comienzo » está en cartelera en el teatro Bibi Ferreira, celebrando treinta años de éxito ininterrumpido. Hace tiempo que tengo curiosidad por verla. —El mecánico parece tan entusiasmado hablando de la obra que no tengo el valor de decirle que ya la vi… hace como quince años—. No lo puedo creer. ¿Por qué no lo pensé antes? Tú ya la viste, ¿verdad?

Noto que el mecánico tiene cierta dificultad para abrir la puerta, que parece algo pesada. Qué gracioso… Entonces no soy la única que no está acostumbrada.

—Creo que será interesante verla de nuevo con el elenco actual. Cuando la vi, Denise Fraga todavía interpretaba a la empleada Olímpia, papel que ahora hace Anastácia Custódio, si no me equivoco…

Me siento orgullosa de ser tan agradable, incluso más de lo que imaginaba. ¡Bien por mí! Con él siempre tengo miedo de decir algo inapropiado.

—Podemos cambiar los planes —dice, con dulzura y muy cerca, arrancándome un suspiro. Esta promete ser una noche larga, cargada de tensión, sobre todo sexual.

—¿Y perder las entradas? —pregunto, exaltada al sentir la punta de sus dedos sobre mi piel, apenas por encima de la cadera—. ¡Ni loca! Sé muy bien cuánto cuestan las entradas al teatro.

Teniendo en cuenta que la única abertura del vestido va desde la cintura hasta un poco por encima de la cadera, él acierta justo donde debe tocarme para ayudarme a entrar en el coche. Si se atreviera a deslizar la mano un poco más abajo, notaría que no llevo nada más, ni una sola prenda de tela. No fue planeado, lo juro. Me quité la tanga justo antes de que él llegara, cuando vi en el reflejo del aparador que se marcaba debajo del vestido.

¿Existe algo más vulgar que un sostén a la vista o una tanga marcándose bajo la ropa?

—¿Cómo supiste que ya las compré?

—Porque te pareces mucho a mí. Cuando se me mete algo en la cabeza, hago lo que sea para que funcione. Admítelo, ¿te arriesgarías a llegar al teatro y descubrir que las entradas están agotadas?

—¡No!

—¿Ves? Yo tampoco.

Aunque estamos relajados y animados, ninguno de los dos parece sentirse cómodo dentro del coche. Los asientos son incómodos y el motor hace más ruido que el chillido de una radio vieja en la que casi ninguna emisora sintoniza. Mal parece incómodo y arrepentido; y yo estoy inquieta, sin poder acomodarme bien. En la esquina izquierda del asiento hay un pequeño fierro que me roza la pierna y me molesta.

—Creo que ya es hora de cambiar el coche de Theo.

—O por lo menos, los amortiguadores. Las mujeres con pechos grandes deben sufrir aquí. Se sacude un montón, ¿no?

—Debe ser por eso que mamá prefiere caminar por el barrio. —Entiendo perfectamente a lo que se refiere. Lo que le falta en estatura, lo compensa con el busto—. Theo es el hijo que siempre está disponible para ayudarla.

—¿No trabaja?

— « Desocupado » es su profesión favorita, pero esa comodidad se le va a acabar pronto. Estoy de regreso y pienso ponerle un freno.

—¿De regreso por qué? ¿Estuviste fuera?

—Trabajé mucho tiempo fuera de San Pablo.

—¿En Salvador?

Cada vez que toma una curva, tiene que girar el volante con fuerza, y eso resalta las venas de sus antebrazos. Al final, no está tan mal ir dentro de un coche tan pequeño si eso significa poder ver esa fuerza masculina de cerca. Esta generación con dirección hidráulica se pierde de espectáculos como este. Esas piernas están talladas a mano, marcadas por el pantalón, y mi autocontrol sabe cuánta fuerza de voluntad estoy ejerciendo para no poner la mano

sobre ellas, deslizándola hasta el paquete tan generosamente marcado más arriba.

—Eres tremenda. —La respuesta del mecánico es ambigua. Me mantengo alerta para ver qué viene después. ¿Será que se dio cuenta de que lo estaba mirando?—. Captas todo al vuelo y dedujiste que era Salvador por lo que escuchaste en la fiesta de San Gennaro.

—No era ningún secreto, salvo para la pareja de la Cebada, claro. Así que no hacía falta ser muy inteligente para vincular una cosa con otra.

—¿Pareja de cebada? —Mal suelta una carcajada—. También noté algo. No parecías muy entusiasmada con ellos. ¿De dónde los conoces? —Parece interesado.

—¿Se nota tanto? —Llevo una mano al pecho, con ironía—. Para ser sincera, no los conozco tan bien. A él lo he visto por ahí una o dos veces. A ella, tuve el infortunio de encontrarla varias veces en casa de mi exmarido. En una ocasión incluso fue en el cumpleaños de mi hija…

El recuerdo me baja por la garganta como trago amargo. Estaba tan resentida y herida en mi orgullo por no haber sido invitada a esa fiesta que no medí esfuerzos para ir y ofender a Vitória.

Dios mío… Dije tantas barbaridades sobre ella. ¿Cómo pude hacer eso?

Vuelvo a preguntarme: ¿qué clase de monstruo tenía dentro?

El remordimiento hace que me ardan los ojos y las lágrimas empiecen a acumularse. Giro el rostro hacia la ventana, necesito aire.

¡Maldita sea, ¿cómo se abre esto?!

Solo hay una manivela en la puerta, pero la giro, giro… y no pasa nada. El vidrio no se mueve. Cambio la dirección y la maldita se suelta en mi mano.

Romper el coche del hermano de Mal es justo lo que me faltaba.

¡Me lo merezco!

El universo está ensañándose conmigo…

Siempre supe que cuando uno confiesa sus pecados, paga una penitencia rezando no sé cuántos Padre Nuestro y Ave María. Pero en mi caso, la penitencia está llegando en forma de castigo. Y seamos sinceros, mi querido Dios, ¡qué cantidad de castigos!

¡Qué mala suerte la mía!

Intento volver a colocar la manivela, desesperada, hasta que siento que una mano fuerte sostiene la mía.

—No te preocupes, luego lo arreglo. —Su mano descansa sobre mi pierna—. Todo va a estar bien…

Ojalá pudiera confiar en él… Aunque la firmeza y convicción en su voz me reconfortan, Mal debe estar pensando en este preciso momento que soy un desastre con patas.

Por algunos minutos respeta mi silencio. No dice nada, aunque su respiración lo delata todo. De reojo, lo siento observarme cada tanto. A veces las personas no necesitan decir nada, con solo estar a tu lado, basta.

—Llegamos. ¿Lista para darle paso a las lágrimas felices?

Sus palabras son como profecías. Todavía estamos aplaudiendo, sonriendo, cuando me doy cuenta de lo placentero que fue ver la obra con él. No recuerdo haberme reído tanto la primera vez. Creo que su compañía influyó, y mucho.

Reí cuando la escena era divertida. Reí cuando tomó mi mano y me robó las palomitas.

Reí de sus risas.

La obra gira en torno a meras hipótesis de adulterios, generadas por malentendidos y enredos provocados por una empleada que se aprovecha de la desconfianza general entre los personajes para chantajear a sus jefes y amigos. La historia cuenta con tres parejas, un cura y un vendedor de joyas que termina, sin querer, siendo el centro de una serie de sospechas de infidelidad. Es una comedia de enredos con todas las locuras propias del género. El eje es la empleada Olímpia, que complica y resuelve los conflictos frente a una serie de personajes al borde del colapso.

Sin embargo, tengo que admitir que el verdadero espectáculo fue ver, bajo la tela de su camisa, cómo los músculos del mecánico se movían con la fuerza de sus aplausos, resaltando su físico firme, definido y demasiado bien formado.

—¿Alguna vez probaste pizza frita? Bora bora?

El juego de palabras con el nombre del bar y restaurante que sirve la mejor pizza frita de San Pablo me hace reír.

—Vamos a quedar como una bola de grasa. ¿Solo piensas en alimentos ricos en calorías?

—Conozco un excelente ejercicio que podemos hacer después de la pizza para quemar todas las calorías. ¿Bora, bora? —me guiña un ojo.

Después de tanta ternura, ¿esa era su forma de cerrar la noche, volviendo a ser el mecánico de las frases pésimas? Esta versión suya puede ser lasciva, provocadora y hasta un poco fetichista, pero eso no significa que merezca una respuesta.

Esboza una sonrisa pícara. La curva de sus labios se alza, en contradicción con sus ojos, que recorren rápidamente mi cuerpo, casi provocándome un colapso interno.

¿Qué mujer en el mundo no desea a un hombre así, tierno cuando debe serlo, indecente y obsceno cuando menos se lo espera?

Cuando actúa así, olvido quién soy.

Cuando me devora con la mirada en silencio, me rindo. Ahora, aquí, en la puerta del teatro, con gente entrando y saliendo, el mecánico insinúa entre líneas que hay algo pendiente entre nosotros, y, una vez más, estoy a punto de decirle que me lleve a su casa ahora mismo y me haga su plato principal.

—Las actividades físicas extremas después de cenar pueden causar una congestión —bromeo, sintiendo que la voz casi me falla por la gran ola de calor que se acumula en mi vientre.

—Solo con ciertos alimentos. —El mecánico aprieta con ternura la punta de mi nariz—. Los carbohidratos suelen ayudar, y tú, señorita, no deberías preocuparte por eso. Estás en excelente forma.

¡Eso fue tierno!

¿Existe un halago que derrita más a una mujer que ese? No lo creo. Perdón si suena arrogante, júzguenme, pero privarse del azúcar y mantener una dieta equilibrada no es nada fácil.

Un paso fuera de lugar es exactamente la recompensa que sus labios merecen cuando tropiezo y los veo tan cerca de los míos. Nuestros ojos se encuentran y arden. No puedo resistirme a la necesidad ciega de besarlo.

Tardó demasiado en suceder…

La llama lenta que estaba encendida se intensifica y nos consume desde dentro. Sus labios carnosos no se dejan avasallar, ellos dominan. Su lengua, firme y segura, juega con la mía en una cadencia que arde. Inclina mi cabeza y sujeta mi rostro. Su carnalidad me arrastra hacia el desenfreno, y cuando me doy cuenta, estoy ronroneando en su boca.

Wow. Este hombre me hace olvidar el mundo, los problemas y hasta quién soy.

Parece un beso vulgar para quien nos observa, pero está lleno de promesas y de sentidos que despiertan en nuestros cuerpos al contacto de las bocas y al compás compartido de la respiración. Siento cómo cada gramo de pasión y deseo contenido se acumula en todo mi cuerpo, que pide a gritos que me toque.

Capítulo 20

Paula

Ni siquiera le presté atención a la pizza frita, no podía pensar en nada más que en sus manos y su boca pegadas a mí.

¡Por Dios! Besarlo en la puerta del teatro fue como dar la largada a un piloto de carrera de automovilismo.

—¿Puedo saber adónde vamos?

—Quiero que conozcas un lugar. ¿No dije que la próxima vez que estuviéramos juntos sería lejos de todo y de todos? —dice mientras baja del coche, justo cuando yo acomodo la falda del vestido, que sus manos lograron subir de forma indecente hasta la altura de mis caderas.

Ese no había sido el trato, pero solo de pensar que no tendremos interrupciones causadas por los gritos de mi madre o los maullidos de Vira-lata, siento alivio.

En la pizzería, lo provoqué a propósito un par de veces, y hasta el pobre camarero terminó involucrado.

El hombre se quedó sin palabras, sin entender nada, cuando vino a nuestra mesa para cerrar la cuenta y vio que casi no habíamos tocado la pizza. Confundido, trató de disculparse por si había habido algún problema, quiso ofrecer un descuento o algo que explicara lo que pasaba. Al fin y al cabo, la expresión hambrienta del mecánico no daba la impresión de que estaba satisfecho.

Con cara de póker, observé todo en silencio y con admiración. Le costó bastante al mecánico convencer al hombre, con toda la paciencia y educación del mundo, de que todo estaba excelente, pero que teníamos que irnos. Al final, aceptó que el camarero envolviera la pizza para llevar. Yo le sonreía con inocencia, aunque por dentro tenía las intenciones más sucias. Su mirada silenciosa me

decía que más tarde le pagaría con intereses. Ahora estoy aquí, sintiendo todos los cosquilleos posibles por dentro, ansiosa.

Los hombres decentes no deberían ser tan peligrosamente atractivos.

Aunque, pensándolo bien, ¿quién dijo que lo quiero decente?

Dentro del garaje de un edificio lujoso, el escandaloso VW Escarabajo azul destaca entre los coches de lujo. Wow. Debe tener buenos amigos.

Abre la puerta ruidosa.

—Bienvenida. —El descarado se inclina sobre mí para soltar el cinturón de seguridad.

Lo miro con deseo y no resisto una provocación más. Atrevida es mi segundo nombre, dejando el obsceno para el final, igual que mi mano, que se apoya en ese trasero prominente.

—Si sigues acosándome así, no llegaremos a donde quiero llevarte.

Mis ojos brillan con la idea. Ser poseída sobre el capó de un auto como este podría llevarme a niveles muy bajos —los de una verdadera cualquiera—, pero no estaría nada mal.

Hay un dicho que dice algo así como: toda mujer debe ser una dama en sociedad y una descarada en la cama. Entonces, ¿qué tiene de malo ser poseída aquí mismo?

—No puedes privarme de tocarte cuando te ofreces así, en bandeja.

Atrevida, paso las uñas lentamente, dejándole claro que, en cualquier momento, podrían volverse garras sobre la piel de este calvo delicioso.

Él suelta un gemido bajo, dándome aliento.

—Y no voy a privarte. Soy todo tuyo, pero cuidado… Nunca doy nada sin esperar algo mucho más intenso a cambio.

—¿Eso es una promesa o una amenaza?

—¿Pueden ser ambas al mismo tiempo?

Siento mi cuerpo salir volando como una pluma fuera del coche. Sus manos me sujetan por las nalgas, con firmeza, una de cada

lado...

Atrapada, prisionera entre la muralla firme de su pecho y la carrocería del coche, lo encaro con un aire desafiante.

Toda una María Taller, loca por que le hagan una puesta a punto.

Dios… la sensación es deliciosa cuando tira de mi cuerpo hacia el suyo. Desesperadamente, busco alivio en el latido de mi sexo. No necesito mucho para lograrlo, solo un pequeño roce de sus piernas ya me bastaría.

Lo busco, pero él no cede. Me ofrezco y él solo me provoca.

—Si no quieres ser el tema de la próxima reunión de la comunidad, compórtate, señorita Mesquita. Este edificio es bastante conservador.

¿Señorita Mesquita? ¿De dónde salió eso ahora? No recuerdo la última vez que alguien me llamó así… Mierda, y es que me gusta cómo suena mi apellido en su boca. Simplemente irresistible.

Me pongo de puntillas buscando cámaras y él aprovecha para morderme el hombro, obligándome a volver a enfocarme en él. Un escalofrío recorre mi columna hasta la nuca. La mordida hace vibrar mi carne.

Lo miro sin pudor, desafiando los latidos acelerados en mi pecho.

—El que tiene las manos sobre mi cuerpo eres tú, mecánico —susurro, como si le confiara un secreto.

—¿Por qué tuve la impresión, de camino hacia aquí, de que lo que salía de tus labios era "Mal" y no "mecánico"? ¿Será que necesito refrescarte la memoria?

De hecho, fue su nombre el que se me escapó. No una vez, ni dos, tal vez tres. Sobre todo cuando sus dedos me tentaban, acercándose a la entrepierna y retrocediendo. Ya sabe que no llevo nada debajo del vestido y aun así prefirió limitarse a provocar mi libido de la forma más cruel posible. Por lo tanto, no le voy a dar el gusto de admitirlo.

—Debe ser porque "mal" es un adverbio muy común. Lo usamos mucho en nuestra lengua.

Le agrego una pequeña lamida en el cuello, para que entienda de una vez por todas que yo también sé cómo seducir.

—No estabas usando "mal" como adverbio, sino susurrando, suplicando como si fuera un nombre, mientras mi mano se deslizaba por tus piernas. Así que siéntete libre de usar la lengua como quieras.

—¿Aquí? ¿Y las cámaras? —Lo desafío.

—Cierto. —Se aparta, y mi cuerpo inmediatamente siente la ausencia—. Eres muy buena recordándome todo el tiempo que debo ser prudente. Ven y deja de ofrecerme algo que, si empiezo, no voy a parar hasta tenerlo por completo.

¿Recordártelo? Lo que tengo ganas es de gritar: ¡vuelve aquí y termina lo que empezaste!

—Poniéndolo así, vamos a ver de una vez tu versión completa.

Tirando de mis manos, me guía por el garaje.

Los ascensores siempre han sido mis lugares favoritos para un buen arrimón, y solo Dios sabe qué más ha pasado dentro de ellos. Sin embargo, en este momento prefiero comportarme. Un sermón sexual ahora mismo sería como un balde de agua fría sobre las llamas que tengo dentro.

Créeme, querido. Soy toda una dama.

Cuento hasta diez de atrás hacia adelante, impaciente. Qué falta hace un móvil funcionando. En momentos como este, es bastante útil. Puede que no haya nada interesante para ver, pero solo el hecho de deslizar el dedo por la pantalla de arriba hacia abajo ya mantiene la mente ocupada.

De ahí viene la expresión: "mente desocupada, taller del diablo"…

Observé el vestíbulo de acceso para los residentes, lujoso y discreto, y me pareció extraño que no necesitáramos hablar con nadie del edificio ni con el conserje. Todo un misterio.

La verdad, miles de ideas locas me rondaban por la cabeza. Habría sido más inteligente de su parte ocupar mi boca o distraer mis pensamientos antes de que yo soltara la pregunta que vino después.

—¿Este apartamento es algún tipo de lugar para solteros?

—Diría que sí.

—¿De esos en los que varios amigos se juntan, comparten el alquiler y lo usan como motel?

—¿Eso existe?

—No es que haya conocido a alguien que lo haga, pero escuché que algunos tipos con ínfulas de ricos quieren impresionar a las mujeres diciendo que tienen lo suyo, así que alquilan apartamentos en edificios de lujo como este. Como no pueden costearlo solos, se lo reparten entre varios.

—¿Crees que te traje aquí para impresionarte? La cura que las personas necesitan no siempre está en el remedio que otros toman, querida. —El tono grave de su voz deja clara la ironía.

Y al final, es él quien parece ofendido, no yo.

¡Ay, por Dios! ¿Cómo fue que, por una simple curiosidad, llevé la conversación a un tema tan absurdo? Qué idiota soy. No era eso lo que quería saber. Además, abrí las piernas para ti en una casa cualquiera, casi te rogué que me tocaras dentro de un Escarabajo, y sé muy bien que tu billetera no está precisamente llena. Aunque no te culpo por pensar que podría haber creído eso… ya te lo dije varias veces, no me gusta la pobreza. Qué horror. Seguro ahora piensa que soy una puta barata.

—Claro que no. He vivido y frecuentado edificios mucho mejores que este. Así que considérame inmune a todo eso.

—Una cosa más que necesitas saber sobre mí… —Su mano firme sostiene mi mentón—. Cuando alguien me interesa, como tú me interesas, no negocio nada; simplemente lo tomo. Estoy seguro de que ya has estado en lugares mucho más lujosos. Pero ahora estás aquí, conmigo, y ninguno de los dos necesita impresionar al otro. —Escucho con atención cada palabra—. No serán las paredes de concreto, la madera o los acabados finos los que nos den felicidad o placer. Este lugar es solo eso, un lugar. Lo que suceda aquí se trata únicamente de ti y de mí. —Con dulzura, el mecánico acerca mi rostro al suyo y me besa suavemente.

Visto desde su perspectiva, lo que siempre quise parece tan insignificante. Ningún millonario, ni siquiera alguien con un título como el de juez, como mi exmarido, me hizo sentir deseada y especial como él lo hace.

Mal tiene una forma diferente de ver la vida y, sin siquiera conocer mi historia, me muestra que debo seguir adelante sin mirar atrás. Tiene razón: nadie se ahoga por caer al mar, sino por quedarse ahí sin intentar nadar.

Las puertas del elevador se abren, y agradezco a Dios por esta nueva interrupción que me saca de mis pensamientos. ¿En qué momento me volví tan romántica y filosófica?

¡Pura influencia!

La luz del pasillo se enciende y muestra que solo hay una puerta en ese piso. La curiosidad y la ansiedad pelean por dominarme.

—Bienvenida a mi nuevo hogar —dice el seductor y hospitalario hombre, extendiendo el brazo para darme paso.

¡Puta madre, qué decoración tan increíble! Pero antes de que logre fijarme en los detalles, algo que él dijo me llama la atención.

—¿Nuevo hogar? —Vuelve la maldita manía de repetir como un loro.

—Me mudaré esta semana —responde, cerrando la puerta tras de sí—. Me entregaron las llaves esta tarde. Eres mi primera invitada de honor.

¡Carajo, cuántas revelaciones!

—¿Estás listo para mudarte?

—¿No lo parece? —Abre los brazos, señalando todo a su alrededor—. Aquí tengo todo lo que necesito.

—Sí, claro, el apartamento es excelente, pero me refiero a ti. ¿Estás listo para mudarte? Pareces muy apegado a tu familia.

—Tal vez lo olvidaste, pero ya te dije que no vivo con ellos desde hace años.

—Parece como si vivieras allí.

—Es una historia larga. Considera que solo fueron unos días de vacaciones.

—¿Este es el momento en el que me dices que no eres mecánico, sino un gran ingeniero mecánico y exitoso?

—No y no…

—¿No me lo vas a contar o no lo eres?

—Ven aquí —El muy descarado me agarra suavemente para que me siente a su lado en el sofá—. Nunca te dije que fuera mecánico. Tú lo asumiste y empezaste a llamarme así. Al principio me pareció divertido, porque tienes la costumbre de buscar demasiado y encontrar poco.

—¿Crees que mentirme es decente? Soy una idiota —Me levanto —. Hace un rato pensaba en lo noble que era tu sencillez, en cómo me hiciste ver las cosas con placer, de una manera que ningún otro hombre logró. Y ahora resulta que todo era mentira.

—¿Y qué cambia saber a qué me dedico o qué hago?

—¡Cambia todo! Si ahora me dejo seducir por ti, vas a pensar que solo me interesa tu dinero.

—Ya estabas seducida hace unos minutos, y aún no sabías que este apartamento era mío.

—¿Y tus manos llenas de grasa? Si no eres mecánico, ¿en qué trabajas?

—¡Ah! —Sonríe—. Eso es porque tengo la manía de engrasar todo en la Harley. Me parece que le estás dando demasiada importancia al hecho de que no soy mecánico, pero no te enojes conmigo. Ya noté que tienes un fetiche con esa profesión, y estoy dispuesto a engrasarte sobre el asiento de mi moto.

—Qué idea más absurda. No soy ninguna Maria da Rebimboca da Parafuseta, ¿entendido? —Respiro hondo, irritada, absorbiendo todo el aire del lugar.

—No lo eres… —El ex mecánico se levanta y se acerca a mí—. Eres Paula, la vecina temporal más bonita y gruñona que he conocido. Voy a extrañar verte salir a trabajar, volver, colgar la ropa…

Doy un paso atrás, en parte como gesto rebelde, en parte como coquetería. Que el muy cabrón sea encantador y me haga temblar

las piernas no significa que voy a sonreírle como una tonta.

—¿Me estabas espiando?

—Te estaba apreciando.

Ay, por Dios. Habla en serio. La sinceridad en sus ojos borra cualquier enfado que sentía. Por un momento, nuestras miradas se quedan enganchadas la una en la otra.

Él posa el pulgar sobre mis labios y los contornea lentamente. Sus dedos siguen un recorrido lento por mi cuello, bajando hasta el hombro. Siento el calor que emana de sus manos ardientes, quemándome la piel. Me dejo llevar por sus caricias, aunque aún no me toma con toda la fuerza que quiero.

Las tiras del vestido se vuelven su distracción… y mi punto de concentración.

Su olor, su mirada, su toque… me derriten.

—En el Feng Shui y en la sabiduría oriental, los zapatos deben quitarse antes de entrar a la casa porque traen suciedad de la calle y energías negativas. No creo mucho en esas cosas. ¿Tú sí?

¿A dónde quiere llegar con eso? Tal vez lo deje ver un poco más de mí... Al final, no estoy completamente rota por dentro.

—Debe haber una buena razón detrás de eso.

—Probablemente… —Cada roce de sus dedos lanza oleadas de deseo por todo mi cuerpo. Ansío su toque, que me tome con fuerza, que me apriete, que haga cualquier cosa que no sea solo este preludio de algo más carnal—. El punto es que quiero desnudarte para llevarte a mi cuarto, no solo desnuda, sino libre de todo. Te quiero solo para mí. Toda para mí.

El contacto se intensifica y, en lugar de usar solo las yemas de los dedos, pone toda la mano, acariciando mis hombros y brazos. ¡Esto se siente muy bien! Me estremezco.

—¿Aplica también para ti?

—Para mí también. —El corazón me late el doble de rápido. Audazmente, con un toque leve, acaricia la prominencia puntiaguda de mis pezones por encima de la seda del vestido que separa mi piel

de su contacto directo—. Vamos a cruzar esa puerta, despojados de todo lo que hay aquí fuera. Allí seremos tú y yo. Solo nosotros.

Tentador…

Solo asiento con la cabeza, un gesto simple que libera al depredador que lleva dentro para abalanzarse sobre mí. Mal parece tan determinado que, de pronto, no me importa quedarme desnuda. Entonces, ese hombre tentador baja las tiras del vestido por mis brazos. Me doy cuenta de que no malinterpreté su intención.

Libremente, la tela se desliza por mi silueta, rozando mis pezones endurecidos. Gimo al sentirlos latir.

—¡Perfecto! —gruñe el hombre más sabroso que he conocido mientras aprieta los sensibles pezones entre sus pulgares e índices, dándoles atención a ambos al mismo tiempo. Arqueo la espalda, ofreciéndome para la exploración. Un gemido fuerte escapa de mi garganta.

Con habilidad, Mal no permite que la ropa caiga sola al suelo. Prácticamente me ayuda, bajándola mientras deja que sus dedos rocen entre mis piernas, que ya empiezan a suplicar atención. El toque es breve, lascivo y descarado, lo suficiente como para entrar en mí sin previo aviso. Una invasión inesperada pero muy bienvenida. Aprieto las paredes internas, deseando que se quede ahí para siempre, pero él, verdugo, se retira y se lleva los dedos a la boca.

—Estás deliciosa, como recordaba desde la última vez que te probé. —Con su brazo libre rodea mi cintura y me junta contra su pecho firme. Su boca grande comparte con la mía los dedos, que se intercalan entre nosotros. La combinación perfecta de mi sabor con su aliento—. Siente tu sabor. Dime si no tengo razón en estar adicto a devorarte. ¿Ya sabías lo rica que eres? —Con cada insinuación, el fuego dentro de mí arde más—. Dime, ¿aún crees que necesitamos algo más que tú y yo?

El deseo se me escapa por todos los poros. La punta de su lengua vuelve a rozarme los labios…

Está probando mis límites. Siento cómo me pierdo entre las sensaciones. La tensión vibra entre nosotros, cargada de promesas lujuriosas. Agarra mi pelo y me guía a su antojo. Vulnerable por ser la única desnuda, separo los labios buscando aire.

—Sospechaba que no llevabas ropa interior —susurra, admirándome. Como si no lo supiera…

Me siento adorada. Nadie me ha mirado nunca como si pudiera ver más allá de mi cuerpo y encontrar mi alma.

—Y yo preguntándome cuánto te tomaría confirmarlo.

—Me torturó toda la noche, pero valió la pena.

Su mirada es como un láser que me atraviesa, llenándome de ardor…

Levanto la pierna para quitarme los zapatos, pero él me detiene.

—Se quedan puestos. —La orden es firme y moja aún más mi centro… Me encanta que sea un macho alfa.

Se me eriza toda la piel…

Por lo que debe haber pagado, imagino que quiere que los use hasta cuando esté dormida. No me importa. Son hermosos y me encantaron. Se merece sentir que tiene derechos sobre mis pies, aunque sea solo por ahora.

—Estás demasiado vestido. —Llevo la mano a sus labios, rozándolos con mis dedos—. Dijimos sin ropa, ¿recuerdas?

Con manos temblorosas, empiezo a desabotonar su camisa. De pronto, cada pedazo de piel que aparece revela en cada tatuaje un pedazo de su historia. Ya había visto sus dibujos desde lejos, pero de cerca son mucho más perfectos. Su piel es lisa, sin vello, suave.

Sus abdominales están justo bajo mis manos. Cuando toco la bragueta de su pantalón, él suspira y me ayuda. Abro el cierre mientras se quita los zapatos.

Gime como un animal cuando bajo el pantalón junto con la ropa interior, liberando una erección imponente y hermosa. ¡Impresionante! Me muerdo los labios, mirando esa virilidad… Rosada, suave, perfecta. Diablos… Nunca podré volver a mirar la

cabeza de arriba sin acordarme de la de abajo. La tomo con la mano y la siento palpitar. Necesito saborearla.

—¿Puedo chupar un poco…?

Esos ojos verdes profundos me miran mientras me arrodillo frente a él, sujetándolo por toda su longitud. Me pierdo en sus tatuajes, rozando con los labios cada secreto, cada significado, memorizándolos sin perder ni un detalle.

—No era esto lo que tenía en mente.

Su boca reclama mi atención justo después de sus ojos hambrientos.

—Pues yo solo tengo esto en mente. —Mantengo los ojos fijos en los suyos—. Me hiciste probar mi propio veneno. Ahora es mi turno de probar el tuyo.

Con la lengua, toco la punta de su erección. Sus pupilas se dilatan y sus manos van a mi pelo, sujetándome fuerte, como si fuera a controlar mis movimientos. Se equivoca, porque pronto sabrá quién tiene el control. Pienso devolverle el favor que me hizo hace una semana, lenta y tortuosamente. Entonces lo llamo a conciencia por toda su extensión hasta tragármelo por completo, empezando una fricción suave, succionando y deslizándome hasta el fondo de la garganta.

—Estoy en celibato desde que te conocí, hace casi un mes. —Me encanta oír esa confesión ronca, con voz entrecortada. Como recompensa, lo chupo con más intensidad—. Así que…

No puede seguir hablando porque intensifico los movimientos, permitiendo que su mano me guíe donde quiera. Dentro de mi boca siento sus nervios latir, endurecerse, hasta que, de repente, un tirón fuerte de mi pelo me obliga a levantar la mirada para verlo.

—Cuando me venga, quiero estar dentro de ti. Y solo después de haberte dado mucho placer.

Grito, sorprendida, al sentir cómo mi cuerpo se eleva del suelo con la misma agilidad con la que me hizo ponerme de pie. Su torso firme me sostiene. Dios mío, es tan fuerte, tan sólido… Sus labios se adueñan de los míos mientras camina hacia la habitación conmigo

en brazos. Se agacha para recoger algo sin dejar de darme toda su atención. Mal me demuestra que soy lo primero y que su placer depende del mío.

Capítulo 21

Mal

Las cosas se salieron de control cuando tuve la brillante idea de traerla para estrenar mi nuevo hogar. Admito que no fue algo planeado: incluso cuando el agente inmobiliario me dijo que ya tenía las llaves en la mano y las recogí por la tarde, no imaginaba que estaríamos aquí ahora.

La idea era pasar esta primera noche solo...

Así que, estar cargando a Paula entre mis brazos, tan ligera y dispuesta a entregarse a mí, no estaba en los planes. Sin embargo, ¿qué importa eso ahora?

La tengo, y si no estoy sonriendo de oreja a oreja, es porque nuestras bocas se mueven sin descanso, pegadas, vertiginosas, desesperadas, mientras las lenguas se entrelazan y se provocan.

La sujeto de la forma en que ella exige y necesita; sentir cómo la lujuria aumenta con cada paso que damos juntos es revitalizante.

Nos miramos a los ojos… Ah, por Dios. Mil cosas pasan por mi cabeza… Una de ellas es el deseo de mostrarle que los estándares de vida no tienen nada que ver con la química ni con los sentimientos que eventualmente surgen entre las personas.

Ardiente…

Atrevida…

Mientras la observo, uso la boca para besar sus labios y les doy una mordida suave.

—Tú me haces querer darte todo. Tenerlo todo… Tomarlo todo…

—Soy toda tuya —declara, jadeando.

La recuesto sobre las sábanas, en el centro de la cama, de modo que su cadera quede prácticamente al borde y mis piernas se acomoden entre las suyas. En mi cama nueva... Casi no puedo creer que la tengo aquí. Acostada, como si ese fuera su lugar. La veo

sonreír, pero, como toda la noche, su sonrisa no llega a los ojos. Algo muy grave debe estar molestándola. No he preguntado nada, porque creo que si quiere hablar, debe salir de ella.

Chispas surgen en el mar azul de sus ojos: una respuesta de bienvenida al reto que le propongo. Cómo quisiera que me desafiara…

Su cuerpo es espléndido… Sin romper el contacto, deslizo las manos por las piernas de esta mujer seductora que está volviéndome loco, rindiéndome ante su belleza y suavidad.

Esta mujer está buenísima…

Podría poseerla de forma salvaje, incluso ahí mismo en la sala, contra la pared, hasta hacerla gritar mi nombre una y otra vez. Después de todo, el deseo latente ha estado flotando entre nosotros y sería natural si eso pasara. Pero ya la tuve de esa forma muchas veces en el pasado, y eso no fue suficiente para hacer que se quedara. Hoy tengo otra visión, y por eso quiero más… Ella también merece más… Paula necesita ser conquistada, adorada, deseada y protegida.

—¿Confías en mí?

—¿Estaría aquí si no confiara? —Muerde sus labios.

Insolente…

No era exactamente la respuesta que esperaba, pero sirve para lo que tengo en mente. Para ser sincero, la improvisación será la mejor opción.

—Muy bien. —Me inclino sobre ella, flexionando los brazos para evitar el contacto directo—. Vas a mantener los ojos cerrados y solo los abrirás cuando yo lo diga, ¿entendido?

Mantengo la mirada firme, seria, concentrado en lo que va a responderme. Sus ojos me desafían otra vez antes de decir nada. No juegues conmigo, pequeña. Estiro un poco más las piernas y acomodo mi erección palpitante entre las suyas. ¿Qué tal una muestra de lo que está por venir, pequeña? Respiro hondo con el contacto, tratando de mantener todo el autocontrol y no penetrarla de una vez. Maldición, su vulva está tan caliente y húmedo…

—La obediencia nunca fue mi mayor virtud. ¿Me castigarás si no cumplo?

Con la erección presionada entre los labios de Paula, me detengo de golpe, solo para advertirle.

—El castigo será que no disfrutes de lo que estoy dispuesto a darte —susurro cerca de su oído.

Su cuerpo parece impaciente, se remueve, y yo me alejo. Una sonrisa maliciosa, que parece el espectáculo más genuino de seducción, se dibuja en su rostro.

—¡Esto es excitante!

Su confesión es provocadora, pero la obediencia explícita en sus ojos cerrados es aún más tentadora.

—¿Así que vas a comportarte? —Vuelvo a moverme, provocándola.

La fricción húmeda es una tortura para mí… Creo que voy a perder el control y la poseeré antes de lo planeado.

—Mis ojos ya están cerrados.

Esa risa traviesa me alegra.

Me encanta saber que su buen humor ha vuelto, y está colaborando… La toco con lujuria, para que sienta que puede disfrutar incluso en la oscuridad. Su cuerpo reacciona de inmediato, se agita mientras exploro sus curvas, juego con los pezones rosados y, entre cada lamida, le doy chupetones en sus montículos expuestos.

Siento sus uñas arañar mi piel, un gran recordatorio de que debo detenerla y mostrarle quién manda aquí. Coloco mis manos sobre las suyas, abro sus brazos y los llevo hacia su cabeza, uniendo lentamente sus manos como si estuvieran atadas.

—Tus manos deben quedarse aquí, donde las puse. No puedes tocarme bajo ninguna circunstancia.

Mi cuerpo extraña esas manos. Espero que diga que no acepta, tanto como deseo que diga que sí.

—Espero que no me digas que tendré que recibir unas nalgadas sin poder devolver el golpe, ¿ok? Porque te aviso que, si me haces

daño, te pateo las pelotas. Y sería una lástima, porque parecen hechas para ser chupadas, no maltratadas.

Descarada… Me aguanto la risa.

Su respiración entrecortada demuestra que sigue cada uno de mis movimientos. Dejo un camino de besos por su cuello, pasando por el pecho.

—¿O sea que no puedo dar palmadas, pero sí puedo pellizcar? —Rozo delicadamente su pezón y lo llevo a mi boca.

Los ojos de Paula se abren de golpe.

—¡No puedo creer que abriste los ojos al primer reto! —Retiro completamente las manos de su cuerpo.

—Los abrí, pero ya los cerré. Ahora, ¿puedes seguir con lo que estabas haciendo?

—Tal vez lo haga, pero antes tienes que demostrarme que lo mereces.

—Dime… ¿cómo? —pregunta, totalmente seductora. Qué voz, pequeña…

Aprieto los dientes, ansioso, para mostrarle cómo. El placer creciente me asfixia.

—Quedándote calladita —Deslizo los dedos por su abdomen y ella suelta un gemido impaciente—. Shhh, ni un sonido.

Estoy seguro de que ahora mismo quiere gritarme mil cosas.

—Pido permiso para hablar. No puedes impedir que se escapen ruidos raros de mis labios mientras me torturas de esta forma.

Ella es, sin duda, una descarada, y creo que esa es una de las cosas que más me fascinan desde que la conocí. Paula no agacha la cabeza ante nadie. Es la encarnación del desafío.

Provocadora…

—Creo que puedo lidiar con tus gemidos, pero solo eso, ¿entendido?

Ella asiente, sonriendo.

Esos pezones duros son tan insolentes como su dueña, llamándome a probarlos otra vez. No resisto. Los chupo, los muerdo

suave antes de pasar de uno al otro. Paula jadea, y yo me doy por satisfecho con el sonido que emite.

Felina… Imagino cuánto se está conteniendo para no arañarme.

Es una tentación viviente. Dejo que mi lengua decida a dónde ir, y parece tener un destino claro: flota justo sobre el punto donde más deseo probarla.

Con los hombros, separo aún más sus muslos, dejándola completamente expuesta…

El aperitivo en la sala solo avivó más mi deseo. Exploro con los dedos sus pliegues.

Ahí está, la flor más bonita y rosada con la que la naturaleza podría haberme recibido. Me acerco más…

El aroma es adictivo… El sabor, inolvidable…

Acaricio su cuerpo tenso de placer, rozando superficialmente su zona más sensible.

—¿Puedes sentir mi aliento cerca de tu entrada? —Soplo suavemente, y el sonido que sale de su garganta es impagable—. Muy pronto será mi lengua la que sientas entrando en ti. —La imagen de mi cabeza entre sus piernas es mi favorita, y los gemidos que suelta son los mejores sonidos que he escuchado.

La mujer atractiva que tengo bajo mi dominio se abre aún más… para mí…

Concluir esto así es casi un golpe bajo. Satisface mi lado posesivo, enciende mi virilidad. Estuve a punto de golpearme el pecho y gritarle al mundo que ella está así por mí. Siento mi erección a punto de explotar.

Duele… Late… Pulsa…

Ahí me deleito, succionando su flor para extraer todo su néctar. La exploro con la boca y la lengua, chupo y muerdo, concentrándome en el punto más sensible de su placer. Me estoy volviendo loco…

—¡Mal!

La escucho al mismo tiempo que siento cómo se aferra a mis hombros. No soy capaz de castigarnos deteniéndome en ese

momento. Así que continúo devorándola, feliz de poder darle el placer que espera, hundiendo primero un dedo y luego otro en su interior…

Nuestras miradas se cruzan, y me aseguro de que vea que soy yo quien la está haciendo gritar, gemir y retorcerse. Toda esta experiencia deja de ser solo sexo y se convierte en una preciosa complicidad.

Le demuestro que puedo ser el hombre que la desea en la cama, día tras día, además de su compañero fuera de ella. No estoy actuando como un tonto enamorado. Solo soy un hombre que es capaz de verla en todas sus formas. Paula atravesó mi vida y sobrepasó todos los límites, despertando en mí todos los sentimientos, activando todos mis sentidos.

Mi caleidoscopio…

Mi mirada arde mientras contemplo su sexo…

Ella me recibe con gusto…

Por su cuerpo se extienden manchas rojizas, sobre todo en sus mejillas y el pecho. Parece a punto de explotar de tanto deseo.

Tengo las riendas de su cuerpo en mis manos.

Deliciosamente lubricada, lo suficiente como para permitirme devorarla con mis dedos y mi boca, grita cuando, justo antes de alcanzar el orgasmo, retiro los dedos e introduzco la lengua, lamiéndola, adueñándome de su placer…

—Ah, Mal…

Ella se viene… Esa imagen es el paraíso.

—Sacia mi sed, pequeña —murmuro, sin apartar la boca de su centro—. No te contengas. —Sigo masajeando su canal palpitante, bebiendo de todo su frenesí…

Tiembla y sonríe, como deslumbrada por las sensaciones.

Mis bolas se retuercen en el saco, la sangre corre a toda velocidad por mis venas, y siento que voy a estallar. Mientras la dejo recuperar el aliento, tomo el envoltorio metálico que traje al cuarto y, sin poder alargarlo más, lo deslizo por toda mi erección. Ella muerde los labios, ansiosa. Qué condenada esa boquita. Le tomo el

mentón y le doy un beso corto. La giro de espaldas, arrodillándola al borde de la cama, completamente a mi merced.

—Cuando estabas colgando la ropa esa tarde, te imaginé justo así. —La sujeto por la cintura.

—Y yo imaginé exactamente qué estabas fantaseando cuando me miraste con esa cara indecente.

—Te estabas divirtiendo torturando al pobre vecino. —Le doy una nalgada sonora en esa carne blanca y deliciosa.

—¡Ay! —Ese quejido es mi perdición.

—¿Lista para recibirme? —Posiciono mi polla palpitante entre sus labios hinchados—. Estás tan resbalosa… tan caliente. Podría penetrarte de una sola vez, pero es imposible no jugar con esta entrada, perderme en este momento delicioso, ¿no crees? —Presionando la cabeza de mi polla, entro y salgo, provocándola, escuchando sus gemidos.

Me quedaría así para siempre, está tan bueno…

Deslizándome lentamente, entro, entro y salgo de ese núcleo de perdición… Siento la sangre correr más rápido… Muevo las caderas para que sienta cómo me excita, deseando que grite lo que sea, que me haga perder la cabeza por completo.

—¡La quiero toda! —Ansiosa, la atrevida echa el culo hacia atrás y me traga.

Siento cómo su cuerpo quema, me aprieta y me recibe por completo. Ya no hay tiempo para pensar, solo para sentir… Empiezo a embestirla con suavidad y, por una fracción de segundo, me vuelvo insaciable. Nuestros cuerpos encajan a la perfección, la sintonía es feroz. Ella quiere todo, y yo estoy dispuesto a dárselo. Está tan caliente ahí dentro que siento que me convierto en cenizas.

Su pelo le llega hasta la mitad de la espalda. La vista es puro pecado. Si no fuera por las ganas de poseerla, me quedaría ahí toda la vida solo admirándola. Enredo su pelo en la mano, para poder acercarla más hacia mí. Paula gime fuerte, no sé si por placer o por dolor. No estoy seguro de que el orden importe o si eso me excita aún más.

Para tener mejor equilibrio, la sostengo con la otra mano bajo los pechos mientras juego con sus pezones. Su cuerpo tiembla, y el mío también. La forma en que se mueve y se restriega contra mí es puro delirio. Ansioso, la penetro sin parar, explorando todo su interior. Sus músculos se contraen alrededor de mi miembro, casi llevándome al clímax. Aprieto los dientes, embistiéndola más y más.

Sé lo que necesita, así que deslizo la mano por su abdomen hasta el punto donde estamos unidos. Ella ansía ser tocada, así que masajeo ese botoncito duro e hinchado.

—¡Mal! —grita, arqueando el cuerpo. Tiembla…

—Eso es, pequeña, di mi nombre —susurro en su oído, sin dejar de moverme—. Me encanta cuando lo dices, es puro afrodisíaco.

Dejo de poder formar frases coherentes cuando nuestros cuerpos, en total sincronía, se aceleran. Penetrarla se vuelve una de mis cosas favoritas en la vida. ¡Qué mujer tan ardiente! Hago esfuerzos sobrehumanos para no venirme antes que ella. Acelero los movimientos de los dedos en su clítoris, al igual que las embestidas, y mi nombre sale alto y claro de su boca, junto con sus músculos que me aprietan.

Paula alcanza el orgasmo, sollozando mi nombre una, dos, tres veces.

—Qué sensación deliciosa sentirte empaparme. Goza rico, pequeña.

Me deslizo más fácilmente y la condenada se luce, moviéndose provocadoramente mientras la penetro cada vez más profundo. Está tan mojada que mi pene se vuelve loco.

Débil entre mis brazos, su cabeza cae sobre mi hombro. Sería un verdadero hijo de puta si siguiera metiéndosela así solo para buscar mi propio orgasmo.

—Voy a darte la vuelta, ¿está bien? —ella asiente.

Hábilmente, me acomodo sobre la mujer que me tiene obsesionado y ella pasa una pierna sobre mi torso, girándose para quedar de frente a mí. Insegura, piensa que me voy a alejar y me aprieta la cintura con las piernas.

—¡Vas a volverme loco!

A la primera oportunidad, sus uñas se clavan en mi piel, animándome a seguir. Retomo el movimiento frenético, sintiendo el placer recorrerme por dentro como un torrente, robándome todo control. El sonido de las pieles chocando y las respiraciones agitadas crean el ambiente perfecto para anunciar el clímax… Es entonces cuando mi orgasmo llega, como si me lanzaran lejos en una explosión certera de placer, dejándome sin fuerzas.

Caigo sobre ella, abrazándola fuerte, aún enterrado dentro de su cuerpo y devorando su boca linda y dulce. Es tan bueno estar dentro de ella… Lo llamaría perfección.

Ahora sé que, esta vez, no será solo cuestión de dejarla ir otra vez. Pienso demostrarle que no lo permitiré. La pasión entre nosotros está viva y no hay nada que impida que compartamos lo que viene. Ella está rota, y yo tengo la manera de reconstruirla. Y no tiene nada que ver con lo que tengo. Encontraré cómo ayudar a Paula a resolver sus problemas sin que se dé cuenta, y, cuando suceda, estará tan envuelta conmigo que no querrá retroceder al descubrir que soy su futuro.

Capítulo 22

Paula

El llanto se va alejando de la dirección en la que intento avanzar. Se mantiene lejos, distante...

Cuando creo que va a parar, regresa, y esta vez está por todos lados. Me parece escucharlo a la izquierda, luego detrás de mí, y de pronto estoy girando, gritando y llorando también, desesperada por no poder encontrar y consolar a quien tanto sufre.

Intento decir algo para tranquilizar al bebé, pero mi voz falla miserablemente. Siento que está atrapada dentro de mi propio cuerpo. Tengo la sensación de estar despierta, pero aun así no tengo control sobre mí.

Trato de hacer fuerza, de mover las manos, los brazos o las piernas, pero nada responde.

Entonces, siento algo pasar por mi garganta, salir por mi boca...

¡Victoria! Esa es la única reacción que logro reconocer...

La palabra va saliendo, repitiéndose... El cuerpo helado comienza a calentarse y el bienestar regresa...

Hasta que escucho.

—Está todo bien. Fue solo una pesadilla...

Tardo en entender lo que pasó. El llanto se fue junto con la soledad, dando lugar a un refugio.

Los brazos que no me sueltan son de ese hombre que, en silencio, espera a que me calme. Me cuesta asimilarlo, y cuando me doy cuenta, estoy llorando sin un motivo claro. ¿O sí lo tengo? ¿Será el remordimiento el dueño de esta emoción tan frágil?

Siento que Mal acaricia mi cabeza, aparta el pelo pegado por el sudor en mi rostro y besa mi frente.

—Soñé que tú soñabas conmigo. Pretencioso, ¿no? Fui algo arrogante, lo admito. Mientras pensaba que no salía de esa cabecita

, dormida o despierta, tú estabas pidiendo ayuda —Me besa la frente —. Aunque, en el fondo, no está tan mal. Siempre imaginé que sería un buen príncipe, que llegaría montado en un caballo blanco para salvar a la princesa. Y qué princesa...

De todas las cosas que imaginé que él pudiera decirme, ninguna fue tan encantadora como esa; de hecho, es la frase más dulce que me han dicho. Por un instante, nos quedamos en silencio...

Mal me da la sensación de conocerme desde hace mucho tiempo, aunque, claro, eso es imposible; lo recordaría.

En ese momento, Vitória viene a mi mente, y con ella, un montón de recuerdos. El sueño. El llanto. El embarazo… Me toma un rato darme cuenta de que todo tiene sentido.

—¿Quieres agua, pequeña? —Su voz atraviesa mis pensamientos.

Abro los ojos de nuevo y recuerdo dónde estamos, en la habitación donde hicimos el amor hasta quedar exhaustos y dormidos. En los ojos verdes de Mal, veo preocupación. Anoche, cuando entramos por esa puerta, me pidió que dejáramos todos los problemas afuera, que aquí dentro solo existiéramos él y yo. Lamentablemente, no tengo un botón que apague todo lo que ronda por mi cabeza. Y creo que él necesita saber el gran problema que soy.

—Cuando quedé embarazada, no sabía con certeza lo que eso representaba. Solo podía pensar que había un ser dentro de mí sin mi permiso y sin estar en mis planes. No fue fácil aceptarlo. Busqué varias formas de sacarlo de mi cuerpo. —Confesarlo en voz alta me demuestra lo enfermas y egoístas que fueron mis acciones.

Sus brazos me aprietan, dándome fuerzas para continuar. Respiro hondo, porque necesito hablar antes de que me consuma.

—¿Sabes? El mundo parecía estar completamente a favor de ese ser. Cuando Marco descubrió que estaba embarazada y lo que pensaba hacer, me lo prohibió. —No digo abiertamente que intenté abortar, pero Mal es inteligente, y la forma en que me abraza demuestra que entiende todo—. Mis padres también se pusieron en mi contra. Si fuera hoy, tal vez yo tampoco pensaría en eso, aunque

ninguno de ellos se preocupó por lo que yo estaba viviendo, ni por lo que pensaba o deseaba. Todo lo que quería era que eso fuera una pesadilla y que mi vida volviera a ser como antes, ¿me entiendes?

Lo miro, buscando que me confirme que me entiende, o que me diga si también se habría puesto en mi contra.

—Cometemos errores, pero eso no significa que no podamos aprender de ellos. Acabas de decir que hoy, tal vez, tampoco estarías de acuerdo con lo que hiciste.

Es cierto, dije tal vez no estaría de acuerdo, pero eso no significa que no lo haría otra vez... Ni siquiera sé qué tipo de monstruo estaba alojado dentro de mí. ¿Y si aún está ahí? ¿Y si volviera a quedar embarazada?

—En una de las primeras ecografías que me hicieron, se diagnosticó anencefalia, una condición en la que el bebé nace con el cerebro subdesarrollado y sin la bóveda craneana. Es un problema que le impediría pensar, ver, oír, moverse, entre muchas otras cosas. En ese momento, mi ginecólogo me explicó que, en algunos casos, el tejido del cerebro quedaba expuesto, sin estar cubierto ni siquiera por la piel. Cada nueva información que nos daba me llenaba más de terror. ¿Qué era eso que estaba creciendo en mi vientre? También dijo que no podía garantizar que el tronco encefálico del bebé funcionara con normalidad. Así que algunas funciones vitales podrían estar comprometidas. Sus palabras fueron claras. Estaba gestando un bebé con una patología letal, y que, en la mayoría de los casos, el niño vive muy poco tiempo fuera del útero o sobrevive en estado vegetativo.

Las lágrimas corren por mi cara sin que yo se los permita, revelando la magnitud de mi dolor.

—Hay situaciones en la vida que no tienen explicación, pero hay que enfrentarlas. Me imagino lo difícil que debe haber sido para vosotros, como padres.

Mal habla con un tono sereno y comprensivo.

—Para mí no tenía nada de complicado —digo con sinceridad—. Yo ya había decidido seguir la recomendación del ginecólogo y

obstetra que me atendía desde hacía años. Él estaba a favor del aborto. Argumentaba que la muerte del bebé era un hecho y que los riesgos para mí aumentarían si seguía con el embarazo. Pero para Marco, eso era una locura, pensaba que estábamos completamente fuera de razón. Si Dios nos había mandado un hijo, entonces debíamos dejar que se desarrollara hasta donde fuera Su voluntad.

—Los dos tenían sus razones. —Con actitud conciliadora, Mal no deja de dar su opinión, y parpadea con ambos ojos en un gesto tranquilizador.

—Sí, pero mi vida se volvió un caos. Me llevaban de un consultorio a otro, en contra de mi voluntad, y todos los médicos decían casi lo mismo, que lo más recomendable era interrumpir el embarazo, porque no había ninguna expectativa de vida para el bebé. Que lo correcto era anticipar el parto, ese era el término que usaban, no lo llamaban aborto propiamente dicho. Hasta que un día entramos a un consultorio y el médico dijo que Marco tenía razón. Que no se podía garantizar nada sobre la vida del bebé y, por eso, él no estaba de acuerdo con el consejo de sus colegas. Incluso agregó que, por más comprometido que estuviera el feto, no se lo podía considerar con muerte cerebral. Su respiración espontánea era una prueba concreta de vida. Marco se volvió fan de ese médico, y desde ese día, lo que yo pensara, sintiera o deseara ya no le importaba a nadie, el padre y los abuelos tendrían un bebé.

—La madre también —dice él, firme.

—No fui capaz de considerarme así —digo, intentando encogerme, y Mal me lo permite sin alejarse—. Solo fui un cuerpo en estado de gestación, mes tras mes, hasta que ella nació… y yo hui. No tuve el valor de enfrentar a mi hija ni de aceptar que había traído al mundo a una criatura destinada a sufrir. Tuve miedo, fui cobarde… Y para colmo, intentaba amarla, pero había algo dentro de mí que no lo permitía. Sabía que el sentimiento estaba ahí… Con el paso de los días, Vitória —nombre que eligió su padre— fue contradiciendo todo lo que decían los médicos: demostró su voluntad de vivir. Con cada día que ella sobrevivía, yo me rebelaba más y más. En lugar de

amor, sentía rencor, frustración, rechazo y unas ganas inmensas de desquitarme con todos y, sobre todo, con ella por todo el… —Sollozos se escapan de mi garganta. No puedo continuar, es demasiado incluso para mí…

Mal, que con toda certeza debería evitarme como quien le teme a al tratamiento de la muela del juicio, me consuela. Es la primera persona desde que todo sucedió que no me juzga.

Y no solo eso: besa mi pelo y me acaricia la espalda con gestos de ternura y suaves palmadas de consuelo. Ni siquiera mis padres fueron capaces de abrazarme una sola vez. Me volvieron una persona despreciable para ellos. En cada encuentro, solo había sermones, nada más… La princesita que había estudiado en los mejores colegios, obligada a comportarse como una dama, no fue capaz de mantener un matrimonio con el yerno ideal ni mucho menos de criar a la hija junto al padre ejemplar. No les importaban mis sentimientos, solo la amistad que tenían con el padre del gran juez Marco Ladeia.

A medida que me voy calmando, Mal se levanta y sale del cuarto. No lo culpo por abandonarme.

Pero no pasan ni dos minutos y regresa, tal como se fue, completamente desnudo y con un vaso en la mano.

—Un poco de agua te hará bien —dice Mal, sentándose a mi lado.

Mientras bebo, noto que me observa de un modo distinto.

¡Maldición! ¿Por qué tuve que traer toda mi historia a este cuarto después de la noche tan perfecta que pasamos juntos?

—¿Tú también piensas que soy un monstruo?

Él sonríe.

—Para nada. Una vez leí una historia interesante, no recuerdo el autor, pero contaba que un hombre estaba colocando flores en la tumba de su familia cuando vio a un japonés dejando un plato de arroz en la lápida de al lado. Confundido, se volvió hacia él y preguntó: « Disculpe, ¿de verdad cree que su difunto va a venir a comer ese arroz? » . Y el japonés, con calma, respondió: « Sí,

generalmente a la misma hora que el suyo viene a oler las flores » . ¿Cómo voy a pensar que tú habrías hecho algo diferente en esa situación? Podría decir que todos los que estaban a tu alrededor tenían razón, pero no puedo. Cada persona tiene su forma de ver y enfrentar la vida. Escucharte me hizo entender cuánto costó para todos. Yo no tengo el poder de juzgarte, mucho menos de condenarte. El dolor que llevas aquí dentro —pone la mano sobre mi pecho— ya está encargándose de hacer que te perdones.

Las lágrimas me arden en los ojos. Mal no se cansa de sorprenderme. Me abraza, y siento mi corazón latir al compás del suyo.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo?

—Estuve… —Su móvil suena y la burbuja que nos envolvía estalla. Por un momento, noto que quiere decirme algo más, pero no logra formular ninguna frase coherente con ese aparato sonando sin parar—. Debe ser de casa —dice Mal, soltándome y mirándome con disculpas en los ojos—. No avisé a nadie que pasaría la noche fuera. Ya vuelvo.

Lo veo salir otra vez del cuarto.

Es tan responsable…

Cariñoso…

Apasionante…

Quisiera ser una persona evolucionada como él. En ningún momento me juzgó… Con la mirada perdida, me quedo reflexionando sobre la nobleza de su actitud, al dejarme hacerlo por mí misma. ¿Cómo es posible que durante toda mi vida haya creído que la riqueza estaba en los bienes que las personas poseían, y no en lo que llevaban dentro? Qué alma tan pobre…

La forma en que me trató anoche fue tan intensa y poderosa que sentí que me partía en dos, llevándome a un mundo desconocido. Cuando abrí los ojos sin querer y él pareció detenerse, estuve a punto de jurarle que me quedaría ciega si eso era necesario para que siguiera tocándome de esa forma. Fue erótico, visceral…

No tengo idea de cuánto tiempo llevo aquí acostada, solo pensando en ese hombre por el que empiezo a sentir algo cada vez más profundo.

Tener un apartamento bonito y de buen nivel debería impresionarme, pero en lugar de eso, siento un nudo en el pecho al saber que ya no vivirá en la casa de la lado. Por primera vez en mi vida, comenzaba a sentirme segura. Qué ironía: antes bastaba con que gritara por encima del muro para que él estuviera ahí, protegiéndome, una situación que critiqué y clasifiqué deliberadamente como cosa de pobres, con tanta soberbia.

¡Maldición!

¿Quién me ayudaría cuando el retrete volviera a atascarse?

¿Quién me haría abrir la ventana con el pretexto de ver el clima, al escuchar el rugido de la moto encendiéndose? ¿Quién me haría espiar por la rendija al dueño de ese cuerpo sensual sobre ella, robándome suspiros?

¿Quién me alentaría a ponerme la ropa más corta y provocativa para cumplir la simple tarea de colgar la ropa en el lavadero, sabiendo que me estaba observando?

Y luego está Vira-lata...

Ah, ese gato no se lo puede llevar. Ese mimado ya forma parte de mi vida. Si pasan unos días sin que aparezca, lo extraño.

¿En qué momento pensé que dejaría de comprarme algo para poder comprarle un juguetito al gato? ¿Quién más aparecería de la nada cuando me sintiera sola, enredándose entre mis piernas, haciéndome cosquillas y pidiéndome atención?

Salto de la cama.

—i¿Malaquías?! —lo llamo, yendo hacia la sala.

No puede hacerme esto. Si mi vida se estaba convirtiendo en una gran fiesta popular, y él había tenido un papel enorme en ella, entrando sin invitación, no podía simplemente interrumpirla y llevarse consigo a todos los invitados.

Capítulo 23

Paula

Si no fuera por la ropa tirada en el suelo, diría que nadie ha pasado por aquí. Miro alrededor del lugar, ordenado, simétrico, perfectamente en su sitio, y él no está. La división en tres ambientes deja claro cuán grande es el apartamento. Entonces, ¿eso quiere decir que cuando me preguntó si el apartamento de mi conocida —sí, porque no puedo llamar amiga a una persona que me dio la espalda en cuanto se enteró de mi desgracia— tenía doscientos metros, era porque estaba considerando comprar uno igual para llevarse a Vira-lata con él?

—Malaquías…

La pronunciación es más fea que el nombre. *Malaquías*, repito. ¡Dios mío! Definitivamente, horrible. Este bombón va a perder el privilegio de tener un apodo reservado solo para los momentos calientes… Y vaya que calientes. Prefiero seguir llamándolo Mal.

Ay, Lobo feroz, ¿dónde estás? Tengo un dulce esperándote para ser devorado por esa boca grande, lamido por esa lengua inmensa y tocado por esos dedos enormes…

—Pide que alguien reserve un vuelo para dentro de cuatro horas. Eso me dará tiempo de pasar por casa y cambiarme de ropa. —Hace una pausa y vuelve a hablar—. Me voy a Salvador, no hay discusión posible. Ve al hospital a cuidar a tu madre y encarga a alguien más que se haga cargo de eso.

Si tuviera una margarita aquí, estaría arrancándole los pétalos, dudando: amante, compañero de trabajo, amante, compañero de trabajo, amante...

Puede parecer una tontería infantil, pero cuando se escucha, sin querer, una conversación así, de un hombre que hace nada estaba

en tu cama, no hay madurez que valga para evitar que la cabeza se llene de mil fantasías.

Doy media vuelta y me lo encuentro mirándome por el reflejo del espejo.

Dios mío… ¿Qué visión celestial es esta?

Aunque estoy desnuda y él apenas en ropa interior, es la vergüenza de haber sido sorprendida lo que hace que mi cuerpo se caliente, concentrando el calor en mi cara.

—Solía escuchar mi nombre solo cuando me hacían bullying en la escuela o cuando mi madre estaba realmente enfadada. Por increíble que parezca, escucharlo salir de tu boca me hace reinterpretar esos recuerdos de una forma mucho más placentera.

Lo dice intentando sonar casual, pero su voz ronca y suave lo vuelve todo extremadamente sensual. Y confieso que, aunque el nombre me parece horrible, será fascinante dárselo como regalo, haciéndolo sonar.

No necesita moverse. Estamos lo suficientemente cerca como para que yo sienta el calor que emana de su cuerpo, calentándome aún más… si eso es posible.

—No pude evitar escucharte. Lamentablemente, tendrás que probar lo que quieras cuando regreses.

¿Pero qué carajos me pasa? ¿Desde cuándo me volví tan lanzada? Debo tener la autoestima por las nubes si creo que él realmente quiere eso. Qué idiota. Su mirada cargada de deseo solo confirma que no le preocupa la espera.

—Si escuchaste bien, cuatro horas es tiempo suficiente para hacer todo lo que necesito. Aunque no es suficiente para todo lo que deseo. —El rastro de su perfume sigue en mi piel. Amaderado…

Tengo ganas de inclinarme un poco para asegurarme de que estoy presentable. Nos bañamos antes de quedarnos dormidos. El jabón que habían dejado en el baño, como cortesía, no era de los mejores, pero al menos debí haberme quitado el sudor.

Levanta la mano y acaricia mi rostro.

—El tráfico hacia el aeropuerto los domingos no es el mejor —Lo provoco, sabiendo perfectamente cuáles son las intenciones de este desgraciado. Un rapidito no será suficiente, pero es lo que hay por ahora, y admito que la idea me encanta. Pensándolo bien, descontando el tiempo de traslado, quedarían como dos horas… En teoría, claro, porque está el tráfico…

Los aeropuertos los fines de semana me recuerdan a las excursiones. O sea, a la pobreza… Es en momentos así que me da asco la gente de bajos recursos que compra paquetes turísticos. El hall suele estar insoportable; las filas para despachar maletas, un caos.

—No me importa enfrentar un atasco, siempre que quede impregnado con el aroma de tu placer por todo mi cuerpo.

Sus palabras arden, están llenas de pasión, y no hay parte de mí que no se derrita al escucharlas. Sus ojos sinceros se clavan en los míos… Muy distinto a la mayoría de los hombres, que solo ven en mi cuerpo su parte favorita.

—Si es así, ¿qué estás esperando?

Mal me rodea la cintura con un brazo y me atrae hacia él. Con la luz del amanecer, es hermoso ver el contraste entre la palidez de mi piel y el dorado de la suya. Sus labios rozan mi cuello y mis piernas comienzan a flaquear. Aunque la curiosidad me atormenta por saber por qué tiene que irse tan rápido, dentro de mí vibran otras sensaciones mucho más intensas y excitantes.

—No esperaba que tuviéramos que separarnos tan pronto. Ahora que finalmente nos acercamos, se siente muy difícil tener que irme.

Por su expresión, noto que lo dice en serio.

—Si es importante, no veo otra salida más que ir. —Una de sus manos se cierra en mi cintura mientras la otra recorre mi rostro, mi cuello y mis pechos con los dedos. Apenas puedo respirar. Su toque es diferente, como si quisiera memorizar cada parte de mí. Deseo que me posea de una vez, pero al mismo tiempo, que se tome su tiempo.

—No terminamos nuestra conversación. Hay mucho sobre nosotros que todavía no hemos dicho. —Su aliento acaricia mi cuello de forma cálida e íntima. A diferencia de la mano que me aprieta para demostrar cuánto me desea, él desliza un dedo por mi mentón en un gesto suave, obligándome a mirarlo profundamente—. Quiero que me prometas que vas a llamarme si necesitas cualquier cosa.

—No sé si será posible. —Le soy sincera—. Sé cómo hacer una llamada desde un teléfono público, pero la verdad es que no tengo idea de dónde hay uno.

¿Y pedirle al vecino que me preste el teléfono? Ni muerta. Podré estar en la ruina, pero todavía me quedan dignidad y sentido del ridículo…

—Solo prométemelo. Cómo vas a llamarme es asunto mío.

Me dan ganas de mandarlo al diablo. Pero es imposible hacerlo cuando veo algo valioso en su rostro: preocupación.

—Tranquilo, no va a pasar nada —le aseguro—. Mi vida es tan aburrida que me pareció lo máximo andar en metro por primera vez. Créeme, es mucho más rápido para llegar a la institución, aunque vaya apretada como sardina en lata… Pero bueno, ahora soy casi una neoyorquina políticamente correcta.

Mi explicación suena sarcástica, pero es cierta. No me estoy quejando de tener que usar el metro… Está bien, nunca fue mi sueño. Mi ambición era tener un jet privado a mi disposición, pero la realidad es otra.

—¿Entonces te gusta el apretón?

Da unos pasos, llevándome con él, hasta que siento mi espalda contra la pared. La pregunta, con toda su intención, desata una cascada de pensamientos indecentes en mi cabeza.

Ninguna respuesta ingeniosa sale de mí. El corazón se acelera, la adrenalina me sacude y el cuerpo lo agradece. Estar con Mal es, sin duda, la experiencia más exasperante y excitante que he vivido. Aprendí a leer a los hombres desde que tenía quince años, pero con este tipo, cada segundo es una sorpresa.

—¿Estás pensando en apretarme?

Con la mirada fija en mí, se agacha y apoya las manos sobre mis nalgas. Me levanta del suelo, mientras yo enrosco las piernas alrededor de sus caderas.

—Completita —confirma.

Los movimientos son lentos y certeros.

—Qué pretencioso.

Mal es puro fuego. Intenso. Pasa por encima de cualquier obstáculo como una aplanadora, emerge de los deseos ocultos y juega con mis sentidos como si fuera algo cotidiano.

—Lo sería, si no supiera que estás loca porque te apriete.

La masa muscular de su pecho roza con la hinchazón de mis pechos en un ritmo que desgarra. Aprieto su cuello con más fuerza. Mi cuerpo pide más. El pozo vacío de deseo dentro de mí necesita ser llenado. No era eso lo que había salido a buscar cuando fui tras él, pero si es lo que me está dando, no voy a hacerme la orgullosa.

—No me estás dejando opción.

Él sonríe.

—¡Ninguna!

Sus labios rozan apenas los míos. La electricidad hace cortocircuito, una corriente que empieza en nuestras bocas unidas y recorre todo mi cuerpo.

Mal también me sostiene con más fuerza, puedo sentir en las yemas de los dedos cómo tiemblan sus músculos. El beso se profundiza, su lengua domina completamente a la mía, tal como él me domina a mí.

La erección, estimulando mi punto más sensible, es la cereza del pastel. El frenesí de la excitación. El apocalipsis del autocontrol. Sentir esa rigidez es intenso, voluptuoso. ¡Amo lo que me hace! Cómo me saca de mi zona de confort y, sin duda, pone mi mundo de cabeza.

Nuestros labios se separan en busca de aire. Él es insaciable… Su boca muerde mi hombro, sus manos aprietan mi trasero y mi sexo desea tragarse el suyo.

—Tus fluidos deberían estar empapando mi polla, justo aquí, en lugar de la ropa interior. —Por puro instinto o habilidad, logra sacar la erección y posicionarla en la entrada de mi intimidad—. Qué rico. No puedo esperar, pequeña.

Gimo al sentirlo penetrarme. La imponente excitación me rasga por dentro sin previo aviso, va profundo y siento que voy a derretirme con eso. Sus manos ayudan a mi cuerpo a moverse.

—Eso es, pequeña, móntame. —Mi cuerpo sube y baja, frotándose contra el suyo. Su boca se aferra a mi pezón, mientras en ese vaivén lento me trago su verga—. Estás muy caliente.

Sus manos se vuelven más rudas, me aprieta y acelera el ritmo de nuestros cuerpos. Siento el miembro ir desde la base hasta el fondo en embestidas continuas, revitalizantes. Mi respiración entrecortada y agitada absorbe toda la atmósfera cargada de deseo. El sudor que brota de nuestros poros ayuda al movimiento de los cuerpos resbaladizos. El cúmulo de nervios que se frota en la pelvis se suma a la sucesión del vaivén, provocando una felicidad orgásmica y plena en mi cuerpo. Entonces lo llamo, con los pulmones bien abiertos.

—¡Malaquias! —La voz sale temblorosa.

—Dilo otra vez —ordena, con una expresión satisfecha.

—Mala… quias. —El responsable de mi explosión de deseo aumenta la presión y no me preocupo por suprimir ningún sonido que venga después.

—Soy todo tuyo, pequeña…

Sus labios me besan como si yo fuera agua encontrada en el desierto. Me posee con devoción. Su dinamismo deja de ser suave y el sonido de los cuerpos chocando se vuelve más fuerte y rápido.

Entre la pared y su cuerpo musculoso, me deshago. Mal gime entre mis labios y muerde mi lengua. En medio de palabras inconexas, saca su miembro de dentro de mí rápidamente y derrama todo su placer entre nuestros vientres, alcanzando mis pechos y mi cuello.

¡Qué potencia, semental!

—Ahora sí puedo viajar tranquilo. Tengo tu olor por todo el cuerpo —me guiña el ojo y me da un beso en los labios.

—¿Quieres viajar de verdad tranquilo? —Lo provoco, mimosa—. Déjame a Vira-lata. —Me arriesgo a ablandarlo.

Él sonríe y me ayuda a bajar de su regazo. El semen escurriendo por nuestros cuerpos me pone nerviosa. De inmediato pongo la mano como barrera para que no baje hasta mi vagina. Con dos pasos, él saca una toallita del lavabo y me la entrega.

—Se queda contigo si me das tu Instagram.

—¿Puedo saber por qué necesariamente Instagram? Hay otras redes sociales, ¿sabías?

Frunzo los labios cuando lo veo sacar la billetera. Juro por Dios que si me da un cheque firmado o cualquier cantidad de dinero en efectivo, le aplasto las pelotas con las manos.

—Solo así podré seguir mi sueño. —El protagonista de mi noche me entrega un cuadradito diminuto.

¡Qué tierno! Aunque sea cursi, logra sacarme una sonrisa de admiración.

—¿Soy un sueño?

—Primero estabas en ellos, ahora te has convertido en uno. Y sobre las redes sociales, te seguiré en todas. Con una, es fácil descubrir las demás. —Se encoge de hombros y nota que veo lo que es el rectangulito. El muy pícaro parece adivinar lo que estoy pensando—. Antes de que digas que no quieres el chip, o que no tienes dinero para recargarlo, respira hondo y agradécele a la operadora…

—¿La operadora? ¿Ahora vas a querer engañarme con eso? ¿Están haciendo obras de caridad, ayudando a los pobres con telefonía?

—Nada de eso. Me ofrecieron un plan corporativo, y dentro de él hay algunas líneas bonificadas. Me pareció interesante, lo acepté, y una de esas líneas es para ti… Fin de la discusión —asegura.

La propuesta suena creíble.

—Ajá…

—Es en serio. —Con el pulgar y el índice, me sujeta por el mentón—. Vamos, testaruda, ¿alguna vez me viste mentirte?

—¿Vale la omisión?

—Fue divertido.

A Mal no parece importarle lo que pasó ni mucho menos se ofende porque lo llamé mecánico tantas veces. Espera un momento, ¿de qué trabaja él, exactamente? ¿Le pregunté? ¿Y qué importa ahora? De seguro, si lo pregunto no me responderá, dejándome con cara de tonta. Si lo hace, me voy a obsesionar… Así que mejor que me lo diga cuando quiera. Aunque eso de que viaje de repente me incomoda. Amante o trabajo, sin duda.

—No sé cuántos días estaré en Salvador. Desde aquí no puedo evaluar los daños. Usar al Vira-lata como paloma mensajera a esa distancia no funcionaría. Así que, pequeña, acepta la cortesía de la operadora y dame el gusto de poder enviarte mensajes, y si, de paso, podemos tener unas videollamadas bien calientes en la oscuridad de la noche, me va a encantar. ¿Qué dices?

—¿Cortesía? —él asiente—. ¿Llamadas calientes? —Hago como que lo pienso—. Creo que puedo lidiar con eso.

—¿Qué tal un baño para celebrar?

—¿No vas a llegar tarde?

—Acabo de ver el mensaje de que el vuelo es dentro de cinco horas.

Así es como me convence…

No lo admití, pero cuando empezó diciendo que no sabía cuántos días estaría allí, ya estaba convencida.

Capítulo 24

Paula

Él se había ido hacía exactamente cuarenta y un días.

Dejé de contar las horas, los minutos y los segundos cuando me descubrí nostálgica y melancólica, protagonizando un gran drama de telenovela mexicana: la abandonada esperanzada.

Los días que siguieron a su partida estuvieron llenos de mensajes graciosos, videollamadas calientes y llamadas preocupadas, queriendo saber cómo estaba o cómo pasaba el día. Siempre preguntaba por mí, nunca hablaba de él.

Si yo devolvía la pregunta, respondía de forma breve y directa: trabajando mucho.

Lo que mantiene viva mi esperanza de volver a verlo es aquella apuesta, de la que no me deja olvidarme, asegurando que todavía tengo que pagarle. En sus mensajes divertidos siempre mete alguna referencia a eso.

En este momento estoy viendo Star Wars, y lo único que pienso es en estar contigo a mi merced. Pensaba que tu propuesta era cara, pero vas a descubrir que la mía te va a costar mucho más.

Cuando los chistes no tenían que ver con películas, hablaban de personajes o cosas por el estilo.

No soy la Antorcha Humana, pero imaginar que falta poco para tenerte todo un fin de semana para mí me hace arder.

Un día estábamos intercambiando mensajes y me preguntó qué estaba haciendo. Le dije que veía un debate entre políticos, y su respuesta fue inmediata:

Estoy ansioso por debatir con tu vagina... Nuestro fin de semana promete…

Aquello era una montaña de promesas en vano.

Imaginé que podría saber un poco más sobre él en Instagram, pero su perfil no tiene ninguna información. Solo el nombre: Mal... así, tal cual. Nada más, nada menos. ¿Seguidores? No tiene. La única persona a la que sigue soy yo. La foto de perfil es de un cartel clavado en la arena, imposible de leer lo que dice.

¿Y las publicaciones? Son muy raras. Se resumen en imágenes de una sirena en la orilla del mar, una pareja acostada en la arena… incluso hay una de las dos casas gemelas, pero la que realmente me llamó la atención fue una de una espada de esgrima. Esa, sin duda, despertó mi curiosidad. Jamás habría imaginado que le interesara ese deporte. Hacía años que no entrenaba esgrima, hasta me dio nostalgia. En esa imagen, comenté con un signo de interrogación, esperando que dijera algo. Pero lo único que recibí fue un emoticón guiñando el ojo.

Me colmó la paciencia. No soy una mujer de relaciones por correspondencia. Si quiere saber algo sobre mí, que venga a descubrirlo en persona. Ese es uno de los motivos por los que ahora lo estoy evitando. Es mejor así... ¿Qué podría salir de esta relación? Si es que se puede llamar relación. Para mí, la situación es tan confusa que ni siquiera tengo claro un estado sentimental.

Lucho por mantener el equilibrio entre la calle mal pavimentada y la empinada subida; el sudor me cae por la cara.

—¿Cuál era el motivo por el que estamos subiendo está pendiente?

La pregunta correcta sería: ¿por qué traje a la mequetrefe conmigo y con Mari Borges? ¡Dios mío! No ha parado de quejarse desde que salimos de la institución. Se necesita una paciencia divina. Cuando pienso que tal vez puede ser una persona decente, termina arruinándolo todo.

Nadie puede decir que no intento darle una oportunidad a esta desalmada. Terminamos acercándonos un poco —muy poco— por los problemas financieros que está enfrentando la institución. Sospecho que con eso avancé unos metros hacia el purgatorio en vez de ir directa al infierno.

No sé a cuántas personas llamé la semana pasada pidiendo donaciones para la institución. Es cierto que no fue muy productivo, y ni siquiera se acerca a lo que necesitamos, pero al menos conseguí dos donaciones generosas y me di cuenta de que puedo ser útil en otras funciones dentro de la organización.

Creo que a la mequetrefe le dio lástima ver cómo me colgaban tantas veces el teléfono —ya fuera porque sabían quién era o porque simplemente no les interesaba ayudar—, y decidió rebajar un poco su hostilidad. Pero eso no significa que no sigamos lanzándonos indirectas todo el tiempo. El nivel de confianza que tengo en ella es el suficiente como para dejar que tome el primer sorbo y asegurarme de que no me envenenó.

—¿No eres tú la alpinista que vive subiendo el Pico del Jaraguá con los chicos? ¿Ya estás cansada?

—¡Fuerza, que falta poco! —le dice Mari Borges.

Miro hacia atrás y veo todo lo que ya subimos. No es raro que me estén matando los pies.

Desde el lunes, la pequeña Luana no aparece por la institución. Preocupada, fui a buscar a su hermano en el semáforo donde trabaja, pero tampoco estaba ahí. Caray, les tomé mucho cariño a esos dos. Denis, nombre que supe apenas hace poco, es un jovencito valiente. En los días que se retrasa para recoger a su hermana, se asegura de acompañarme hasta la estación del metro, ya que suelo quedarme hasta tarde esperándolo. De vez en cuando me envía con su hermana algunos cachivaches como regalos. Ya le dije que no lo haga, pero me rendí; sé que lo hace de corazón.

Mañana habrá una jornada de vacunación contra el sarampión y la poliomielitis, y creo que es fundamental que los padres se sumen a la campaña y lleven a sus hijos. En la charla a la que asistimos la semana pasada, impartida por profesionales del Ministerio de Salud, me impactó enterarme de los bajísimos índices de vacunación y, sobre todo, descubrir que la mayoría de los niños de la institución tienen el esquema incompleto, ya sea por negligencia o por omisión.

Por eso estoy tan comprometida con avisarles y comunicar que los espero mañana.

—¡Qué taxista más idiota! ¿Le costaba mucho habernos dejado arriba?

Esta vez no puedo contradecirla. El tipo se asustó cuando vio que era una favela. Yo no esperaba que vivieran en un lugar distinto, pero esto parece bastante pesado. Lo más curioso es que, cada cinco construcciones, de un lado hay una iglesia y, del otro, un bar. Aquí la competencia está reñida. Apuesto a que los dueños de los bares les dicen a sus clientes: pequen aquí y vayan a perdonarse allí.

—Creo que este es el callejón del que habló el señor en la esquina de abajo —Verifico la dirección en el papel, y coincide. El callejón es tétrico—. ¡Ay, Dios mío!

Quién lo diría, que un día ibas a entrar en una favela, en vez de estar visitando la encantadora Vieille Ville de Niza, en Francia.

—¿Y ahora qué pasa? —me pregunta Mari, preocupada.

—La numeración de estas casas empieza con números bajos, y la de ellos es el doscientos quince —Uso la palabra « casas » para no sonar clasista, pero la verdad es que parecen cubículos de pensión —. Eso significa que vamos a tener que caminar bastante por este callejón.

—¿Estás bromeando, ricachona? Nos van a robar en los primeros cincuenta metros. Yo no voy a entrar ahí.

—Mide tus palabras —Le llama la atención Mari—. La mayoría de los que viven en la favela son buena gente. Viven en lugares así porque no han tenido oportunidades.

—¡Entonces id vosotras! —responde enfadada, encogiéndose de hombros—. Yo no voy.

¿Miedo de que te asalten? Querida, ¿quién va a querer robarte cuando vea ese trapo viejo que estás usando como ropa? Respiro hondo…

—Hazlo por Luana. ¿Te imaginas lo feliz que se pondría al vernos?

—¿Vas a decirme que no tienes miedo de entrar ahí, princesita? —la miedosa me provoca.

No pongas a prueba mis límites, amiga. Puedo parecer simpática, pero no te equivoques: si ves mi foto en tu álbum, puedes estar segura de que la dejé poner solo porque salí bien en ella. No te confíes… Aún somos solo compañeras.

—Claro que tengo miedo, pero vine decidida a averiguar qué está pasando con ella y su hermano. Así que no me voy hasta saberlo. ¿Y ahora me puedes hacer un favor? ¡Deja de llamarme princesita!

—Estás loca, eso es lo que eres, y quieres que todos se vuelvan igual de locos que tú —dice Rose, levantando las manos.

—Imagínate lo desagradable que sería si yo fuera la única con camisa de fuerza. Yo impongo estilo, querida. Ahora deja el drama y vamos.

—Lo haré por Luana —dice, sin querer admitir que estaba cediendo, mientras seguía quejándose.

Mari me sonríe y yo le guiño un ojo.

A medida que avanzamos por el callejón, voy tranquilizándome al ver puertas y ventanas abiertas, gente sentada en las escaleras que llevan a los pisos superiores. Algunos vecinos compartiendo momentos. Mari tiene toda la razón: la mayoría de las personas que viven aquí parecen ser de buen corazón. Aunque no envidio para nada sus vidas, debo admitir que se los ve felices.

Caminamos juntas, observando todo... Como diría Caco Antibes: "A los pobres les encantan los ladrillos y un montoncito de arena frente a la casa". Es impresionante la cantidad de materiales que acumulan.

Mi móvil suena y el corazón se me acelera. Meto la mano en el bolsillo, pero me detengo.

—No seas grosera. Atiende al calvo tatuado.

¡Qué entrometida es Mari a veces! Por supuesto que sabe quién es. Después de todo, le conté a esa chismosa que solo él y ella tienen este número. ¡Maldita sea! Justo cuando consigo no pensar

en ese tipo y distraerme con otras cosas, él llama o manda un mensaje.

—Mira cómo se refiera al noviecito de otra —se burla Rose de Mari, descaradamente.

—¿Voy a mentir e irme al infierno? El tipo está bueno, sí. Paula es una perra con suerte, y si yo fuera ella, ya tendría el móvil pegado a la oreja.

Pero no lo es, pienso para mis adentros.

—¿Pueden callarse las dos? No voy a contestar el teléfono aquí. Si me lo roban, no podré comprar otro en mucho tiempo —uso la excusa de Rose.

—Estoy viendo a varias personas caminando con sus teléfono en la mano. No creo que te lo roben.

¿Quieres conocer de verdad a una amiga? Confíale tus secretos, cuéntale todas las virtudes del tipo y luego quéjate de que no se está comportando bien. Enseguida intentará demostrar que la que está mal eres tú.

Él sigue insistiendo.

—Qué necio —me quejo.

—A mí me parece encantador —comenta Mari.

—No lo pongas en un pedestal, ni siquiera lo conoces.

—No hace falta. Ya soy fan. Es guapo, divertido, y estoy segura de que muchas mujeres se arrojarían a sus pies.

—Es muy probable. Seguro por eso sigue atrapado en Salvador tanto tiempo.

—Ya entendí todo. Lo estás evitando desde hace días por celos.

Cruzo los brazos y me detengo.

—¿Celos? ¿Yo? No me hagas reír.

¿Cómo se atreve a decir eso? Unos cuantos orgasmos no me vuelven una mujer enamorada. Gracias a Dios, soy inmune.

—Ese tipo debe haber probado lo que tiene la bahiana y ya se olvidó de la paulista —dice Rose con burla, y la miro con cara de pocos amigos—. Tienes razón en no contestarle, princesita

—¡Qué descaro! —Niego con la cabeza, incrédula.

—¿Qué? No necesito saber toda la historia para darme cuenta de que ese tipo te está tomando el pelo.

Ya basta de esta conversación. No quiero seguir siendo el tema de nadie.

—¿Podemos dejar de hablar de él? Esa es la casa.

Si ya me habían parecido precarias las construcciones que vimos en el camino, esta es mucho peor. En lugar de cristales, la ventana tiene un plástico negro. Las paredes están agrietadas, con espacios que deben tener al menos un centímetro.

Busco el timbre y no lo encuentro, así que aplaudo.

La casa está en silencio, muy diferente a la de los vecinos, donde suenan a todo volumen funk, sertanejo y forró[8], generando una contaminación sonora tremenda. ¿Qué es esto? ¿Una competición de quién tiene el mejor equipo de sonido? Por favor, los pobres tienen unas costumbres rarísimas.

—¿Me pueden ayudar? Si solo yo aplaudo, no creo que alguien escuche.

Ellas entonces se me unen…

Una ancianita con un pañuelo en la cabeza se asoma por la ventana del costado. Curiosa, nos observa.

—¿Sabe usted si esta es la casa de Luana y Denis?

La mujer nos mira con desconfianza.

—Sí, viven ahí.

—¿Estarán en casa?

—¿Y ustedes quiénes son? ¿Del Consejo de Menores?

¡Por Dios! ¿Hoy es el día internacional de las entrometidas? ¿No le basta con darnos la información? ¿También tiene que saber quiénes somos? Antes de soltar una respuesta grosera, recuerdo lo que Denis me dijo aquel día en la puerta de la institución y aclaro enseguida.

—No, señora. Trabajo en la escuela de Luana. La extrañamos esta semana y vinimos a ver si todo está bien.

—Sí, están en casa. Ni aunque Denis quisiera salir podría. Seguro que está acostado, pobrecito... Acaba de volver del hospital. No llevé

a la niña al jardín porque no sabía dónde era. Se quedó conmigo mientras él estaba internado. El padre le dio una buena…

Su último comentario me asustó.

—¿Su padre le dio o qué ?

—Ay, señorita... Ese hombre no vale nada, le dio una paliza al pobre el domingo, casi lo mata, solo porque no llevó suficiente dinero a la casa. Dígame si eso es normal…

—¿Dónde está él?

—¿Quién?

—El padre.

Ese hombre iba a escuchar unas cuantas verdades de mi parte. ¿Acaso no se daba cuenta de todo el esfuerzo que hacía su hijo trabajando como malabarista en un semáforo, bajo el sol y la lluvia?

—La policía se lo llevó ese mismo domingo. Los vecinos le dieron una buena paliza. —Bien merecido, se lo ganó—. Ese tipo no ha aparecido por aquí en mucho tiempo. Y si llega a aparecer, el dueño del barrio lo mata. Solo no lo hicieron porque la niña no paraba de llorar y les dio lástima. Sabes, ella tiene un montón de problemas.

¡Problemas tiene usted, señora! Resoplo, furiosa. Si sigo escuchando a esta chismosa hablar, soy capaz de mandarla a buscarse algo útil que hacer. Entro al patio, y con la rabia que siento, no me cuesta nada abrir la puerta.

—¡Vuelve aquí, Paula! ¡No puedes meterte en la casa de los demás!

No sé cuál de las dos me lo grita. Que se vayan al diablo con su "puedes o no puedes".

La casa no es grande, solo tiene tres habitaciones. Sobre el fregadero no cabe ni un plato más. La televisión está encendida. Me acerco a la sala, desde donde viene el sonido, y lo que veo me deja paralizada.

El rostro del chico está desfigurado; los brazos, inmovilizados. Al lado, sobre un colchón tirado en el suelo, está Luana, inquieta, y parece tan asustada como su hermano. Aunque el autismo es un trastorno del desarrollo que afecta mucho la capacidad de

interacción social y la comunicación, Luana se expresa relativamente bien con sus compañeros de la institución y también con los adultos.

Llevo las manos a la cabeza, sin saber qué hacer.

—Dios mío —susurra Mari detrás de mí.

—Santa madre… —exclama Rose al mismo tiempo. Menos mal que al menos tiene la decencia de no soltar ningún comentario fuera de lugar. La situación ya es bastante horrible como para aguantarla a ella también.

—¿Qué hacen aquí? —La voz del chico suena aterrada.

—Vinimos a ayudar —Me acerco poco a poco. Tengo ganas de abrazarlo y prometerle que algo así nunca volverá a pasar, pero no sé si puedo hacer una promesa así.

Él intenta levantarse y proteger a su hermana.

—No necesitamos ayuda. Estamos bien. ¿Verdad, Luana?

Ella asiente, con los ojos llenos de lágrimas. Intento recuperar la calma y dejar la furia a un lado. Todo esto es tan inhumano…

—Deja de hacerte el duro, chico. ¿No estás ya lo suficientemente golpeado como para encima andar con orgullo? —le digo con firmeza.

—Nadie va a separarme de Luana, ¿me entienden?

Su preocupación es tan genuina que ni siquiera piensa en sí mismo. Todo lo que quiere es proteger a su hermana.

—De ninguna manera. Van a seguir juntos.

La promesa suena vacía, pero es lo único que puedo ofrecerle ahora. Legalmente, no sé en qué situación están. Él debe tener dieciséis o diecisiete años, y si no tienen parientes cercanos, dudo que el Consejo Tutelar no los mande a un albergue.

—¿Qué te parecería venir a mi casa? Puedo cuidar de vosotros allí.

Debo estar loca. ¿De dónde salió esa idea tan disparatada? No lo sé, solo quiero sacarlos de este desastre. Necesito enfocarme en un problema a la vez. Podría llamar a Maria Alice y pedirle ayuda, pero está tan metida en la campaña de vacunación que se hará mañana… Esa opción está descartada. Siento que la cabeza me va a estallar.

—¡Vaya! ¿Ahora vas a llevártelos a vivir contigo? —La idiota suelta lo suyo, y yo la fulmino con la mirada. Querida, si no puedes ayudar, mejor cierra la boca.

—No nos vamos a ir de aquí —dice Denis con firmeza.

Durante unos segundos tensos, nos miramos. Detrás de la valentía de sus palabras hay un miedo profundo, de niño. Al lado del colchón, algunos paquetes de galletas dejan ver de qué se están alimentando.

—¿Y piensas seguir dándole galletas a Luana hasta cuándo? ¡Si no puedes ni cuidar de ti mismo, mucho menos de los dos!

Y ni hablar del esfuerzo que debe hacer para mover a su hermana en silla de ruedas. Si para alguien sin ningún impedimento ya es complicado, imagínate para él, en ese estado.

—Voy a quitarme esta porquería de los brazos y volver al trabajo.

—¿Y crees que el dolor te va a dejar hacerlo? —Doy unos pasos más hacia él. Baja la mirada e inclina la cabeza.

—Me las voy a arreglar.

—Es muy noble de tu parte sentir tanta responsabilidad por Luana, lo reconozco. Pero, ¿no sería mejor que primero te recuperes y después pienses en volver al trabajo?

Trago saliva cuando lo veo intentar moverse y quejarse del dolor. Presiento que hay algo más detrás de todo ese miedo. Es un joven algo insolente, y el simple hecho de que no me mire ya me dice que está ocultando algo.

Luana, por su parte, está muy inquieta. Si ya de por sí tiene poco contacto visual, hoy eso es aún más evidente. No me mira para nada. Además, sus movimientos corporales están más agitados de lo normal.

—Mari, ¿por qué no te llevas a Luana a que se dé un baño con Rose, mientras yo hablo con Denis?

—Me parece una idea excelente —Mari se entusiasma.

—Sé hacer trenzas preciosas —Rose parece entender perfectamente la gravedad del asunto.

—Yo quie… ro —Luana habla con dificultad, pero parece emocionada con la idea.

—Seguro vas a quedar como una princesa. Yo también quiero una trenza para parecerme a ti, princesa Luana. —Miro a las dos, agradecida de que estén logrando distraerla.

Acompaño a Luana hasta que llega a los brazos de Rose.

—Su ropa está en el primer cajón —Denis señala dónde.

Ellas salen de la habitación y yo me quedo mirándolo.

—No tengo idea de cómo va a ser la situación de vosotros, te lo digo con sinceridad. Lo único que sé es que no pueden quedarse aquí por ahora. Tu… —no puedo referirme al monstruo que hizo esto como padre—. Ese hombre te lastimó de verdad, y si vuelve, ¿qué les podría hacer? ¿Cuántas veces más vas a soportar sus maltratos? Tú ya eres un chico mayor, pero ¿y ella?

Las lágrimas le corren por el rostro. Mi intuición no falla, hay algo más detrás de todo esto.

—¿Crees que ella soportaría lo que él te hizo a ti? —pregunto.

—Él nunca más va a abusar de ella. Si intenta acercarse otra vez, yo lo mato.

El odio en sus palabras me hiela la sangre. Es demasiado cruel que un padre abuse de su propia hija. Me vienen recuerdos de Vitória. Todo se vuelve un borrón… La culpa me golpea. Yo no hice ni la mitad de lo que hizo ese monstruo, pero aun así, no merecía perdón, igual que él. Algunas veces me referí a mi propia hija, a quien debí haber amado y respetado, como un vegetal. Si eso no fue violencia también, entonces no sé qué fue.

Me acerco y me arrodillo junto a él. Desde cerca, su rostro está aún peor, el lado izquierdo completamente cubierto de hematomas, y un ojo apagado.

Lo abrazo y lloro con él, aunque nuestras angustias y dolores no se parezcan en nada.

Esa noche tuve un sueño extraño. Era el mismo laberinto de siempre, donde me sentía perdida como de costumbre. La diferencia fue que, esta vez, algo me decía que había una salida en alguna

parte. En lugar del llanto de bebé que siempre escuchaba, había silencio. Como si dentro de ese silencio pudiera encontrar mis respuestas.

—No te estoy proponiendo que vivan conmigo para siempre. La verdad, ni creo que eso sea posible. Pero te prometo que haré todo lo que pueda para que sigan juntos.

—El médico dijo que tengo que estar inmovilizado diez días más.

Linda forma de decir que acepta mi propuesta. Me alejo de él y sonrío entre lágrimas.

—Entonces, concéntrate en curarte. Después veremos cómo arreglamos todo, ¿trato hecho? —Le guiño el ojo.

—Tengo que contarte algo más antes de irnos contigo. Aproveché que los enfermeros estaban ocupados y me escapé esta mañana.

Perfecto. ¿Qué es una gota de mierda, comparada con una diarrea frente a un ventilador, verdad?

—¿Por qué hiciste eso?

—El domingo, cuando el Consejo Tutelar me acompañó en la ambulancia hasta el hospital, me preguntaron si tenía algún familiar cercano que pudiera cuidarnos y si Luana estaba con ellos, porque no la encontraron en casa. Me hicieron un montón de preguntas sobre nosotros dos.

—¿Qué les dijiste?

En estos casos, cuando no hay familia o alguien cercano, la policía llama al Consejo Tutelar. Y si ellos no logran encontrar a nadie que se haga cargo, mandan los niños a un albergue.

—Les mentí. Dije que no sabía dónde estaba.

Por lo poco que sé, el Consejo Tutelar puede ordenar que el niño o adolescente sea llevado a una institución si queda claro que no hay nadie para cuidar de él o ella.

—¿Tienes idea del lío en el que te metiste? Seguro ya vinieron aquí a buscarla.

—Creo que sí, pero cuando vi llegar a los policías el domingo y el alboroto que se armó, le pedí a doña Desolina que escondiera a

Luana hasta que yo volviera. Sabía que llamarían al consejo, tanto es así que me acompañaron al hospital.

Ahora entiendo la preocupación de la señora de la casa de al lado. Este niño es un verdadero astuto, lo planeó todo para evitar que se llevaran a su hermana.

—Qué maravilla saberlo. Mientras más me cuentas, mejor se pone todo —ironizo, pensando en el lío que se viene.

—No tienes que preocuparte. Si nos quedamos contigo, será solo hasta que me quiten esto de los brazos. En una semana cumplo dieciocho y voy a pedir la custodia de ella.

Habla como si fuera así de fácil. Primero necesitaría un trabajo formal y una dirección fija. Si cree que algún juez le va a dar la custodia mientras trabaja como malabarista en un semáforo, está muy equivocado. No desprecio lo que hace, porque sé que mantiene la casa, pero probarlo es otro cuento.

—¿De verdad piensas que cumplir la mayoría de edad va a resolver todos tus problemas?

—No todos, pero sí algunos.

¡Soñador!

—Ay, chiquillo… —Apoyo mi frente en la suya—. Tenemos que movernos ya si no quieren que los atrapen. Seguro el hospital ya avisó a la policía que te escapaste, y en cuestión de horas estarán aquí.

—Justo antes de que llegaran estaba pensando en eso, en adónde podríamos ir. Cada vez que Luana tiene que cambiar su rutina, sufre y entra en pánico.

—Se va a distraer con Vira-lata.

—¿Qué es Vira-lata? —Logro que se relaje.

—Un gatito de un amigo mío que también está quedándose en casa.

Mi móvil suena y decido contestar. Tal vez me haga bien distraerme un poco mientras intento digerir todo esto.

—¿Me das un segundo? Necesito responder esta llamada.

Le doy un beso en la frente y me levanto.

—¡Hola! —Escuchar la voz de Mal es como un bálsamo…
En medio del caos, él parece ser la luz.

Capítulo 25

Mal

Respiro aliviado cuando Paula por fin contesta, después de decenas de llamadas. Llegué esta mañana a San Pablo, pensando que tendría tiempo suficiente para encontrarla en casa, pero cuando toqué la puerta, lo único que recibí como saludo fue el maullido de Vira-lata.

No debí haber vuelto de Salvador; las cosas allí todavía no están como quería. Digão volvió al trabajo la semana pasada. Fue un verdadero héroe al evitar que alguien más, además de él, saliera herido en el pequeño incendio que tuvimos en una de las cocinas.

Cuando me llamó para contarme lo que había pasado, no imaginé que su mano estuviera tan gravemente quemada. Si no hubiese ido a Salvador y verlo con mis propios ojos, ese terco habría seguido trabajando sin preocuparse por la gravedad de la herida. Después de todo, una quemadura de segundo grado requiere cuidados.

Todavía no se han esclarecido las causas del accidente. El chef de turno dijo que fue un pequeño escape de gas. Por si acaso, preferí cambiar todo y, de paso, modernizar la cocina, que no había sido renovada desde los tiempos de mi padre. Con esa decisión, todos quedaron felices. Ahora cada uno tiene su propia estación de trabajo. Dos problemas resueltos de una sola vez.

Quería estar allí cuando saliera el informe de los bomberos. Pero por otro lado, los últimos días fueron tan angustiantes que resultaron decisivos para que volviera. Estaba de mal humor, extrañaba cada vez más a mi princesa, y lo peor es que empezó a ignorar mis mensajes. Algo andaba mal, eso era evidente.

Si estamos teniendo problemas en nuestro paraíso, quiero que me lo diga mirándome a los ojos.

—¿Dónde estás? —pregunto, preocupado.

Después de un momento, responde.

—En medio de una favela rescatando a dos niños. —Por el tono de voz, sé que está diciendo la verdad.

¡Está loca!

—¿¡Qué estás haciendo?! —Trato de asegurarme de haber escuchado bien.

—Exactamente lo que oíste. ¿Y tú dónde estás?

Últimamente sus respuestas siempre vienen acompañadas de una pregunta.

—Para ser exacto, en la puerta de la institución de donde deberías haber salido hace veinticinco minutos.

¡Toma esa, pequeña!

—¡¿Dónde?!

Paula me había estado haciendo sentir orgulloso cada vez que contaba sus avances con los niños. Cuando me dijo que les enseñaba buenos modales, no entendí bien su objetivo. Pero a medida que me explicaba las situaciones y los resultados, quedé impresionado con lo que estaba logrando. Sin embargo, hay una gran diferencia entre enseñar y rescatar. ¿Dónde se estaba metiendo? Seguramente en un lugar donde no la llamaron.

—Exactamente lo que oíste —repito sus palabras—. ¿Estás rescatando a dos niños tú sola?

—Estoy con Rose y Mari… Mañana hay jornada de vacunación en la institución y vinimos a avisar a la familia de Luana. Pero cuando llegamos, nos encontramos con un verdadero caos. Ahora estoy pensando en cómo trasladar a una niña en silla de ruedas y a un chico todo golpeado hasta mi casa.

—¿Vas a llevar a dos niños a tu casa? —Contengo el aliento. Esta mujer no deja de sorprenderme.

—Por increíble que parezca, ya escuché esa pregunta hoy. De hecho, yo misma me la estoy haciendo… Así que, si no te importa, ¿podrías llamarme en otro momento?

—Claro que me importa. ¿Puedes ser más clara y explicarme bien qué está pasando?

—No vas a rendirte, ¿verdad? Lo que pasó fue…

La escucho con atención. Parece tener prisa por contar todo y, a medida que voy entendiendo, noto que la situación es más complicada de lo que imaginaba.

—Voy a buscarlos.

—Mira, no quiero sonar arrogante ni nada, pero esa moto tuya no va a solucionar el problema. Y si vienes con ese Escarabajo azul, te aseguro que no vas a poder subir la pendiente empinada que hay para llegar aquí. Así que gracias, pero si no tienes una van, es imposible que nos ayudes, Malaquías.

¿Malaquías? ¿Paula me llamó por mi nombre? Definitivamente las cosas no están bien para mi lado.

—Moa está en casa. Solo tienes que enviarme la ubicación de donde estás, del resto me encargo yo. ¿Son solo vosotros cinco?

—Si no aparece otro niño de la familia, creo que sí. Aunque la vecina chismosa tal vez quiera venir también, pero con eso yo me las arreglo.

Su sarcasmo es realmente encantador.

—Ya voy hacia ahí.

—Me parecen tan excitantes estos cuentos de hadas modernos.

Me encanta cuando se pone ingeniosa. Con solo oír su voz, siento cómo cada nervio de mi cuerpo vibra con la misma intensidad de cuando estamos juntos.

—¿Nosotros tenemos un cuento de hadas? —La provoco.

—Ah, sí, claro que tenemos… Solo que en nuestra historia, el lobo Mal no tiene pelos en el cuerpo, aunque sí es grande, y viene a salvar a la princesa en moto.

Sonrío.

—¿Y el final es felices para siempre?

—Este cuento aún no tiene final. Ya sabes cómo son estas historias modernas: la gente desaparece y luego aparece de la nada creyendo que puede seguir como si nada hubiera pasado.

Cuando me reta así, me prende fuego por dentro… Cuando tenga esa lengua afilada entre mis manos, va a ver lo que le haré.

—Pequeña, no desaparecí. Me ausenté. Son dos cosas muy distintas. Y ahora que estoy de vuelta, podemos llenar las páginas en blanco con mucha historia.

—Estás muy seguro de eso. ¿Quién dijo que no se están llenando ya?

—Tú. Si una historia no tiene final, es porque aún tiene espacios vacíos.

—Vaya, vaya, veo que volviste afilado de Salvador. ¿Será porque descubriste lo que tiene la bahiana o es solo influencia filosófica?

—No supongas, pequeña. Si tienes alguna duda, sé directa y pregúntame de frente.

—Si así lo quieres, empieza a preparar el repertorio, porque el cuestionario será largo. Ahora tengo que colgar. Mari me está llamando.

—No se muevan de ahí antes de que llegue. Ya está oscureciendo y puede ser muy peligroso.

—Entonces, apúrate.

¡Vaya! Ni siquiera me mandó un besito. Yo, lleno de amor para dar, ¿y ella se vuelve así de fría?

¡Déjate de eso, hombre! Van a tener tiempo de sobra para besarse. ¡Ahora mismo está corriendo peligro! Llama ya a Moa.

No tardé en llegar al lugar acordado.

Hace unos minutos vi una patrulla subiendo la pendiente de la que Paula habló, y eso me tranquilizó un poco. Al fin y al cabo, un poco de seguridad en los alrededores no vendría mal.

Bebo casi toda el agua de la botella de un solo trago. Algo dentro de mí me decía que debía regresar, y estaba en lo cierto. ¡En qué lío se fue a meter! Paula desafiando los límites… Admiro su capacidad para arreglárselas sola, sin que nadie tenga que tomarle la mano para mostrarle el camino. Es fuerte, y mucho más decidida de lo que pensaba.

Hace unos días le pregunté sobre la herencia, si ya había decidido qué hacer al respecto, y su respuesta fue, otra vez, sorprendente.

—Ya no sé si quiero meterme en esa pelea. Tal vez ni siquiera tenga derecho a hacerlo.

¿Cómo qué no? Mis abogados me aseguraron que tenía los mismos derechos que el padre. En ese momento pensé en discutir el asunto, pero al final preferí dejarlo pasar. La herencia era suya, podía hacer lo que quisiera. Si era justo o no, ya no era asunto mío.

El hecho de pensar que estaba evitando al exmarido debería darme algo de esperanza, pero no fue así… Qué absurdo. Estoy sintiendo celos del tal doctorcito solo por imaginar que aún podría tener sentimientos por él. ¡Inseguridad! ¿Cuándo había sentido algo así? Nunca.

Moa tarda en llegar y no tiene sentido que suba sin lo que necesito… Impaciente, decido llamarla otra vez para avisarle que estoy cerca, pero en lugar de ella contesta otra mujer.

—Hola, Mal. Habla Mari, amiga de Paula. Ella no puede hablar ahora…

Al fondo escucho a mi princesita bastante alterada. El corazón se me acelera.

—¡Ustedes no pueden tocarlos! Escuchen bien, mi exmarido es juez y su padre es magistrado. Yo conozco los derechos de estos niños.

Una voz masculina le responde algo que no alcanzo a entender. ¡Maldita sea! ¿Con quién estaba discutiendo?

—¿Ese es un problema del Consejo Tutelar? Pues que vengan hasta aquí, entonces, porque no voy a permitir que separen a estos niños, y mucho menos que se los lleven.

—Mari, ¿con quién está discutiendo Paula? —Saco diez reales del bolsillo y los dejo en el mostrador del bar. Moa me había dicho que esperara fuera de la moto por seguridad.

—¡Con un policía!

¡No puedo creer que esté haciendo eso!

—Mari, trata de calmar a la fiera, que en dos minutos voy a por vosotras.

Paula no deja de discutir con la policía. La señal es pésima y eso me pone más nervioso.

—Pedir eso es no conocerla en lo más mínimo. Si me acerco a ella ahora, es capaz de arrancarme la cabeza.

—Entonces haz una cosa, dile que necesito hablar con ella con urgencia.

—¡Paula, es urgente! ¡Tienes que contestar esta llamada!

—¡No tengo que contestar nada!

La amiga le dice algunas cosas más, hasta que finalmente responde.

—Lamento informarte, pero estás diez minutos atrasado. No puedo hablar…

La interrumpo antes de que termine.

—Escucha, pequeña. Si sigues discutiendo así con el policía, vas a empeorar todo. Te arrestarán por desacato a la autoridad, encima, complicarás las cosas para los niños.

Parece que su respiración se calma un poco.

—Estaré ahí en dos minutos.

—Está bien.

Su tristeza me golpea como un puñetazo. Me subo a la moto mientras hablo con Moa y le digo que vaya directo a la casa de los niños. No sé por qué le hice caso esperándolo aquí. Debería haber estado allí con ella cuando llegaron los policías.

Capítulo 26

Paula

Mientras no llegue el Consejo de tutelar, nadie va a sacar a Denis y a Luana de esa casa. El sentimiento de haber fallado una vez más en mi vida me deja completamente destruida. Ver en los ojos del chico el pavor y la desesperación fue como morirme por dentro. Algo en mí se hizo pedazos. Siento que esta situación se me escapa entre los dedos. No sé qué hacer…

—Paula, prometiste que nadie me iba a separar de Luana, por el amor de Dios, no dejes que eso pase. Si me llevan a un albergue, me escapo. Luana va a sufrir, ayúdame a quedarme con ella, por favor.

La súplica de Denis, rogándome que no permita que lo separen de su hermana, no deja de retumbarme en la cabeza. ¡Esto es demasiado injusto! Ni siquiera me pasa por la mente permitir que algo así suceda. Pero ¿cómo voy a ayudarlos? Aún no lo sé. Dentro de mí hay una fuerza que me dice que soy capaz, mientras que la debilidad intenta sabotearme.

Necesito ayudarlos. No puedo cambiar lo que hice con Vitória, lo cual fue imperdonable, pero sí puedo pelear por estos niños. No estoy buscando redención, no se trata de compensar lo que hice en el pasado, porque nada en esta vida alcanzará para eso, pero sí puedo intentar ser una persona menos miserable en el presente.

Y no lo hago porque me considere merecedora de algo… Porque realmente no lo creo. Lo que hice con mi hija fue imperdonable. Si dijera que estoy preparada para pagar por mis errores, estaría mintiendo. ¿Quién, en su sano juicio, es masoquista como para querer ser castigado? Pero ahora puedo decir que estoy dispuesta a asumir todas las consecuencias. Y a ser menos egoísta. Así que voy a enfrentar esta situación y ver qué pasa.

—Necesito asegurarme de que ellos están en la casa.

—¿Mi palabra no es suficiente? Ya le dije que los niños están ahí dentro, y están asustados —respondo al policía, y no reconozco mi propia voz. Mal tenía razón, tengo que mantener la calma.

Hablando de él, el rugido de la moto anuncia su llegada.

—¡Mal! —Me emociono, ansiosa y aliviada, porque siento que puedo contar con su apoyo. Me sobresalto por la reacción de los policías, que de inmediato ponen las manos sobre sus armas—. Mal… Malaquías —aclaro, para que no piensen que el apodo es algún tipo de código—. No se preocupen, es solo mi… —¿qué?— mi príncipe que acaba de llegar.

—Me gustó lo de príncipe —me dice Mari, dándome un codazo.

—¿No deberías estar dentro ayudando a Rose a calmar a los niños?

—Ya iba, pero me distraje un segundo. —Sonríe—. No me iba a perder este reencuentro. Dime, ¿quién no soñó alguna vez con ver al príncipe salvar a la princesa? ¿O crees que no te escuchamos decir que tenías un cuento de hadas con él?

—El ambiente está perfecto para fantasías, ¿no? —Pongo los ojos en blanco y veo que Rose también sale hacia afuera.

—No podría estar mejor. Con toda esta emoción, se vuelve aún más fascinante —dice Mari, aplaudiendo con descaro.

¡Me lo merezco!

Rose cree que me engaña con el pretexto de que salió solo para ver llegar a Mal, cuando en realidad sé que está vigilando al policía.

—Si quieres crear una historia excitante, aprovecha que el guardia Belo de Don Gato está aquí y anda a divertirte con él —Uno de los policías parece sacado directamente del dibujo animado. Sé que no es él quien le gusta, pero no pierdo la oportunidad—. Quién sabe si en la vida real logras distraerlo lo suficiente como para que deje de perseguir a los pobres gatitos de los dibujos animados.

—Deja al guardia Belo para Mari, yo prefiero a su compañero —murmura.

—¿En serio estás mirando al otro? No me había dado cuenta, Rose —ironiza Mari.

Mal está vestido como todo un motociclista, ese típico aventurero provocador y encantador, con jeans, camiseta negra y chaqueta de cuero. Se baja de la moto y se quita el casco, y toda nuestra atención se dirige hacia él cuando se pone de pie como una tentación viviente.

Ay, San Gennaro… Está aún más guapo, bronceado y fuerte que en la fotografía mental que guardé. No sé cuántas veces traje esa imagen a la mente en este último mes. La imagen de Mal definitivamente coincide con la realidad, pero es muchísimo mejor verlo en persona.

Con simpatía, saluda a los policías y a Rose antes de venir hacia mí.

Ay, por favor… La mirada de ese hombre es como una navaja caliente, derritiéndome como si fuera mantequilla. Siento que todo sucede en cámara lenta, perdida en la electricidad que vibra en sus ojos verdes. Parpadeo, soñadora, sintiendo el rímel que me apliqué en la mañana pegándose entre las pestañas.

—Te extrañé, pequeña.

Yo también, pero no tiene por qué saberlo. Jamás le daré ese tipo de poder sobre lo que siento. Observo sus rasgos mientras se acerca. Mal podría estar en la portada de una revista de modelos masculinos si quisiera. Evito que se me caiga la mandíbula y recupero el aire. Estoy segura de que la reacción que me provoca tiene que ver con lo vulnerable que me siento por todo lo que está pasando a nuestro alrededor.

—¿Pudiste sacarte las ganas de ver a todos en Salvador también?

¡Qué idiota! Casi me tapo la boca después de decir eso. No puede ser… Querida, este no es el momento para sacar resentimientos.

Al diablo, ¡así soy yo! Nada de andar derretida solo porque él me desarma.

—¿Cómo iba a hacerlo, si la única culpable de esos sentimientos estaba aquí en San Pablo? —responde.

Siento la sangre subir a la cabeza y latirme en los oídos tan fuerte que casi no puedo oírlo.

—No dejé de pensar en ti ni un segundo, vecinita.

Sonrío como boba, y él me acerca hacia su cuerpo. Me besa ahí mismo, frente a los policías y a mi amiga. Nada demasiado largo, pero sí lo suficiente como para llenar mi corazón.

—Me alegra que hayas vuelto —admito.

—Y a mí, estar de vuelta —dice, mordisqueando mi labio inferior.

—¡Esto es tan romántico! —suspira Rose a nuestro lado.

—¿Podría alguien echarle insecticida a esta mosca metida?

Mal se ríe y me doy cuenta de que lo dije en voz alta.

—No será necesario —me provoca, levantando las manos—. La mosquita ya se va a hacer lo que me pidió hace un rato. ¿Te acuerdas? Los niños. Hasta luego.

Levanta los dedos saludando y le lanza un guiño bien coqueto al policía. ¿No podríamos escabullirnos? ¡Claro que no! Sobre todo viniendo de Rose.

—¿Cómo están ellos? —Mal parece preocupado.

—Asustados. Luana no entiende bien lo que está pasando, pero Denis está aterrorizado.

—Qué situación tan triste la de estos niños. ¿Por qué el padre golpeó al chico?

—Por lo que entendí, fue Denis quien se le fue encima cuando lo vio manoseando a su hermana.

—Ese tipo tiene que pudrirse en la cárcel. ¿Cómo puede aprovecharse de su hija autista de esa manera? Y, aunque no tuviera ninguna discapacidad, ya sería algo atroz, inhumano. Imagínate en la situación de ella. Quién sabe cuántas veces lo habrá hecho sin que lo atraparan.

—No quiero ni pensarlo. Si lo tuviera enfrente, sería capaz de…

—Ey, no podemos hacer nada contra ese gusano. —El italiano más irresistible del mundo sostiene mi mentón, obligándome a mirarlo—. Deja que la justicia se encargue de eso.

El toque firme de macho alfa me provoca deseos nada apropiados para el lugar en el que estamos. Algo como arrancarle la ropa con los dientes y clavarle las uñas solo para saber cuánto me extrañó también.

—¿Justicia? ¿Estás seguro de que vives en Brasil? En unos días ese cabrón estará libre de nuevo, y Dios sabrá lo que pueda hacerle a esos niños.

—¿Confías en mí? —Hipnotizada por la profundidad de sus ojos, soy incapaz de responder—. Vamos a encontrar la forma de que ese monstruo se pudra en la cárcel. ¿Qué te parece si te quedas un rato con los niños y me dejas hablar con los policías?

—No sirve de nada hablar con ellos. Solo están aquí esperando que llegue el Consejo Tutelar. No pueden hacer nada por los niños. —Saber que el Consejo puede aparecer en cualquier momento y llevárselos hace que el corazón me lata con fuerza, lleno de miedo—. No puedo permitir que se los lleven, Mal. —Lágrimas silenciosas se deslizan por mi rostro.

El dolor es más fuerte que yo. ¿Cuándo imaginé que el problema de alguien más podría afectarme de esta forma?

—Tranquila. Aún no sabemos lo que van a hacer. —Me abraza con fuerza y deposita un beso tierno en mi cabeza. Es tan reconfortante...

—Si hubieras visto el terror en los ojos de Denis, rogándome que lo ayudara...

La expresión de pánico del chico quedará grabada para siempre en mi memoria. Me partió el alma.

—Puedo imaginarlo. ¿Estás segura de que quieres llevarlos a tu casa?

La vieja Paula habría dicho que eso era imposible. Habría dejado que el Consejo hiciera lo que tenía que hacer. Pero la persona que tomó el control de mis sentimientos ya no puede mirar para otro lado.

—No tienen a nadie.

—Aun así, no es tu responsabilidad.

—No lo es, pero mi corazón me está pidiendo que los ayude.

—Entonces, hagámosle caso.

Un coche se acerca, y lo que más temía parece estar ocurriendo. Dos mujeres, una de apariencia distinguida y otra no tanto, bajan del vehículo y se dirigen a hablar con los policías. Intento escuchar, pero hablan tan bajo que es imposible.

—¡Qué desesperación! ¿Qué tanto conversan?

Ojos predadores se clavan en Mal.

—Pequeña —susurra—, necesitas tener paciencia, no te precipites. Piensa en los niños.

No te preocupes, guapetón, solo le meteré las manos en la cara a esa perra que viene hacia nosotros si no deja de mirarte.

—Buenas noches. Mi nombre es Katia, soy del Consejo Tutelar y quisiera saber si ustedes son quienes están cuidando de Denis y Luana Oliveira.

La mujer nos extiende la mano para saludarnos, sin quitarle los ojos de encima a Mal, como si quisiera devorarlo en cuanto tuviera la oportunidad.

—Soy Paula. Yo estoy a cargo de ellos. —¡Así que haz el favor de soltar la mano de mi mecánico y arregla esto conmigo!

—¿Y usted qué relación tiene con ellos? —La perra ni se inmuta, sigue mirándolo. ¿Debería dibujarlo o meterle un manotazo en la cara paraque reaccione? ¿Es sorda o qué, querida?

—Soy el hombre que algún día llevará a esta preciosa mujer al altar.

Aunque estoy segura de que lo dijo solo para ayudarme, esas palabras me dejan desconcertada.

—¿Están comprometidos? —insiste, mirando nuestras manos.

—Aún no, pero lo he estado soñando desde que la conocí.

¿Satisfecha? Ya te lo comiste con los ojos, corazón. Deja de exhibirte como una diva en modo perra, porque estás haciendo el ridículo.

—¡Buena suerte!

Me sonríe. Aleluya, ¿será que ahora sí podemos ir al grano? Le lanzo una mirada prolongada que parece hacerla encogerse, recordándole por qué está aquí.

—¿Puede decirme qué piensan hacer con los niños?

—Necesitamos trasladarlos a una casa de acogida. Ya habríamos llevado a Luana el domingo si hubiera estado en casa, pero la niña simplemente desapareció. —Me mira con desconfianza y yo me hago la desentendida—. En el caso de Denis, solo estábamos esperando que recibiera el alta del hospital para trasladarlo, pero como debe saber, el chico se escapó.

Fue listo, más bien. Imprudente, sí, pero en su lugar yo habría hecho lo mismo. Puedo imaginarme lo precarias que son esas casas.

—¿Casa de acogida, dices?

—Exactamente.

—¿Y van a estar juntos?

—No puedo darte información confidencial.

Qué ruda.

—Denis cumple dieciocho dentro de una semana. ¿No puede quedarse con su hermana hasta entonces?

Soy abogada, conozco las leyes y sé cuál será la respuesta, pero necesito ganar tiempo y su confianza. Esta vez creo que el encanto de Mal no será suficiente, sobre todo después de haberla rechazado fingiendo estar enamorado de mí.

—Para la ley, aunque le falte un solo día para alcanzar la mayoría de edad, sigue siendo considerado menor.

¡Me muerdo la mejilla! ¿Qué hago? ¿Desisto? ¿Dejo que se los lleve?

¡Maldita sea, no! Tengo que intentar convencerla.

—¿Cuál sería la otra forma de evitar que tengan que ir a una casa de acogida?

—Eso solo sería posible si tuvieran algún familiar dispuesto a hacerse cargo de ellos, pero como no lo tienen, deben ser trasladados de inmediato.

—¿Y si yo digo que me quedo con ellos?

Confundida, me observa de pies a cabeza. Sé exactamente lo que está pensando. Me mantengo seria, esperando que me examine.

—¿Tiene algún parentesco con ellos?

—Ninguno, pero siento que tengo una deuda con ellos. Denis ya me ha ayudado mucho.

Mal me mira de reojo y me encojo de hombros. No estoy mintiendo, solo exagerando un poco lo buena que fue su acción cuando me ayudó con las maletas frente a aquella tienda de segunda mano.

—¿Está diciendo que ese es el único motivo, sentirse en deuda?

Su pregunta me toma desprevenida. Hago sonar los dedos al costado de mi cuerpo y Mal nota cuán tensa estoy. Su mano acaricia mi espalda, animándome a seguir. La sonrisa en su rostro muestra que voy bien.

—No solo por eso. Son buenos niños, y siempre que podemos, al final del día, pasamos momentos juntos. Son grandes compañeros.

No es ningún fraude exagerar un poco los hechos. Los niños me habían acompañado un par de veces hasta el metro y, para ser sincera, me gustaba tenerlos cerca. El orden en que ocurrieron las cosas no es algo que ella necesite saber.

—Primero necesito verlos y hablar con ellos. Si dependiera de mí, te juro que los dejaría contigo sin problema alguno, pero la ley, por medio de una orden emitida por el juez, me exige que los lleve.

—Ah, sí, claro, ve a verlos. Solo que antes necesito que sepas cuán importante es que permanezcan juntos. Luana, además de ser autista, está en silla de ruedas. Ella depende de su hermano para muchas cosas, y él ha estado cuidando de ella desde que perdieron a su madre. Ya debes estar al tanto de lo que hizo el padre, así que espero que entiendas que, en este momento, es fundamental que sigan unidos. Y yo puedo ofrecerles eso.

—Doña Paula, lo entiendo perfectamente. El problema es que, lamentablemente, las cosas no funcionan así.

Ay... Dios mío. Denis va a agredirla si intenta hacer algo.

—Por supuesto. ¿Puede acompañarme? —La mujer asiente. Comienzo a caminar, pero me detengo un instante—. Solo una última cosita.

Estoy al borde de la desesperación…

—Dígame.

¡Qué cara de mierda tiene esta mujer! Respiro hondo, al fin y al cabo, tendré que convivir con ella. Y agradezco que sea solo la cara… y no el olor.

—Todo lo que va a ver ahí adentro va a impactarla. Denis está muy alterado y puede que sea un poco rudo con usted, pero quiero que sepa que es un chico increíble, y todo lo que diga o haga será por miedo. Jamás le haría daño a su hermana. —Intento dejar clara mi postura—. Así que, por favor, no lo castigue llevándolo a un albergue. Si puede, déjeme quedarme con ellos.

—Lamento decepcionarla, pero no veo forma de que eso suceda. No puedo dejarlos con usted. En cuanto al niño, estoy acostumbrada a situaciones como esta. No son los primeros ni serán los últimos, lamentablemente.

—Es solo una semana —Le tomo el brazo—. No los separe, ¡por favor! Sobre todo después de lo que pasó el domingo.

—¿Quién dijo que voy a separarlos?

—¿Usted?

En ese momento, mi cabeza da vueltas. ¿Qué está intentando decirme?

—No dije eso, solo que el lugar al que van es confidencial.

—¿Entonces van a estar juntos?

—Sí, sería una doble violencia sacarlos de su hogar y además separarlos.

¡Diablos! Lloro y sonrío al mismo tiempo.

—¿Escuchaste eso, Mal? ¡Van a estar juntos! —grito, emocionada. Él me abraza fuerte mientras lloro de alivio.

—Por fin una buena noticia, pequeña.

—La lucha todavía no termina. Cuando Denis cumpla la mayoría de edad, podrá salir del albergue y solicitar la tutela temporal de su

hermana. Para eso, tendrá que demostrar que es capaz, pero esa es otra historia. Vamos resolviendo los problemas uno a uno.

—Así se habla.

Veo a la otra consejera unirse a Katia y caminar hacia el pasillo que lleva a la casa.

—¡Esperen! ¿Puedo ser yo quien les dé la noticia? Será menos traumático.

Se miran entre ellas y asienten.

—Puedes hablar con ellos, pero vamos a acompañarte.

Al regresar a la casa, me encuentro con la mirada de Denis, lista para defenderse. Él sabe lo que viene.

Es duro ver cómo las lágrimas silenciosas corren por su rostro.

—Mi amor, te juro que intenté quedarme con vosotros, pero van a tener que ir con las consejeras. La buena noticia es que no los van a separar.

Él asiente con la cabeza y puedo ver que se siente tan derrotado como yo.

—Piensa que será por poco tiempo. En una semana cumples dieciocho y podrás intentar conseguir la tutela temporal de Luana a través de la justicia. Pasaré toda la semana trabajando para averiguar cómo lograr eso.

Lo noto apático, su reacción me resulta extraña. Esperaba que se rebelara y se pusiera violento, pero en lugar de eso, se enfoca en su hermana. Es un gesto de madurez conmovedor. Limpia sus lágrimas con las vendas que tiene enrolladas en los brazos.

—Lu, vamos a tener que salir unos días —dice con valentía—. Vamos a conocer nuevos amiguitos —Denis le toma el rostro con las manos y la hace mirarlo a los ojos. La niña se agita, pero él la acaricia hasta captar por completo su atención—. ¿Me prometes que te vas a portar bien?

—Lo… pro… me… to… —responde con dificultad.

—Te prometo que será por poco tiempo, angelito.

—Pro… me… te…

—¡Buena chica! —Le da un beso tierno.

—¿Luana va a seguir asistiendo a la institución? —pregunto preocupada a las consejeras.

—Tendrá una vida normal. El municipio ofrece transporte para que los niños puedan ir a las escuelas e instituciones. Si puedes darme los datos y la dirección, hago la solicitud en cuanto lleguemos al albergue.

—Yo anoto todo para ustedes —interviene Rose.

Denis sigue sin decirme nada. Entonces, hablo yo.

—En la vida, enfrentamos momentos tristes, pero somos capaces de superarlos. Las cosas pueden no suceder en el orden en que las planeamos, pero eso no significa que el resultado final vaya a ser distinto al que esperábamos. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Yo te dije que en este mundo el dinero compraba todo, y tú me preguntaste hacia qué dirección iba, porque tú ibas a ir en la contraria, ya que no estabas de acuerdo conmigo. Hoy te digo que el camino que tomaste es el correcto. No hay dinero en el mundo que compre el amor que le tienes a tu hermana, y puedo asegurarte que tu mundo es muchísimo más hermoso que ese otro donde vivo yo, en el que se compran personas y sentimientos falsos. Llegué a quererte, mocoso, así que ten por seguro que mis palabras y promesas no son palabras al viento.

Él escucha todo con atención, sin decir una sola palabra. Sé que lo decepcioné y que tal vez nunca se convenza de que le estoy diciendo la verdad, así que decido irme.

—¡Bienvenida a mi mundo, Paula!

Ah, mocoso insolente.

—Nos vemos en unos días. —Intento transmitir una nueva esperanza.

—Puedes apostar que sí.

Espero a que las consejeras hablen, mientras me despido de Luana. Apoyado en el marco de la puerta está Mal, esperándome, con los brazos abiertos y dispuestos a consolarme.

Sabe lo difícil que fue para mí dar esa noticia.

En la cocina, Rose y Mari parecen estar compitiendo por la atención de Moa, que debe haber llegado hace poco. Reprimo las ganas de reír al verlas haciendo gestos sutiles y comentando con señas lo guapo que es.

—¿Quieres esperar a que se vayan, pequeña?

—Creo que sí, ¿no? Denis se sentirá más tranquilo.

Me conmueve ver cómo les muestra a las consejeras dónde están sus pocas pertenencias y documentos. Me imagino lo difícil que debe ser para ese chico mantener la compostura sin explotar. El autocontrol que demuestra para proteger a su hermana es admirable.

Mal se queda a mi lado todo el tiempo. Acompañamos a los niños hasta el coche y él se ofrece a acomodar a Luana en el asiento trasero, mientras yo le doy un fuerte abrazo a Denis.

—Cuídate, mocoso. No te metas en líos ni hagas algo de lo que te puedas arrepentir. Ahora tienes que demostrar a la justicia lo responsable que eres.

—Soy de los buenos.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—No te preocupes, nada de fugas. —El mocoso que me conquistó el corazón se cruza los dedos frente a la boca.

Le beso la mejilla y él sube al coche.

La partida de los niños duele más de lo que imaginaba. Unos brazos largos me reconfortan con paciencia. Encuentro fuerza y cariño en el abrazo de Mal. No resisto la necesidad impulsiva de besarlo.

En el momento en que nuestros labios se tocan, recuerdo todas las razones por las que necesito todo lo que él está dispuesto a darme: consuelo, afecto, pasión... Su calor me reconforta y su contacto me tranquiliza. Lejos de ser algo lascivo, es puro y genuino... cargado de entrega sin pedir nada a cambio. Mal es intuitivo y sabe que no necesito un cuerpo cachondo que me manosee. Su boca roza mi rostro y descansa suavemente en mi

frente, mientras sus dedos pasan por debajo de mi mentón, levantando mi cara para que nuestras miradas se encuentren.

—Moa llevará a tus amigas y tú te vienes conmigo. ¿Quieres seguir en coche hasta el albergue o prefieres irte?

Ese tono posesivo, seguido de una atención tan cuidadosa, es lo que lo hace tan fascinante. Qué injusta fui al juzgarlo tan mal. Es increíble cómo pasé días buscando motivos para no admitir que me gustaba que alguien se preocupara por mí, diciendo que, al preguntarme tanto, estaba ocultando cosas sobre él, cuando en realidad, para Malaquías, la única que importaba era yo.

—Creo que no podemos seguir un vehículo oficial.

—Eso pensé. ¿Qué te parece si pasamos el fin de semana en otro lugar, solos?

¿En serio cree que tengo cabeza para un viaje?

—No sería buena compañía, Mal.

—Te estoy ofreciendo mi compañía para ayudarte a relajarte un poco. Vamos, pequeña. De todas formas, no vas a poder resolver nada este fin de semana, y si te quedas encerrada en casa dándole vueltas a todo, no vas a llegar a ninguna parte.

¿Conocí alguna vez a un hombre tan bueno como Mal y lo dejé pasar? Me he relacionado con muchos, pero ninguno fue tan compañero y dispuesto a ayudar. Definitivamente, él es único. Y en parte tiene razón: no hay nada que pueda hacer durante el fin de semana, pero mañana tengo un compromiso.

—Tendrá que ser en otra ocasión. Mañana hay jornada de vacunación en la institución y me ofrecí para ayudar con la organización.

—Como tú quieras.

Su sonrisa alentadora me toca el corazón. Cualquier nudo en la garganta se deshace fácilmente con solo verlo.

—Yo voy delante. —Escucho a Mari susurrarle a Rose.

—¡Ni loca! Mi casa queda antes que la tuya, así que bajo primero.

En otras circunstancias, les preguntaría si en el autobús en el que volverían a casa —si no fuera por el aventón de Moa— también

pelearían por los asientos. Pero como no tengo ánimos, las dejo resolverlo entre ellas. Me doy cuenta de que Mal también las oyó, y esboza una sonrisa de esas que quitan el aliento. Aunque sea porque le hacen gracia, me deja sin aliento.

—Mari y Rose, gracias por haber venido hoy. —Les agradezco.

—No es nada, princesa. Al final no hicimos gran cosa.

—Qué insensible eres, Rose. ¿No ves cómo está Paula? Si no tienes nada bueno que decir, mejor cállate. Y tú, amiga, no te pongas triste. Ellos van a estar bien…

Ojalá pudiera ser tan optimista como Mari y creer eso.

—Claro que todo va a salir bien —Moa se suma al ánimo de Mari —. ¿Podemos irnos, chicas?

Ay, Rose… Me parece que te va a tocar el asiento de atrás.

Moa cruza algunas palabras con su hermano mientras me despido de las dos. Mal me entrega un casco negro con una franja rosa, bastante femenino.

—¿Llevas siempre uno de repuesto?

—Lo compré hoy, cuando decidí darte una pequeña sorpresa.

—¿Y cómo supiste dónde estaba?

Me ayuda a ponerme el casco y levanta la visera. Su mano descansando en mi nuca parece tener una intención. La de tentarme, por supuesto… Probablemente decidió ayudarme a ponerme el casco a propósito, solo para volverme loca. Hay algo profundamente sensual en sus movimientos lentos, especialmente cuando abrocha el casco.

—Me lo dijiste en nuestra primera cena y no lo olvidé.

—Qué buena memoria —ironizo, sintiendo cómo cada célula de mi cuerpo se debilita.

—Es imposible olvidar cada detalle de la persona que admiramos. —Sus palabras me dan ganas de quitarme el casco y besarlo.

—¿Tú me admiras? —pregunto, sorprendida. Si lo nota, decide ignorarlo.

—Más de lo que pensé que era posible.

Eso es algo nuevo para mí. Y lo mejor es que está siendo sincero. Puede que yo tenga el casco puesto, pero él no, así que fue fácil ver la honestidad en sus ojos. ¿Cuándo pensé que alguien podría admirarme? Pasé buena parte de la vida bajo los reflectores, haciendo de todo para que me notaran, y admito que ninguna atención que recibí se compara con la que me da Mal.

Capítulo 27

Mal

Esa mañana, Paula parecía tan vulnerable… la imagen opuesta de la mujer fogosa y salvaje que se deshizo entre mis brazos. Me costaba trabajo salir de la cama y dejarla enfrentar el día sola. La historia de los niños la había afectado demasiado, y lo único que podía ofrecerle en ese momento era mi compañía.

—Creo que ya deberíamos levantarnos. Tenemos un día de campaña de vacunación por delante, pequeña…

Intenté mostrarme animado al saltar de la cama.

—¿Tenemos?

—Exactamente lo que acaba de oír, señorita. —Tamborileé con el dedo, apuntando a la punta de su nariz.

—Puede ser aburrido.

—¿A tu lado? Lo dudo mucho.

—Es sorprendente lo servicial que eres.

—Escuchar eso en la mañana, después de una noche cargada de placer con la mujer que estuvo conmigo, es muy sexy —bromeo—. Ya me han dicho que soy un tigre, el hombre ideal, un bombón, irresistible… pero servicial es un adjetivo nuevo.

—¿Ellas dicen eso?

Es imposible no mirarla mientras sostiene la sábana que cubre partes de su cuerpo que estuve explorando deliciosamente toda la noche.

—Pequeña, puede que lo hayan pensado, pero jamás me lo dijeron. —Sonreí—. Solo estaba jugando contigo. Nada de lo que he hecho contigo ha sido por ser servicial; lo hago porque me da placer estar contigo.

Por supuesto que, después de una declaración como esa, volví a la cama… y nos retrasamos.

Cuando llegamos, el personal de salud pregunta si alguien se ofrece a usar los disfraces de los personajes de la campaña. Desde lejos, observo cómo todos se hacen a un lado. Parecen dispuestos a ayudar en lo que sea, menos en eso. Usar un disfraz parece estar completamente fuera de sus límites.

Entonces levanto la mano y me ofrezco. De inmediato, Paula me lanza una mirada y sacude la cabeza, claramente diciéndome que ni se me ocurra señalarla. Cuanto más se niega y más intenta disimular, más divertida se vuelve la idea. Mientras ella sacude la cabeza diciendo que no, yo la provoco diciendo que sí.

Por cada paso que doy hacia ella, retrocede dos, pero los míos son más grandes, y al final quedamos lo suficientemente cerca para hablar en voz baja.

—Ni se te ocurra hacerme poner ese disfraz ridículo.

Ese tono rosado de enfado en su rostro la hace ver aún más bonita.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?

Me imagino qué problema tiene con eso, pero no me quiero perder su explicación.

—No importa cuál sea el problema. Ya dije que no y punto. ¿Te imaginas verme usando un disfraz de personaje? ¡Qué cosa tan ridícula!

—¿Entonces prefieres repartir volantes sin disfraz? —La provoco —. Por lo que entendí, los voluntarios que no se disfrazan tienen que repartir panfletos o ayudar en la limpieza. ¿Vas a recoger la basura?

—Debe haber algo menos humillante que hacer.

Me toca a mí sonreír y negar con la cabeza. De rosada pasa a roja, y me clava un dedo en el pecho.

—Esto lo vas a pagar por habernos retrasado. Si hubiéramos llegado antes, estoy segura de que nos habrían dado tareas más interesantes.

—Puedo asumir parte de la culpa. Solo volví a la cama para darte un beso. Quien me agarró y no me soltó fuiste tú.

Verla tan comprometida, disfrazada de María Gotita[9], animando a las personas a que trajeran a sus hijos, nietos o familiares para sumarse a la campaña, es estimulante, reconfortante… y me enamora aún más.

Su mal humor no duró nada. Diez minutos frente a la institución y ya se estaba riendo de todo lo que decía o hacía.

Le propuse el viaje para hacerle compañía, entonces, ¿cuál es la diferencia entre estar en un paraíso tropical o aquí, en una actividad voluntaria? ¿Intimidad? ¿Privacidad? Si lo pienso bien, aquí me siento mucho más cercano a ella, descubriendo un lado suyo que no conocía, compartiendo palabras llenas de promesas que solo nos pertenecen a nosotros… Me atrevo a decir que el lugar es lo de menos, mientras estemos juntos.

Volví de Salvador decidido a contarle todo, y un viaje hubiera sido perfecto para eso. Después de todo, todavía me debe su parte de la apuesta. No existiría un escenario mejor: primero, porque no tendría a dónde escapar después de escuchar la verdad, y segundo, porque el trato era que estaría a mi disposición. No es que la quiera como empleada, claro que no, pero hacerla escuchar mis explicaciones sería perfecto…

Eso no quiere decir que no pueda decirle todo en otro lugar. Me incomoda no haberlo hecho aún, pero contarle ahora, en un momento tan frágil para ella, que ya hace tiempo que nos conocemos y que el hotel en el que un día me humilló ahora es mío… sería demasiado. Me da miedo que huya, que haga alguna locura antes de que tenga la oportunidad de demostrarle que mis sentimientos son reales.

—Te quedaste muy callado de repente. ¿En qué estás pensando?

—En nosotros —respondo con sinceridad.

—Déjame adivinar… Estabas pensando en lo mucho que te arrepentiste de ofrecerte para ser Zé Gotita y en cómo te sientes culpable por haberme arrastrado contigo. Si es eso, no te preocupes, no ha sido tan terrible… Ni siquiera hemos pasado calor —dice con ironía.

Hay una fuerza invisible que cada vez me arrastra más hacia ella.

—Nada que ver… Y, para que lo sepas, hoy cumplí un sueño de infancia. Siempre quise saber quién estaba dentro del disfraz de Zé Gotita. Mira la ironía: hoy no solo fui yo mismo, sino que además tuve el privilegio de estar al lado de María Gotita y, lo mejor de todo, sé quién es ella.

—En ese caso, lamento ser la portadora de malas noticias, pero debo informarte que ya podemos quitarnos estas cabezas pesadas. Nuestro turno terminó.

—Pensé que nunca me ibas a decir eso. —Me quito la enorme cabeza acolchada.

Murmuro palabras de alivio al volver a respirar aire fresco y, por fin, seguir mis impulsos: abrazarla. Estar a su lado sin poder tocarla fue mucho peor que estar encerrado dentro de ese horno en forma de disfraz en un día tan caluroso.

—Estaba contando los segundos. No sé en qué estaba pensando cuando decidí acompañarte.

Estar pegados uno al otro, aunque sea con disfraces acolchados de por medio, es tremendamente sensual. Con movimientos lentos, aparto de su rostro sudado los mechones pegados y los coloco detrás de su oreja.

—Zé Gotita se va a quedar guardado para siempre dentro de mí. Ponerme ese disfraz me convirtió en un hombre mucho mejor, y ahora no veo la hora de echarle gotas por todo el cuerpo.

—Considerando lo bajo que está el índice de vacunación en el país, debo decir que voy a ser una mujer privilegiada y completamente inmunizada.

Ella sonríe, y yo me debato entre besarla ahí mismo, en la puerta de la institución, o seguir contemplando su belleza en silencio. Decisión difícil... La razón dice que ese no es lugar para besuqueos, pero mi deseo no entiende nada de normas cuando su cuerpo, su boca y sus manos están tan cerca de los míos.

—Si depende de mí, vas a ser la más inmunizada de todas.

—Tengo tantas ganas de saber cómo están los niños...

Ni siquiera tenía que decirlo. Ya la conozco lo suficiente como para adivinar lo que quiere solo con ver el brillo en sus ojos.

—¿Y por qué no vamos a visitarlos?

Me mira con sorpresa.

—¿No recuerdas que las consejeras no quisieron darnos la dirección? Vete a saber a qué casa de acogida los mandaron.

—Trabajar en la institución debería darte algunas ventajas. ¿Qué te parece ir al Consejo a pedir la dirección, con la excusa de que necesitas entregarle a Luana la muñequita que olvidó en la institución, justo esa que la ayuda a dormir? —la reto.

—No sé si eso es lo correcto. ¿Me estás sugiriendo que mienta?

—¿Y decir que son amigos de última hora y tu solidaridad con Denis por todo lo que hizo por ti en la vida no fue una mentira también? —Levanto las cejas.

Paula muerde su labio inferior como si lo estuviera pensando, y juro por mis pelotas que me contengo para no reemplazar sus dientes por los míos.

—Pequeñas exageraciones. —Sonríe de forma maliciosa, sabiendo perfectamente hacia dónde va mi mirada—. Nada tan grande como lo que me estás proponiendo.

Lo correcto sería decir que es un consejo, porque si voy a proponer algo, va a ser llevarla de vuelta a la cama.

—Tus exageraciones inocentes y mi sugerencia de jugar un poco nos hacen la pareja perfecta. No puede salir mal.

Ella sonríe con burla.

—¿Qué? ¿No me crees? Ya tenemos un no como respuesta, ¿no? —susurra, como si temiera admitir en voz alta que está por hacer algo indebido.

—Un poquito de aventura es excitante.

—Eres una pésima influencia.

Como respuesta, tomo su rostro y le robo un beso. Muy corto para mi gusto, pero lo suficientemente largo como para hacerla soltar un gemido suave de placer.

—Admítelo, pequeña, solo te faltaba una cosa en la vida para que fuera más emocionante: yo a tu lado.

—¡Por Dios! ¡Qué ego tan inflado!

—No es ego. Es la pura verdad. Solo vine a este mundo porque estaba seguro de que iba a encontrarte. —Remato la frase con un guiño.

—Algún día voy a descubrir en qué sitio pasas horas leyendo esas frases hechas.

—Si fuera el caso, que no lo es, serías una aguafiestas total al arruinar la magia. Imagínate qué aburrido sería tener que leer estas palabras en lugar de escuchármelas susurrar al oído.

—¡Tienes razón! Qué desperdicio sería privarme de escuchar esa voz ronca diciendo cosas tan románticas. —Me encanta cuando ironiza—. Voy a avisar que ya nos vamos.

—¿Y no vamos a quitarnos estas ropas?

—Tienes razón, ven conmigo.

Mis neuronas quedan momentáneamente ocupadas con impulsos y deseos totalmente inapropiados. Me enloquece. Hago un gesto juguetón cuando tenemos que separarnos, finjo seguirla al vestidor de mujeres, y ella me empuja hacia el de hombres.

Coquetear con ella es una delicia. Una vez listos, la espero mientras va a hablar con una colega de trabajo. De vez en cuando, me lanza una mirada, y cuando nuestros ojos se encuentran, me regala siempre la sonrisa más bonita y traviesa del mundo.

« Llévatela de aquí. Róbasela al mundo y hazla solo tuya », susurra mi lado egoísta y enamorado.

¿De verdad pensé eso?

Estoy enamorado.

Veinticinco minutos después, me doy cuenta de que tenemos solo una cuadra para desviarnos del camino y decirle que tenía razón, no debería mentirle al Consejo.

No sería la primera vez que le digo a alguien que se rinda justo antes de hacer algo. Hay algo que no cuadra, y lo noto solo por sentir su cuerpo tenso detrás del mío. Y no es por falta de

experiencia como pasajera, porque el día anterior y esta mañana fue impecable. Sin embargo, en el camino hasta aquí, cada vez que giro en alguna dirección, su cuerpo no me sigue. Me cuesta un montón mantener el equilibrio.

Cuando salimos de la institución, ella parecía fuerte y decidida, pero no quiero ser quien la empuje o la influya a decidir algo.

¿Será que tiene miedo de que el plan no funcione?

Me dolería pensar que se arrepintió y no se atreve a decírmelo.

¿Dónde quedó esa chica valiente?

Debe haber sido muy solitario crecer con unos padres que siempre la dejaban al cuidado de otros, y seguro fue frustrante no tener su apoyo cuando más los necesitaba, sin poder compartir sus miedos con nadie... Pensar que su exmarido fue tan mezquino, priorizando siempre lo que él quería sin importarle lo que ella sentía, me revuelve las tripas. ¡Unos hipócritas de mierda!

Al acercarnos a la sede del Consejo, reduzco la velocidad lo suficiente para poder hablar con ella.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante? Podemos encontrar otra forma de visitarlos.

No tengo ni idea de cuál podría ser, pero la decisión tiene que ser suya. Paula necesita apoyo, no otra persona diciéndole qué está bien o mal.

No soy un hombre que juzgue a nadie por lo que hace.

Decisión tomada: si quiere seguir, adelante. Si prefiere echarse atrás, nos damos la vuelta.

—¿Y quieres que borre todo el discurso dramático que estuve ensayando en mi cabeza? Ni loca. Vamos.

Frente al consejero de turno, soy testigo de una actuación digna de una actriz de Hollywood. No estaba bromeando cuando dijo que había ensayado un show dramático.

—¿Usted dice que puede llevar la muñeca? Ay, pero no hace falta que se tome esa molestia. —Hace caras y gestos exagerados—. Malaquías y yo venimos directo de una campaña de vacunación, donde fuimos Zé y María Gotita, y fue increíble. ¿Sabe? Estamos

súper emocionados por contarle todo a Luana. Se va a poner feliz —dice entusiasmada mientras se gira hacia mí—. ¿Verdad, amor?

—¡Claro que sí! —respondo, con el mismo entusiasmo.

—Entonces, como puede ver, además de entregar la muñeca, también quiero darle la noticia.

—¿Tiene usted algún documento que pruebe que trabaja en la institución?

Apoyado contra la pared, observo a Paula buscar en su bolso. Parece tranquila, pero sé que por dentro está tensa.

—Tengo mi placa, ¿sirve?

El hombre se asegura de comprobar su identidad y, después de unos minutos revisando en la computadora, le entrega la dirección.

Ya en la calle, Paula se lanza a mis brazos. Su sonrisa, llena de euforia, es pura tentación, y lo único en lo que puedo pensar es en besarla. Mi pequeña se había convertido en una gigante dentro del Consejo. Nunca en mi vida había deseado tanto a una mujer como la deseo a ella.

—¡Somos una dupla imbatible!

Feliz de verla tan realizada, no dudo en hacer lo que llevo horas queriendo.

—Creo que, para probar lo bien que funcionamos juntos, solo falta esto.

La beso lentamente, enlazando nuestras lenguas con una fuerza imbatible, y le entrego todo mi deseo ardiente -que ella acepta sin dudar-. Ya no me importa si estamos en un lugar público o no, la sostengo entre mis brazos como si nunca más fuera a soltarla. Si pudiera, gritaría al mundo cuánto bien me hace Paula. Con avidez, me entrego a todo lo que ella me da, aunque nunca parece ser suficiente. La pasión no tiene sentido lógico, es una emoción intensa que empuja a cualquier mortal como yo a seguir su corazón y convencerse de que sentir esto es lo mejor que puede pasar en la vida.

Cuando Paula me humilló en el pasado, debí haberla olvidado y enamorarme de las decenas de mujeres increíbles que conocí

después; sin embargo, lo único que hice fue engañarme a mí mismo, disfrazando lo que sentía. Esta pequeña atrevida y terca fue mi primer y único amor, entró a mi corazón y se instaló ahí con tanta facilidad que debería asustarme. Pero ahora que la tengo de nuevo en mi vida, lo único que quiero es conquistarla y lograr que sienta por mí lo mismo que yo siento por ella.

Sí, pequeña, somos una dupla imbatible, y puedes estar segura de que, aunque lo hayas dicho solo por decir, yo te voy a demostrar todos los días que somos perfectos juntos.

Capítulo 28

Paula

Mal apenas me ha hecho darme cuenta del mundo de posibilidades que existe dentro de mí y mantenerme atenta al universo. El sábado, al llegar al hogar de acogida, descubrí que las visitas ya habían terminado y que solo serían posibles nuevamente el siguiente fin de semana. Ni siquiera tuve tiempo de frustrarme, porque él de inmediato me ayudó a reflexionar que, aunque las cosas no fueron como esperaba, al final todo salió bien, ya que nos aseguraron que los niños estaban bien.

La información fue confirmada el lunes. No pude ver a los niños, pero con certeza supieron que estuvimos allí. Prueba de eso fue cuando Luana me entregó un papelito de Denis diciendo que no solo él y su hermana, sino también los otros niños, agradecían por los dulces y las galletas que les habíamos dejado. El exceso de cosas que compramos fue culpa de Mal, que no escatimó en nada y agarró todo lo que vio en el supermercado.

De hecho, con él todo ha sido intenso. Desde que regresó de viaje, no nos hemos separado. Se adueñó de mis pensamientos y de todo mi tiempo libre. Es como si el tiempo que estuvimos lejos hubiera despertado en nosotros una necesidad imposible de saciar. A veces en mi casa, otras en su piso… terminamos durmiendo juntos todas las noches.

El estado en que amanecen nuestras camas y la ropa esparcida por el cuarto son prueba de cómo nos incendiamos mutuamente noche tras noche. Sus besos encienden en mí una llama incontrolable. La textura firme y caliente de su piel despierta sensaciones que me atormentan. Mi cuerpo pasa todo el día palpitando como consecuencia de esta pasión compartida sin

descanso. Y siempre suspiro al recordar cuánto me gusta gritar su nombre.

Pasé prácticamente todo el domingo en casa de su familia. Además de almorzar allí, aprendí a jugar cartas con sus hermanos. Esa familia es tan cálida, todos se conmovieron con la historia de los hermanos. Incluso Moa se ofreció para ir a ver cómo estaba Denis y, por increíble que parezca, Mal me contó que quedó tan impresionado por el cariño y el cuidado de todos en el hogar que se ofreció como voluntario para ir allí cada quince días y encargarse de la salud de los niños.

Mal se ha vuelto un gran compañero, casi como un amuleto de la suerte. El lunes, mientras cenábamos, me preguntó si mi desánimo era solo por los niños o si había algo más que me estuviera molestando. Me sorprendió darme cuenta de que nada sobre mí le pasa desapercibido.

Entonces le conté que mi falta de ánimo era por varios motivos, entre ellos la preocupación por la precaria situación financiera de la institución, ya que, si no conseguíamos pronto una buena donación, habría que hacer recortes. No sé si fue por su exceso de optimismo o por una buena acción divina, pero ayer recibimos una donación generosa que le dio a la institución un gran respiro.

Como si la velocidad con la que todo está ocurriendo no fuera suficiente para asustarme, hoy, en pleno viernes, Mal logró convencerme de tomarme el día libre para acompañarlo, junto con la abogada, a visitar a Denis y luego viajar con él. El fin de semana promete. Lo que más me intriga es esa insistencia suya de que le debo obediencia como parte de la apuesta.

—¿Puedo saber cómo lograste arreglar la vida de los niños tan rápido? —le pregunto, admirada.

—Tener al profesional adecuado tiene sus ventajas.

—Está bien, entiendo que la abogada te asesoró, pero me pregunto cómo la conociste y por qué estás pagando para resolver todo.

—Primero, no necesitas preocuparte por los costes. Si no pudiera pagar un buen abogado, no estaría haciendo esto. Segundo, ya te dije que este fin de semana vas a entender muchas cosas.

Habla como si estos próximos días fueran a marcar un antes y un después. Es obvio que, si está haciendo todo esto, es porque puede; pero aun así, como no es ningún millonario, me preocupa lo que pueda costarle. No quiero que termine metido en problemas por una causa que no es suya. Yo estaba buscando soluciones por mi cuenta cuando él me dijo que ya había contratado una abogada.

—Ya he escuchado todo eso más de una vez, ¿pero no crees que merezco respuestas?

—Las tendrás. En el momento indicado.

Mal no parece dispuesto a darme muchas explicaciones.

—¿Entonces no puedo saber por qué tenemos que viajar?

Nuestras miradas se cruzan por un momento.

—Si ni anoche, cuando intentaste convencerme con todos esos juegos de seducción, lograste que hablara, ¿por qué crees que lo haré ahora? —se burla—. ¡Deja de ser tan curiosa!

Confieso que ayer me dio mucha rabia cuando permitió que lo sedujera fingiendo que me iba a contar algo, solo para al final darme un beso y decirme « buenas noches » .

—Eso fue porque soy una tonta y quise darte un poco de cariño, mientras tú fuiste un insensible —intento justificarme.

—Estuve a punto de rendirme.

Mal me toma por las muñecas y me contengo para no lanzarme a su cuello. Su boca busca la mía y me aparto. Ahora que me hizo recordar lo cruel que fue, va a probar un poco de su propio veneno.

—¿No vas a besarme, vecinita?

La sonrisa lenta en sus labios es demasiado atractiva. Lástima que no sepa decirle que no con más firmeza...

—Estoy reservando los besos para cuando me conviertas en tu esclava —me burlo, animada.

—La propuesta era que estuvieras a mi disposición, pero si entiendes eso como esclavitud… —sigue provocándome, sin medir

nada. Malditamente atractivo—. Me encantará marcarte con unos deliciosos latigazos si no haces todo bien.

Por más absurda que suene la idea, el fuego se apodera de mi cuerpo solo de imaginar qué tipo de látigo usaría para azotarme. La inquietud no disminuye; al contrario, de frente a mí, Mal se asegura de rozar nuestras caderas para mostrarme exactamente lo que tiene en mente. Sentirlo así vuelve todo aún más visceral y primitivo.

—Estás loco.

—¿Me estás desafiando? —Hay humor en la suavidad de su voz. Aprovecha el tono juguetón para apretarme aún más entre sus brazos.

—Renuncio ahora mismo a este viaje.

—¿Harías eso? —Me mira como si fuera capaz de devorarme de un solo bocado.

No se puede estar con él sin que la mente se llene de imágenes eróticas. Mal me enciende con sus manos y esa boca sensual suya.

Siento los pechos, que parecen haber crecido, doloridos al ser aplastados contra su muro de músculo. Y la culpa es de su madre, que cada día me manda un pedazo de pastel diferente o una receta nueva de pan para probar. Esos pecados de gula me están haciendo, por primera vez en la vida, romper la dieta. No es raro que mi cintura esté más ancha. Mal jura que todo está en mi cabeza, pero sentir el botón del pantalón casi estallando no es una ilusión óptica. Es pura realidad.

Una mujer simpática, de unos treinta y cinco años, se acerca a nosotros.

—Disculpen la espera. Me costó mucho encontrar un lugar para estacionar. ¿Llegaron hace rato?

Mal me suelta, como si se olvidara por completo de mí al girarse hacia la mujer.

—Como mucho, hace dos minutos —le responde él—. Doctora Priscila, quiero presentarle a Paula. Es la persona de la que le hablé, la más comprometida en resolver el problema de los hermanos.

—Un gusto conocerla. Me conmovió la historia de ellos. Necesitamos más personas como usted en el mundo.

—¡Gracias! —Me sorprende tanto recibir un elogio de alguien a quien apenas conozco, que no puedo más que agradecerle.

—Pedí autorización más temprano para que la coordinadora técnica nos permitiera hablar con Denis. No se opuso, solo indicó que un profesional de la casa debe acompañar la charla, ¿está bien?

—No tengo ningún problema. Si así tiene que ser, lo haremos como digan.

—¿Entramos, entonces?

Mal, siempre atento, espera a que entremos primero y luego nos sigue.

Una asistente social y una psicóloga nos esperan junto con Denis, que parece ansioso. El ambiente es cálido y acogedor, muy distinto a la imagen que me hice al principio. La asociación que administra este hogar institucional está haciendo un trabajo admirable. Es sorprendente ver la cantidad de empleados repartidos por todos lados. Si en nuestra institución María Alice contara con más recursos y no estuviera pasando por tantas dificultades, estoy segura de que tendríamos algo muy parecido a lo que veo aquí.

La abogada le hace varias preguntas a Denis y lo orienta sobre cómo proceder a partir de la información que recibió respecto a la pérdida de la patria potestad del padre y la custodia de la hermana. Anota los nombres de testigos que pueden ayudar y comenta cómo planea sostenerlos. La doctora Priscila dice que lo más preocupante es que él no tenga un trabajo estable, pero que intentará buscar una solución.

Mientras Mal sigue conversando con Denis, yo acompaño a la abogada y a la asistente social hasta la oficina. Priscila le pregunta a la coordinadora técnica si existe algún plan de reintegración a la sociedad, y yo confirmo para mis adentros que, por más que tenga el título de abogada, jamás serviría para ejercer esa profesión.

Una vez todo acordado, vuelvo con Denis para despedirme.

—Me alegra que todo esté yendo bien.

—No sé cómo agradecerte, Paula. Has sido muy buena conmigo y con Lu.

Definitivamente no sé cómo manejar los elogios y las muestras de gratitud, pero, a pesar de sentirme un poco incómoda, me hace bien verlo sonreír. Me siento satisfecha de poder ayudar, aunque sea un poquito.

—No tienes que agradecerme. Sigue cuidando a tu hermana como lo has hecho y vas a recibir ayuda de todos lados. Sin contar que fue Malaquías quien contrató a la doctora Priscila, así que, si hay alguien a quien deberías agradecerle, es a él.

—Ese tipo parece buena gente. Estuve hablando con él mientras tú conversabas con la abogada y la coordinadora, ¿y puedes creer que me prometió conseguirme un trabajo?

—¿En serio? —me alegra escucharlo—. Él conoce a mucha gente, seguro todo saldrá bien.

—Es para trabajar en su oficina.

¿En la oficina de Mal? ¿Cómo que en su oficina? Aunque nunca hablamos de su trabajo, me doy cuenta una vez más de que prácticamente no sé nada sobre su vida.

Finjo no enfadarme. Por más que no logre procesar del todo lo que Denis me acaba de contar, el chico no necesita darse cuenta de nada.

—Aprovecha esta oportunidad que la vida te está dando.

—No la voy a desperdiciar.

—Ahora me tengo que ir. —Lo abrazo mientras la noticia sigue martillando en mi cabeza. Mal tiene mucho que explicarme.

Lo peor de todo es que las pistas siempre estuvieron ahí, indicando que él era un hombre de negocios, y yo, tonta, nunca conecté los puntos. Primero fue ese encuentro con el cervecero que hablaba con él como si tuvieran negocios pendientes, después viajó por trabajo con una simple llamada, y el domingo Theo dijo que pasaría por la oficina durante la semana para decidir el seguro médico de su madre. Simplemente, no imaginé que esa oficina pudiera ser la suya.

Mordiendo la lengua y la mejilla, me voy de ahí en silencio, sin intercambiar palabra con él. Si notó que había algo raro mientras pasábamos por casa a recoger la mochila, no dijo nada. De repente, éramos dos extraños.

Con mis brazos rodeando la cintura de Mal y el casco apoyado en su hombro, siento cómo el movimiento de la moto se vuelve más intenso y decidido. Las preguntas que me cruzan por la cabeza lo hacen con la misma velocidad con la que él maneja. ¡Qué mierda! Viajar sin poder hablar. Si fuéramos en coche, podría exigirle respuestas en lugar de estar aquí, sacando mil conclusiones en mi cabeza. A medida que pasa el tiempo y el paisaje va cambiando con el atardecer, me dejo llevar por el paseo, la altura, las curvas y esa sensación de tener mi cuerpo pegado al suyo.

¿Quién es este hombre del que sé tan poco, que ha venido y se ha apoderado de mi ser?

Capítulo 29

Mal

Observo a Paula estirar su cuerpo delicado y soltar uno que otro suspiro de alivio. Parece una modelo recién salida de las pasarelas, toda estilizada como motociclista, con jeans, chaqueta de cuero y botas. ¡Carajo, qué bonita es! ¿En qué estaba pensando cuando se me ocurrió traerla a acampar? ¿Será que, inconscientemente, todavía quedaba algún rastro de una vieja sed de venganza juvenil? Solo eso explicaría esta idea absurda. Es evidente que este tipo de plan no tiene nada que ver con ella. Por suerte lo noté a tiempo...

Dicen que la caminata que lleva a las siete playas vírgenes de Ubatuba, en medio de la selva atlántica, es perfecta para explorar, pero claramente no es adecuada para una mujer que usa botas con tacón. El paisaje es hermoso, sí, pero no es el lugar indicado para ella. Además, escuchar a Denis contarle sobre el trabajo que le ofrecí solo complicó aún más las cosas. ¿Cómo le iba a pedir comprensión por no haberle contado antes que era empresario del ramo hotelero, si la había traído a acampar?

—¿Por qué paramos en medio de la nada? —me pregunta impulsivamente. Desde donde estamos, se puede ver todo el mar bañando la costa, en un espectáculo natural impresionante.

No sé qué responder. Tal vez, en el fondo, quería mostrarle que esa era mi idea desde un principio: acampar.

—¿Existe un lugar mejor para quedarnos que con esta vista tan increíble? —me arriesgo a provocarla.

Paula sonríe de forma perezosa y, por poco, me pierdo en esa sonrisa y me caigo de la montaña. No sé qué es más azul, si el cielo o sus ojos...

—Cuando dijiste que viajaríamos, no mencionaste que estaríamos tantas horas sobre una moto. Así que, si no te molesta, ¿podemos ir

al hotel? —se pone mimosa—. La vista es preciosa, pero me duelen demasiado las piernas.

Los dos cascos colgados del manillar de la moto son otra señal de que planeé esto pensando solo en mi lado aventurero. El lunes, la concesionaria me había llamado para avisarme que el coche ya estaba disponible. ¿Y qué hice yo? Lo ignoré. No dudo que le duelan las piernas. Fueron casi cuatro horas de viaje. Es mucho para alguien que no está acostumbrada.

—¿De dónde sacaste la idea del hotel? —le pregunto, intrigado—. Pensé que podríamos quedarnos a acampar aquí.

—¡Qué gracioso! ¿Cómo vamos a hacer eso si ni siquiera trajimos una carpa?

Miro hacia las alforjas laterales. Ella no tiene idea de lo que hay dentro, y me resulta irresistible la idea de seguir provocándola.

—De todas formas, ni muerta duermo en una carpa. ¿Tengo cara de indígena?

Es espontánea y sincera. Suena gracioso e irónico, incluso para mí, que soy dueño de tres hoteles, querer renunciar a la comodidad para aventurarme de forma rústica. Empiezo a considerar si debería decirle que solo era una parada para estirar las piernas, porque aún faltan dos horas más de viaje para llegar al lujo y confort que está buscando. La tiento un poco más. Después de todo, me divierte imaginarla maldiciéndome en su cabeza y verla hacer esas caras sarcásticas. Ya extrañaba sus gestos pedantes.

—Por más agradable que esté el clima, dormir al aire libre no es buena idea. Escuché que esta zona está llena de mosquitos.

Me encojo de hombros, dándole a entender que no tiene opción. Me da risa la manera en que frunce los labios, rechazando por completo la idea.

—Perdón si ofendo tu estilo de boy scout, pero prefiero caminar sobre brasas...

Apenas empezó con el « perdón », supe que venía algo sarcástico detrás.

—Me imagino la experiencia, llena de picaduras y con los pies llenos de ampollas.

Pasa las manos por sus brazos como si la idea le provocara escalofríos. Y aunque no es precisamente atractivo cómo se mueve en ese momento, no puedo dejar de admirar su actitud caprichosa.

—Mal, hablo en serio. Nunca he acampado y ni quiero pensar en hacerlo. Por favor, deja de jugar conmigo y vámonos ya.

Esperaba que Paula me insultara, que esa lengua afilada me soltara una dulce bofetada cargada de sarcasmo, pero ver la angustia y el miedo en sus ojos me toma por sorpresa.

—Pequeña, siempre hay una primera vez. Además, en ningún momento dije dónde nos quedaríamos. En una apuesta, la persona que pierde tiene que cumplir el premio acordado. Tú preferiste bolso y zapatos, yo preferí un viaje contigo en mis términos. Como decidiste abandonar el juego a mitad de camino, todavía fui generoso al considerar que los dos ganamos. Yo ya cumplí mi parte, ahora te toca cumplir la tuya.

—Si hubiera sabido que saldría tan caro, habría pedido algo mucho más valioso. —En su rostro delicado se dibuja una expresión de desprecio.

Así está mejor. Me encanta verla molesta, con esas caras y gestos exagerados. Es aún más excitante.

—¿Existe algo más valioso que pasar un buen momento juntos?

—No vengas ahora con tus frases hechas. Estoy completamente sin paciencia contigo.

—Unos kilómetros caminando por este paraíso te van a hacer bien.

Paula lanza una mirada hacia el sendero que tenemos delante.

—¿Estás diciendo que todavía tenemos que caminar para llegar a donde sea que quieres ir? Empiezo a odiar la maldita hora en que fui contigo a esa fiesta.

—Te guste o no, me debes un fin de semana.

—Rayaste el disco, no te cansas de repetir la misma cosa... —Me apunta con el dedo en el pecho y revuelve los ojos—. Me debes un

fin de semana, me debes un fin de semana…

Su bocaza la hace más atractiva de lo que cree. Me inclino un poco hacia su hombro y escucho un pequeño tropiezo en su respiración. Veo un leve latido en su cuello. Es tan fácil leerla. Puede mostrarse enfadada con la idea de acampar, pero no puede ocultar lo que siente cuando está cerca de mí.

—Y tú pareces una de esas niñas mimadas que, cuando no consiguen lo que quieren, hacen berrinche. ¿Ahora entiendes por qué te pedí que trajeras solo ropa ligera?

Le tomo la mano y, antes de confesarle que tengo otros planes y llevarla de regreso a la moto, le robo un beso. Por unos breves segundos consigo distraerla. Para ser honesto, hasta yo dejo de pensar. Sentir su sabor y la suavidad de su cuerpo pegado al mío es lo mejor del mundo. Al carajo todo, no importa dónde estemos, lo único que importa es que estamos juntos. Y ella está aquí. No estoy « medio enamorado » ... Estoy completamente perdido por ella.

Si ya era difícil olvidarla cuando era joven, hoy, con más madurez, tengo la certeza de que es imposible. Estar conectado con ella me hace ver que no voy a poder esperar, y nada va a cambiar lo que, en el fondo, ya sé: Paula es la mujer que quiero para mí. Podría besarla hasta que se oculte el sol, pero si todavía nos queda un buen trecho de viaje por delante y tengo que contarle toda la verdad, debo soltarla.

—Tengo una propuesta. Si me prometes que aguantas dos horas más de viaje, te llevo a un lugar muy especial para mí.

—Si no hay ningún plan tipo « programa de indios » ni es una de esas reservas naturalistas donde la gente vive como en la Edad de Piedra, creyendo que por eso son políticamente correctos, aguanto incluso más tiempo.

—¿En serio existen reservas así por aquí?

—Malaquías…

—Vamos, pequeña.

—Lo que tiene de bonita esta moto, lo tiene de ruidosa —se queja, y me hace reír.

—Si dices una cosa más, te juro que desisto de seguir adelante y acampamos aquí mismo. ¡Súbete!

Paula toma el casco y se lo pone sin decir una palabra. Tenerla otra vez conmigo, sentir el viento pasar por nosotros mientras conduzco como si la carretera fuera una extensión de nosotros, es algo maravilloso. Me siento rodeado por ella, envuelto, completo.

Capítulo 30

Paula

La expectativa era tanta que apenas me di cuenta cuando dejamos la carretera principal y seguimos por otro camino más angosto, de tierra, sin tráfico, hasta que finalmente llegamos a un imponente hotel rodeado de palmeras. Lo único que había notado hasta ese momento era que estábamos en Angra. Perdí la cuenta de cuántas veces había venido ya a esta ciudad y me había hospedado en excelentes hoteles o en casas de amigos. Por un momento, deseé que ese fuera el lugar especial del que Mal había hablado.

Si hace otra parada como la última, lo estrangulo… Si se le ocurre hacer otra broma de pésimo gusto como esa de acampar en medio de la nada, lo dejo ahí mismo y no me importará irme en autobús o incluso haciendo autostop.

Al entrar por los grandes portones de bienvenida del Resort Beira-Mar Angra dos Reis, casi salto de la moto de la felicidad. El lugar me resulta familiar. No porque ya haya estado aquí, sino porque el estilo es igual al de un hotel en Salvador donde pasé prácticamente toda mi adolescencia. Dejé de ir solo después de un pequeño incidente que tuve allí. No fue divertido...

Me bajo de la moto sintiendo el cuerpo dolorido. Mal me clava la mirada en cuanto se quita el casco. Sonríe de una forma diferente a la habitual. Parece incómodo, confundido...

Por favor, querido, no me digas que te equivocaste de lugar. Que esa mirada tuya solo sea cosa mía.

Amablemente, el portero se acerca a nosotros para tomar el equipaje. Mal conversa con él, mientras yo, deslumbrada, observo todo a mi alrededor, hasta que mi mirada cae sobre la playa privada. ¡Esto es vida! Respiro profundamente el aire fresco del mar.

Dios me perdone, pero entre quedarme en un hotel a pie de playa y despertar literalmente con los pies sobre la arena dentro de una carpa, prefiero que me llamen esnob y quedarme en la comodidad.

Ya instalados, me fascina la infraestructura que nos rodea. ¡Wow! ¡Este hotel es puro lujo! Hacía mucho que no me daba una ducha decente como esta. ¿Cómo puedo acostumbrarme a la situación miserable que estoy viviendo, si conozco tan bien los placeres de la vida y lo mejor que puede ofrecer?

Y que no venga la voz de la razón a susurrarme que debería agradecer por tener siquiera una ducha que gotea en casa, porque hay gente que ni eso tiene, que la mando a la mierda. Puedo aceptar mi situación actual, pero conformarme con ella, jamás.

Con los brazos abiertos, me dejo caer sobre la cama de sábanas de seda esperando a que Mal salga del baño y me diga cuáles son los planes para más tarde. Mientras me deleito con la suavidad de los tejidos, un detalle curioso ronda mi cabeza…

¿Será que Mal viene tanto por aquí que ya es cliente VIP y se saltea el check-in? Bueno, sí lo hizo, no lo vi. Mis documentos, por lo menos, nadie los pidió.

Lo descubro observándome, apoyado en el marco de la puerta. La curiosidad puede esperar. Sea lo que sea que tenga para contarme, prefiero escucharlo después. Los secretos cuestan caro, y yo ya he pagado un precio bastante alto. Verlo con nada más que una toalla colgando de la cadera hace que todo sea más interesante y provocador.

—Pareces bastante cómoda.

Las gotas recorren su piel bronceada y desaparecen como si se evaporaran con el calor de su cuerpo. Me muerdo los labios, deseando ser yo la que se deslice por ese abdomen esculpido con perfección.

—¡Ni te imaginas cuánto! —afirmo. Sensual, deslizo las piernas, abriéndolas un poco para que vea que estoy desnuda bajo la bata.

Mal me observa, moviéndose por la habitación como si pudiera ver mi alma, con una sonrisa maliciosa curvándole los labios.

—Pensé que me estarías esperando con una lista de preguntas.

El fuego y el buen humor brillan en sus ojos.

—Tengo algunas en mente. —Coqueteo, completamente desinhibida, mientras desato el lazo de la bata—. Pero pueden esperar.

De pie junto a la cama, sonríe. Me agarra de los extremos de la bata y me estrecha contra él.

—Un caballero jamás hace lo contrario a lo que una dama desea. Si quieres dejarlo para después, así será.

Sus manos grandes, ásperas y firmes recorren mis piernas, mis nalgas, mi vientre, adorándolos, y me dejan sin aliento.

—Qué suerte la mía.

—Preferiría que primero habláramos. Aunque desee estar dentro de ti, creo que mereces saber algunas cosas sobre mí.

Tardo unos segundos en notar la seriedad de su expresión.

—Después —respondo, incorporándome y poniendo los dedos en su boca. Sentir ese calor familiar me desespera por ser devorada.

Por su mirada, sabe exactamente lo que estoy pensando. Me siento inquieta. Atrevida. Entonces, le quito la toalla con descaro para recibir su enorme erección palpitante con reverencia. Lo noto dudar por una milésima de segundo antes de reemplazar mis dedos sobre su boca por los míos. Curvando los labios contra los míos, me besa con hambre, con profundidad, hundiendo los dedos en mi pelo para levantarme con él. Creo que voy a estallar al sentir cómo recorre con las manos todo mi cuerpo. Me vuelvo loca cuando interrumpe ese beso glorioso.

—Es tan bueno sentir lo que tu cuerpo transmite. —Su voz, contra la piel de mi cuello, suena como el gruñido de una fiera lista para devorar a su presa acorralada sin escapatoria—. Te voy a mostrar cuánto te deseo. —Sus dientes muerden mi piel, arrastrándose hasta el hombro, y me encuentro al borde del abismo —. Mi deseo por ti es incontrolable, tu piel caliente es perfecta.

Tiemblo, dejando escapar un gemido de placer, y para él parece que mi entrega es la máxima satisfacción.

—Tu perfume se ha vuelto mi mayor adicción, pequeña. —Sus manos grandes abren por completo mi bata, mientras se arrodilla ante mí y, con destreza, atiende a mis pechos doloridos—. Lo que siento por ti jamás imaginé que fuera posible.

Su declaración no es un « te amo » , pero causa el mismo efecto.

El impacto de su boca sobre mi centro ansioso me roba el aliento y me arranca un grito lujurioso. Su lengua maliciosa, exigente y hábil separa mis labios mayores, mientras sus manos juegan expertamente con mis pezones endurecidos. Necesito aferrarme a sus hombros fuertes para no caerme.

Nuestros ojos se encuentran y Mal se asegura de mostrarme, sin un rastro de pudor, cómo logra debilitarme, hundiendo sin piedad su lengua en mi interior. Poseyéndome como quiere. Hambriento y exigente. Su mentón se mueve entre mis piernas, raspando su barba sin afeitar sobre mi piel, alimentando el fuego que arde dentro de mí.

Un hombre que te lame con ganas es una delicia. Ahí afuera hay muchos tipos que saben follar, pero encontrar a uno como Mal, que lleva a una mujer al cielo con un sexo oral inolvidable, es como encontrar un tesoro perdido. Su boca y su lengua me exploran con deseo, como si yo fuera un manjar divino.

Me hace sentir hermosa. Deseable. Le devuelvo la mirada de forma descarada, mordiéndome los labios y cubriendo sus manos con las mías, que se aferran a mis pechos con una provocación ardiente. La conexión desata aún más su atrevimiento, llevándolo a detener la invasión de su lengua y lamer mi clítoris con una cadencia constante y delirante. Mal orquesta su propio espectáculo, y yo soy la espectadora. Su lengua parece estar en todos lados al mismo tiempo. Mientras me retuerzo, introduce sus dedos en mi interior. La intensidad de mis nervios encendidos por su boca enciende mi núcleo, que palpita, que arde…

Necesito tenerlo dentro de mí.

—Mal, te necesito. ¡No me hagas esperar más!

Como si quisiera grabarme en su memoria, se detiene un momento a mirarme antes de empujarme suavemente sobre la cama.

—Tu deseo siempre será una orden.

Con toda su majestuosidad, va hasta el pantalón, toma un envoltorio plateado y cubre su extensión por completo. Es tan sensual verlo caminar de regreso a la cama. Luego se acuesta sobre mí. Sus muslos firmes separan los míos, y la parte más dura de su cuerpo presiona mi entrada ardiente y húmeda. Sin dudar, me invade. Cuanto más se mueve, más mi cuerpo lo exige. Somos ruidosos, indecentes, y no nos importa decir obscenidades deliciosas. Mal es único, rudo, salvaje, y me vuelve loca.

Intento cambiar de posición y él me mantiene justo donde quiere, bajo su control. A veces lento y torturante, otras veces rudo y profundo, pero nunca rompiendo el contacto visual. La exigencia de mirarnos a los ojos todo el tiempo es una conversación silenciosa. Cargada de promesas y confesiones no dichas.

La belleza descarada de su expresión de placer al decir que le pertenezco es la visión más excitante que existe. Nuestras caderas chocan, y las embestidas se intensifican. Cuando creo que no podré aguantar más, enrosco las piernas en su espalda, clavando las uñas en su carne, incapaz de no suplicarle que me lo dé todo.

—Mal... —El nombre resuena desde el fondo de mi garganta junto con el grito de placer del orgasmo inminente, llevándome al frenesí. Mi clímax es recibido por él como un estímulo para que el suyo venga casi al mismo tiempo, gruñendo alto, de forma ininteligible.

Me estrecha entre sus brazos mientras nuestros corazones se tranquilizan y nuestros cuerpos se dejan acurrucar.

—Estoy completamente enamorado de ti.

Ahí está, diciendo en voz alta lo que sus ojos me venían declarando sin descanso mientras me hacía suya.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

Soñé tanto tiempo con escuchar sentimientos verdaderos y reales como este. Me da hasta miedo respirar y descubrir que estoy soñando.

Hubo un tiempo en que creí en un amor que no existía y jugué a vivir en un mundo de fantasía lleno de conveniencias, pero oír a Mal declarar sus sentimientos me da el valor de querer vivir y decirle lo que también estoy sintiendo.

—Creo que yo también.

Suelta una risa espontánea y me arrepiento de haberme abierto en ese mismo instante.

—Pequeña, me encanta tu romanticismo. Ni te imaginas cuánto soñé con escuchar de la primera mujer a la que le declaro mis sentimientos que *cree* sentir lo mismo.

Entiendo el motivo de la gracia y me uno a él.

Por un momento nos quedamos quietos, acariciándonos, enamorados.

—¿Vamos a levantarnos? Quiero llevarte a conocer un lugar en la playa que está reservado solo para nosotros. Te vas a sorprender. —Me toma de las manos, pero logro retenerlo un poco más en la cama.

Me encantan las sorpresas, pero se está tan bien aquí dentro de esta maravillosa habitación y en sus brazos.

—¡Siempre me sorprendes! Me encantó haber venido. En mi adolescencia, iba mucho a Salvador y siempre me hospedaba en el resort Beira-Mar. Creo que debe ser del mismo grupo.

—Estás en lo cierto. Es del mismo grupo.

Sus dedos recorren cariñosamente mis brazos.

—Lo imaginé enseguida. No es casualidad que dijeras que este lugar es tan especial. Aquí todo es puro lujo y glamour.

—Cuando lo construí, ese era exactamente el propósito. Hacer que fuera especial para sus huéspedes.

—¿Fuiste el arquitecto o el ingeniero civil? —pregunto, curiosa, mirándolo fijamente.

—Basta de suposiciones, pequeña. Soy el dueño de este lugar —dice con el mínimo entusiasmo posible.

—Y yo, el reno de Papá Noel.

Su mirada se vuelve intensa.

—Eso era una de las cosas que quería contarte.

Y claro, solo lo dice ahora porque le declaré mis sentimientos. Apuesto que si no me hubiera abierto así, me habría quedado sin saber su secretito. Bien hecho por mí, por haberle dicho que no me gustaban los pobres. Qué idiota fui, seguro este desgraciado se rio mucho a mis espaldas. Hasta Denis, con apenas unas charlas, supo que él era un hombre de negocios. Y yo haciéndome la adivina. ¡Buena adivina!

—Qué bien. ¿Debo agradecerte ahora por contarme este gran secreto o prefieres que simplemente te felicite?

—No necesitas hacer ni una cosa ni la otra. Con saberlo es suficiente.

La confesión repentina me impacta de lleno.

—Tardaste un poco en contar que tienes un hotel, ¿no crees?

—Tres, en realidad. Este, la casa matriz en Salvador y uno en Recife.

Su arrogancia deja ver exactamente quién es: un hombre de negocios que puede ser frío al mencionar lo que posee con la mayor naturalidad del mundo. El dolor de sentirme engañada me clava agujas en el pecho, y me aparto.

—No necesitabas traerme hasta aquí para contarme eso. Créeme, habría estado muy bien sabiendo todo eso desde casa.

—Podría habértelo contado en cualquier lugar. De hecho, la idea inicial era llevarte a...

—¡Espera! Ni lo digas, porque ya sé muy bien lo que pretendías. Invitar a la mujer pobre que alguna vez fue rica a acampar, para mostrarle lo dura y cruda que es tu realidad. Mira, hasta daría para una gran historia: el pobre que se volvió rico enseña a la rica venida a menos a enfrentar la vida real.

Mal se pone serio. Si yo me siento algo ofendida, él se muestra bastante furioso.

—Es una pena que creas que el estatus de una persona la hace más o menos merecedora que otra. No sé por qué todavía me sorprendo al oírte hablar así. ¿Cómo podría ser distinto, si eres la misma niña rica que una vez tuvo el descaro de empujar a un camarero que la sedujo en una piscina y lo acusó de acosarla?

¡Dios mío! Él es...

—¿Lorenzzo?

—En carne y hueso.

Y sin pelo, tengo ganas de añadir, pero lo pienso dos veces y me trago el comentario. ¿Cómo puede una persona cambiar tanto solo por no tener melena? Aunque sigue estando guapísimo, lo que más quiero es estrangularlo.

Ahora todo tiene sentido. ¡Qué hijo de puta, vengativo! Mal, Lorenzzo, o como quiera que se llame, hizo exactamente lo que yo le hice en el pasado. Recuerdo bien que la noche anterior a aquella humillación, nos habíamos jurado amor.

—¿Por qué mentiste sobre tu verdadera identidad?

El hombre parece armarse de toda la paciencia del mundo, mientras la mía está colgando de un hilo.

—No mentí. Simplemente no se dio la oportunidad de hablar sobre quién soy. Si lo recuerdas, no fuiste nada amable cuando nos reencontramos. ¿Qué querías que te dijera? ¿Hola, señorita Góes Mesquita, se acuerda de mí?

Este hombre es un maldito sarcástico.

—La ecuación es la misma. Me engañaste. —Estoy furiosa.

—Puntos de vista diferentes y una discusión que no nos va a llevar a ningún lado.

¡Y una mierda que no! Mal cree que va a salirse con la suya, pero no. No lo va a lograr...

—¿Cómo es posible? Eras el camarero y ahora me estás diciendo que eres el dueño no solo de este lugar, sino también del de Salvador. ¿Qué pasó, acaso el Ratoncito Pérez te hizo un pedido a

cambio de un diente? Hazme el favor, no subestimes mi inteligencia y sé sincero.

Juro que si fuera un dragón, estaría escupiendo fuego por la boca. Siento la cara arder. ¿Cómo pude ser tan ciega?

—Voy a contarte cómo fue. Hace 17 años, descubrí el paradero de mi padre y, junto con la revelación de mi madre, supe que no quiso reconocerme. Todo lo que yo quería era acercarme a él y conocerlo un poco más. Fue entonces cuando fui a trabajar a su resort, hasta que tuve el valor de contarle quién era yo...

Mal sigue contando su historia, y yo no puedo creer todo lo que tuvo que pasar, pero por encima de todo, me siento horrorizada y avergonzada por haber sido tan cruel con él. Escucharlo contar cómo se sintió cuando lo empujé a la piscina y lo humillante que fue me revuelve el estómago. ¡Qué inconsciente fui! Por no decir despreciable. Pobre... Recordar mi actitud mezquina y enferma jamás dolería tanto como escucharlo de quien la sufrió. Si al menos me lo hubiera contado en ese momento, ¿quién sabe si no lo habría ayudado?

Sí, cómo no... Como si yo fuera capaz de eso. Estaba demasiado malcriada como para preocuparme por alguien que no fuera yo misma. Admitirlo me marea. No sé si siento rabia por él, dolor o vergüenza. Es demasiada información de golpe...

—El problema de jugar ajedrez con una paloma, es que va a batir las alas, tirar todas las piezas y salir con el pecho inflado creyendo que ganó. Felicidades, fuiste un gran jugador.

—Lo que siento por ti no es un juego, pequeña. Son sentimientos, y con ellos no juego. Estoy siendo sincero contigo, abriéndome y contándote una parte de mi pasado que jamás le conté a ninguna mujer.

—¿Y debo sentirme honrada por eso?

—Si prefieres pensarlo así... —Se encoge de hombros. Su manera tranquila de exponer los hechos me irrita.

¿Por qué este tipo tiene que ser tan... tan...? Al diablo con lo que es.

—Mira, que te quede claro que para mí, figurita repetida no completa álbum. Muchas gracias por el paseo, pero quiero irme. En esta nueva etapa de mi vida, el pasado no tiene lugar.

—Mentirosa. —Mal me mira con esos ojos perspicaces y desafiantes—. No podrías engañarme ni aunque quisieras. Tu álbum ya está completo, pequeña, y no permitiré que se le acerque ninguna otra figurita.

—¡Arrogante! —Muerdo las mejillas, con ganas de estrangularlo.

—Si no me equivoco, esta es la figurita número 118 y ya está colocada en tu álbum, ¿cierto? —Descarado, abre aún más esa sonrisa de cínico, y yo casi me derrito por completo—. ¡Celébralo, pequeña! No cualquiera consigue, al inicio de la colección, un cromo como este.

—No le veo la gracia por ningún lado.

—En ese caso, tendré que improvisar algo —amenaza, acercándose.

—Ni se te ocurra, Mal. Estoy muy enfadada contigo y te juro que puedo ser letal cuando quiero. —Mi advertencia parece no afectarlo. Y la rabia sube con el calor a mi cabeza. Mi lado peleón quiere darle una bofetada, pero como toda una dama, me contengo.

—¿Por qué siento que tu cuerpo dice lo contrario? —La pregunta, con ese tono divertido, me eriza la espalda.

—Tus ojos me dicen que me deseas. Tu respiración acelerada me demuestra que estás excitada. ¿Para qué arruinar lo que tenemos y pelear por algo que, como tú misma dijiste, ya quedó en el pasado?

—Quien trajo el pasado fuiste tú. Así que aguanta las consecuencias.

Su lenguaje corporal de depredador hace que mi piel se estremezca incluso antes de que me toque. Odio sentir esto en este momento. Sus movimientos calculados logran recordarme lo débil que me vuelvo entre sus manos. El silencio que se prolonga me pone inquieta y, ante esa mirada penetrante que reposa sobre mí con descaro, me resulta imposible quedarme quieta. Me levanto bruscamente de la cama, buscando aire. El golpe seco de mis pies

contra el suelo me marea otra vez. Todo se vuelve confuso, siento un malestar repentino y lucho por detener el vértigo. Juro que lo intento, pero parece imposible.

—¿Paula, estás bien?

El mareo me impide fijar la vista en él y escuchar su voz, que se va desvaneciendo... desvaneciendo...

—Mal, yo no... —Todo se vuelve negro.

Capítulo 31

Mal

No sé cuántas veces he ido de un lado a otro del cuarto mientras espero que Paula despierte. Las cosas se salieron de control y del plan que había hecho. Ni siquiera quería que fuera en una habitación donde ella recordara a Lorenzzo.

La placa está ahí, en el lugar reservado de la playa, donde le pedí a uno de los chicos del hotel que la pusiera. Tanto trabajo, tanto alboroto, el personal se esforzó muchísimo para conseguirla, ¿y qué hice yo? Lo arruiné todo. ¡Maldita impulsividad!

Perdí la cabeza. No es de extrañar que se haya asustado y se desmayara. La pequeña parecía una gigante, de lo furiosa que estaba.

Debí haberme mantenido firme cuando Paula se hizo la remolona para levantarse de la cama y me convenció de quedarme. Ni siquiera imaginaba que uno de los efectos secundarios de un hombre enamorado fuera volverse rehén de los deseos de una mujer. ¿Quién sabe? Tal vez, si hubiera seguido con el plan inicial, que incluía bromear con ella y proponer que nos quitáramos la ropa en la zona reservada, habría sido más fácil contarle la verdad. Al menos estoy seguro de que habría sido muy divertido.

Hace apenas unos minutos le pedí a la enfermera de urgencias que se retirara, asegurándole que la llamaría si la necesitaba. Debe pensar que soy una fiera enjaulada, desesperada por escapar, de tan inquieto que estoy, pero la verdad es otra.

¡Diablos! ¿Y si las preguntas que me hizo tienen algún fundamento?

No puede ser.

Paula, no...

¿Embarazada?

¡Imposible!

¿Cómo que imposible? ¡Claro que es posible! No fue una ni dos veces que tuvimos sexo sin protección, y una vez llegamos hasta el final así. ¿En qué estábamos pensando cuando dejamos que eso pasara? Simplemente no estábamos pensando. La pasión y el deseo nublaron cualquier sentido común durante esos encuentros intensos y llenos de lujuria que tuvimos.

Voy a pedir que traigan todas las pruebas de embarazo posibles de la farmacia. Si está embarazada, necesitamos saberlo ya, y juntos. Jamás dejaré que pase sola por todos los miedos, la soledad y los temores que tuvo que enfrentar antes. La furia no alcanza para describir lo que sentí cuando Paula me contó cómo fue tener que atravesar ese embarazo llena de angustias.

Un leve movimiento me indica que está volviendo en sí. De hecho, ya había despertado antes, pero la enfermera la sedó por indicación de Moa, haciendo que volviera a dormirse. Tenía la presión muy baja.

¿Cómo es posible que su ex marido, un hombre tan instruido, y sus padres, también con excelente formación, jamás se dieran cuenta de que Paula necesitaba ayuda, tanto de ellos como de un profesional? Yo, que no tenía nada que ver con su pasado, sentí curiosidad e investigando un poco descubrí que la depresión perinatal y el rechazo gestacional son mucho más comunes en las mujeres de lo que uno cree.

Imaginen pasar por eso y encima enterarse de que tu hija padece una enfermedad grave. Para alguien de fuera puede parecer monstruoso, pero para quien vive ese dilema, el desorden mental es inconcebible. En casos así, esa fantasía de que el embarazo es un momento mágico, sin lugar para la tristeza o el egoísmo, es puro mito.

Con las manos cerradas en puños, de rabia, desearía tener el poder de volver atrás en el tiempo y sacudirlos para que despertaran a la realidad que ella vivía. ¿Y qué si Paula se comportó de manera agresiva? Cualquiera que tenga un trastorno reacciona sin pensar

bien, sin comprender del todo lo que está haciendo. Era su responsabilidad ayudarla. Ella ni siquiera necesita decirme lo culpable que se siente o cuánto se arrepiente, nuestro tiempo juntos lo ha demostrado.

Pensar que pueda estar embarazada es una suposición muy temprana, pero no es algo que podamos descartar. Si el comentario de la enfermera termina siendo cierto, Paula sabrá que tiene a su lado a un hombre de verdad, dispuesto a apoyarla y ayudarla en lo que sea necesario. Sea lo que sea que tengamos que enfrentar, no me alejaré de su lado ni un segundo.

Su pequeño cuerpo desnudo se agita de nuevo, cubierto solo por una sábana ligera. Parece una princesa… ¡Dios mío, los hombres enamorados somos tan cursis! Me acerco a la cama, enfocado completamente en su perfil delicado, que empieza a recuperar el color.

—Ey, bella durmiente… El Banco Central del brote de besos notificó que se depositaron miles de ellos en tu cuenta. Solo necesitas despertarte para recibirlos.

Perezosamente, sus párpados tiemblan y se abren.

Nunca me había obsesionado tanto con admirar los ojos de una mujer como me pasa con los de ella.

Ya es de noche y veo que intenta acomodarse. Mientras tanto, envió un mensaje al restaurante para avisarles de que pueden traer mi pedido.

—No intentes levantarte, te desmayaste y seguro aún estás mareada.

—Qué alivio saber que fue solo un desmayo y no un ahogamiento por haber sido empujada a la piscina.

Esa lengua afilada nunca la abandona. Ni postrada en la cama puede hablar sin desafiar. Lo bueno de que no se guarde nada es que es fácil saber lo que piensa.

—No recuerdo si entre los besos depositados venía alguno con función de rescate boca a boca.

—Habría sido muy noble de tu parte incluir uno en el paquete.

Cuando hice que la enfermera llamara a Moa para contarle el estado de Paula, mi hermano me pidió hablar y le conté lo sucedido. En ese momento, me preguntó qué había visto en ella, y le dije que no lo sabía. Al menos, no hasta ahora. Ella es lo que me faltaba. Me encanta su humor negro y sarcástico.

—Sucede que, primero, no soy rencoroso; y segundo, si tengo que estar cerca de una piscina contigo, prefiero tenerte en mis brazos a empujarte.

—¿Quieres que crea que volviste a mi vida sin guardar ningún rencor?

—Recuerda que no volví a tu vida, solo nos reencontramos. En cuanto al rencor, no niego que me sentí dolido, pero lo superé.

—Si lo hubieras superado, no habrías mencionado lo que pasó en la primera oportunidad que tuviste.

Tiene razón. ¿Para qué negarlo? Aquello me marcó. Nos quedamos mirándonos un rato. No voy a repetir lo mismo una y otra vez, ella es inteligente y se dará cuenta de que eso ya pasó. Ahora tenemos una situación potencialmente mucho más importante que enfrentar que un baño helado o un orgullo herido.

—Digamos que "superar" no es la palabra adecuada. Fue muy humillante lo que pasó, pero de eso hace muchos años y ya tuve tiempo de comprender que eras una joven mimada.

El silencio se prolonga. Me da la impresión de que está luchando con las palabras antes de decir algo.

—En cuanto reaccioné, me di cuenta de la gran estupidez que había cometido —dijo con los ojos brillando, con la esperanza de que le crea—. Tienes razón cuando dices que era mimada. También era una chica enfadada con el mundo, superficial, creía ser la líder del grupo y terminé siendo injusta contigo. Cuando fui a buscarte para pedirte perdón, ya no estabas. Los empleados, además de poner mala cara, no me dieron información sobre tu paradero.

La expresión de ella es puro bochorno. Tengo ganas de abrazarla y decirle que todo está bien, pero, como quien se ha quemado una vez le teme hasta al agua fría, me contengo. Lo hecho, hecho está.

Paula se acomoda e intenta sentarse en la cama con cierta dificultad. Sostiene la sábana contra su cuerpo y apoya la espalda en el cabecero acolchado. Mis ojos se sienten atraídos por sus pezones marcados bajo la tela.

—¿Y qué te parece si te disculpas ahora con un beso? Me diste un susto. —Me acerco, tanteando sus límites—. El Ministerio de Salud debería advertir a los novios desprevenidos que ver desmayarse a la mujer de la que están enamorados puede provocar un infarto.

Ella sonríe.

—¿Novios?

¿Dije "novios"? ¡Carajo! Estaba tan concentrado tratando de descubrir si sus pezones están más grandes o no, que ni noté lo que acababa de decir.

—Fue lo primero que se me vino a la cabeza. Podría haber dicho esposo, futuro padre de tus hijos —intento remendar, al ver cómo se le abren los ojos—, chico de la piscina, cualquier cosa.

Su expresión cambia, y sé que la mención a los hijos la tocó muy hondo. ¿Por qué mierdas decidí provocarla?

—¿Tú eres real? —pregunta, con una ironía que chorrea.

—Si dudas, puedo darme la vuelta para comprobar que una parte de mi espalda debe seguir bajo tus uñas, tigresa.

—¿Cómo haces para tomarte todo con tanta ligereza? Juro que no entiendo qué pasa por tu cabeza. Para ser honesta, todavía estoy muy enfadada y no sé si soy capaz de perdonarte por haberme engañado.

Por ahora, solo pienso en cómo voy a introducir el tema para decirle que necesita hacerse una prueba de embarazo.

—Respondiendo a lo que pasa por mi cabeza: de las veinticuatro horas del día, sacando unas tres o cinco en las que pienso en nosotros, el resto del tiempo estás tú ahí, dando vueltas. Y sobre perdonarme… no será tan difícil, estamos empatados: uno a uno. Yo te perdoné y estoy seguro de que no será tan difícil que tú hagas lo mismo.

Estoy a punto de retirar la sábana para ver si le sobresale la barriga o no. Hace poco Paula estuvo quejándose de que había engordado, pero, honestamente, no noté nada. Esta duda sembrada en mi cabeza me va a volver loco. Puede que no lo parezca, pero estoy cagado del miedo.

Mierda, puede que en su vientre esté germinando una semillita mía.

—Me rindo, mago de las palabras. Es imposible hablar en serio contigo.

—Me lo tomaré como un cumplido —Llevo una mano a su rostro y aparto el pelo que le cae sobre él—. Y, como premio, ¿qué te parece si compartimos los besos que depositaron en tu cuenta?

—Creo que puedo lidiar con la mitad y darte el resto.

La acomodo entre mis brazos, complacido de sentir cómo se acurruca.

—¡Un momento! —La provoco para asegurarme de que todo está bien—. Eres la beneficiaria, pero no tienes derecho a retirarlos y repartirlos por ahí.

Suena el timbre de la habitación.

—Ya veré si te hago un préstamo del resto.

—Creo que vamos a tener que retirar más tarde. Ahora, la señorita tiene que alimentarse.

Le doy un beso suave y me levanto rápido, antes de que crea que no voy a poder parar. Conozco lo suficiente la química entre nosotros como para no prolongar ni un segundo más ese contacto. Después de todo, soy el dueño de este hotel y tengo que dar el ejemplo. Pasé por todos los cargos para saber valorar el trabajo de cada uno. Y hacer esperar al camarero está mal.

Además, alejarme un poco de ella me ayudará a ordenar mis pensamientos. Cuando estamos muy cerca, dejo de pensar con claridad. Tenemos todo un fin de semana por delante y no tenemos que resolverlo todo esta noche. Paula aún está a la defensiva, incluso muestra cierto interés en la conversación, pero sus ojos no mienten: su mente está trabajando a mil por hora, intentando digerir

todo lo que le conté. Si bien me siento aliviado, todavía necesito recuperar su confianza. Y para eso, tengo que darle el tiempo que necesite.

Capítulo 32

Paula

Todavía no puedo aceptar el hecho de que él me mantuvo en la ignorancia tanto tiempo sobre quién es y a qué se dedica. Aún no termino de digerirlo. Quienes me conocen jamás creerían que enfrenté todo eso con tanta calma, sin romperle algo en la cabeza con lo primero que tuviera a mano. Claro que me dieron muchas ganas, pero, pensándolo bien, ¿cómo se suponía que debía reaccionar? ¿Ofendida? ¿Por qué motivo? Es cierto que enterarme de que el dulce Lorenzzo que conocí en el pasado se convirtió en este hombre increíble con el que estoy viviendo fue un shock.

Lo único que pensé en ese momento fue que él se me había acercado por venganza, para hacerme sentir en carne propia la humillación que vivió. Sin embargo, Mal explicó todo tan naturalmente al contarme cómo fue nuestro reencuentro, que imaginar un gran plan conspirativo sería una completa locura. Fue muy generoso de su parte. En su lugar, yo, sin duda alguna, habría tramado un plan perfecto para destruirlo sin el menor arrepentimiento. Si el dicho dice que la fe mueve montañas, yo diría que, en la vida real, lo que realmente mueve y conmueve a las personas es el amor.

Mal fue acercándose… y, cuando me di cuenta, ya estaba completamente envuelta. ¿Cuánto tiempo había pasado esperando que alguien se entregara a mí, aunque fuera un poquito? El desgraciado lo ha hecho con maestría. Tanto que hasta tengo miedo de perderlo. Otro hecho irónico de la vida: ¿cuándo fue la última vez que temí perder a alguien? Siempre estuve rodeada de personas, pero ¿quién se preocupó alguna vez por mi seguridad, me admiró por lograr algo importante, se divirtió con mi sarcasmo o intentó entender las decisiones que tomé?

Ayer, mientras me llevaba a conocer parte de las instalaciones del hotel, hablamos un poco sobre su pasado y su trayectoria. De pronto, con ese modo suyo de encantar y coquetear, cambió completamente el rumbo de la conversación y, en ese momento, mientras me convertía en el centro de su atención, me di cuenta de que, en esta etapa de mi vida, estoy madurando de forma drástica. Las circunstancias despertaron una parte de mí que tal vez estuvo dormida durante toda mi existencia. Abrirme con él es fácil, y una de las conversaciones que tuvimos lo prueba.

—Tú me preguntaste cómo hago para ser un gran empresario y, al mismo tiempo, un hombre tan sencillo en el día a día. Ahora te devuelvo la pregunta: ¿cómo haces tú para saber que tienes derecho a una herencia que podrías reclamar y, aun así, decides vivir con sencillez en lugar de ir tras ella?

Esa era la gran pregunta sin respuesta. Bajo la luz de la luna, frente al mar inmenso, escuchando el sonido de las olas rompiendo y sintiéndolo abrazado a mí, me puse a reflexionar.

—Creo que todavía no he hecho nada porque hay algo dentro de mí que dice que no está bien. No sé si sería justo reclamar algo que pertenecía a la hija que rechacé y abandoné.

Al escucharlo salir de mi boca, supe cuánto he cambiado. Tal vez la propuesta de Marco no fue exactamente una sentencia, como quise creer al principio, sino una oportunidad para ver la vida de otra manera. Convivir con esas niñas y recibir de ellas tanto cariño y amor —sentimientos que pasé casi toda mi vida intentando conseguir— me ayudó a despertar.

Y hoy me pregunto: ¿cómo pude tardar tanto en salir de mi hibernación?

Menos mal que ahora estoy bien despierta, porque la imagen frente a mí me permite ver más allá de lo evidente.

Tengo que admitir que la forma en que Mal habla seriamente con los empleados es excitante, como todo en él. Sus ojos se cruzan con los míos y su sonrisa se abre, radiante.

Descubrir que es un gran empresario no cambia en nada lo que siento por él. Pero la inseguridad de imaginar que pueda pensar que soy una interesada me hace contenerme a la hora de expresar lo que siento.

¿Sabes qué? ¡Que se jodan los miedos y las dudas!

No puedo hacer nada si el destino decidió juntar lo útil con lo agradable. Que las protagonistas de las novelas se sientan ofendidas por enamorarse de hombres ricos. Porque, en la vida real, encontrar a un hombre hermoso, sensual, atractivo y divertido, que sabe hacer un sexo oral delicioso y te hace ver las estrellas, es una rareza. Así que, si la suerte tocó a mi puerta, ¿por qué no aceptarla y disfrutarla?

Mientras lo espero, me sorprendo admirando el vestíbulo de la recepción, lujoso, que da al vestíbulo principal. Está lleno de cuadros de artistas locales, cerámicas y piezas regionales dispuestas sobre muebles elegantes. Todo tiene un gusto impecable. Glamuroso y playero a la vez.

Mal camina lentamente hacia mí… ay, por Dios. Su mirada parece tocarme. Me observa como si supiera exactamente cómo me siento. ¿Hay alguien en este mundo, con un mínimo de sentido común, que sería tan tonta como para rechazar a este hombre?

Lo dudo.

—¿Estás lista?

—Nací lista…

Sigo su mirada hacia mi vientre. De hecho, esta es la segunda vez que lo sorprendo haciendo esto hoy. ¿Será que engordé?

—Aunque este bikini te hace ver muy sensual, no puedo esperar para quitártelo y comprobar qué tan lista estás.

¡Qué alivio! Pongo los ojos en blanco, recordándome a mí misma que es mejor lidiar con un exceso de testosterona que con su ausencia. Como decía Elaine, una amiga de hace años: « Bendita sea la abundancia, porque la miseria no hay quién la aguante » .

—¿Cambiaste de idea? ¿No íbamos a caminar por la playa?

Aunque, si quisiera volver a la habitación, no me quejaría.

—Precisamente ahí es donde te voy a poner a prueba.

De la mano, comenzamos a caminar. Como hay mucha gente cerca, dejo de tocarlo… pero no me pierdo la oportunidad de provocarlo.

—Con la cantidad de huéspedes que hay por aquí, ¿estás seguro de que quieres demostrarles a todos lo que el dueño de este lugar es capaz de hacer? Creo que sería demasiado exhibicionismo de tu parte. Así que, ¡contrólate!

Ya en la arena, él toma mis sandalias y sus chanclas con gentileza.

—Ser inversor y un gran contribuyente tiene sus ventajas. ¿Ves esas piedras al final de la costa? —pregunta. Sigo la dirección de su dedo por toda la playa mientras caminamos juntos por la orilla.

—¿Es una playa privada? —no sé si exclamo o pregunto.

—No lo sería si la propiedad de al lado no perteneciera también al Beira-Mar. —su voz es tranquila y baja, y me provoca un escalofrío en la espalda.

¡Dios mío! Esto sí que es sacarse la lotería. Más que eso, solo si me ganara el premio gordo de la lotería nacional. Dios sabe que me enamoré de él antes de saber lo que tenía. Si nuestra relación va a funcionar o no, dependerá de ambos. Y, en este momento, poner las cartas sobre la mesa es lo mejor que puedo hacer.

—Eres millonario, ¿cierto? Y… —Busco las palabras mientras seguimos de la mano.

—¿Y?

Ay, qué difícil es hablar sin sonar materialista. Esta angustia me hace pensar en las protagonistas de los libros, llenas de « bla bla bla » , y en todas las veces que puse los ojos en blanco con esas historias aburridas, porque daban mil vueltas y no iban al grano. Continúo:

—Te dije que no me gustaban los pobres. Ahora sé que eres exitoso, pero no lo sabía cuándo nos declaramos el uno al otro. ¿Vas a desconfiar de si realmente me gustas o si solo me interesa lo que tienes?

—No construí lo que tengo dejándome engañar fácilmente. Sé distinguir perfectamente entre quien me quiere de verdad y quien solo tiene interés. Así que, dejando de lado el hecho de que la señorita haya admitido que « cree » que puede estar enamorada de mí y que yo estoy seguro de que realmente lo está, cualquier sentimiento que declares me va a hacer el hombre más feliz del mundo.

Los pensamientos de las protagonistas en las novelas son aburridos, pero lo que dicen sobre sentir que el corazón se acelera y parece que se te va a salir del pecho no es ninguna exageración, porque justo así me siento.

—¿De verdad te gusto?

—Mucho. —El dios de la belleza se detiene y me mira fijo, como si quisiera que viera la sinceridad en sus ojos—. Me gustaste desde la primera vez que te vi.

—También debiste haber sentido rabia. —Muerdo el labio, nerviosa, sabiendo bien cuál es la respuesta.

—Hoy prefiero pensar que fue la forma más práctica que encontré para lidiar con la nostalgia.

¡De verdad soy la hija de puta más afortunada de este planeta! Hasta miedo tengo de volver a hacer algo malo. Mal no es solo un tipo genial conmigo, también es atento con su familia, con los empleados y hasta con los chicos se ha mostrado dispuesto a ayudar en lo que puede.

Cuando lo empujé a esa piscina hace tanto tiempo, no solo me deshice de alguien. En ese momento, empujé la oportunidad que la vida me estaba dando de ser feliz. ¡Quién sabe si las cosas habrían sido distintas a su lado!

—Gracias por darnos una segunda oportunidad —digo con sinceridad—. Y por ser tan bueno con Luana y Denis. Él me contó la promesa que le hiciste. ¿Es en serio que le vas a conseguir un empleo?

Mal aprieta fuerte mi mano.

—¿Por qué le ofrecería un empleo si no estuviera seguro de eso?

—Él se puso tan feliz con la propuesta.

—Valoramos mucho el entretenimiento de los huéspedes, y cuando me contaste sobre el talento que el chico tiene, pensé que innovar las actividades del hotel sería una buena idea.

—¿Pero cómo hará para trabajar aquí?

—Tengo un equipo encargándose de eso. Dentro del hotel tenemos alojamientos individuales para las familias de algunos empleados. Hace poco, cuando me viste hablando con Matías, el administrador, él me estaba contando que su esposa es trabajadora social en una institución muy buena aquí en Angra, dedicada a niños con discapacidades múltiples.

Claro que tenía personas en quien apoyarse. Lo que no imaginaba era que me dolería tanto el pecho al saber una noticia tan buena para los hermanos.

—Parece que ya lo tenías todo planeado…

—Necesitaba encontrar motivos convincentes para traerte más veces —Mal me guiña un ojo—. Si Denis acepta y las cosas se resuelven bien en la justicia, creo que sería bueno que empezaran de nuevo lejos de su padre. Aquí estarán más seguros y tú podrás verlos siempre que quieras.

Mientras seguimos caminando, la playa se vuelve más desierta. Unos metros delante de nosotros hay un cartel, y apenas leo lo que dice, empiezo a reír. Así que era verdad. ¿Mal había planeado contarme todo justo aquí, haciéndome recordar aquel bendito cartel imaginario que inventé que existía? ¡Es increíble! No lo puedo creer… ¿Sabes qué? Claro que puedo. Tanto que enseguida se me ocurre una idea.

—Tú debes de ser Lorenzzo, ¿verdad? —Repito la misma frase que usé aquel día.

La adrenalina que siento al ver el cartel que indica que esta área está reservada para nudismo me vuelve atrevida. Tal vez sea la posibilidad de traer al presente lo que fue placentero y audaz en el pasado. O quizás sea ese hambre que pulsa entre mis piernas por verlo mirarme con picardía, como lo está haciendo ahora. Dejo que

la tanga resbale por mi cuerpo y desato el nudo de la parte de arriba del bikini.

—El personal del hotel me dijo que lo encontraría aquí.

—¿A mí? —dice, sonriendo, mientras mira a los lados. ¡Este actor es una delicia!

—Soy Paula Góes de Mesquita. Me dijeron que este fin de semana tengo que estar a su disposición por una apuesta que perdí.

—Llegas un poco tarde, ¿no crees? La señorita debió haber comenzado ayer.

Tengo la perturbadora y excitante sensación de que él planeó todo esperando que las cosas terminaran justo así. Mal me hace una señal con la mano para que siga desnudándome, mirándome con deseo y sonriendo con picardía.

—Discúlpeme, pasaron algunos incidentes y solo pude llegar ahora. Como puede ver, ya estoy aquí y soy toda suya. —Me bajo la parte de abajo del bikini, la hago girar en el aire y se la lanzo—. Por si no lo notó, justo ahí hay un cartel que indica que esta zona es exclusiva para nudismo. Creo que estás demasiado vestido.

Aunque está increíble con camisa y bermuda, Malaquías desnudo es una locura.

—¿Yo estoy demasiado de más o tú estás muy poco?

Me quedo quieta por un instante, fingiendo que pienso, cuando en realidad intento contener el fuego brutal que me arde por dentro.

—No recuerdo bien el orden de los hechos, pero si tardas mucho en venir a tomar lo que es tuyo, vas a tener que alcanzarme en lo profundo del mar.

Ni siquiera necesito decir todo eso, porque ya me tiene entre sus brazos. Le doy un par de palmadas en las manos y me aparto.

—Antes de que me toques, tengo que confesarte un secreto.

Atrevida, mientras él se quita la camisa, juego con el botón de su bermuda, frotando su entrepierna para confirmar que está duro como una piedra.

—No puedo esperar para saberlo.

Mira mis pechos como si estuviera hambriento. Mi cuerpo tiembla al verlo bajarse la bermuda junto con el calzoncillo, y quedar frente al miembro viril. Qué delicia poder entregarme a él sin tener que esconder nada. El cruce de miradas cargadas de deseo me da el privilegio de contemplar la definición muscular más espectacular de pecho, brazos… de todo su cuerpo. ¿Y quién podría culparme por desearlo sin pudor? Él es espectacular. Paso la lengua por mis labios como si pudiera saborearlo.

—Lo voy a servir como quieras, pero a partir de ahora será Lorenzzo para mí. Nunca sentí que Malaquías combinara contigo.

Sosteniéndome el mentón entre el índice y el pulgar, él inclina la cabeza con una lentitud enloquecedora, como si fuera a besarme, pero no lo hace.

—¿Y crees que no lo sabía? —Con los dedos, levanta un poco más mi cabeza, justo a la altura para que nuestros labios se encuentren—. Eres demasiado transparente, pequeña.

Y él, demasiado erótico. De una manera carnal y visceral, la boca de ese hombre me ataca con violencia.

Me siento ligera como una pluma cuando su cuerpo fuerte, tonificado y rudo me recuesta sobre la arena húmeda, dando paso a la fiebre del deseo que nos consume, haciéndome completamente suya… sin secretos, sin reservas.

Capítulo 33

Mal

Esconder las cajas del test de embarazo durante todo el fin de semana me hizo sentir mal. Sin embargo, no podía obligarla a hacerse las pruebas fuera de la comodidad de su propia casa.

Y al verla deshacer la mochila tan tranquila en su habitación, me doy cuenta de que tomé la decisión correcta.

Ese fue el único motivo por el cual preferí venir directamente a su casa en lugar de llevarla a mi piso. El regreso desde Angra fue mucho más largo de lo habitual. Ante cualquier señal de incomodidad por su parte, me detenía para ver si todo estaba bien, con alguna excusa cualquiera, para que no sospechara del exceso de cuidado. Paula no amaneció bien del estómago, pero, si notó que algo estaba raro, no dijo nada.

Vivir con la incertidumbre me está volviendo loco. Y su silencio, aún más. Parece perdida en sus pensamientos todo el tiempo.

—Estás muy serio. ¿Pasó algo?

—Ven aquí, pequeña. —Golpeo mi pierna con la mano, indicándole que se siente arriba mío, para tratar de darle la mayor confianza posible.

—¿Debería preocuparme? ¿O sospechar que quieres que me siente en tu regazo? Porque, si te gustan esos fetiches raros, te aviso que no me interesa—. Paula cruza los brazos antes de acceder.

—Si fuera algún fetiche, te pediría que te inclinaras sobre mis piernas, no que te sentaras —Le beso el rostro—. Necesito hablar contigo. Puede parecer al principio una preocupación, pero no lo es. Cuando te sentiste mal en Angra, la enfermera de la sala de urgencias fue a verte e incluso cruzó unas palabras contigo. Como estabas muy débil y mareada, me hizo una serie de preguntas que no supe responder.

—¿Como cuáles? —pregunta, ya con tono de preocupación.

—Si habías comido, si tu presión siempre era baja o si estabas embarazada…

—¡Qué loca! —Se levanta de golpe—. Necesitas revisar el currículum de los profesionales que contratas. ¿Embarazada? ¡Lo que me faltaba!

—En ese momento, yo también pensé lo mismo. Pero, a medida que pasaba el tiempo y tú no reaccionabas, algunas cosas me vinieron a la cabeza. Seamos honestos, no siempre nos protegimos. Así que, sí, existe una posibilidad.

—Debes estar tan loco como la enfermera. Si hubiera notado algo diferente en mi cuerpo...

—Te quejaste de haber subido de peso. No es que yo lo haya notado, como ya te dije. Tuviste una bajada de presión… Ayer y hoy te quejaste del estómago… Y ese sueño que no te deja en paz.

—Eso es...

Paula se queda en silencio. Se pone pálida, y me levanto rápidamente para cargarla en brazos, temiendo que se desmaye otra vez.

—Pequeña, ¿estás bien?

—¡Nada bien… ¡No me toques! —la pequeña me empuja con desprecio.

Se pone a la defensiva como un puercoespín, lista para atacar ante cualquier amenaza. Pero sé que ese animal no tiene espinas, sino pelos duros, así que no me intimido y la sujeto del brazo con firmeza.

—¿Con quién crees que estás hablando? Si estás acostumbrada a alejar a las personas cuando algo no sale como quieres, conmigo no funcionará —le hablo con firmeza.

—Esa era exactamente la pregunta que me estaba haciendo. ¿Quién eres tú? Espera, no respondas. Ya sé muy bien quién eres.

—No digas cosas de las que puedas arrepentirte.

Paula intenta soltar el brazo, pero no se lo permito.

—De lo único que me arrepiento es del día en que te volví a encontrar. —Golpea mi pecho y grita—. ¡Quiero que te vayas! ¡Que salgas de mi vida y no regreses nunca más! —La explosión emocional es impactante.

Sus palabras intentan sonar frías, pero sus ojos delatan el miedo que la consume. Su histeria roza el desespero. En un acto impulsivo, la sacudo para que vuelva en sí.

—Entre que tú quieras y que yo me vaya, hay una gran diferencia. —La siento en la cama y me siento a su lado, sujetándola con fuerza hasta que dejo de sentir su cuerpo temblar—. No sé hacer esto de otra manera. Vas a escuchar todo lo que tengo para decirte, y después, si crees que debo irme, lo hablamos de nuevo.

La tensión entre nosotros es abrumadora. Paso la mano por mi cabeza buscando algo de calma y estoy seguro de que, si tuviera pelo, ya me lo habría arrancado de raíz.

—Ahora se entienden todas esas promesas de amor y de un futuro juntos. ¡Mentiste! Todo eso no era por mí. Solo te importaba que yo pudiera estar embarazada de un hijo tuyo.

Siento la sangre hervirme en los ojos...

—Para empezar, si estás embarazada, no será un hijo mío, sino nuestro. No me compares con la gente de tu pasado. Soy muy distinto… —Ella intenta interrumpirme, pero no la dejo—. Si no hablé del tema en Angra fue precisamente para darte la libertad de hacer lo que quisieras en un ambiente donde te sintieras a gusto. No en el mío… Pensé en eso y por eso no dije nada. Y respecto a mis sentimientos, jamás dudes de ellos. Cuando te dije que me gustaste desde que te conocí, no me refería a una mujer que pudiera estar embarazada de mí. Porque cuando abrí mi corazón, ni siquiera imaginaba esa posibilidad. —Ella llora, pero yo no me detengo—. Me gustó la chica descarada y atrevida que siguió encantándome cuando la volví a ver. Y sentir todo esto no tiene nada que ver con la duda que surgió después de la visita de la enfermera. Si estás embarazada, entonces estaremos « embarazados » juntos. Quiero sentir y vivir todos tus miedos e inseguridades. Poder escucharte

cuando necesites desahogarte. Hablar contigo sobre lo que será mejor para todos. Tus angustias y tus preocupaciones también serán mías.

Paula sigue llorando en silencio… Quiero abrazarla aún más fuerte y decirle que todo estará bien y que la amo, pero antes necesito terminar de hablar.

—Sé lo que viviste en el embarazo de Vitória, y no creas que lo digo por suposiciones. Apenas me contaste lo mal que lo pasaste durante la gestación, busqué en internet casos similares al tuyo. Descubrí que es mucho más común de lo que se piensa, que miles de mujeres sufren depresión perinatal y pasan por lo mismo que tú. Muchas, claro, cuentan con el apoyo de sus familias y con profesionales capacitados. Lamentablemente, no fue tu caso. No puedo imaginar lo que tuviste que enfrentar sola, pero ahora las cosas son distintas. Me tienes a mí, y puedes estar segura de que lo que más me importa es tu bienestar.

Ella me mira como si hubiera caído del cielo sin previo aviso.

—¿Con qué derecho te metes a investigar sobre mi vida, a buscar excusas para justificar las atrocidades que hice?

Entiendo de inmediato que Paula solo quiere herirme, pero nada me motiva más que un desafío. Prefiero enfrentarme a su rabia antes que al miedo.

—No se me ocurrió preocuparme por tus derechos cuando ni siquiera me pasa por la cabeza pensar que cometiste alguna atrocidad premeditada. Te conozco, pequeña. Sé que hay un corazón latiendo dentro de ti.

—No pongas tanta fe en mí. Ni te imaginas de lo que fui capaz. Yo…

—¡Para, Paula! —la interrumpí antes de que dijera algo más en contra de sí misma—. Ya basta con todo lo que estás viviendo y sufriendo por culpa de ese pasado. Cometer errores no es el problema, aferrarse a ellos sí lo es. Usa eso como fuerza para hacer las cosas bien. Puede que te equivoques otra vez, pero solo lo sabrás si lo intentas. No renuncies a ti misma. No renuncies a

nosotros… Ni a lo que el futuro tiene reservado, solo porque decidiste que mereces sufrir.

—Supongo que saber lo débil que soy te molesta.

—El problema no es lidiar con tus debilidades —replico—. Lo que me molesta es la injusticia. Dudo mucho que, en todo este tiempo que llevamos juntos, no te hayas dado cuenta de que soy diferente de tu exmarido y de tu familia.

Creo que fui demasiado duro… El silencio se hace presente y parece extenderse hasta que me mira de frente.

—Lo sé, pero tengo mucho miedo de que ese monstruo que alguna vez fui siga vivo dentro de mí.

—Si está ahí, estoy dispuesto a enfrentarlo contigo. Solo descubriremos la fuerza que tenemos, juntos, si la ponemos a prueba —digo aún más firme, sin alterarme—. No hay espacio para acobardarnos por simples suposiciones.

—¿Y si no es suficiente? ¿Qué va a pasar? —su tono se vuelve tenso, lleno de duda y miedo.

—Aprenderemos otra lección.

—Me voy a odiar si dejo que esto pase y fallo. ¿Tienes idea de que podría llegar a odiarte…?

Reúno toda la paciencia del mundo para no empeorar la situación. Si ella tiene fantasmas, yo también tengo los míos. Me pasé la vida preparándome para incidentes como este, pero si ocurrió, ¿qué podemos hacer? Aceptarlo y enfrentarlo.

—Solo podrías sentir eso si yo no estuviera a tu lado. Tengo demasiado amor dentro de mí como para permitir que algo así suceda.

Con delicadeza, con todo el cuidado del mundo, recuesto su cuerpo hasta que su cabeza queda sobre mis piernas. Paula necesita relajarse… El abrigo, el consuelo y el cariño le harán bien. Medir nuestras fuerzas solo nos debilitará y nada bueno puede salir de ello.

—¿Por qué haces que parezca que esta vez va a ser fácil? —Intenta levantarse y la detengo—. ¿Eres tan ingenuo que no te das cuenta de que podrías salir lastimado?

Siempre me sentí orgulloso de no tenerle miedo a nada, y aunque toda esta situación es incómoda, estamos en esto juntos, sin espacio para flaquear.

—Harán falta muchos baños en la piscina, palabras maliciosas, mal comportamiento y actitudes horribles para que eso ocurra. Soy fuerte y puedo soportarlo. Mi padre me dio razones de sobra para alejarme de él, pero con amor logré perdonarlo por los dos. Como puedes ver, soy una mula terca cuando deseo algo de verdad.

No sé cuánto tiempo paso acariciándole el pelo, en completo silencio. Soporto todo con tal de que su corazón se calme. Debe notar que no pienso irme a ningún otro lugar que no sea a su lado. Hasta Vira-lata debe haber percibido nuestro olor, porque se une a nosotros, acomodándose junto a su cuerpo, acurrucado en la cama.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Qué te parece si hacemos la prueba?

—Mañana la compro.

—No hace falta esperar, dejé una bolsita en el baño con dos pruebas —Paula se levanta y se sienta de golpe, desconfiada. Al mismo tiempo, Vira-lata hace lo mismo. Me encojo de hombros y agrego—. Las mandé a comprar por si decidíamos hacerla en Angra.

—¿Cómo quieres que confíe en ti si eres capaz de ocultarme cosas tan simples?

—De todas las cosas que omití, esta fue la más difícil. Si sirve de algo —Levanto las manos en señal de rendición—, te prometo que nunca más intentaré ocultarte ni la peor de las verdades. Así evitaremos futuros problemas.

—La honestidad es un buen comienzo. Y ya que estás tan dispuesto a ser sincero, ¿qué te parece si me cuentas con cuántas mujeres te has involucrado? O mejor, ¿qué fuiste a hacer a Salvador que tardaste tanto en volver?

Fueron cientos de mujeres. Pero decido contarle solo lo que necesita saber.

—No estuve en celibato desde que me dejaste. Así que conocí a muchas mujeres. Sobre Salvador, tuve que viajar de urgencia porque

mi mano derecha y mejor amigo se quemó en un pequeño incendio en una de las cocinas del Beira-Mar.

—¡Dios mío! ¿Está bien?

—Ahora sí. Ese bahiano es testarudo. Si no hubiese ido a Salvador, habría ignorado el tiempo de recuperación que necesitaba.

Cambiar el rumbo de la conversación aligera un poco el ambiente entre nosotros.

—Me imagino que allí tenías mucho trabajo. Casi no tenías tiempo.

Me gusta esa expresión suya entre resignada y curiosa, como si no estuviera segura de sí usaba el poco tiempo libre en Salvador para tener aventuras. No es la primera vez que lanza indirectas.

—En efecto, tenía mucho trabajo. Sobre todo porque decidí reformar todas las cocinas y cambiar los equipos y electrodomésticos. Ahora, los chefs tienen sus propias estaciones de trabajo. Hablando de eso, tenemos que ir hasta allí y comprobar qué cambió en el menú. —La involucro en un plan a futuro para que entienda que nada cambió con nuestra discusión. Y agrego—. Digão, del que te hablé, dijo que estaban tan entusiasmados que, junto con el equipo de nutrición, incluyeron algunos platos que son una delicia.

No era necesario presentarle un informe, pero verla morderse la lengua para no decir nada es divertido.

—¿Respondí todo lo que querías saber? —La provoco—. ¿Ahora sí puedes ir a hacerte la prueba? Y nada de asustarte con el resultado. Recuerda que estoy involucrado en todo esto y pienso cumplir cada una de las palabras que te dije.

Sus ojos me juzgan y no me importa. Bueno, un poco sí. Me sorprende que sea tan buena persona con ella y aún así me trate con esa dureza.

—Lo haré sola —Se levanta de la cama.

—Tengo mis dudas sobre eso… Te advertí que estaría a tu lado.

—Dijiste que resolveríamos todo juntos, no que te quedarías mirándome mientras intento apuntar con la orina al palito.

La escena me parecería muy divertida, pero entiendo que es algo demasiado íntimo y respeto su privacidad.

—Haré una excepción solo por esta vez —Paula frunce los labios. Se da la vuelta, como si no le importara lo que acabo de decir, y no puedo resistirme al impulso—. ¿Qué te parece si hacemos una nueva apuesta?

Paula se detiene en el umbral del baño y me lanza una mirada venenosa.

—Tienes muchos huevos, ¿no? Si cuando todavía no sabía que eras rico fui capaz de pedir algo caro, ¿te imaginas lo que te pediría ahora? —Su sinceridad sin filtro me provoca.

Su humor todavía no es el mejor, pero al parecer la tensión disminuyó.

—Nunca me subestimes —la amenazo en tono alegre. Si a mí me gustan los desafíos, ella no se queda atrás.

—¿Qué quieres apostar? —muerde el anzuelo.

—Si sale negativo, tú eliges lo que quieras, pero si sale positivo, yo elijo y los dos salimos ganando.

—¿Estás tratando de darme ventaja para ver si acepto?

—La decisión es tuya.

—Apuesta aceptada. —Cierra la puerta del baño sin siquiera darme un besito para sellar el trato.

Una prueba no puede tardar tanto… Mucho menos el proceso de orinar. Ya le conté al gato que quizá vaya a tener un hermanito o una hermanita. Bajé a buscar dos vasos con agua. Leí las instrucciones de las otras pruebas. Y Paula sigue en el baño. Han pasado más de veinte minutos y no ha salido. Así que decido llamar a la puerta.

—¿Puedo entrar? —Pasa un largo rato y vuelvo a insistir—. Vamos, Paula, abre la puerta. Ya te dije que estamos juntos en esta historia.

Terca, sigue sin decir nada, pero puedo escuchar sus sollozos, y eso me parte el corazón. No quiero que sufra sola. Puedo imaginar lo duro que debe ser para ella cualquier resultado que haya salido.

Las piernas me tiemblan. ¡Mierda! No voy a quedarme ni un segundo más aquí sin saber nada.

—Pequeña, voy a tirar esta puerta abajo, lo permitas o no. Así que voy a preguntar una vez más, ¿puedo entrar?

—No puedes, pero supongo que no tengo opciones, ¿no? En algún momento vas a entrar de todas formas… ¡Lárgate, mecánico! Esa es la mejor opción que tienes.

Su respuesta hace que el corazón me lata con fuerza… ¿Vamos a ser padres?

Capítulo 34

Paula

Mirar el segundo test, viendo cómo la pequeña línea rosada se va marcando lentamente en el espacio en blanco para confirmar el resultado del primero, no fue ni de cerca la mejor experiencia de mi vida. Pienso en tirarlo al inodoro, pero no tengo el valor. Esto no puede estar pasando otra vez. ¿O sí?

Esos minutos parecen horas.

Sacudo el palito con la ilusión de que el resultado cambie, y nada. Todo lo que consigo es un dolor punzante en la mano cuando choca con el botiquín del baño.

¡Estoy embarazada! Una nueva vida está creciendo dentro de mí… ¡San Genaro! Si descubro que ese santo es patrón de la fertilidad, soy capaz de ir hasta el Vaticano para que le quiten la santidad. ¿Por qué ese santito no puso algún chismoso en esa fiesta para hacerme huir de ese mecánico y no volver a cruzármelo jamás? ¿Por qué permite que los fieles monten esa estúpida atracción de tiro al blanco? Si no fuera por eso, no habría caído en la tentación y, ahora mismo, podría estar en la iglesia asistiendo a una misa, y no aquí, en el baño, sin saber qué hacer.

Está bien, lo admito: lo de la misa fue una exageración. Obvio que no estaría ahí, porque siempre he preferido leer la Biblia y conocerla por mí misma antes que escuchar a curas y pastores predicando sus verdades, subestimando mi inteligencia. No iría a ninguna iglesia. Tengo fe en Dios, y que Él me perdone por haber dudado de su existencia algunas veces.

Dios mío… ¿Y si este bebé también nace con anencefalia? Intento buscar al monstruo que está escondido dentro de mí, pero no lo encuentro.

Espero sentir alguna señal de rechazo, tristeza, angustia o algo parecido, pero no ocurre. Solo siento miedo al miedo. Golpeo mi cabeza varias veces contra la pared, con una sensación de alerta. La amenaza física y psicológica incrementa la ansiedad, y se vuelve difícil controlarla. La confirmación está en mi mano desde hace rato y no sé qué pensar.

¡Es demasiada prueba para una sola persona! ¿Será que si la tierra es fértil y un hombre eyacula en ella, nace un demonio? Porque no es posible: basta con que un hombre eyacule en mí sin condón y listo… Me convertí en una embarazada.

Levanto la cabeza y me encuentro con la mirada de Mal, que parece estar analizándome. Su expresión es ilegible. ¿Será miedo? Si lo es, no puedo culparlo. No sé en qué momento abrió la puerta. Supongo que fue justo cuando se lo permití, pero entre mirarnos y contarle el resultado, hay un largo camino.

¿Cómo pude ser tan imprudente? ¿Por qué los hombres que pasan por mi vida tienen que ser pura matemática y traerme tantos problemas?

Por un instante, casi sonrío. ¿Se imagina en qué clase de aventura se metió? ¡Lo dudo!

—La noticia que tengo no es la que quería darte.

—Sería muy aburrido si las cosas salieran como uno espera. —Sentir cómo se acerca lentamente me deja claro que esto no es solo una pesadilla, es la realidad—. Una de las cosas que necesitas aprender sobre mí: no le tengo miedo a lo nuevo.

Suerte la tuya, porque para mí esto no es novedad. Lo que para algunos es una bendición, en mi caso es casi un holocausto.

—¿Tienes idea de lo que esto puede significar? —digo con sarcasmo, esperando que Mal reaccione. Si él cree que todo es color de rosa, que espere a ver lo que se viene.

—¿Que seremos padres?

Oírle decir eso de una forma tan soñadora me causa dolor. Se me saltan las lágrimas.

—¿De verdad crees que las cosas son así de simples? Pues te digo que no lo son. En la telenovela de mi vida, los próximos capítulos siempre son dramáticos… para no decir trágicos.

—¿Por qué es tan difícil para ti mirar hacia la dirección a la que estoy dispuesto a llevarte? —Mal abre los brazos—. Ven aquí, pequeña.

No puedo moverme. Estamos tan cerca y al mismo tiempo tan lejos. Mientras él sueña, yo vivo una pesadilla. Mal hace planes, y yo desordeno todo.

—El problema no es tu dirección, sino la mía. Estoy condenada al fracaso, Mal. Ni siquiera sé qué estoy gestando en mi vientre. No necesitas sentirte responsable por un problema genético mío. Créeme, es complicado descubrir que tu hijo es diferente a los demás.

A un paso de mí, sigue mirándome fijamente, esperando que me rinda y me entregue a sus brazos extendidos.

—¿Crees que eso me asusta? —dice con firmeza y seguridad—. ¿Piensas que voy a salir corriendo, saltar el muro y llorarle a la falda de mi mamá porque la mujer que lleva un hijo nuestro tiene miedo de lo que pueda pasar? Tal vez lo haga en algún momento, pero no para quejarme, sino para pedirle consejos sobre cómo criar un hijo. Tienes razón cuando dices que no debe ser fácil tener un bebé diferente. Pero por ahora, solo sabemos que estamos embarazados. Lo que el destino tenga reservado para nosotros, solo el tiempo lo dirá. Si nuestro hijo tiene una lección que enseñarnos, estoy más que dispuesto a aprender de él. Y jamás voy a aceptar que tú no estés a mi lado para aprender juntos. —Siento cómo mi cuerpo se lanza hacia él y recibo un fuerte abrazo lleno de consuelo—. ¿No fue eso lo que hizo Vitória, pequeña? ¿Cambiarte? Fue a través de las cosas que hiciste contra ella que entendiste cuánto te equivocaste.

Mierda, ¿por qué siempre insiste en ignorar lo feo de mi historia y solo se interesa por mi belleza interior? Quisiera poder quedarme callada y darle la razón, porque si lo contradigo, el mecánico seguirá hablando. Pero no puedo quedarme en silencio.

—¿Cómo puedes saber todo lo que hice y aun así querer estar a mi lado? —lloro, y me da rabia conmigo por hacerlo—. No solo la rechacé, la repudié en todos los sentidos. ¿Puedes imaginar lo cruel que fui? ¿No temes que vuelva a hacerlo todo otra vez?

El dolor sube por mi diafragma y estalla en un sollozo profundo. Mal se conmueve al verme así y me lleva al cuarto. Nos sentamos en la cama, y él me consuela como si fuera mi refugio. En su toque no hay deseo, solo calidez. Me acurruco en su pecho y siento cómo mis lágrimas humedecen su camisa de algodón.

—No tengo ningún miedo. Todo lo que necesitaba saber es cuánto te arrepientes. Lo demás, ya te lo dije: la vida se está encargando de hacerte pagar por tus errores. Si esperas que te juzgue, te vas a decepcionar, porque no lo haré. Y ni se te ocurra pensar que voy a rendirme o que te dejaré alejarme, porque estoy comprometido contigo en esto hasta el cuello. Lo que está destinado en esta vida no podemos cambiarlo; si no pasaba ahora, podía pasar mañana, el próximo año o dentro de unos años —Levanta mi rostro con la mano, obligándome a mirarlo a los ojos—. ¿Sirve de algo que suframos por adelantado? —Niego con la cabeza—. Entonces, ¿vamos resolviendo un problema a la vez?

Una parte de mí quiere decirle que agarre todas esas ideas del destino y se las trague, mientras la otra parte me dice que tiene razón: no hay nada que hacer más que aceptar la situación. Así que asiento.

—No funcionará así, pequeña. Hice una pregunta y espero una respuesta.

Las caricias suaves en mi pelo bajan por el brazo hasta llegar al vientre. Instintivamente, y sorprendida, coloco mis manos sobre las suyas. Es la primera vez que siento ese tipo de cariño dirigido a alguien que no sea yo. La sensación es extraña. Su mirada cálida sigue igual, mientras el toque provoca un latido inesperado en mi corazón. Son pocas las veces en las que me he quedado sin palabras. Esta es una de ellas.

—Vamos a resolver un problema a la vez —acepté el consejo, aunque en mi respuesta hay más irritación que confirmación.

Quisiera ser fuerte y optimista como él, pero no tengo idea de cómo hacerlo. Ya discutimos todo lo que teníamos que hablar y ni siquiera tuve que decir cuáles eran mis preocupaciones para que Mal diera las respuestas correctas. Con él, las cosas funcionan así: siempre encuentra una solución para lo que parece perdido. Intenta hacerme sentir segura, protegida, respaldada. Muy diferente a Marco, que solo se preocupaba por dejar claro que tenía un nivel cultural superior al mío.

Aunque me encanta esa actitud de macho alfa, no puedo evitar soltar un quejido de protesta cuando me muerde.

—¿Por qué hiciste eso? ¡Me dolió!

Malaquías parece un ángel travieso que pertenece a una orden celestial superior, con la misión de hacer que todo sea surrealista. Perfecto y seductor...

—Lo hice para que aprendas a responder con más entusiasmo, no como si te llevaran a la horca.

La atmósfera cambia al instante. Su sonrisa pícara hace que mi corazón se acelere.

—Hice lo que me pediste —Me encogí de hombros.

Puedo decir lo que quiera, pero este desgraciado conoce hasta los tonos de mi voz. Me toma la cara de nuevo entre sus manos, y las promesas reveladas en su mirada hacen que todo parezca más liviano.

—Cuando alguien quiere la luna, no se esconde de la noche. Prefiero que me digas que vas a esforzarte en resolver un problema por día, a oírte admitir la derrota antes de intentar una solución. Jamás digas o hagas algo solo para complacerme si en realidad piensas o sientes lo contrario. No quiero imponer mi presencia en tu vida, quiero compartirla contigo.

Me irrita cuando me deja sin argumentos, con esa maldita habilidad para decir siempre lo correcto en el momento oportuno. ¿O debería decir inoportuno?

—Estaba siendo sincera. También creo que debemos lidiar con un problema a la vez, pero no tengo tu calma después de todo lo que viví.

—Mañana agendamos una cita con el médico e iremos juntos. Solo después de que te hagas los estudios que seguramente te pedirá, decidiremos cómo seguir. Hasta entonces, deja de sufrir —Mal limpia mis lágrimas con la punta de los dedos.

No sirve de nada llevarle la contraria. Para él, « nosotros » no es solo una forma de conjugar palabras. Sentir la fuerza frenética de sus brazos al rodearme me hace vivirlo todo de forma más intensa y profunda. Acurruco el rostro en la curva de su hombro y cuello, y respiro profundamente su perfume. No entiendo cómo logra darme paz en un momento como este, cuando los fantasmas y monstruos me rondan, pero me alegra que sea él con quien comparto esto.

—Sí, señor —Sonrío, porque sé que lo estoy provocando.

—La obediencia me excita —responde, siguiendo la broma. Me rindo de intentar agarrarlo con la guardia baja. Cada vez que creo que lo dejaré sin palabras, se sale con una respuesta aún peor que la mía.

—¿En serio? No lo había notado —digo irónicamente—. ¿Y qué más te excita tanto?

—¡Tú! —responde. Su cuerpo grande se inclina lentamente sobre el mío, acomodándome en la almohada, mientras su mano acaricia mi rostro, dejándome sin palabras de nuevo. Pero esta vez, por razones tan íntimas que ni siquiera podría quejarme... Fui yo quien empezó.

Sentir el roce de sus labios carnosos y su lengua áspera invadiendo mi boca provoca chispas que se extienden por todo mi cuerpo. De repente, la necesidad urgente de estar juntos florece y se vuelve brillante. El deseo nos consume, la energía nos envuelve. Y el beso deja de ser una caricia gentil para transformarse en algo desesperado, con llamas que arden y nos arrastran a una hoguera intensa. Me devora con ansias, como si quisiera grabar cada

sensación en la memoria. Nos entregamos al placer, a la pasión desbordada que nos domina.

Manos urgentes, expertas y ágiles nos desnudan, ansiosas por eliminar cualquier barrera entre nosotros. Me animo a seguir su ritmo, a hacerlo más atrevido.

Amo cada caricia, cada gemido compartido.

Mal separa la boca de la mía, respirando hondo como un hombre a punto de perder el control, y se incorpora un poco para mirarme.

Desesperada por recuperar el contacto, arqueo la espalda, ofreciéndole la firmeza de mis pechos, y Mal responde con una sonrisa maliciosa.

—¡Tentadores! —dice y atrapa lentamente uno de mis pezones, succionándolo con deseo—. Quiero disfrutarlos —provoca primero el derecho, luego el izquierdo—, venerarlos y alimentarme de ellos mientras aún no tengo que compartirlos.

Sus ojos brillan, haciéndome sentir adorada.

—Vas a ser una madre hermosa.

Al oír ese halago, pienso que los cambios en mi cuerpo llegarán mucho antes de lo que él se imagina. Ni siquiera estoy segura de que esa misma mirada deseosa siga ahí cuando empiece a engordar.

Trago ese pensamiento apenas su pulgar traza mis labios. Solo quiero que me siga besando, que cubra mi cuerpo con el suyo y me haga olvidar las preocupaciones y los miedos, aunque sea solo por esta noche.

—¿Y cómo se siente estar en deuda conmigo otra vez?

Mal muerde mi labio inferior, provocándome. Me encantan esos juegos de tortura que me hace. Hasta se tardó el muy idiota en restregarme la apuesta. Es encantador, pero un desgraciado... y me encanta.

—¿Cuánto me va a costar esta derrota?

Antes de responder, desliza la mano por mi vientre, masajeando justo donde mi cuerpo ansía ser tocado.

—Mucho —Veo en su rostro una expresión indescifrable, y me quedo helada, desconfiada—. No van a alcanzar las caricias para

saldarla. Tal vez ni siquiera hasta que la muerte nos separe. ¿Quieres casarte conmigo?

Va directo al grano, no solo con la pregunta, sino también con el dedo que se desliza entre mis pliegues y entra en mi centro. Jamás, ni en mil años, habría imaginado que me pedirían matrimonio de una forma tan erótica. Mucho menos que ganaría la lotería sin saber qué hacer con el premio.

Una vez más, soy incapaz de formular una respuesta coherente, y mucho menos de pensar con claridad o tomar cualquier decisión. Me dejo llevar, optando por disfrutar del recorrido de su lengua bajando desde mi mentón hasta la curva del cuello, enviando temblores a ese punto exacto donde su dedo trabaja con tanta lujuria.

—¿Por qué será que tenía la impresión de que, si salía positivo, ibas a proponerme exactamente esto como premio? —lo desafío, contrayendo el vientre.

Mal se vuelve loco con el duelo, soltando un gemido de gusto.

—Creo que es porque sabías que, si salía negativo, me arruinaba —su voz ronca vibra sobre mi piel. Eso es un bálsamo para mi excitación creciente. Me provoca por dentro, espera que pasen las ondas expansivas y vuelve a torturarme, moviendo el pulgar en una deliciosa caricia.

—¿Y no... crees... que vas a arruinarte proponiéndome matrimonio?

—Lo supe en el momento en que te desafié, pero ya era tarde para echarme atrás. Ahora responde sobre la deuda.

—¿Nunca escuchaste esa expresión « debo, no niego, pagare cuando pueda » ?

Lo observo mientras me estudia con una expresión curiosa en el rostro. Todo eso sin dejar de provocarme. Siento las terminaciones nerviosas palpitar, los músculos contraerse al ritmo de la estimulación y la invasión. El cuerpo parece a punto de estallar en un clímax. Mal lo nota y, como si lo hubiera planeado, se retira, dejando su mano sobre mi sexo masturbándome. Subestimarlo, creyendo que podía engañarlo con cualquier respuesta, fue un error.

Ahora quien sufre las consecuencias de esa torpeza cerebral es mi cuerpo.

—Una lástima... Esperaba una contrapropuesta y me decepcionaste, acobardándote —responde, como buen hombre de negocios.

Luego se aparta y amaga con levantarse de la cama. Claramente me está provocando, castigándome por no decir lo que espera.

—¿Me estás llamando cobarde?

Más rápida que él, lo tiro hacia abajo, montándome sobre su cuerpo.

—¿A dónde crees que vas? —lo desafío y coloco su erección entre mis piernas, moviéndome un poco—. ¿Planeas negociar nuestro futuro anulando mi capacidad de pensar, eso es?

Le devuelvo la cortesía de la burla que me está haciendo moviendo las caderas lentamente, creando un escalofrío entre nosotros. Un gemido ronco escapa de su boca.

—¿Crees que tú hiciste algo distinto conmigo? Desde que volviste a mi vida, me anulaste toda lógica. Te metiste por cada uno de mis poros, haciéndome desear que nunca más te fueras. Así que… —Lo vuelvo a desafiar, moviendo la pelvis con más intención, torturándolo, y sonrío satisfecha al arrancarle otros suspiros deliciosos, feliz de oírlo confesar tan valientemente cuánto me desea.

No hay nada que pensar ni razón para negarme. Si no funciona, el divorcio existe para eso. Es improbable que el remedio que intenta curar mis heridas me haga más daño. Me gusta. Me gusta cómo me hace feliz, cómo logra doblegarme. Y, sobre todo, porque saca de mí el coraje para enfrentar junto a él cualquier preocupación o miedo. Pero antes de decirle eso, tomo su miembro y lo acomodo en mi entrada, solo entonces le doy una respuesta a la altura del erotismo de su propuesta.

—Intentaré pagar la deuda hasta el último de nuestros días, Malaquías Lorenzzo —Lo recibo por completo dentro de mí, de mi

vida y de mi futuro—. Creo que... no, no creo nada. Te amo, mecánico.

—Yo también te amo, pequeña. Y te prometo honrarte, respetarte y estar a tu lado antes de que pestañees, cada vez que lo necesites.

Ya me esperaba una respuesta bien cursi, pero igual lo beso con una sonrisa feliz. Ah, olvidé incluir en la lista de motivos por los que acepté, que aunque lo considere cursi, amo a este hombre.

Desde ese momento, ya no hay palabras ni provocaciones... Nos entregamos el uno al otro, viviendo cada sensación, aferrándonos mientras el clímax y el frenesí nos invaden, confiando plenamente en lo que está por venir.

Capítulo 35

Mal

Estábamos en el consultorio del obstetra que ella había elegido, ya que mi pequeña confiaba en su trabajo; tuvimos que esperar diez días para la cita, pero eso no había sido un gran problema. El médico recomendó que nos mantuviéramos tranquilos, afirmando que no había razones para preocuparnos. También explicó la importancia de los estudios que estaba solicitando.

La ansiedad de Paula por aclarar sus dudas sobre la genética rayaba en lo exagerado, pero el médico, como buen profesional, se mantuvo lo más sereno posible, respondió todas las preguntas de forma clara y se esforzó por tranquilizarla una vez más. Aun así, ella no parecía nada convencida. En ese momento Paula cambió de repente. Parecía haber entrado en trance. Se cerró como una ostra en su concha, sin dejar ni un resquicio por donde alguien pudiera acercarse.

La expresión preocupada en su rostro me desconcierta. Mientras yo estoy ansioso y con expectativas, ella parece no sentir ningún tipo de emoción o entusiasmo. Reuniendo toda la paciencia y comprensión que me quedan —porque últimamente eso es lo que más he tenido que ejercer—, pago el estacionamiento e intento iniciar una conversación:

—¿Quieres comer en algún lugar especial o aceptamos la invitación de mi madre y cenamos con ellos?

Paula se encoge de hombros, dejándome a mí la decisión. Aunque la familia está animada y mi madre demasiado entusiasmada por la idea de tener un *bambino* que la llame *nonna*, creo que ese ambiente tan efusivo no le hará bien. Serán demasiadas preguntas, y no creo que Paula esté receptiva para una

celebración exagerada, considerando que ni siquiera tiene ánimos para sonreír.

Quisiera poder decir algo, pero no sé qué. Como no logro leerla, cualquier cosa que diga puede interpretarse mal. No es momento para discusiones. Estamos al límite.

Juro que, si no fuera por los consejos de mamá, quien me dijo que tuviera juicio y mucha paciencia con una embarazada en su primer trimestre, ya le habría dicho unas cuantas cosas.

Algunas de nuestras conversaciones me vienen a la mente. En uno de esos diálogos, ella me dijo unas palabras.

—Es natural que la ragazza esté asustada y se comporte así. Lo que vivió no debe haber sido fácil.

No me convenció de inmediato y repliqué.

—Lo entiendo, mamá, pero nada de lo que digo o hago parece agradarle. A veces creo que Paula tiene razón... No sé si realmente lograremos tener un futuro juntos. No por mí, sino por ella. Intento acercarme, finge aceptarlo y, de pronto, se aleja. Cada vez que damos un paso hacia adelante, siento que retrocede dos.

—Así es esto. Ve acostumbrándote, porque lo más probable es que solo empeore —me dijo, muy alentadora—. Mira mi caso. Logré alejar a tu padre de ti y casi hice lo mismo con el padre de tus hermanos. Mi suerte fue que Romeo no se dio por vencido, y no porque yo no lo intentara. Dio mio, hice sufrir a ese hombre… Bambino, sigue como hasta ahora. Esa ragazza necesita amor. ¡Nada de debilidades! Un gran hombre conquista a su mujer todos los días. Si ella significa tanto para ti como me has dicho, lucha por ella y por el bambino que viene en camino.

Paula significaba para mí mucho más de lo que alguna vez imaginé… Mamma tenía razón: jamás renunciaría a mi familia.

El aparcacoches trae mi vehículo y espero a que abra la puerta del pasajero. La tomo de la mano y la ayudo a subir. Una de las primeras cosas que hice cuando volvimos de Angra fue comprar las alianzas y recoger el coche en la concesionaria. No iba a seguir

llevándola de un lado a otro en la parte trasera de una moto en el estado en que se encuentra.

Al principio, cuando elegí este coche por comodidad, rendimiento y porque siempre me habían gustado los convertibles, no imaginaba lo poco práctico que sería para los meses siguientes. Pero al ver el esfuerzo que Paula hace para entrar en un coche tan bajo, no puedo evitar pensar en lo incómodo que será de ahora en adelante. No tengo intención de deshacerme de él, pero ya tengo algunas soluciones en mente que deberían haberse implementado hace tiempo. ¿Y por qué no empezar ahora?

Me siento al volante antes de arrancar y miro hacia ella. Paula tiene las manos sobre las piernas y la cabeza apoyada contra la ventana. Parece tan lejos, tan distante…

—Este coche pronto ya no servirá, ¿cierto, pequeña? —trato de meterla en la conversación.

—¿Estás pensando en deshacerte de él? ¿Por qué lo harías si acabas de comprarlo?

—Estaba pensando en que podríamos tener otro, ¿qué opinas?

—Haz lo que quieras —su voz es casi un susurro.

Sigue metida en su caparazón, cerrada. No voy a insultar su inteligencia preguntándole qué le pasa, porque la respuesta está clarísima. Tampoco voy a hacer promesas vacías. Por ahora, no mencionaré la terapia. La última vez que hablé del tema, terminamos discutiendo feo. No lo descartó del todo, pero tampoco dijo que lo haría.

—¿Por qué yo? Quien más va a usar el coche eres tú.

—Hasta que nazca el bebé, podemos dejar las cosas como están.

Es la primera vez que ella reacciona con tanta indiferencia a algo que mi dinero puede ofrecerle. Me resulta extraño, pero últimamente ha sido así. Paula parece necesitar más de mí que de cualquier cosa que yo posea.

—¿Prefieres seguir yendo al trabajo en metro en vez de disfrutar de la comodidad de un coche? —la desafío.

Ella se vuelve hacia mí, y me alegra captar su atención. Prefiero ver esos ojos hermosos a quedarme mirando solo su perfil.

—Mírame bien —responde—. ¿Tengo cara de alguien que disfruta viajar en metro? Ni siquiera el meñique de mi pie. Prefiero que me dé calambres manejando un coche en medio del tráfico, que ser pisoteada por la multitud.

—Entonces, tenemos que resolver esto pronto. Estos días he podido llevarte y recogerte porque la agenda ha estado ligera, pero pronto tendré que viajar. Y ni hablar de todas las reuniones que cancelé y necesito reagendar. Mis horarios no siempre son los comerciales.

—No te estoy pidiendo nada. Eres tú quien ha insistido en llevarme, pero, si tanto insistes y crees que es necesario otro coche, no me voy a negar. Aunque creo que podrías usar la moto en días excepcionales.

—La cuestión no es hoy, ni mañana, ni la semana que viene. En unos meses estarás un poquito más grande —gesticulo con el pulgar y el índice para que se lo tome con humor y no crea que me estoy quejando—, y este coche no será la mejor opción.

—¿Un poquito más grande? —Sonríe—. ¿Tienes el descaro de decir eso con la cantidad de comida que tú madre me hace comer?

—A veces se pasa…

—Para ser honesta, siempre. Cualquier día de estos voy a explotar como Doña Redonda.

Qué bueno es verla relajada y radiante cada vez que menciona algo sobre mi familia.

—Estoy perdido. Veo que no solo te está haciendo engordar, sino que también te está influenciando a volverte dramática como ella.

—Alguien va a recibir un sartenazo hoy. Solo déjame contarle lo que dijiste —amenaza.

Es divertido imaginarla yendo a chismear con mi madre.

—Mejor cambiemos el rumbo de esta conversación y volvamos al tema que estábamos hablando. ¿Qué estilo de coche prefieres?

—¿Todo esto es por miedo a que te pegue? Me encanta saber que no eres tan valiente como pareces.

—Duele, ¿sabes? Ahora dime, ¿qué estilo de coche prefieres?

—¿Quieres que lo elija yo?

Su sorpresa demuestra lo poco que le importa el tema.

—¿Y por qué no deberías elegir tú? —le devuelvo la pregunta.

—No sé… Es raro. Normalmente usaba el coche que estuviera más accesible en casa. Mis padres siempre tuvieron varios. Y cuando me casé, no cambió nada. Seguí usando los coches de ellos. Compré mi primer coche cuando murieron.

Conociendo su pasado, estoy cada vez más convencido de que la facilidad con la que siempre tuvo acceso a cosas materiales impidió que aprendiera a darles verdadero valor. Justamente por eso nunca la juzgué. Puedo ver que ese desapego aparente que tiene ahora es consecuencia de las experiencias duras que vivió, y que eso la hizo valorar las cosas de otra manera.

—¿En serio? ¿Y cuál fue?

—Un Lamborghini Huracán...

¿Un Lamborghini? No podía esperar otra cosa.

—Wow. Una decisión audaz.

—Tan audaz que no me duró ni lo suficiente para disfrutarla. El banco se la quedó rapidito, después de que me estafaron.

Quisiera contarle que el tipo está preso y que, por lo que he averiguado, no saldrá de la cárcel en mucho tiempo, pero no tiene sentido sacar eso a colación ahora. Paula tiene cosas más importantes de las que preocuparse.

—No hay mal que por bien no venga. Ese tipo de máquina es como un arma en las manos. Puede ser peligrosa incluso para conductores experimentados.

Ella estalla en carcajadas. Ni siquiera es una risa, es una carcajada de verdad.

—¿Hablas en serio? Porque si estás hablando en serio, no tienes idea de lo mucho que me encantó escuchar eso. —Ríe más fuerte—. Qué bonitas palabras de consuelo.

Me desconcierta esa risa casi histérica.

—No entiendo qué es lo gracioso. No dije ninguna tontería.

—Es verdad, no fue una tontería, pero tienes que admitir que fue gracioso. "No hay mal que por bien no venga" —repite, imitándome.

Me uno a ella, riéndome de mí mismo. Esta vez sí que toqué fondo.

A unas cuadras más adelante veo una concesionaria.

—¿Eh? ¿Por qué paramos?

Apago el motor y me giro hacia ella.

—Vamos a ver si aquí tienen algún coche que nos guste.

—¿Existe algo mejor que estar casi comprometida con un millonario? —ironiza, sonrojada—. Es fascinante el mundo de quien tiene dinero. La persona decide que quiere comprar un coche, se detiene en la primera tienda y listo, sale de ahí con uno.

Hasta me da un poco de culpa haberla hecho esperar tanto por los anillos, pero la sorpresa va a valer la pena. Es solo cuestión de horas o días, quién sabe. En cuanto al sarcasmo por mis posesiones, es gracioso ver cómo se pone incómoda. Nunca pensé que el lujo pudiera ponerla tan nerviosa.

Por increíble que parezca, Paula ha cambiado mucho. Incluso prefiere quedarse más en su casa que en mi piso. Mamma está encantada con todo esto. Ya la trata como si fuera su hija, y noto que a Paula le gusta la atención. Moa y Theo tampoco se quedan atrás: apenas llegamos, ya se pelean por jugar con ella a las cartas.

—Estoy completamente a tu disposición. Usa y abusa, pequeña. —Le beso los labios y salgo del coche. Al abrirle la puerta, le añado un toque de adrenalina para aliviar la tensión y hacerla sentir más cómoda—. Mi mundo podrá haberse vuelto práctico con la fortuna que conseguí, pero fascinante… solo lo fue cuando te conocí.

Tal vez la hayan consentido toda su vida, pero lo que yo quiero ofrecerle es algo completamente distinto. Quiero darle el mundo, pero también quiero que sepa que lo hago por amor. Y al fin de cuentas, he trabajado duro para conseguir lo que tengo. Si no puedo

comprarle un coche a la futura madre de mi hijo, ¿entonces para quién lo haría?

Capítulo 36

Paula

Mal me ha estado mimando desde temprano. Bueno, lo hace todos los días, pero hoy amaneció más galante y afilado que nunca. Hasta me trajo el desayuno a la cama, con una magdalena y velita incluida para celebrar la octava semana de embarazo.

No entiendo cómo puede parecer tan tranquilo ante el problema inminente que tenemos por delante.

—¿Tardé mucho? —Me doy la vuelta y lo encuentro en el salón, terminando una llamada.

A pesar de que pasé prácticamente toda la noche en vela, no estoy tan aterrada como pensé que estaría, gracias a Moa, que ha estado hablando mucho conmigo, casi como si fuera mi terapeuta personal. Hoy me haré una ecografía complementaria en tres dimensiones, siguiendo su consejo. Me explicó que no hay garantías de que el examen, en esta etapa temprana del embarazo, logre mostrar con precisión si hay algún tipo de corte transversal en el polo cefálico. Sin embargo, existe una posibilidad.

El bebé aún es un embrión, y lo más recomendable es esperar hasta la semana once para hacer la ecografía morfológica del primer trimestre. Pero como sabe lo ansiosa que estoy, Moa cree que esta ecografía podría tranquilizarme. Por esa sensibilidad suya, le dije que debería haber elegido psiquiatría en lugar de medicina general. Tiene una paciencia enorme, como la de su hermano mayor, mi mecánico, que por cierto me observa como si fuera la estrella de su vida.

—Vale la pena cualquier espera con tal de verte así de hermosa.

¿Cómo es que amo escucharlo decirme esas frases hechas que me derriten? Sabe perfectamente que estoy hecha un manojo de

nervios y finge no notarlo. Y lo peor de todo… es que me derrito igual.

Sus ojos de cazador brillan de deseo mientras se acerca a mí. Luce hambriento e insaciable, como siempre.

—Tú tampoco estás nada mal.

Mientras yo paso horas arreglándome, él se pone unos jeans simples, una camiseta cualquiera y listo: parece modelo de pasarela. A Mal no le gusta la distancia, así que me acerca con los brazos hacia él.

—Tenemos un día ajetreado, pequeña. —Sonríe con ese aire misterioso—. Tengo una sorpresita para ti. Bueno… dos.

Inclina mi rostro con ambas manos y me roba un beso.

—Y por lo que veo, no vas a contarme nada.

—Estoy pensando si te lo cuento. Estás muy gruñona —dice, apretándome la nariz.

—Haz lo que quieras. —Frunzo la boca. Si está tratando de provocarme, está perdiendo el tiempo—. No me pidas que esté de buen humor cuando, con cada minuto que pasa, me pongo más impaciente y asustada por lo que pueda mostrar el examen. Ahora bien, si el futuro de tu...

—Alto ahí... —dice en tono de broma, señalando mi pecho con el dedo de manera amenazante—. Cuidado con lo que vas a decir. Puedo morderte la lengua y arrancarte un pedazo si te pasas de lista. Así quedamos: tú reaccionas a tu manera, y yo a la mía, ¿ok?

¿Será que este hombre no se toma nada en serio?

—Y como eres tan bocuda, iba a contarte que... —Mal finge que duda entre decirlo o no—... el juez le otorgó la custodia temporal de Luana a Denis.

—¡No lo puedo creer! —Le salto encima—. ¡Dios mío! ¡Qué noticia tan maravillosa!

—Empezamos bien el día. Confía, todo va a salir bien.

—No pueden volver a casa, Mal. ¿Y si la justicia suelta a ese maldito del infierno?

—Le pedí a la doctora Priscila que se comunicara con la casa de acogida y solicitara que mantengan el secreto hasta el final de la tarde. De todos modos, hay que esperar a que Luana llegue a la institución y Denis a la oficina antes de darles el alta. Así que, unos minutos más no harán la diferencia. En cuanto a dónde vivir, pensé que podríamos traerlos aquí, al piso. ¿Qué opinas? Al menos hasta que se muden definitivamente a Angra.

—¿Qué opino? ¡Me encanta la idea!

Hace poco, Denis empezó a trabajar con Mal y está súper emocionado con ayudar en la parte de recreación del hotel. Me enteré de que incluso está haciendo planes: quiere comprarle una silla motorizada a su hermana.

—¿Merezco un beso ahora?

—¡Muchos! Y voy a decirte por qué: por no rendirte conmigo y por ser este hombre increíble, capaz de amar a todos los que lo rodean.

Me besa vorazmente. ¿Para qué inyectarme bótox si tengo mi propio bótox natural, con sus besos rellenándome los labios día y noche de tanta intensidad? Mal no puede verme sin quererlo todo de mí. Cada día que pasa, me siento más suya. Viva. Deseada.

—Se me olvidó decir que, por más malas que sean tus frases cursis, son las mejores que he escuchado.

—Pueden ser cursis, pero cada una expresa una emoción distinta, como cada momento contigo.

Me da risa. Mal tiene razón. Aunque parezcan frases preparadas, su repertorio es enorme. Ningún genio podría memorizarlas todas.

—Solo para que lo sepas: te considero un hombre muy sabio. —Le muerdo los labios—. Si no fuera por esas frases tuyas, jamás te habría dado el primer beso. Yo no ando por ahí ofreciendo mi boca a cualquier desconocido.

Jugando entre los dos, la excitación nos recorre.

—Ya que dejamos atrás la etapa de lo "desconocido", ¿qué tal si me besas otra vez?

Su mano presiona suavemente mi nuca y sus labios apenas rozan la comisura de mi boca, sin llegar a tocarla del todo, pero lo suficiente como para encenderme por completo.

—Estás muy amable. Por lo general no pides, tomas.

Como chispa en barril de pólvora, Mal vuelve a besarme. Bueno, no planeaba que nuestra salida a la clínica incluyera casi unas preliminares, pero no importa. Es excitante. De hecho, ¿cuándo no lo es? Toda mujer debería tener la suerte de encontrar a un hombre como Mal, que la lleve al límite en los momentos más inesperados del día.

Las horas vuelan, y cuando me doy cuenta, ya estoy frente al monitor, atenta a cada palabra del médico.

—Parece un garbancito —declara Mal, con el ceño fruncido, una sonrisa enorme y los ojos llenos de lágrimas. Trato de reaccionar igual, pero no me sale.

—¿Ese sonido es su corazón?

—Exactamente —responde el médico, subiendo un poco el volumen.

—Doctor, no me cabe duda, el corazón de mi hijo es corinthiano.

¡Mal no hizo eso! No puedo creer que haya tenido el descaro de cantar el himno del equipo en plena consulta. Lo juro por Dios, tengo ganas de lanzarme sobre la camilla y no salir más de ahí.

—No le haga caso, doctor. Ni en sueños mi hijo tendría un gusto tan pésimo.

—¿Cómo qué no? —responde él, convencido de lo que dice—. En ese cuerpecito corre la sangre del Mal, ¿o no?

—Puede que tenga Mal en el cuerpo, pero mal gusto, no.

—Vamos a ver qué decide el garbancito cuando lo llevemos al Itaquerão.

Le lanzo una mirada fulminante, pero el mecánico me ignora por completo y hasta se encoge de hombros. Es demasiado para mi cabeza.

—Tendrán mucho tiempo para convencer a su hija o hijo —interviene el médico, llamando nuestra atención.

Veo cómo Mal casi se encoge en su asiento. ¡Bien merecido! Se lo buscó solo. Un hincha del corinthias, lo que me faltaba...

—Claro, tú tienes razón.

En términos técnicos, el médico empieza a dar medidas y siglas a la enfermera y se toma su tiempo para decir lo que más quiero saber. Finalmente, anuncia que todo está bien con el bebé, y no puedo evitar preguntar.

—¿Está seguro de lo que me está diciendo? ¿No hay ninguna anomalía en mi hijo?

—Aparentemente, todo está perfecto. Le recomiendo hacerse la ecografía morfológica del primer trimestre que el doctor Luís Paulo solicitó en sus estudios prenatales dentro de tres o cuatro semanas.

Las lágrimas me caen por pura emoción. Siento que, más allá de lo que dijera, lo único que necesitaba escuchar era que mi bebé estaba bien. Con los ojos fijos en la imagen congelada del monitor, sin parpadear, empiezo a oír bajito, por la acústica de la sala, la canción « Angel » , de Jack Johnson. De repente, en ese instante, siento que se crea una conexión entre el bebé y yo. Es difícil de explicar, pero lo suficientemente fuerte como para sentirla de verdad. Le pido perdón mentalmente por todo el estrés que le he causado con mis inseguridades y todos mis miedos.

Tu padre tiene razón, mi tesoro. Vamos a estar aquí, unidos, para enfrentar todo lo que venga. Perdóname, mi ángel… perdóname…

—Claro, ya se hizo todos los estudios. Solo falta el morfológico. Esperaremos unas semanas.

Sin poder romper el lazo que siento con el bebé, como si yo no estuviera realmente en esa sala, noto que la enfermera limpia el gel de mi abdomen mientras Mal conversa con el médico. Por primera vez en la vida, toco mi barriga y lo llamo *mi* bebé, *mi* ángel, *mi* milagro… Incluso podría llamarlo corintiano , o como él decida identificarse en la vida.

El calor bajo mis dedos me devuelve a la realidad.

Ahí, de pie, junto a la camilla, el hombre que me eligió para toda la vida me susurra al oído el estribillo de la canción.

Tengo un ángel, y no tiene alas.

Capítulo 37

Mal

Denis parece desconfiar un poco cuando me ve con Paula en la puerta del hogar de acogida. Debe pensar que cambié los planes que habíamos acordado en la oficina. La verdad es que el orden sí se alteró un poco, pero el resultado será el mismo.

Esta noche será de celebraciones y mucha emoción.

De todas las emociones que he visto en Paula, la felicidad que irradia ahora es la más bonita que jamás imaginé presenciar.

Si deseas algo con todas tus fuerzas en la vida, tienes que entregarte por completo. A medias no funciona. Mis ambiciones cuando se trata de mi amor por ella no tienen límites, y hoy voy a hacer las cosas bien, como ella se lo merece.

Me tiemblan las manos, pero en el fondo sé que no hay motivos reales para esa reacción. El universo está conspirando para que todo salga bien, y la buena energía flota en el aire, lista para ser respirada. Taiana, mi asistente, tiene la lista de verificación lista desde hace más de una semana, esperando solo mi orden para ejecutarla. Cuando la llamé por la mañana, después de hablar con la doctora Priscila, me preocupaba que el poco tiempo no fuera suficiente para organizar todo, pero me sorprendió: hace diez minutos me envió un mensaje diciendo que todo estaba listo.

—¿Listo para la nueva vida? —pregunta Paula a Denis, que sostiene de la mano a Luana.

—¿Qué estás queriendo decirme?

—No me decepciones, mocoso. El atrevimiento no puede ser tu única cualidad. Estoy segura de que eres lo bastante inteligente como para saber a qué vinimos aquí.

Denis me mira confundido y yo me encojo de hombros. Aunque estoy muy contento con su trabajo en la oficina y admiro su

determinación por aprender todo sobre la cadena de hoteles, fuera del ambiente laboral, no soy su jefe. Así que espero que se las arregle para entender lo que mi pequeña está insinuando.

—¿Salió la custodia provisional?

—¡Sí, mocoso!

—¡Dios mío! —Se arrodilla frente a su hermana—. Lu, mi princesa, somos libres. —Cruzo miradas con Paula, porque sabemos perfectamente a qué se refiere con « libertad » —. Pronto estaremos viviendo en un lugar hermoso, ¿entendiste?

—Lin…do.

—Tú y yo —Señala con el dedo a ella y luego a sí mismo—, vamos a ser muy felices.

Todavía no tiene la custodia definitiva de su hermana. Sabemos que el proceso será largo. Tendrán que pasar por entrevistas con el consejo tutelar, declarar en contra del padre y relatar todos los abusos que ese hombre cometió contra ambos. En fin, la travesía apenas comienza, pero me siento feliz de poder ofrecerle a esta familia un nuevo comienzo.

—¿Fe…lices? —Luana parece tener dificultad para entender todo lo que está ocurriendo, pero sus ojitos brillan. En el fondo, sabe que es algo bueno.

—Muy felices, mis amores. —Justo cuando pienso que Paula ya no puede sorprenderme más, la veo agacharse y abrazarlos.

—No sé ni cómo agradecerles por todo lo que están haciendo por mí y por Lu.

—No tienes que agradecer nada, pero estaremos muy felices si aceptan la invitación que tenemos para vosotros: hasta que se muden a Angra, Mal y yo quisiéramos que se queden en…

—Serán bienvenidos en nuestra casa —la interrumpo, al ver que duda sobre qué palabras usar.

—¡Eso! Queremos llevarlos a nuestra casa. —Ella me sonríe.

—No quiero causar molestias…

—Molestia fue organizar todo para llevarlos hasta allí. Así que si rechazas la invitación, mocoso, vamos a sentirnos frustrados y

también preocupados de que estén solos en esa casa.

—Maldita sea, vosotros sois los mejores.

—Lo máximo es ese vocabulario tuyo.

Contengo la risa. Esta pequeña mía… No deja pasar una. Aunque tiene razón. Justo hablé de eso con el departamento de recursos humanos, para que incluyeran la orientación verbal en su formación.

—¿Qué tiene de malo?

—Tiene que cambiar. A partir de ahora, tienes una carrera por delante y no puedes hablar así —lo reprende ella. Y yo, ¿cómo estoy? ¡Orgulloso!

—La gente de la oficina dijo que el lugar es de ricachones.

—El lugar puede ser muy diferente al uso de esa palabra. No todas las personas con dinero que pueden pagar lugares lujosos como ese tienen educación. Así que no necesariamente serán "ricachones". Presta atención y date cuenta de lo importante que es hablar correctamente. Sobre eso, en los días que pasemos juntos puedo echarte una mano —Paula le guiña un ojo.

—Tú tienes mucha actitud, ¿no?

—Y tú eres atrevido. Ahora acepta nuestra invitación y ven con nosotros.

No es casualidad que Paula se haya identificado tanto con ese chico. Tienen el mismo descaro.

Luana hace lo mismo que yo: solo observa.

—Si realmente lo quieren, acepto. Creo que puede ser bueno para Lu si no volvemos tan pronto a esa casa. Se la ve mucho más tranquila…

—Pégate a mí y vas a brillar, mocoso —le dice Paula—. Estamos ansiosos por recibirlos.

Paula usa un lenguaje informal para bromear con Denis, y yo le lanzo una mirada seria. Antes lo reprendimos por la jerga que utiliza y ella acaba haciendo lo mismo.

Mientras les doy espacio para que se recuperen de la fuerte carga emocional, acompaño a la doctora Priscila, que llega para hablar de los trámites legales. Más tarde conversaré con Paula sobre el tema.

Después de dejar todo en orden, compruebo en carne propia lo difícil que es mover la silla de ruedas vieja y en mal estado de Luana por la acera hasta donde está el coche. Podría ayudarlos comprando una nueva, pero creo que es importante para Denis hacerlo por sí mismo con lo que ha ahorrado gracias a su trabajo. Eso lo ayudará a valorar las cosas y a tener cada vez más ganas de hacer algo por él y por su hermana.

Mientras la empujo, pienso en alguna excusa para demorar un poco más la llegada a casa. Hace poco, Taiana me envió un mensaje diciendo que el vuelo de Digão se retrasó y, por el horario estimado de llegada a San Pablo, todavía tenemos al menos dos horas.

Denis me ayuda a guardar la silla en el maletero del Jeep Compass, el coche ideal que decidimos comprar para nuestras futuras necesidades, y al fijarme en su pelo, se me ocurre una idea. Después de todo, conociendo a mi futura esposa, pudo haber aceptado mi primer pedido de matrimonio despeinada entre cuatro paredes, pero de ahí a aceptar...

Paula

¡Bandido! Me engañó por completo. Todo ese cuento de que Denis tenía una reunión temprano con el administrador Barbosa y que necesitaba ir a un salón decente para cortarse el pelo antes de comprar ropa nueva… era parte de un plan. Debería haber sospechado cuando sugirió que todos aprovecháramos los mimos del salón y la ropa. Caí directo en su jueguito: *« Pequeña, cambiemos de ropa también para que ellos se sientan más cómodos… » .*

No puedo creer que Mal haya organizado esta fiesta en homenaje a los hermanos en tan poco tiempo. Y por Dios, ¡están todos aquí!: la familia, el personal que trabaja conmigo en la institución, Mari Borges e incluso el tal señor Barbosa, que ahora sé que en realidad es Digão, su mejor amigo. Lo único que no entiendo es porqué tanta gente. ¿Realmente quería hacer que los chicos se sintieran acogidos por todos? ¿Y el buffet con profesionales con síndrome de Down? Dios mío, qué adorables y animados son. No sé cuántos abrazos y elogios de que me veo linda he recibido. Me encantó escuchar de parte de la dueña que es un placer trabajar con ellos. Me pareció una idea y una iniciativa espléndida. De verdad, son adorables.

Pero hay algo que no encaja... ¿Por qué la decoración del salón del edificio no va con la ocasión? Hay demasiadas flores, Mal no puede ser tan despistado. A menos que…

Dejo de pensar cuando siento que se me eriza la piel en la nuca. No necesita ni tocarme para provocarme una reacción.

—¿Te está gustando la sorpresa?

Su mano serpentea por mi cintura, su cabeza reposa en mi hombro, y juntos observamos a todos, distraídos, divirtiéndose.

—¡Y qué sorpresa! ¿Cuándo vas a dejar de ocultar cosas y de contármelas solo cuando te conviene?

Me hace girar hacia él. Qué guapo está. Incluso se cambió de ropa en el centro comercial. Los vendedores seguro pensaron que estábamos locos.

Un camarero se acerca con dos copas. Me entrega una, que supongo no tiene alcohol, y la otra se la da a él.

—Tienes poco tiempo para responderme algo, pequeña. ¿Alguna vez te sentiste a un paso de convertirte en la persona más feliz del mundo? —Mal da un sorbo al champán y levanta las cejas, esperando mi respuesta. Un déjà vu me sacude. La pregunta que me hizo hace años no fue exactamente esa, pero la expresión y la pasión en sus ojos son las mismas. Es increíble cómo, desde que supe que es Lorenzzo, empecé a ver tantas similitudes que antes no notaba.

—¿Por qué pensar en un paso, si ya me siento la mujer más feliz del mundo?

La atracción es inmediata y me dan ganas de saltar directo a lo que sería nuestra conclusión natural… en la cama.

—Considera mi pregunta en un nivel más alto. Quiero saber sobre la plenitud de la felicidad.

Sosteniéndolo por una de las solapas de la camisa, me pongo de puntillas, como siempre tengo que hacer para alcanzar su boca, y lo beso.

—Antes de encontrarte, fueron pocas las ocasiones. Si es que existieron. Creo que hay una diferencia entre decir que eres feliz y realmente vivir en un estado de alegría, ¿no? Hoy, por ejemplo, siento una mezcla contradictoria dentro de mí. Estoy feliz por haber conectado con nuestro bebé, pero triste por no haberme permitido sentir lo mismo con Vitória.

—El contacto que tuvieron no fue el que se espera entre madre e hija, pero ¿quién te asegura que no hubo conexión?

El hombre más comprensivo que alguna vez imaginé conocer choca nuestras copas, y de pronto suena en el salón el tintineo de cubiertos golpeando copas. Miro a mi alrededor y todos hacen el mismo gesto, sonriendo, con la atención puesta en nosotros. Se apagan las luces, y un telón -que hasta ese momento no había notado- se enciende, mostrando el inicio de un show en la playa.

—Nuestra canción…

—¿Tenemos una canción?

—¡Claro! ¿Olvidaste que convenciste al joven roquero de asistir a su primer show de axé? Y peor aún, ¡lo hice bailar también! Casi pierde su empleo cuando la dirección lo vio, por las cámaras, besándose con una huésped en el concierto del cantante Netinho, y para colmo, dentro del hotel.

—¿De verdad hice eso?

Él señala el telón, y en la imagen aparecemos nosotros al ritmo de la canción « Mila » .

Qué joven tan atrevida era.

—Qué perra fui —admito.

—Pero bailabas como una cacatúa.

¿En serio me comparó con un pájaro?

—¿Cacatúa?

—Los científicos dicen que bailan muy bien. —Echo la cabeza hacia atrás, riendo.

Todo comenzó algún tiempo atrás, en la isla del sol…

Por Dios, ¡está todo ahí! Imágenes del faro, el cielo estrellado, el sol poniéndose con los últimos rayos de luz al fondo. Las imágenes son representativas, pero la película que se proyecta en mi cabeza es real. Recuerdo cada momento y me emociono al ver todo en el telón, incluso la imagen de un inodoro… ¡Este desgraciado no puede olvidar eso!

—Vaya, no había tantos desechos —Le doy un golpecito en el hombro y, aliviada, suspiro cuando la imagen desaparece rápido de la pantalla.

Todo lo que publicó en su perfil de Instagram está ahí… Muchos recuerdos nuestros. Por un momento, el video parece que va a terminar, pero entonces escucho el sonido del corazoncito de nuestro ángel latiendo, primero bajito, luego más fuerte. La pantalla vuelve a iluminarse y aparece un mensaje.

Mamá, papá quiere hacerte una pregunta delante de mí.

—Bien dijiste que el corazón era conrinthiano, *fratello* —grita Theo. Moa asiente, y Digão silba en medio del salón. No me importa

si quieren que el angelito sea hincha de ese equipo o no. Bueno, al menos por ahora...

—¿Tú también? —le pregunto a Digão—. ¡No sabía que hasta los bahianos apoyaban al Corinthians.

—Coringão está en el corazón de Brasil.

—Quiero ver quién se atreve a desafiar a la máquina de hacer pasta y tratar de elegir un equipo para el *bambino* o *bambina* que no sea mi Palestra Italia.

Dios mío, ¡esa pelea va a estar buena!

Se encienden las luces y, como si fueran dos pajes, Denis entra por la puerta principal empujando la silla de su hermana, que sostiene una cajita.

—¿Esa canción también es nuestra?

—No, esta es para compensar la otra, que seguramente no te gustó, si te conozco bien. La sugerencia de esta canción fue de mi madre, que pensó que era muy romántica. Y no te quejes, porque entre la enorme lista de canciones italianas que ella propuso, *Incancellabile*, de Laura Pausini, era la que más nos representaba, la mejor de todas.

Miro a la mujer que me ha estado tratando como a una hija y me emociono. Por supuesto que en este momento llora exageradamente, como una buena y *bella italiana.*

—Si pensaste que me pareció de mal gusto usar « Mila » para una retrospectiva, acertaste, pero cuenta nuestra historia. No todo lo que vivimos hasta ahora fue perfecto. Así que, que lo sepas: ¡me encantó! En cuanto a Laura Pausini, soy fan, y vosotros lo hicieron muy bien. —Él sonríe.

—Te conozco, pequeña, y quiero darte el mundo. Por eso, quiero, solemnemente, frente a todos nuestros amigos, a nuestra familia y a nuestro angelito, hacer la propuesta como debe ser. —Mal se arrodilla frente a mí, toma la cajita de manos de Luana y la abre—. ¿Quieres casarte conmigo?

Me quedo mirándolo, boquiabierta, sintiendo cómo las lágrimas de plenitud me recorren el rostro.

—Recuerda que ya tengo la respuesta.

Entonces, él traduce la estrofa, mientras sostiene mi mano y el anillo.

A veces me pregunto si

podría vivir sin ti,

sí lograría olvidarte.

Pasa un momento y ya lo sé:

eres lo que quiero tener,

inolvidable para amar.

—También me pregunto cómo habría logrado sobrevivir si no te hubiera reencontrado. Me trajiste la luz, me enseñaste a amar y, sobre todo, me diste ganas de luchar para ser una mejor persona. Por eso: ¡sí! ¡Mil veces sí!

Intercambiamos los anillos, y Mal se levanta ágilmente para besarme y girarme entre sus brazos. Sí, estoy viviendo la plenitud de la felicidad.

Solo nos interrumpen cuando una cadena de personas se une a nosotros en un abrazo colectivo.

Capítulo 38

Paula

—Tiene una audiencia en veinte minutos. Si quiere agendar en otro horario, puedo revisar la disponibilidad y llamarlo.

¿Será que tengo cara de idiota? Ya lo había intentado varias veces, todas sin éxito. Con seguridad estaba evitándome.

—La última vez que intenté, me aseguraste que él me devolvería la llamada, cosa que no ocurrió. —La voz me sale cortante, pero no me importa en lo más mínimo.

—Eso es porque han pasado solo dos horas desde que llamó, y el doctor llegó hace apenas diez minutos. Todavía no tuve tiempo de pasarle los mensajes.

Cree que soy estúpida.

No sirve de nada discutir con el santo, cuando con quien tengo que arreglarme es con Dios. Sé que estoy siendo impulsiva, pero el asunto es urgente.

Va a seguir jugando conmigo y solo hay una manera de resolver esto.

Aprovecho que suena el teléfono y que la asistente se distrae por un momento. Me pongo el bolso al hombro y me dirijo hacia el despacho de Marco dispuesta a irrumpir. Total, no sería la primera vez que lo hago, así que no hay razón para titubear. La imagen que él tiene de mí no va a cambiar y, para ser honesta, me importa una mierda.

Camino a paso firme, atravesando dos puertas pesadas hasta llegar a la suya. Levanto el mentón y respiro hondo antes de abrirla. En un momento de total desesperación, perdida y sin rumbo, había aceptado sus condiciones. Sin embargo, ahora todo es diferente. Ya no soy una mujer dependiente y tengo muy claro cuáles son mis derechos.

Para empezar, sería bueno que al menos me mirara. Como si supiera que iba a irrumpir en su despacho, ni siquiera aparta los ojos de los papeles frente a él. Me trata con absoluta indiferencia.

—Tenemos que hablar. —Si tenía que empezar por algún punto, que fuera por el verdadero y único motivo que me trajo hasta aquí —. Esperé a que me contactaras y no lo hiciste.

Marco levanta la mano, indicándome que espere. Supongo que prefiere que me quede de pie y en silencio. Mi exmarido no ha cambiado en nada, ni en su aspecto físico ni en su frialdad conmigo.

Agarro la correa del bolso con tanta fuerza que siento que mis dedos hinchados se hacen daño. Estoy teniendo un embarazo bastante tranquilo, con síntomas e incomodidades típicas de casi todas las mujeres embarazadas, pero hay un efecto secundario que me ha estado complicando la vida estos últimos siete meses: la retención de líquidos. Siento el cuerpo entero hinchado.

—Por lo general, las cosas no suceden al ritmo al que estás acostumbrada. Las personas tienen sus obligaciones, Paula.

¿Y él qué sabe sobre mi ritmo de vida? Levanta los ojos y parece sorprendido.

¿No esperabas verme embarazada, doctor?

Por la forma en que me mira, imagino todo lo que debe estar pasando por su cabeza, pero que te quede claro que… Espera. ¿Sabes qué? Que se joda. Marco es parte de mi pasado. Lo que piense es su problema.

—Si te contara todo lo que dejé de hacer para venir hasta aquí, te sorprenderías. Así que, como no tenemos tiempo que perder, iré directo al grano. Necesito tu ayuda y, para eso, tenemos que hablar sobre mi parte de la herencia. Por cierto, ¿no crees que ese proceso de inventario y reparto se está demorando demasiado?

—¿Debería recordarte que tenemos un acuerdo? Ya recibiste la ayuda que necesitabas. Si era solo eso…

Las orientaciones de la doctora Priscila me dan argumentos de sobra para iniciar una discusión. Pero prefiero mantener la calma.

—La institución donde trabajo va a cerrar si la directiva no logra comprar el edificio donde está funcionando. Aunque ha podido sostenerse con donaciones, no hay dinero en caja para adquirirlo. Quiero donar mi parte de la herencia para salvarla.

Hoy por la mañana, cuando María Alice me buscó diciendo que habíamos recibido una notificación advirtiendo que el plazo para desocupar el lugar estaba por vencer, no lo pensé dos veces antes de tomar la decisión de venir a hablar con él.

—Estoy seguro de que tu parte vale mucho más que un inmueble. —Me pone a prueba.

—Lo sé, pero la institución podrá expandirse y mantenerse por sí sola. Ya no tengo interés en la herencia de Vitória.

Le digo la verdad, y no tiene nada que ver con el hecho de que viva con Mal. Simplemente llegué a la conclusión de que esa herencia no me traerá nada bueno en lo personal.

El poderoso juez frunce el ceño.

¿Te sorprendiste, Meritísimo?

Acostúmbrate. La Paula que tienes enfrente es otra. Una que nunca te interesó conocer, y te agradezco por eso. De todos modos, nunca habríamos funcionado.

—¿Qué garantías tengo de que harás la donación?

Frustrada, revuelvo los ojos. Decepcionarte más de una vez con alguien es culpa tuya, no de esa persona. ¿En qué estaba pensando? ¿Que vendría aquí, te diría mi decisión y tú responderías amén? Claro que no. Marco nunca confió en mí. Confieso que tenía algo de miedo de encontrarme con él… Porque nunca sabemos cómo vamos a reaccionar al volver a ver a alguien que formó parte de nuestra vida. Pero no siento nada. Ni odio, ni rabia, ni amor. Así que encaro su desconfianza como si fuera una negociación, sin emoción alguna, pero con orgullo, porque estoy haciendo algo por alguien más, no por mí.

—No tengo por qué darte ninguna garantía para hacer valer mi derecho como heredera de Vitória, y tú lo sabes. Solo pídele a tus

abogados que incluyan en nuestro acuerdo que mi parte será donada. Caso cerrado.

Me dan ganas de decir que lo haré porque me siento bien en ese lugar, y no para demostrarle nada.

—Le pediré a Jonas que se comunique contigo.

—¿Eso significa que estás de acuerdo?

—La causa me parece justa.

¡Qué bien! Fin del caso. Así de simple.

Pero hay algo que sigue rondándome la cabeza.

—Dime una cosa. Si yo no hubiera aceptado tus condiciones, ¿habrías iniciado alguna acción para excluirme de la herencia?

—¡No! —responde de inmediato. Ver su cara de inocente incredulidad me da ganas de zarandearlo.

Sí, debería haber pensado que era algo que hacen este tipo de abogados. Respiro hondo. No vale la pena soltar todo lo que llevo atascado en la garganta. Los guiones del pasado no me llevaron a ningún lado. Si me hubiera dicho eso hace unos meses, lo habría mandado al carajo sin pensarlo. Pero hoy entiendo perfectamente cuál era su intención. Si lo que quería era darme una lección, créeme, estoy aprobando con honores. Que te bendiga el cielo, señor juez. Que el destino te siga regalando luz, fuerza y comprensión.

—Era lo que imaginaba. Que te vaya bien, Marco. Espero el contacto de Jonas.

Salgo tal como entré. Siento que se cierra un ciclo y se abre otro. Incluso las pesadillas que tanto me atormentaban han desaparecido. Eso me muestra que, aunque cometí errores en lo que respecta a Vitória, y aunque hoy entiendo que estaba enferma, puedo seguir adelante con el corazón más ligero. Aprendí mucho en todo este proceso. De algún modo, le agradezco a Marco, porque ahora sé que, en el fondo, lo único que él quería era proteger a nuestra hija. Es curioso cómo la vida es como un caleidoscopio. Basta mirarla desde otro ángulo, y todo parece cambiar. Puede que sigas siendo la

misma persona, pero la forma en que vives y te relacionas es completamente distinta.

Tomo el móvil y llamo a Mal.

—¡Hola, pequeña! Te estoy llamando hace horas.

—¿Y luego tienes el descaro de decir que mamá y yo somos dramáticas? No seas exagerado. Solo tuve el móvil apagado unos diez minutos, como mucho.

Cuando este hombre dijo que estaría a mi lado en todo momento, hablaba en serio. Me llama durante todo el día, intenta estar lo más presente posible. Si estoy desanimada, busca cualquier cosa que me suba el ánimo, y lo mejor es que me cuida como una reina, además de darme masajes todas las noches. Me acompaña a todas las consultas y, cada vez que vamos a la clínica a hacer una ecografía, se le ocurre alguna nueva locura.

Desde que recibimos la confirmación de que el bebé está bien, decidimos no saber el sexo. Claro que, con eso, nació otra apuesta. Disfrutar del embarazo a su lado ha sido una delicia. Excepto por el día en que apareció con la camiseta su equipo de futbol para el bebé —que lancé por la ventana del piso—, nunca hemos discutido. Mal entendió, incluso, que quiero esperar a que nuestro angelito nazca para casarnos.

—¿Puedo saber dónde estás?

Hablamos muchas veces sobre la herencia y, aunque siempre fue imparcial, creía que, si de verdad no la quería, como decía, entonces debía destinarla a alguien que realmente la aprovechara.

—Acabo de salir del juzgado y, antes de que me preguntes qué fui a hacer, quiero decirte que decidí seguir tu consejo. Le reclamé a Marco la parte que me corresponde legalmente de la herencia de Vitória para donarla a la institución.

—¡Qué buena noticia! Esto merece una celebración. ¿Qué te parece si salimos a cenar?

—¿Por qué no me dijiste lo fiestero que eras en cuanto nos volvimos a ver? ¡Dios mío! Todo es motivo de celebración para ti.

—Celebrar la vida a tu lado se ha vuelto mi pasatiempo favorito.

—A mí también me gusta, tanto que prefiero una fiestecita privada —Lo provoco.

—¿Del tipo de las que pasan en una cabaña? —responde.

—No puedo pensar en otra cosa.

—¿Qué harías si me encontraras desnudo ahora mismo? —dice con descaro... Puedo oír cómo su respiración cambia y eso me excita.

—Primero te miraría de pies a cabeza. —Nunca me canso de admirar el cuerpo de ese hombre perfecto—. Con solo pensarlo ya estoy mojada...

Las hormonas del embarazo me tienen loca de tanto deseo.

—Sigue... Cuéntame qué harías después, después y después...

—Me arrodillaría frente a ti y...

Sin querer, me distraigo, le cierro el paso a un coche y me gané un bocinazo.

—¿Estás conduciendo? —Su voz cambia de tono.

—Acabo de salir del parquin.

—Mujer caliente y al volante no combinan. Ve directo a casa, que la fiesta empieza en cuanto te vea —ordena.

Me trago la respuesta grosera, porque tiene razón.

—Quien llegue primero, se gana el primer orgasmo. ¿Trato hecho?

—Solo para que lo sepas, pequeña. Ese orgasmo ya es mío. Estoy aquí en la cama, desnudo, esperándote.

Antes de que pueda responder, noto que ya colgó.

¡Descarado!

Qué suerte la mía haber encontrado a este hombre, que desde el principio estuvo dispuesto a darnos una oportunidad. Mal no deja de sorprenderme, y no entiendo cómo es que siempre termino comprendiéndolo, incluso cuando me oculta o me priva de algo. Bueno... salvo aquella vez, cuando estábamos bañándonos y me dio la noticia de que el estafador que me había engañado había sido arrestado por hacerle lo mismo a otras personas, y yo le lancé el jabón.

Nadie le pidió que me ocultara que estaba investigando la vida de ese tipo. Aunque, pensándolo bien, después entendí todos sus motivos, y el jabón terminó casi deshaciéndose entre nosotros. ¿Para qué me habría servido saberlo si no tenía nada con lo cual incriminar al desgraciado? Recuperar el dinero era imposible y, aun si lo lograba, lo habría donado. Ese dinero nunca me trajo nada bueno, y hoy sé que hay cosas mucho más importantes en la vida.

Capítulo 39

Mal

Paula, amasando la masa junto a mi madre, con la punta de la nariz manchada de harina, es la escena más tierna que he visto en mi vida. Intenta desenvolverse en la cocina, pero no le sale. Su suerte es que la suegra tiene paciencia y le encanta tenerla cerca; por eso hace todo lo posible para complacerla.

Hoy mi pequeña amaneció con antojo de *brioche siciliano* y, cuando llegamos aquí, fue directo a decirle a mi madre que quería prepararlos, sobre todo porque Denis y Luana llegarían más tarde. A ambos les encanta ese pan dulce.

Por cierto, le mando un mensaje a Theo para preguntar por dónde andan. Ya deberían haber llegado hace rato, seguro quedaron atrapados en el tráfico. Estoy muy entusiasmado con la idea de tener a mi hermano trabajando conmigo. Parece que por fin está sentando cabeza. Cuando le dije que me preocupaba dejar sola a Paula para ir a buscar a los chicos a Angra, porque queríamos que ellos dos estuvieran presentes en el nacimiento del bebé, no lo pensó dos veces y se ofreció a ir en mi lugar. Le busca la vuelta a todo con la cuñada, pero no para de consentirla y mimarla. Cada tanto le trae un regalito a la futura mamá y al bebé.

Pensar que en cinco días tendremos a nuestro garbancito con nosotros hace que se me dispare la adrenalina.

Paula parece concentrada en la masa. La golpea con la mano y vuelve a amasarla.

—¿Puedo saber qué hace este bomboncito fuera de la caja?

—Pregunta equivocada, mecánico. —El brillo pícaro en sus ojos anticipa lo que está a punto de hacer. Agarra un puñado de harina y me la lanza. Su risa traviesa me alegra el corazón—. La pregunta

correcta sería: ¿Qué hace el Kinder Sorpresa fuera de la caja? No olvides que aquí dentro llevo una sorpresita.

—*Dio mi*o, no juegues con fuego, *bambino*. Una *ragazza* cerca de un rodillo de amasar puede hacer estragos.

—Llegaste tarde con la advertencia… Ya me quemé en ese fuego, me ahogué en esa mirada de mar azul y me enamoré de ella. —La abrazo por detrás y restriego mi cara llena de harina en su cuello.

—Quisiera saber qué le pusiste en el biberón… —Muerde el labio inferior.

Me encanta ver cómo reacciona su cuerpo al mío.

—Lo mismo que a los demás *bambini*.

—No se preocupe, mamá. La culpa es de ella por ser tan sabrosa.

—¡Qué rico huele! —Moa se une a nosotros en la cocina.

—Por suerte tú madre se adelantó con la masa, porque si fuera por mí, hoy nos quedamos sin brioches.

—¿Qué dices, pequeña? Ya le estás pillando el truco.

Moa me observa y se pasa la mano por debajo del mentón, haciéndome señas para que me limpie la baba.

Estoy por responderle, pero el sonido del portón anuncia que ya llegaron.

Denis aparece empujando la silla de Lu en la entrada de la cocina. La fiesta está lista.

La primera tanda de brioches sale calentita, y la competencia por ver quién come más se pone buena. El arte de la felicidad está en encontrarla en las cosas más simples.

—¿Tuvieron mucho tráfico, Theo? —le pregunto para empezar la charla.

—¡Para nada! Lo que pasa es que Denis quiso parar a comprar una sorpresita.

—Es cierto, ya me estaba olvidando de sacarla del coche. ¿Me ayudas, Theo?

—Po…cotó. Po…cotó —Luana imita un caballo.

Paula conversa con ella con mucho cariño. Me encanta verlas juntas. Se nota que extraña a la niña.

No pasa mucho tiempo antes de que Theo regrese con Denis, que sostiene una réplica de caballo, de esos que venden en la carretera.

—Todavía no puedo regalarle un caballo de verdad al bebé, pero creo que este le va a encantar. Siempre soñé con tener uno —confiesa el chico, entusiasmado.

—¡Qué ternura! —Paula sonríe, y aunque intenta disimular, yo la conozco. Sé que debió encontrar el regalo un tanto raro—. Nuestro angelito lo va a amar, pero no hacía falta que te molestaras, mocoso.

Vira-lata tampoco parece muy convencido con el regalo. Se restriega entre las piernas de mi pequeña, todo arisco. Gato travieso.

—La molestia no fue mía. Theo tuvo que dar la vuelta completa para volver y recoger el regalo.

—Este mocoso es el más llorón. Se la pasó lamentándose un buen tramo del camino porque no pidió antes que paráramos a comprarlo.

Un estruendo enorme frente a la casa nos sobresalta.

—*Madonna mia*, ¡¿qué pasó?! —Mi madre sale corriendo, y detrás de ella vamos mis hermanos, Denis y yo.

El remolque está sacando la volqueta de la vereda del vecino y, por lo que parece, la cadena se rompió, cayendo entre el portón y la parte delantera del Renegade de Theo, el coche que le compré cuando cerré el trato con el de Paula.

—¡Mierda!

—Tranquilo, hermano. El seguro se encarga. —Le doy una palmada de consuelo en el hombro a Theo.

—Lo sé. El problema es que ahora estamos prácticamente encerrados. Hasta que saquen este camión.

—Esto va a dar trabajo —dice Moa, frunciendo la boca.

—No hay problema. Nadie está pensando en salir por ahora —nos consuela nuestra madre, mirando los daños.

Pasamos un buen rato ahí, lamentándonos por la escena, y finalmente vuelvo a entrar a la casa. Es entonces cuando veo a Paula con las manos en el vientre, retorciéndose. Debajo de ella, hay un charco.

—Ay… qué dolor…

—¿Rompiste la bolsa? —digo, llevándome las manos a la cabeza. ¿Qué vamos a hacer ahora? No hay forma de sacarla por el portón. Saltar el muro así es imposible.

—No puedo moverme. Siento que algo me está desgarrando por dentro.

—Tranquila, pequeña. Voy a llamar al doctor Luís Paulo para que nos espere en el hospital. —Le beso la frente, y la siento fría, empapada en sudor.

—¡Moa! —grito—. Ven rápido.

Mientras tomo el teléfono, él la lleva a la sala, para que Luana no se altere más. La niña está completamente asustada. Denis va a consolarla, y Theo se une a los hombres para intentar quitar el portón y que podamos salir. El tiempo pasa y yo también decido ayudar con el maldito portón.

Después de unos minutos, que se sienten eternos, Moa se me acerca.

—Hermano, tal como están las cosas, Paula no llega al hospital. Tengo que hacerle el parto aquí.

—Moa, ¿no se puede esperar un poco más? —le pregunto, soltando todo y yendo tras él, que ya regresa a la sala.

—¡No se puede!

—Entonces hagamos el parto de la *ragazza*. Si mi *bambino* o *bambina* quiere venir al mundo, que sea en casa de la *nonna*.

Siento que el corazón se me va a salir por la boca.

—¡Pequeña! —me siento al lado de Paula en el sofá. Está cubierta con una manta que mi madre debió haberle puesto encima—. No vamos a lograr salir a tiempo para llegar al hospital. Moa tendrá que hacer tu parto aquí.

—Siendo tú el padre, no podía ser de otra manera —protesta, entre lágrimas y risas al mismo tiempo—. ¿En qué estaba pensando cuando me metí contigo, mecánico?

—En mis bonitos ojos verdes. —Hago todo lo posible por distraerla, mientras veo a Moa y mamá preparando todo.

—Haz lo que tengas que hacer. —Veo cómo su barriga se mueve bajo la manta—. Solo quítame este dolor —grita, como si quisiera devorarme con la mirada.

—Cuñada, ¿confías en mí? —Moa le habla con ternura a mi pequeña.

—¡No lo sé! Si « cuñado » fuera algo bueno, no empezaría con « cu » de « culo roto » .

—Eso es cuestión de perspectiva —bromea, mientras la ayuda a acomodarse.

Me quedo a su lado en todo momento. Le tomo las manos y dejo que descargue en mí todo el dolor.

—Ay… —vuelve a gemir—. ¿De verdad vamos a recibir a nuestro angelito aquí?

Asiento con la cabeza. Su dolor es el mío. No soporto verla sufrir.

—Mi pequeña, relájate. El dolor solo existirá si tú crees que lo sientes.

—¡Malaquías Lorenzzo Andrade! —grita mi nombre con toda la fuerza que le queda—. Juro por este hijo que tanto amo que, cuando pase este dolor, te voy a enseñar lo que es sufrir de verdad y vas a morderte la lengua.

Me lo merezco, lo admito.

Paula

Siento que estoy a punto de partirme en dos. Lucho contra la naturaleza de mi propio cuerpo, encontrando fuerzas que jamás imaginé tener, deseando que este martirio acabe de una vez. Las horas parecen días de puro dolor.

—Moa —casi grito cuando otra contracción me golpea con fuerza—, ¿estás seguro de que no nos da tiempo de llegar al hospital?

—*Ragazza*, confía en mi *bambino*. Estamos aquí contigo. Ahora, fuerza… —dice para alentarla.

Otra contracción brutal confirma que nuestro angelito no quiere llegar a otro lugar que no sea la casa de la *nonna*.

Exhausta, mi cuerpo me exige potencia. Aprieto con fuerza las manos del padre de mi angelito, que parece transmitirme, con el contacto, energía y ánimo para seguir luchando, y así lograr la presión necesaria para traer al mundo nuestro mayor lazo.

Apenas suelta una de mis manos, comienza a sonar en su móvil una canción.

¡Misericordia! ¿Cómo se le ocurre hacer de este momento un espectáculo?

—Te voy a... —dejo la frase a medias cuando reconozco la canción. Es « Angel » , la misma que sonaba la primera vez que escuchamos el latido del corazón de nuestro angelito. La misma que él puso como tono de llamada y la que escuchamos tantas noches

juntos, acariciando mi barriga y haciendo planes sobre cuán felices seríamos.

Comienza a susurrar el coro, traduciéndolo a mi oído con toda la calma del mundo:

Tengo un ángel

Ella no lleva alas

Lleva un corazón

Que podría derretir el mío

Lleva una sonrisa

Que podría hacerme querer cantar

Ella me da regalos

Solo con su presencia

Una contracción aún más fuerte me atraviesa, y por fin, la fuerza suprema, brutal, que estuve buscando dentro de mí, empuja hacia el mundo, de un solo desliz, a nuestro angelito.

—¡Es una *bambina*! —dice , emocionada, al tomar su nieta en brazos y entregárnosla, mientras Moa hace lo que debe hacer.

Yo, Mal y nuestro angelito lloramos juntos...

No hay joya más bonita ni más valiosa que tener nuestro tesoro con nosotros.

La luz no elige por dónde entrar, simplemente se cuela por cualquier rendija y, aunque intentes esconderte, un día te iluminará.

Si tienes a tu familia que te ama a tu lado, estás con las personas correctas, y todo lo demás sobra.

***

Angelina, ese fue el nombre que elegimos al nacer, ya con tres añitos camina como un angelito por la iglesia hasta llegar a nosotros y entregarnos las alianzas, sonriendo y cantando el último estribillo de su canción, *Angel*...

Compartimos la misma alma

Oh, oh, oh, oh, ohhh

Oh, oh, oh, oh, ohhh

En secreto, junto con sus padrinos, Moa y Mari, había preparado una sorpresa para nosotros. Y vaya que la traviesa logra conmovernos, Dios mío. Canta desafinado, es preciosa, encantadora y tan romántica como su padre.

Mal, emocionado, no se resiste y la alza en brazos mientras me hace todas sus promesas frente al sacerdote en la iglesia de San Gennaro. Angelina salta de emoción y suelta gritos de alegría cuando él me besa, sellando nuestro amor.

—Nos tienes a todos engañados, ¿verdad, Palmerense?

Me da muchísima risa cuando su padre la llama así. Para él debe ser un martirio, pero para mí fue una victoria. Una apuesta es una apuesta. Si hubiera sido niño, apoyaría a su equipo. Como no lo fue... Ahora él y sus tíos se muerden, pero no interfieren con mi influencia y la de *Nonna*.

—¡No mentí, papá! Era un secreto, ¿ves? —aclara. Él la baja al suelo para que recibamos los saludos de los padrinos. Esa niña parece venir con frases listas de fábrica—. Ahora solo falta que el dindo y la dinda se casen también.

Angelina les tiene mucha fe, pero ellos viven como perro y gato.

—¿Qué te parece si les damos una ayudita para que eso pase? —Le guiño un ojo.

—El dindo está muy gordo, no lo aguanto —responde, torciendo la cara e intentando guiñarme un ojo.

—¿A quién habrá salido este angelito con tanta franqueza? —Mal me sonríe.

—Pobre de quien se enamore de ella. Salió una mezcla bonita y complicada de los dos.

—¿Escuché que alguien dijo « dindo » ? —pregunta Moa. Justo detrás de él viene Mari.

—Mami quiere algo, pero no puedo decirle a vosotros dos. Es una sorpresa.

—¿Planeando algo, cuñada? Mira que, en el próximo parto, puedo hacerte sufrir un poquito más si tengo que ayudarte otra vez —me amenaza en broma y me abraza fuerte.

—Ey, quita esos brazos de encima de mi caleidoscopio.

Casi que empujo a Moa, sorprendida por la forma en que Mal acaba de llamarme.

—¿Ahora soy un caleidoscopio?

—Sí, y no veo la hora de girarte por el resto de nuestras vidas, verte de todas las formas posibles, y así amarte cada día más y más, señora Lorenzzo.

Me hace girar entre sus brazos.

—También te amaré cada día más y más, mecánico.

Enredo mis brazos en su cuello y me besa.

La vida no siempre es como la deseamos, pero puede traernos cosas muy buenas. Confía, cree y acepta. La respuesta para ser feliz no está en el pasado ni en el futuro, sino en el ahora.

Fin.

Epílogo

El amor siempre es nuevo. No importa si amamos una, dos o diez veces en la vida, siempre nos encontramos ante una situación desconocida.

Después de trabajar algunos años en la institución, noté la dificultad que tenían muchos padres para incluir a sus hijos con necesidades especiales en el ámbito escolar. Los problemas eran inmensos.

El deseo de poder hacer algo diferente me impulsó a retomar los estudios y terminar la carrera de Pedagogía, con el apoyo incondicional de Mal. No sabía bien qué iba a hacer, ni cómo hacerlo, ni siquiera si sería posible. Sin embargo, ese deseo se convirtió en un sueño y, hoy, gracias a mi esposo, que decidió soñar conmigo, estoy haciéndolo realidad.

Cuando me sorprendió el día de mi graduación regalándome las llaves de la escuela, no podía creer lo que veía. En ese momento nació la realización más próspera de todas, la prueba de que creer hace que todo sea posible.

Hoy, el movimiento en la escuela es intenso. Me encanta cuando tenemos actividades extracurriculares, y mañana será nuestra tercera feria de emprendimiento.

Cuando llega Angelina, le pido a Rose que termine de mostrarle la escuela a Raíssa y sus padres. Viene acompañada de su amiguita Lívia y de Beatriz, la madre de la niña.

Ayer fue el cumpleaños de Lívia, y Angelina se quedó a dormir en su casa. Mi angelito tiene un cariño especial por su amiga, y yo siento un inmenso orgullo de que nunca la vea de forma distinta, a pesar de que tenga síndrome de Down.

Actualmente, entre los 412 alumnos del colegio, hay 33 con necesidades especiales, de los cuales veintiuno tienen becas. Mi

ambición es poder tener muchos más algún día. Aunque, como dice Mal: « Un paso a la vez, pequeña » .

—¿Cómo estuvo la fiesta de pijamas, chicas? —abrazo fuerte a Angelina y le susurro al oído—. Más tarde vamos a tener esa charla, angelito. No creas que, por haber dormido fuera, se me olvidó lo que hiciste. Todavía tenemos que hablar de lo que pasó ayer con Lucas.

Ella pone los ojos en blanco y me dan ganas de mandarla al rincón de pensar. Qué carácter tiene… Aunque siempre logra salirse con la suya con su padre, sus tíos y la nonna, yo soy más estricta. Como sufrí en carne propia las consecuencias de haber sido demasiado mimada, prefiero educarla según lo que creo que es correcto. Y según lo que la vida me ha enseñado.

—Paula, si ya terminaste con los padres de Raíssa, ¿te parece bien que continúe yo con la presentación de la escuela?

Rose, la ex desalineada y ex despistada, se ha convertido en una gran amiga, mi mano derecha en la escuela y, antes de que lo olvide, cómplice de Angelina. Intenta encubrir todo lo que la niña hace, pero ya me las tengo caladas a las dos.

—Por mí ya terminamos —informo y me despido de ellos—. Gracias por confiar en nuestro trabajo.

—Somos nosotros los que agradecemos poder contar con una estructura como esta. No es casualidad que, en tan poco tiempo, el colegio Caleidoscopio ya sea considerado uno de los mejores de la ciudad. Cuente con nuestra familia para apadrinar a un alumno necesitado el próximo año escolar.

Cada vez que los padres de los alumnos se muestran dispuestos a apoyar el proyecto, me dan ganas de saltarles encima de alegría. Los emprendimientos hoteleros del grupo Lorenzzo Andrade son nuestros principales patrocinadores, pero contar con más personas siempre es maravilloso. Por eso lancé el proyecto con la intención de ampliar el número de becados. Mal me pidió que fuera paso a paso, pero eso no me impide ir tras más recursos.

—¡Qué maravilloso! Una vez más, gracias de todo corazón.

—No hay de qué agradecer. Si tenía alguna duda sobre inscribir a mi hija aquí, se disipó cuando conocí el proyecto y vi cómo manejan la responsabilidad social.

—Niñas, ¿qué les parece llevar a Raíssa hasta el puesto que van a empezar a montar, para que conozca un poco de nuestra feria?

—¿Raíssa? —pregunta Lívia a la niña—. ¿Tu nombre es como un montón de raíces?

—¡No, Lívia! Un montón de raíces son raíces —la corrige Angelina, mientras la niña tímida les sonríe a ambas y ellas le toman las manos—. Vamos a contarte todo sobre la escuela. ¡Ven, Raíssa!

Los padres, orgullosos, observan cómo las tres caminan juntas, mientras yo hago una oración, imaginando qué cosas estará pensando contarle Angelina.

Rose también sale con las niñas, y yo me quedo con Beatriz.

—Jugaron hasta la madrugada, deben de estar agotadas. Les dejé dormir un poco más, ya que la actividad que tienen es en la tarde.

A diferencia de las niñas, nosotras no somos cercanas y no sé si alguna vez lo seremos. No le reprocho que mantenga cierta distancia conmigo, dadas las circunstancias en que nos conocimos. Tampoco me importa si quiere confiar en mí o no. Mientras trate a mi hija con el respeto y el cariño que siempre le he dedicado, todo está perfecto. Ella está casada con Pedro, padrino de Vitória y gran amigo de Marco.

Destino o no, su hija terminó estudiando aquí. Por coincidencia —y aunque parezca increíble— nos reencontramos en los primeros días de clases. Cuando los padres vinieron a inscribir a su hija, estábamos de vacaciones escolares, y Mal insiste en que viajemos a los complejos turísticos en esa época. Extraña pasar más tiempo en los hoteles, y a mí no me molesta acompañarlo. Hasta su madre, que siempre dijo que no los visitaría, cedió por la nieta y ahora nos acompaña. Así que creo que Pedro y Beatriz no cambiaron a Lívia de escuela cuando descubrieron que yo era la dueña porque la niña ya estaba ambientada y, por ironía de la vida, encariñada con Angelina.

Este es su segundo año aquí, y la amistad entre las dos pequeñas no ha hecho más que crecer. En todo este tiempo, ha pasado mucha agua bajo el puente. Beatriz no es hostil conmigo, ni yo con ella. Nos soportamos por el bien de las niñas. Además, realmente la admiro como madre y ha contribuido mucho con la escuela. Es la coordinadora del proyecto voluntario del huerto y jardín. Como paisajista, les ha enseñado a los niños a trabajar con la tierra y las plantas.

—Fuiste valiente al hacer una fiesta de pijamas a mitad de semana —bromeo con ella.

—Lo importante es que Angelina estuvo con nosotras. Lívia estaba angustiada porque su invitada de honor no iba a estar en su fiesta del fin de semana.

—Lamentablemente, no podíamos cancelar el viaje. Mal había programado nuestro viaje a Italia desde hacía dos meses.

Mamma está contando los días para volver a ver a sus hermanos. Mal logró localizarlos después de tantos años sin contacto.

—Al final, casi todo salió bien.

Tengo la impresión de que el comentario de Beatriz huele a problema.

—¿Casi?

—Gabriel y Angelina pelearon anoche.

—Eso no es ninguna novedad. Cosas de niños —intento sonar indiferente, esperando que me cuente más.

Si contara con los dedos todas las veces que Angelina y el hijo de Marco se han enfrentado, me faltarían manos y pies. Y es natural que se vean seguido, por la amistad entre los padres de la niña y los del niño. Lívia llama constantemente a casa para invitar a Angelina a jugar, y casi siempre Gabriel también está ahí. Me da pena y termino cediendo, pero me preocupa verlos juntos. El niño y ella parecen tener el mismo carácter.

—Sí, pero esta vez ella le dio una bofetada.

—¡No me digas!

Se me cae la cara. Ya me imagino lo que Bárbara y Marco deben pensar de la educación que le doy. ¿Y sabes qué? Me da igual. Necesito hablar seriamente con Theo y Moa, porque esto viene de ellos. Esa historia de decirle que le pegue a cada niño que la moleste ya le había traído una advertencia en la escuela, porque también golpeó a un niño que ofendió a Lívia. Aunque el motivo fuera válido, eso no está bien. La violencia solo genera más violencia.

—Es cierto que Gabriel la provocó y que Bárbara lo reprendió, pero creo que ella se sintió herida. Pelearon por Vitória.

Se me cierra la garganta. Nunca le he ocultado la verdad a Angelina, pero todavía es muy pequeña para entender exactamente lo que pasó, y eso me preocupa, porque no sé qué le dicen los padres del niño.

—Gracias por avisarme. Hablaré con ella más tarde.

—Paula, no hace falta que la reprendas. Solo quería decirle a Gabriel que ella también es hermana de Vitória.

¡Dios mío! Querida, usa tus fórmulas prefabricadas para educar a tu hija, que de la mía me encargo yo.

Suzete, la secretaria, me llama, y me despido de Beatriz.

A paso rápido, me dirijo a mi oficina. Al llegar a recepción, Suzete me informa que tengo una visita sorpresa. Antes de que me diga quién es, ya siento el inconfundible perfume de Mal. Le pido que llame a Angelina. Hablar con ella junto a su padre será perfecto. Así no tengo que ser madre y coordinadora al mismo tiempo. Mal parece tener un sexto sentido cuando se trata de la familia. Cada vez que algo me desequilibra, él está cerca para rescatarme.

—¿Puedo saber por qué estoy recibiendo a mi esposo a mitad del turno?

—¿Es que un hombre enamorado ya no puede querer llevar a las dos mujeres de su vida a almorzar?

Después de casi nueve años de casados, ¿cómo es que sigo sintiéndome seducida e incansablemente tentada a admirarlo?

—No solo puedes, debes. Va a ser genial estar fuera de la escuela a la hora del almuerzo.

—¿Sigues molesta con Angelina por lo que pasó aquí en la escuela?

¿Seré tan transparente como para que él siempre dé en el clavo? Anoche terminé contándole, por encima, sobre una situación incómoda en la que Angelina se metió. No quise entrar en detalles para no arruinar nuestra noche a solas. Pensándolo bien, eso explica su aparición en medio del día. Vino a intentar calmar las cosas por ella.

—Sus insinuaciones son lo que menos me preocupa. Creo que, de tanto oírte bromear conmigo, terminó creyendo que era normal pedirle un beso a un niño.

—¿A qué te refieres? ¿De verdad te pidió un beso?

—Al menos eso fue lo que Lucas le dijo a la profesora.

—Pues ojalá su madre le hiciera la misma propuesta a su padre.

Unas manos grandes me acercan a él.

—Cariño, la regla para los alumnos aplica para todos dentro de las instalaciones de la escuela. Nada de besos ni manoseos.

—¿Y si hacemos una excepción? —susurra cerca de mi oído. El tono ronco de su voz, con un leve matiz de picardía, casi me hace mandar las reglas al diablo.

—La idea es tentadora, pero guarda ese deseo para cuando estemos fuera de aquí. Prometo recompensarte tanto que vas a terminar harto de mí.

—¡Imposible! Nunca me cansaré. Ahora dime, si no es el beso de Angelina lo que te tiene así, ¿qué pasó? ¿Acaso le dio otro golpe a algún chico?

Unos ojos verdes me miran con interés.

—¡Exactamente! Ayer, en la fiesta de cumpleaños de Lívia, le pegó a Gabriel, el hijo de Marco. Parece que se pelearon por culpa de Vitória.

—¿Ya hablaste con ella? —su aliento calienta mi cuello cuando inclina la cabeza. ¿Cómo puede hablar en serio y, al mismo tiempo, provocarme así, sin pasarse? Me tiene completamente tomada.

—Todavía no. Acabo de pedirle a Suzete que la traiga desde la cancha.

Mi oficina de repente parece encogerse, quedándose más estrecha. Qué momento para darme cuenta de que este lugar es el menos apropiado para besarlo.

—Tranquila, pequeña. —La pura tentación en forma de hombre se detiene en el lóbulo de mi oreja, como si me estuviera contando un secreto—. Vamos a solucionar esto. Solo creo que es un tema delicado, y podemos tratarlo con calma. No quiero verte sufriendo por algo que ya te ha dolido mucho. Angelina ya sabe todo lo que necesitaba saber.

El aliento caliente contra mi piel me marea. Apenas pasa la mano por mi espalda, brazo, antebrazo, muñeca, hasta que lentamente toma mi mano y la lleva a sus labios. Una voracidad ruge dentro de mí. Y, justo cuando estoy a punto de ceder y hacer una locura, unos golpes suaves en la puerta me devuelven la cordura.

—Adelante.

—Miren, papá, mamá, ya les voy avisando: yo no le pedí un beso a ese niño. Solo estaba jugando con él —dice Angelina apenas entra. Cree que la llamamos para hablar sobre lo que pasó con Lucas.

—¿Podemos saber cuál era el juego?

¡Dios mío! Mal no tiene remedio. Le exige explicaciones, y claramente se contiene para no reír, disfrutando el momento. Pero no hay nada de gracioso en esta historia.

—Lo desafié con la adivinanza: había dos patitos, uno se llamaba Tebeso y el otro Mebesa. Mebesa murió. ¿Cuál quedó? Y entonces él vino y me besó. ¿Vieron? —dice, pícara, abriendo los brazos—. No fue mi culpa, era solo un acertijo, no una invitación a besarme.

—¡Qué descarado! —fulmino a Mal con la mirada.

¡Caray, en vez de ayudar, estorba!

—¡Angelina Góes Lorenzzo Andrade! —Ella levanta las cejas, porque sabe que cuando la llamo por su nombre completo, las cosas no pintan nada bien para su lado—. No digas que la culpa fue solo de Lucas. Los dos estuvieron mal —No pienso facilitarle la salida.

—¿Y en qué fallé yo, se puede saber? —pregunta, mientras pone los ojos en blanco.

Y yo me sigo preguntando por qué los hijos siempre heredan nuestras peores manías. Lo peor es que Mal dice que pone los ojos en blanco exactamente igual que yo.

—Aunque ese niño no tenía derecho a besarte por un juego, tienes que aprender que algunas actitudes y palabras pueden hacer que alguien malinterprete tus intenciones.

—¿O sea que ya no puedo jugar con nadie, porque si juego ya le estoy dando permiso para que me bese? Ja… ja… —Sonríe la pequeña atrevida, con las manos en la cintura—. ¿No es usted, señora Paula Góes Mesquita Lorenzzo Andrade, la que siempre dice: "Mi cuerpo, mis reglas"?

¡Dios mío bendito! ¡Qué difícil es criar hijos!

¿Cómo se le explica a una niña de ocho años que debe sacar una lección de esa mala actitud del niño y llevarla consigo por el resto de su vida?

Me acerco a Angelina y me agacho para poder mirarla a los ojos.

—Lo digo y lo repito. Tu cuerpo, tus reglas. Pero tienes que saber dónde y con quién puedes jugar. No todos piensan como nosotros. ¿Recuerdas que ya hablamos de esto?

Ella asiente.

—Tu madre tiene razón, hija. Cada quien recibe una educación distinta. Tus tíos y yo fuimos criados para saber respetar a una mujer. Pero eso no quiere decir que todos nuestros amigos hayan sido criados igual. A muchos sus padres los alentaban a ser unos cavernícolas. Por eso, muchas veces no conocían límites. No queremos cambiar quién eres, ni que te sientas prisionera dentro de tu propio cuerpo, pero sí debes tener cuidado.

Estamos transmitiéndole a Angelina nuestros valores, pero la verdad es que vivir en un mundo con principios distorsionados es muy complicado. Nunca le ocultamos nada, hablamos sobre muchos temas y respondemos sus dudas de manera que las entienda.

Queremos que confíe en nosotros y se sienta segura para contarnos todo lo que sea importante.

—¿Prometes, angelito, que vas a reflexionar sobre lo que dijimos?

—Lo prometo, pero no sé si estoy de acuerdo. Los niños son muy idiotas. Ayer mismo me dio tanta rabia ese tonto de Gabriel. Vino hacia mí con el pecho inflado, como un gallito, y gritó: « Vitória no era tu hermana, porque tu madre solo prestó la barriga » ? —Lo imita—. ¿Qué sabe él de embarazo? ¡Si ni siquiera es mujer! Le di una bofetada y todavía le dije que ella era mi hermana tanto como suya. Como si él no supiera cómo se hacen los hijos. —Frunce los labios. Ver a Angelina gesticulando es como verme en un espejo cuando hablo de algo que me molesta. Aunque, para los chismes, es idéntica al padre.

Respiro hondo, tratando de mantener la calma. Si ese niño dijo eso, es porque algo escuchó al respecto. A su edad todavía no comprenden bien el orden de las cosas. A veces, los padres inventan explicaciones para ciertos temas y los niños terminan creyéndolas. Vaya uno a saber cómo le contó Marco la historia de Vitória. Viniendo de los Ladeia, seguro no fue nada favorable para mí.

—¿Te das cuenta de que lo que hiciste fue casi lo mismo que Lucas? Gabriel te dijo algo, y tú, ¿qué hiciste? Reaccionaste físicamente contra él. Niños y niñas deben convivir respetándose. No debería haber una guerra entre los sexos. ¿Te imaginas si todos empiezan a golpearse o a interpretar cualquier gesto o palabra como coqueteo? Sería un caos, ¿verdad? Así que, angelito, toma estas dos situaciones como una lección.

Mal me guiña un ojo.

—Mamá, tienes razón. —Me abraza, y el hombre de nuestras vidas se nos une.

—¿Ya les dije cuánto las amo hoy?

—Nosotras también te amamos, papá.

—Y no nos molesta que lo digas mil veces al día. —Le guiño un ojo, con unas ganas tremendas de besarlo.

—¿Vamos a almorzar, chicas?

—Muero de hambre, pero quiero decir una última cosa. —La pequeña rebelde nos mira seria—. Juro que me voy a portar bien, pero si Gabriel me vuelve a provocar, no me voy a quedar callada.

Mal se lleva la mano a la frente, sonriendo, y yo, por mi parte, pongo los ojos en blanco.

Nuestros valores siempre se los vamos a transmitir. Ahora bien, sobre su fuerte personalidad… eso solo podrá conocerse verdaderamente en… *suficiente.*

Angelina, testaruda aunque sensible, solo quería terminar la carrera de fisioterapia y poder ayudar en los proyectos sociales de su familia. Acababa de volver a Brasil tras ser condecorada y recibir el premio internacional Trainee Travel Award 2018, concedido por la American Thoracic Society (ATS), una respetada institución en el área respiratoria. Pero se lleva una sorpresa cuando alguien indeseado de su pasado se convierte en su paciente.

Durante años mantuvo un odio mezclado con una pasión platónica por Gabriel. Durante el tratamiento, la atracción entre ambos se vuelve cada vez más intensa, pero hay un conflicto familiar y choques de ideales. Ambos defienden sus creencias con una fuerza inquebrantable. ¿Será que ese lazo será capaz de unirlos para hacer posible el « felices pora siempre » ?

Hasta pronto.

---

[1] Salvador munícipio da Bahia no Brasil

[2] Jerga bahiana, que significa "lo que" o "lo que es".

[3] Casas Bahia es una tienda muy popular en Brasil que vende electrodomésticos, muebles, celulares y otros productos para el hogar.

[4] Un capoeirista en Brasil es una persona que practica la capoeira, una mezcla de lucha, danza y música. La capoeira fue creada por los africanos esclavizados en Brasil y hoy es parte importante de la cultura brasileña. Los capoeiristas hacen movimientos rápidos con el cuerpo, al ritmo de instrumentos como el berimbau.

[5] Yemayá es una diosa del mar en las religiones afroamericanas, como el candomblé y la santería. Es considerada la madre de todos, protectora de los hijos y del hogar. Está conectada con el agua, la maternidad y la vida, y muchas personas le hacen ofrendas en la playa, especialmente flores y comidas.

[6] El prurito anal es una afección relativamente frecuente que se caracteriza por picor alrededor de la región anal, lo que provoca una necesidad irresistible de rascarse la zona. Suele aparecer por la noche, cuando la cama está caliente, o después de defecar.

[7] Avenida de compras populares de São Paulo, donde se venden productos baratos.

[8] Estilo de música brasileña.

[9] María Gotita es un personaje utilizado en las campañas de vacunación en Brasil, especialmente dirigidas al público infantil. Ella representa una gota de vacuna y su imagen es simpática y amigable, con el objetivo de transmitir confianza y concientizar sobre la importancia de la vacunación de forma lúdica y acessible. María Gotita suele aparecer junto al famoso personaje "Zé Gotinha", formando parte dos esforços del sistema de salud brasileño para promover a vacinação en todo el país.